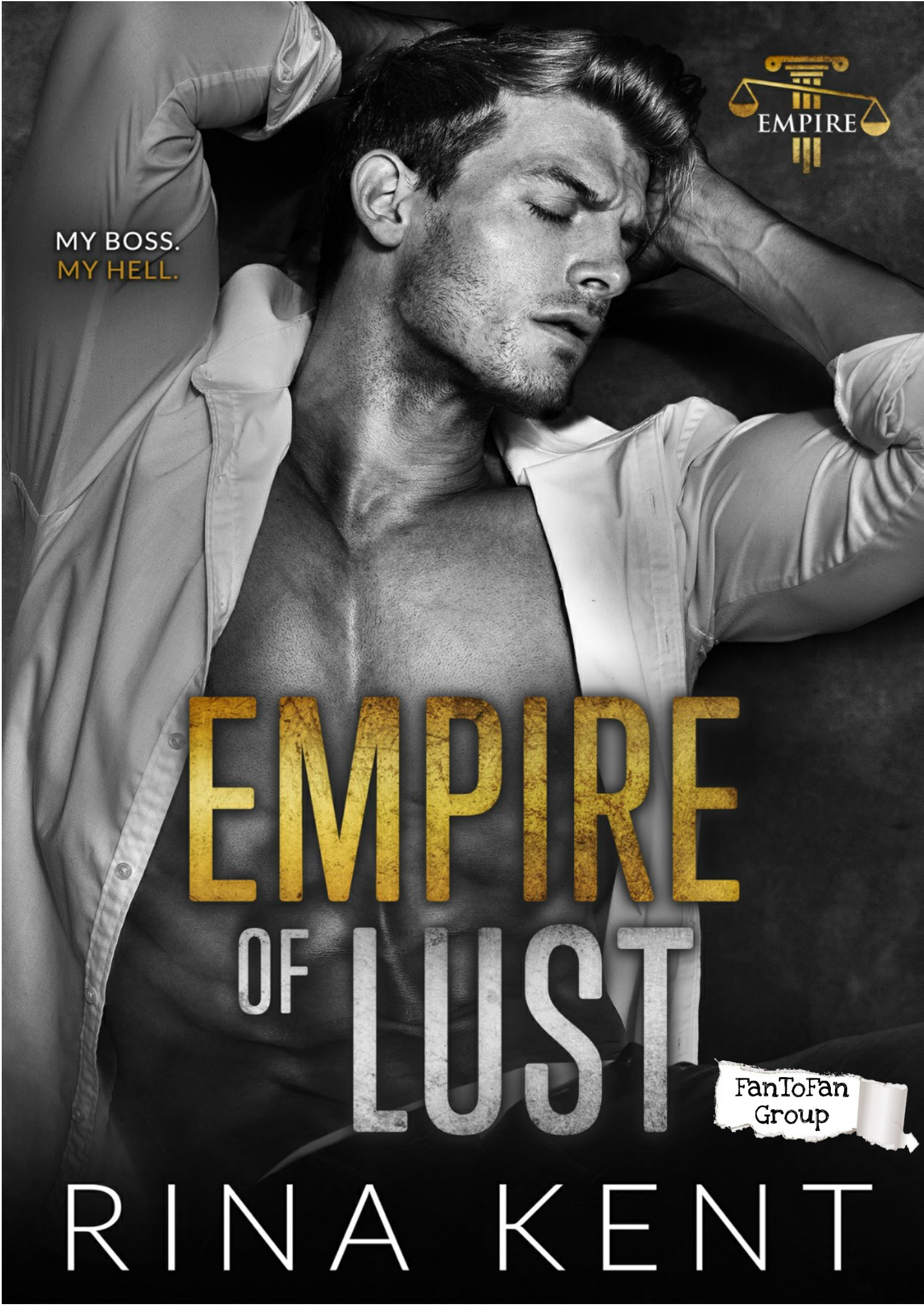

EMPIRE
MY BOSS.
MY HELL.
EMPIRE
OF LUST
FanToFan
Group
RINA KENT

A mis padres

que nunca leerán este libro

o cualquiera de mis libros para que no les dé un ataque

Gracias por crear este extraño ser humano

y apoyarme cuando dejé los estudios por la escritura.

NOTA DEL AUTOR

Hola amigo lector,

Este libro no es tan oscuro como el resto de mis libros, pero contiene un antihéroe y mucha bondad de enemigos a amantes.

Empire of Lust es un completo STANDALONE.

Contenido

Contenido 4
Playlist 6
Prólogo 8
1 25
2 35
3 51
4 64
5 73
6 88
7 98
8 110
9 120
10 129
11 134
12 146
13 163
14 171
15 182
16 191
17 201
18 209
19 219
20 231
21 241
22 253
23 266
24 277
25 284

26 295
27 306
28 317
29 323
30 339
31 348
32 357
33 364
Epílogo 1 370
Epílogo 2 376

Playlist

Gone Are The Days – Kygo & James Gillespie

Hurricane – Halsey

Nothing's Impossible – Walking on Cars

The Enemy – Andrew Belle

Animals – Maroon 5

Outside – Hollywood Undead

Enemy – Tommee Profitt, Beacon Light & Sam Tinnesz

Iris – DIAMANTE & Breaking Benjamin

Tequila Sunrise – Maw Barskih

Rolling Stone – Hurts

Blind – Hurts

Stay – Hurts

Puedes encontrar la lista de reproducción completa en Spotify.

Mi jefe. Mi infierno.

Cuando me acosté con un deportista desconocido en mi adolescencia, no pensé que me quedaría embarazada.

Tampoco pensé que perdería a esa niña.

Varios años después, me entero de que mi hija está viva y me dan una segunda oportunidad.

Sin embargo, hay un problema.

El deportista desconocido ya no es tan desconocido.

Tiene un nombre que todos temen: Kingsley Shaw.

Un bastardo despiadado. Un demonio sin corazón. Y lo más importante, el padre de mi hija.

Ah, y me odia tanto como yo a él.

Nos hemos propuesto destruirnos mutuamente con todos los métodos disponibles.

Incluyendo un peligroso juego de lujuria que podría llevarnos a la perdición.

Prólogo

Aspen

Catorce años

Es la noche de las travesuras.

Comúnmente conocida como la Noche del Diablo.

Mi madre solía decirme que las puertas del infierno se abren esta noche y que los demonios pueden recorrer la tierra y propagar su maldad.

Fue una de las pocas ocasiones en que vi a mi madre emocionada, sonriendo, tarareando una melodía alegre.

Tenía la costumbre de coserme a mano un disfraz y llevarme a pedir caramelos con una enorme sonrisa en la cara.

Esa era mi madre en pocas palabras: inocentemente infantil, irremediablemente ingenua y estúpidamente enamorada.

¿Y ese amor? Le costó la vida.

Y la mía, en retrospectiva.

Porque desde que murió hace cuatro años, me he convertido en el pequeño monstruo cínico del que ella intentó salvarme.

Tal vez no se esforzó lo suficiente.

Tal vez no se preocupó lo suficiente.

Porque nada de lo que hubiera podido hacer habría cambiado las cosas. Tengo los genes de mi padre, después de todo.

El aire frío del otoño penetra en mi piel y cala mis huesos con una persistencia ominosa. Por si fuera poco, me agita el cabello y lo estrella contra mis ojos.

Gracias a mamá, nací con un cabello rojo naturalmente brillante, que llama insoportablemente la atención. A veces, se parece a los cuernos del diablo.

Muy apropiado para esta noche, si me preguntas.

—Destacas, y no en el buen sentido, Aspen —dice el ángel rubio a mi derecha. Claramente falso, a menos que llevar un disfraz con alas te convierta en uno.

Caroline es una amiga que conocí en la escuela secundaria cuando me mudé a su vecindario tras la muerte de mi madre y la desaparición de mi padre. Desde entonces estamos muy unidas porque su hogar abusivo es un reflejo del mío. A menudo encontramos refugio en la compañía de la otra, a pesar de tener personalidades extremadamente diferentes.

Es del tipo burbujeante que le gusta estar en todas las fiestas.

Por ejemplo, ésta.

La verdad es que no quería venir. No solo soy una estudiante ejemplar que se pasa todos los momentos libres estudiando para poder salir del infierno creado a medida por mis tíos, sino que además no soy demasiado dada a tratar con la gente.

Sin embargo, después de que me lanzaran una sartén por la espalda porque no calenté la cena al gusto de mi tío borracho, me dije "a la mierda" y le pedí a Caroline que me diera la dirección de la fiesta.

Obviamente, tuve que escabullirme de la casa bajando por un árbol desde el ático que uso como dormitorio.

Mi amiga se lleva una mano a la pequeña cintura que le sirve de cinturón para las alas.

—Cuando dijiste que venías, pensé que estarías disfrazada.

—No tengo ningún disfraz. —Tampoco quiero esconderme detrás de nada. Ya tengo una máscara que uso en público; no necesito otra.

—Es Halloween. Todo el mundo tiene un disfraz. —Lanza las manos, señalando a todos los chicos del instituto que entran en la mansión vestidos con sus trajes de Halloween. Una miríada de colores, clichés y el último cuento de hadas americano, o en este caso, una pesadilla.

Es una divertidísima parodia de los vampiros, los monstruos y las últimas películas de terror populares.

En cuanto a mí, llevo un sencillo vestido negro, mis viejas zapatillas de deporte y una chaqueta vaquera que me regaló mi tía de las donaciones de la iglesia local.

Definitivamente no es un disfraz. A no ser que vestirse de pobre se haya convertido en una tendencia, lo que no sería una sorpresa en círculos como éste.

Círculos en los que Caroline hace todo lo posible por meterse. Solo se hace amiga de los que tienen un estatus más alto, clase, y definitivamente tienen un fondo fiduciario. Así es como se las arregló para ser invitada a esta fiesta en la casa de un chico pijo.

Callie y yo no vamos al mismo instituto que el dueño de este lugar, lo cual no es ninguna sorpresa. Él es del otro lado de la ciudad -el Upper East Side- y va a un colegio privado cuya matrícula podría enviarme a la universidad.

No lo conozco personalmente. Al ser del gueto de Harlem, no solemos mezclarnos con gente como ellos.

Pero Caroline sí. La gente sueña con ser médicos, abogados y astronautas. Ella tiene sueños de salir y casarse con ricos.

Es un objetivo legítimo para quienes hemos vivido toda la vida de las sobras, volvemos a casa por la noche mirando por encima del hombro y nunca *jamás salimos* sin un spray de pimienta.

Es el complejo de Cenicienta de todo esto lo que no me cuadra. ¿Por qué buscar a un hombre que te dé un zapato de cristal cuando puedes conseguirlo tú misma?

Mamá estaba completa y totalmente metida en ese cuento de hadas, y mira a dónde la llevó eso.

—Mira, Callie. No tengo un disfraz, así que, si eso es un problema, puedo irme. —Es una cuestión de ego. No me gusta que me menosprecien o se burlen de lo que soy. Eso es lo que me ha metido en problemas desde que era pequeña y a menudo me hace recibir una paliza de mi tía o mi tío.

Son el hermano de mamá y su esposa, que obtuvieron mi custodia después de que papá fuera enviado a prisión.

Pero podrían ser peores que él.

Sin embargo, nunca bajo la cabeza, nunca dejo que me hagan sentir pequeña. Miro fijamente sus ojos brillantes y despiadados, incluso cuando me golpean.

Lo que naturalmente hace que se enfaden más y me peguen más fuerte. A menudo con un cinturón o el objeto más cercano.

—No, tú eres mi viaje o mi muerte. Tienes que quedarte. —Callie rebusca en su bolsa de pieles—. Además, eres hermosa como la mierda. Ellos se lo pierden si no te tienen en su fiesta.

Saca una máscara de plumas negras, me la pone en la cabeza y me arregla el cabello para que me enmarque la cara. Luego me quita la chaqueta vaquera y la tira detrás de uno de los arbustos decorados.

—¡Oye! Hace frío. —Y esa es en realidad la única chaqueta buena que tengo.

—Puedes soportar un poco de frío por moda. Además, esa cosa te hace parecer una campesina. —Vuelve a rebuscar en su bolsa de maravillas y saca un brillo rojo barato, y se esmera en aplicármelo en los labios. Cuando termina, estudia su creación con la mirada crítica de un artista aficionado—. Perfecto. Pareces una perra mala.

—¿De verdad, Callie? ¿Rojo?

—Va con el cabello. Si alguien pregunta, eres una bruja.

Diablos, no.

Pero no se lo digo mientras me agarra de la mano y me arrastra hacia la casa. Se detiene ante la entrada y me mira por encima del hombro.

—Recuerda que tenemos dieciséis o diecisiete años. Casi todo el mundo aquí es mayor y no se nos puede considerar demasiado jóvenes. Además, de todos modos, tenemos ese aspecto.

Sí, lo tenemos. Caroline y yo llegamos a la pubertad hace dos años y, desde entonces, hemos desarrollado pechos y culos que nos hacen ganar miradas espeluznantes de hombres adultos, incluidos nuestros profesores.

En la escuela, ella es la bomba rubia. Yo soy la pelirroja infernal.

Me quita el tirante del vestido del hombro para que se burle más de mi escote, y luego entrelaza su brazo con el mío.

—Vamos a robar algunos niños ricos.

—Te das cuenta de que nos echarán en cuanto descubran que somos de Harlem, ¿verdad?

—Shhh —Ella inspecciona nuestros alrededores—. No hay razón para que lo sepan.

—Al final lo harán.

—Quizá para entonces sea demasiado tarde. —Me dedica una sonrisa socarrona y se revuelve el cabello.

Dejo el tema, en parte porque llegamos a la entrada. Pero sobre todo porque no se puede hablar con lógica de Caroline cuando se trata de su empeño en buscar chicos.

Un portero de rostro hosco nos da un repaso antes de permitirnos entrar.

Caroline es como un niño en la mañana de Navidad, corriendo de un lugar a otro, conmigo. Le encanta el gran salón decorado en negro y naranja, los camareros en cada esquina, la música alegre, los trajes de alta gama.

Todo.

Está prácticamente drogada con todo el lujo y en este momento está llegando a la nube nueve.

Decir que no me siento intimidada sería una mentira. Siempre me han disgustado los sitios que me hacen sentir fuera de lugar. Sitios donde tengo la importancia de un insecto insignificante que puede ser aplastado en cualquier momento y no será recordado.

Esa es la principal emoción que me recorre ahora mismo.

Quiero irme.

O desaparecer en algún lugar donde no esté bajo el microscopio.

Pensé que escapar de la casa de la tía Sharon y el tío Bob era todo lo que necesitaba, pero esta escena probablemente no es lo que me hará sentir mejor.

Así que me tomo un trago, o dos. Bueno, tal vez tres.

Es alcohol diluido de todos modos, pero sabe a romero y a algo exótico. Definitivamente es mejor que la cerveza que Caroline le robó a su padre alcohólico para que pudiéramos probarla.

Eso no era diferente del agua insalubre mezclada con el hedor de los cigarrillos.

Caroline me da un golpe en la mano cuando busco otro trago.

—No parezcas tan desesperada.

—Uh, ¿hola? Solo he venido por las bebidas y la comida, Callie.

—Entonces hazlo en un rincón, no donde todos puedan verte actuando como una rata del gueto.

La miro fijamente a los ojos.

—Tú también eres una rata del gueto.

—No actúo como tal.

—¿Cuándo fue la última vez que comiste como es debido, señorita no actúo como tal? —Como no responde, tomo unos bocadillos de aspecto lujoso y se los pongo en la boca—. Eso es lo que pensaba. Ahora, come antes de que tu estómago empiece a hacer ruidos embarazosos.

Refunfuña algo, pero come, y luego me acompaña en la misión de estar llena durante días.

Sin embargo, al cabo de un rato, vuelve a centrarse en su misión anterior y recorre con la mirada a la multitud.

—Tal vez la desesperación debería haber sido tu disfraz, no un ángel.

Sonríe ante mi seco sentido del humor.

—No sé tú, perra, pero yo voy a salir de ese infierno, aunque sea lo último que haga.

—Yo también voy a salir.

—¿Quieres apostar quién lo hará primero?

—Podemos hacerlo juntas.

—No con tu actitud de 'voy a hacerlo yo misma'. Ahora, ayúdame a cazar.

Definitivamente no, y sigo robando comida y bebidas a sus espaldas. ¿Qué? Estoy desnutrida en casa y he empezado a trabajar a tiempo parcial para pagarme la comida. Las bebidas, sin embargo, son una extravagancia que me permito para olvidar y esperar hasta que pueda irme.

Mi oportunidad llega cuando Caroline encuentra su presa para la noche: un chico rubio con un disfraz de ángel caído.

En cuanto hace buenas migas con él, me escabullo de su grupito antes de que me empuje hacia uno de sus amigos.

Me paso el tirante del vestido por el hombro, acuno un plato de bollería y una bebida y desaparezco por la parte de atrás.

El aire de la noche me apuñala los brazos desnudos y me planteo buscar mi chaqueta.

Atiborrándome de un poco de pastel de chocolate, empiezo a recorrer el vasto y poco iluminado jardín.

Mis pasos se tambalean debido a la enorme cantidad de alcohol que he consumido, pero eso no me impide dar un sorbo a mi bebida de todos modos.

Me siento ligera y libre, y no tengo capacidad cerebral para pensar en mi vida.

Quizá el alcohol no sea tan malo, después de todo.

Unas voces masculinas en voz baja captan mi atención y paralizo cuando escucho:

— ...Es la Noche del Diablo. No sospecharán que lo hemos quemado.

Mierda.

Definitivamente no debía escuchar eso.

Debo de tener hipo, porque hay una pausa antes de que alguien grite:

—¿Quién mierda está ahí?

Mis piernas flaquean y no pienso en ello mientras corro, haciendo que la bebida se derrame por toda mi mano, y luego me escondo detrás de los arbustos.

Mi respiración se entrecorta cuando los pasos se acercan a mi escondite. Si me encuentran, tendré un gran problema.

Estoy muy familiarizada con el hecho de estar en el lugar equivocado en el momento equivocado. Lo he experimentado de primera mano y tengo las cicatrices mentales y físicas que lo demuestran.

También lo utilicé a mi favor e hice desaparecer a mi padre de mi vida.

Algunos me llamarían demasiado astuta para mi edad; pero cuando vienes del lado equivocado de las vías, lo primero que aprendes es a sobrevivir.

Incluso si eso significa encerrar a tu padre abusivo.

—Estoy seguro de que los he oído ir por aquí —dice una de las voces masculinas y me encojo en mi escondite.

Mi mente se agolpa con opciones de lucha o huida y, justo cuando estoy considerando hacia dónde escapar, una hoja cruje justo a mi lado.

Miro fijamente a la sombra más grande que la vida que se cierne no muy lejos de mí. Aunque estoy parcialmente camuflada por el árbol decorativo, estoy casi segura de que puede verme.

—No hay nadie aquí —dice con una calma que me hiela hasta los huesos.

Su rostro está velado por la oscuridad, pero estoy segura de que lleva una máscara. Antes de que pueda distinguirlo, se da la vuelta y el sonido de los pasos que se alejan resuena en mis oídos como una sinfonía que se ha estropeado.

Mis dedos temblorosos sueltan el plato y la taza. Golpean la hierba con un ruido sordo, y el alcohol se impregna lentamente en el suelo.

A pesar de mis planes de atiborrarme para no sentir hambre durante unos días, abandono mi botín y me acerco a la puerta trasera. No me cabe duda de que seguirán buscándome hasta que me encuentren.

Tengo las manos húmedas cuando agarro el teléfono. Me castañetean los dientes - no sé si por el frío o por el miedo- y tengo la vista borrosa, en parte por el alcohol y en parte por la inusual descarga de adrenalina que me recorre.

Los cuerpos son así de especiales, conocen el peligro, aunque nuestras mentes sean ajenas a él.

Recupero mi viejo teléfono que me regaló el tío Bob. Decir que eso me hizo sospechar sería un eufemismo, pero me dijo que necesitaban saber dónde estaba en todo momento y que, si llamaban y no contestaba, me matarían.

Efectivamente, hay cinco llamadas perdidas de ellos. Me estremezco al pensar en una paliza, pero es mejor que estar en este lugar desconocido.

Ignorándolos, escribo un mensaje a Caroline. Me dice que recibió el teléfono como regalo de un chico con el que estaba hablando, y que su padre ha estado intentando venderlo desde entonces.

Aspen: Ha habido una complicación. Vámonos.

No hay respuesta.

Aspen: Esperaré en la puerta de atrás durante quince minutos, luego tomaré el metro para ir a casa.

Callie, por favor. Vamos a casa. Tengo miedo...

Borro el último texto antes de enviarlo.

¿Y qué pasa si me tiembla todo el cuerpo? ¿Si estoy sudando? ¿Si tengo ganas de vomitar las tripas? No soy débil.

No debería haber bebido tanto y ponerme en una posición vulnerable, en la que ni siquiera puedo defenderme o correr adecuadamente.

Primero me llega el crujido de las hojas, seguido de unos pasos que retumban. Lo siguiente que sé es que dos tipos se acercan a mí. No puedo ver sus rasgos, porque el del traje morado tiene la cara pintada como el Joker y el que va todo de negro lleva una máscara de "Anonymous".

Joker se acerca a mí con decisión, pero Anonymous se queda atrás, con una mano en el bolsillo y la otra jugueteando con un cigarrillo sin encender. Por alguna razón, creo que debería preocuparme más por él. No solo porque es más alto y más gordo, sino también porque los que ejercen el poder real suelen permanecer en un segundo plano.

—Te dije que había oído a alguien aquí —dice el Joker, su voz parece la de un chico de fraternidad de una universidad de la Ivy League.

Mis pies vacilan automáticamente y pulso el 911 en mi teléfono, pero antes de que pueda llamar, Joker me lo arrebata y lo lanza fuera de mi alcance.

—Esa no es una elección inteligente.

—No he visto nada… —susurro, intentando infructuosamente controlar el temblor de mi voz.

—Ah, ¿sí? —Me agarra por el brazo, sus carnosos dedos se hunden en mi carne. Huele a colonia asquerosa que debería ser un crimen llevar—. Tendremos que tomar un seguro.

—¿Seguro?

—Nos dejarás hacer lo que quieras como muestra de obediencia, ¿verdad?

—No. —Se necesita todo lo que hay en mí para mirar fijamente a sus ojos brillantes en la oscuridad en lugar de hiperventilar—. Suéltame.

—Elección equivocada. —El sadismo en su voz me congela por un segundo.

Pero solo un segundo.

La adrenalina se dispara en mis venas, y puedo ver directamente hacia dónde se dirige esto.

Es mi sexto sentido. Predecir escenarios antes de que se presenten. No es que tenga sangre de bruja, como dicen muchos de mis compañeros. Es que se me da muy bien conectar patrones y ver el panorama general.

Y la imagen actualmente dice que yo soy la presa en este escenario. Y tengo que hacer algo al respecto si no quiero que me coman.

Cuando retuerzo el brazo en el agarre del Joker, éste aprieta su agarre y me tira hacia abajo. Intento mantenerme en pie, de verdad, pero él es fuerte y yo estoy tan borracha que no siento el golpe hasta que estoy a ras de la hierba.

Me palpita el hematoma de la espalda provocado por el golpe de la sartén, y abro la boca para gritar pidiendo ayuda, pero él me pasa una palma firme por encima.

El hedor de su colonia y del sudoroso almizcle masculino me ahoga mientras se coloca encima de mí. Mientras busca una posición cómoda, levanto la rodilla y lo golpeo en las bolas.

Se aparta con un gemido animal y yo aprovecho para arrastrarme por debajo de él.

—¡Maldita perra! —Se agarra los genitales heridos y me tira hacia atrás por el cabello. El mundo es arrancado de debajo de mis pies, pero antes de que pueda caer al suelo, me empuja hacia delante y me golpeo contra el tronco de un árbol.

—Te vas a arrepentir de haberte metido conmigo, zorra. —Su repulsiva voz llena mis oídos y el pútrido olor a alcohol es lo único que puedo respirar. A estas alturas, no tengo ni idea de si viene de él o de mí.

—Adelante, pedazo de mierda podrida —escupo entre dientes castañeteantes—. ¿Crees que te tengo miedo o que tu frágil masculinidad tiene que demostrarse agrediéndome? Muéstrame lo peor de ti, imbécil. A ver si me importa, joder.

—Esta perra...

Me tira del cabello hasta casi arrancarlo de raíz, y las lágrimas me escuecen los ojos. Me muerdo el labio con tanta fuerza que me trago el penetrante sabor metálico de la sangre.

Pero no gimoteo, no le muestro mi dolor, y definitivamente no le suplico. Los imbéciles como él, mi tía, mi tío y mi padre son todos iguales.

Quieren exhibir su poder aferrándose a los que son más débiles que ellos, pero yo no soy mi madre.

No voy a ser una víctima ni una estadística.

No les daré la satisfacción de verme sufrir.

—Suficiente.

Mi cuerpo se estremece ante la única palabra autoritaria de la tercera parte inactiva de la escena.

Es la misma voz de antes. La que definitivamente me vio, pero le dijo a sus amigos que no había nadie.

Anonymous.

El Joker respira con fuerza.

—Pero ella...

—He dicho. Suficiente. —Su tono destila más mando que antes. Hice bien en suponer que él tiene el poder, porque el Joker me tira del cabello con más fuerza y con aparente frustración, como haría un subordinado delante de su jefe.

De la forma en que los subordinados de papá se estremecían frente a él.

—Tengo que darle una lección —dice lo suficientemente bajo como para que incluso yo apenas pueda oírle.

—Cuando digo suficiente... —El sonido de los pasos firmes se acentúa por el violento silencio que acecha en el aire—. Quiero decir que es suficiente, carajo.

El peso que me ha estado aplastando por la espalda desaparece de repente.

Thwack.

Jadeo cuando Anonymous le da un puñetazo en la cara al Joker y lo manda a volar.

No se mueve.

Me refiero al Joker. Está inerte en el suelo y mi corazón casi se derrama sobre la hierba a su lado.

La correa se me vuelve a caer del hombro y me arde la cara, pero no puedo concentrarme en eso ahora.

—¿Está... muerto? —No sé cómo hablo con tanta calma cuando estoy segura de que debería entrar en pánico.

—Solo inconsciente —dice Anonymous con la neutralidad despectiva que solo tienen los psicópatas.

Después de levantarme lentamente, me acerco a mi teléfono que está tirado en el césped, parpadeando con un texto. Probablemente de Caroline. Sin embargo, Anonymous lo alcanza primero con unas cuantas zancadas decididas.

Lo da la vuelta, lo mete en el bolsillo del pantalón y luego señala a su amigo inmóvil. Aunque tal vez *amigo* sea una exageración, teniendo en cuenta que lo dejó inconsciente de un solo puñetazo.

—Puede que sea un debilucho, pero tiene razón. Llamar al 911 aquí es extremadamente imprudente y roza la tontería temeraria.

—No lo haré entonces. ¿Puedo recuperar mi teléfono? Quiero ir a casa.

—La noche aún es joven. —Se acerca a mí con deliberada facilidad—. ¿Qué se supone que eres esta noche? ¿Una bruja?

—Mujer fatal.

No puedo ver su rostro, oculto tras la estúpida máscara, pero hay una pausa y juro que sus ojos brillan en la penumbra. Parecen de color azul oscuro, como las profundidades místicas de un océano despiadado.

—Así es como va a ser, *mujer fatal*. Me harás compañía hasta que termine la Noche del Diablo.

—¿Por qué iba a hacerlo?

—Es eso o te encerraré en algún sótano donde nadie pueda encontrarte hasta que venga el personal de limpieza. Lo cual, si no recuerdo mal, puede llevar unos días dependiendo de si los propietarios necesitan algo del sótano.

Mi mano se cierra en un puño, pero la suelto lentamente cuando su atención se desliza hacia ella. Veo lo que está haciendo, pero esas tácticas de intimidación no funcionarán conmigo. No cuando las aprendí todas de mi padre.

—¿No debería haber una tercera opción, en la que, no sé, me dejaras ir?

—No cuando podrías meternos en problemas.

—No me interesa lo que he oído y valoro mi vida lo suficiente como para no delatarte. Así que dame mi teléfono y podemos dejar de molestarnos mutuamente.

—Me gusta tu cabello, así que no me importaría continuar así. —Está frente a mí en un segundo y me golpea la cara con su olor. Es una mezcla de madera de cedro, humo y cigarrillos de primera calidad. Cigarrillos europeos que mi padre solía conseguir específicamente de Italia.

Pero eso no es lo único que me golpea. También está su presencia. Antes creía que era alto, pero ahora se eleva sobre mí, inmovilizándome fácilmente con su gran tamaño y esos anchos hombros que ningún adolescente debería tener.

Sus dedos me rozan el cabello y estoy segura de que está a punto de incendiarse y de que tendremos un auténtico accidente de brujas.

—¿Es natural? —pregunta caprichosamente, sonando totalmente fascinado con el mero hecho de tener sus dedos en mi cabello.

Me echo hacia atrás, sobresaltada.

—No me toques.

Para mi sorpresa, deja caer la mano a su lado. No se lo toma como un desafío a su masculinidad como hizo el Joker.

Y eso hace que mis músculos se bloqueen.

Puedo lidiar con los imbéciles, pero ¿cómo lidiar con los asertivos que oscilan entre respetar mis límites y aplastarlos por capricho?

No hay un patrón para su locura y eso es lo más peligroso de este extraño.

—Todavía tienes que pasar tiempo conmigo. Eso, o el sótano.

—Quiero que sea en un lugar público. —Si no puedo controlar la situación, al menos puedo esforzarme por lo siguiente: un lugar donde pueda crear conmoción y escapar.

—¿Temes que me abalance sobre ti?

—Es solo un seguro.

—No estás en posición de pedir ningún seguro, pero seré benevolente y te concederé ese deseo si respondes a mi pregunta.

—¿Qué?

—Cuando él —Anonymous ladea la cabeza en dirección al Joker, pero no lo mira— tenía el poder sobre ti, ¿por qué lo provocaste? Lógicamente, deberías haber suplicado.

—Lógicamente, eso no me habría llevado a ninguna parte. ¿Cuántas mujeres crees que suplicaron y lloraron en situaciones como esa y aun así fueron agredidas? Incontables es la respuesta. Me niego a mostrar debilidad a esa escoria o a cualquier otro imbécil.

—¿Incluso si te haces daño por ello?

—Especialmente entonces. Prefiero tragar mi veneno.

Hay una pausa, una larga que casi me hace ponerme nerviosa, antes de que suelte un murmullo.

—Interesante. Tal vez seas realmente una mujer fatal. Pero debes tener cuidado. Si miras al abismo durante mucho tiempo, el abismo te mira a ti.

Mis labios se separan.

—Nietzsche.

—*Más allá del bien y del mal.* —Señala su bolsillo—. Tienes la cita en la parte trasera de la funda de tu teléfono.

—Es uno de mis favoritos. ¿Cómo conoces a Nietzsche?

—Esa debería ser *mi* pregunta. ¿No eres demasiado joven para leerlo?

—¿No te apresuras a asumir que soy joven?

—¿Qué edad tienes entonces? Oh, perdóname. Olvidé que es una blasfemia preguntar la edad de una mujer, por no hablar de una mujer fatal.

Sonrío a mi pesar. Luego la escondo rápidamente.

No puedo dejarme engañar por sus evidentes modales ni por su elocuente forma de hablar. Así es como los ricos consiguen lo que quieren.

Además, acaba de noquear a alguien, lo que significa que es propenso y está acostumbrado a la violencia.

Definitivamente no es alguien que deba permitirme estar cómodo en su presencia.

—Tengo dieciséis años —digo, con aire comercial, y no es solo por lo que me dijo Caroline. Ser joven es una vulnerabilidad de dónde vengo—. ¿Y tú?

—Diecisiete.

—No pareces tener 17 años.

Se ríe y, o bien el sonido tiene algo de magia negra o estoy demasiado borracha, o ambas cosas. Porque el cosquilleo que provoca se escapa de los confines de mis oídos y fluye por mi sangre.

—Ni siquiera sabes cómo soy. —Se toca la máscara—. Tal vez soy un monstruo con cicatrices debajo.

Levanto un hombro.

—No me sorprendería.

—¿Es así?

—Sí. Tendrías que ser un monstruo de un modo u otro para salvarme, ver cómo estoy a punto de ser asaltada, y luego jugar a ser un caballero de armadura negra justo al final, solo para darte el gusto de la violencia. Ah, y te gusta Nietzsche. Hay que haber alcanzado un cierto nivel de rareza para ser fan de Nietzsche.

—En primer lugar, no te salvé. Solo fingí que no te veía para evitar complicaciones. El aficionado al Joker no iba a agredirte si no lo hubieras provocado. Y no soy un caballero, cariño. Solo me entrometí para saber por qué lo provocaste cuando podías haber usado un enfoque diferente. En cuanto a golpearlo, eso no fue violencia. Violencia es recibir un puñetazo de vuelta. El acto fue una mera muestra de autoridad como respuesta a su audacia de cuestionar mis órdenes. Ah, y no soy un fanático de Nietzsche solo porque lo haya leído.

Maldita sea.

Estoy fuera de mi elemento. Por primera vez en mucho tiempo, siento que no puedo manejar a alguien.

Definitivamente, no cuando estoy borracha y mis inhibiciones parecen desaparecer en algún lugar que no puedo alcanzar.

Sin embargo, trato de ocultarlo. Jugando a la despreocupación como si fuera mi juego favorito.

—¿Entonces de quién eres fan?

—De mí.

—Vaya. Narciso ha llamado y quiere recuperar su condición de arrogante.

Se ríe, el sonido es fácil e inquietante a partes iguales en la oscuridad silenciosa. Y por alguna razón, creo que podría escuchar ese tenor de su voz toda la noche.

—¿Y si me niego a devolverlo?

Levanto un hombro.

—Felicidades por tu condición de narcisista. Puede que necesites una revisión de la realidad sobre cómo tus logros y talentos tienen poco o ningún valor, y usar a otros no te hace grandioso.

—¿Entonces en qué me convierte?

—Subhumano.

—Los subhumanos son los que se dejan utilizar.

—Vamos a culpar a la víctima, ¿de acuerdo? Una historia tan antigua como el tiempo.

—Una víctima elige serlo, ya sea por desesperación o por otras circunstancias. Un cordero que se adentra en el bosque está bien preparado para ser comido.

—Ningún cordero quiere ser comido. Se adentraron en el bosque en busca de la comida que necesitan para sobrevivir.

—Y el lobo se come al cordero, también para sobrevivir.

—Tu mentalidad de depredador es repugnante.

—Y tu rubor es bonito. —Señala mi cuello con una sonrisa en su voz—. Es visible incluso en la oscuridad.

Me toco la nuca, sintiéndome más acalorada que cuando dijo las palabras.

—Deja de mirar.

—Al contrario, ahora es cuando voy a seguir buscando. Estoy aburrido y tú eres interesante, así que debería ser una noche divertida, ¿no crees?

Antes de que pueda responder, el suelo se levanta bajo mis pies por segunda vez en el día. Pero esta vez, me lanzan por encima de un hombro.

Su hombro.

Duro, robusto, y tan ancho que realmente se ajusta a mi cintura.

Y luego marcha con pasos seguros y decididos en dirección a la mansión.

—¿Qué estás haciendo? —pregunto, mortificada, mientras la sangre se me sube a la cabeza.

—Te lo dije, cariño. Vas a pasar tiempo conmigo esta noche.

1

Aspen

Treinta y cinco años

Nunca me han gustado las bodas.

Pero esta es diferente.

Esta es de mi hija.

Me siento con una postura rígida en un asiento de la esquina trasera para no incomodarla en su gran día.

Es una boda junto a la piscina en la casa en la que deseo no entrar nunca: la de su padre.

Sinceramente, pensé que el baboso me cerraría la puerta en las narices, pero por suerte, respetó sus deseos por una vez y me dejó asistir. Aunque no lo he visto desde que llegué, así que la posibilidad de que se ponga los cuernos del diablo y me eche de verdad se acerca al cien por cien.

El terreno que rodea la piscina es más grande que cualquier otro posible lugar de celebración de bodas. Por no hablar de la mansión de dos pisos que se asienta majestuosamente en el centro. Aunque la propiedad es antigua, vale cada centímetro en oro, teniendo en cuenta su proximidad a Manhattan.

Debido a las numerosas batallas legales sobre su propiedad, se ha calculado que su valor supera los sesenta millones. Un precio que lo ha convertido en un tema suculento para la prensa y los magnates inmobiliarios.

Tiene una historia de sangre y engaños, y su actual propietario ostenta convenientemente el título de "Diablo Salvaje".

El aire es frío, pero el sol brilla entre las hojas de los árboles que enmarcan el jardín como si el propio tiempo celebrara este día. Innumerables invitados ocupan las

filas de sillas decoradas con orquídeas de vainilla, las flores que producen el sabor favorito de mi hija.

Solo unos pocos de los presentes son sus amigos; el resto están aquí para besar el culo a su padre o a su marido, ya sea por su riqueza, sus nombres o sus posiciones en el circuito legal.

Nathaniel Weaver -o Nate- se encuentra al final del pasillo con un elegante esmoquin negro y las manos cruzadas delante de él.

Es el copropietario del bufete Weaver & Shaw y técnicamente mi jefe, ya que soy socia mayoritaria, mi único amigo y el hombre en quien confío para hacer feliz a mi hija.

De hecho, se casó legalmente con ella hace unos meses por razones de conveniencia cuando su padre estaba en coma. En ese momento, yo no sabía que era mi hija e incluso le sugerí que la utilizara por el bien de la empresa, pero él se negó con vehemencia.

Nate es así. Responsable hasta la saciedad. Completa y absolutamente metódico, sin una personalidad solapada y de espaldas.

Lo que empezó como un matrimonio de conveniencia se convirtió, obviamente, en algo más, y ahora por fin van a celebrar su ceremonia de boda oficial.

La prensa se puso de fiesta cuando se conoció la noticia. Se mostraron totalmente desagradables ante el hecho de que un hombre de treinta y ocho años se casara con la hija de su pareja y mejor amigo, que solo tiene veinte años.

Comenzaron sus asquerosas especulaciones sobre sus tendencias depredadoras. Pero sé que Nate no la vio como mujer ni la tocó hasta que se casaron. También sé que se aman de una manera que solo creía posible en la ficción.

La prensa siempre ha estado ávida de cualquier cosa "Nathaniel", en parte por su posición en Weaver & Shaw, pero sobre todo porque es el único hijo de un senador.

Dicho senador y su esposa están en primera fila, pretendiendo mostrar su apoyo a su hijo, cuando están prácticamente distanciados.

Me duele el corazón al verlos actuar como padres cariñosos y sonrientes. Me gustaría poder sentarme allí, aunque fuera un momento, y que me reconocieran como la madre de mi niña, pero si lo intento, probablemente me echarán los perros.

Pero no pasa nada. Mirar desde lejos es mejor que no mirar.

La orquesta cambia a un instrumental de “House of Gold” de Twenty One Pilots, el grupo favorito de mi hija. Todas las miradas se dirigen hacia donde ella camina por el pasillo, con el brazo entrelazado con el de su padre.

Gwyneth Shaw.

Ese es el nombre de mi bebé. El bebé que no pude nombrar cuando creí que la había perdido hace veinte años.

Ni en mis sueños más locos habría pensado que se convertiría en una joven tan hermosa, imposiblemente compasiva e irremediablemente testaruda.

Su largo vestido blanco roza la hierba y su cabello castaño, un tono más oscuro que el mío, está recogido en un pulcro giro. Su maquillaje es sencillo, pero su sonrisa es contagiosa, convirtiendo su rostro en el más radiante que he visto nunca.

Verla de novia aprieta el corazón que creía muerto con ella hace veinte años.

El corazón que ha ido reviviendo poco a poco desde que supe que está viva y es mía.

Conocí a Gwyneth hace siete años, cuando empecé a trabajar en Weaver & Shaw. Se aferraba al lado de su padre como una sombra y lo miraba con el mismo asombro que los niños tienen por sus superhéroes.

El hecho de que nunca sospechara que era mi hija me ha ido matando poco a poco. Lo peor es que la asocié con el diablo de su padre y, por lo tanto, mantuve la mayor distancia posible con ella.

Como resultado, ya teníamos una relación tensa. Todavía la tenemos.

Apenas me dejó ayudar con los preparativos de la boda.

La razón por la que pude ayudar del todo es el hombre que la acompaña por el pasillo con una sonrisa que podría cegar las lentes de los fotógrafos y provocar un motín involuntario entre las solteras.

Su nombre es Kingsley Shaw.

El copropietario de Weaver & Shaw. Con Nate casado, ahora es el soltero más codiciado de los Estados Unidos. El heredero de las innumerables carteras multimillonarias de Wall Street del notorio Benjamin Shaw. Y lo más importante, un demonio que está haciendo campaña para el puesto de Lucifer en el infierno.

Tiene el tipo de belleza que corresponde a su reputación. Salvaje, fría, con un discreto toque de peligro.

Hay una forma misteriosa en la que su fuerte mandíbula, su nariz recta y sus ojos ligeramente entrecerrados armonizan, como si fueran una sinfonía épica reunida por un compositor magistral. Cada rasgo de su rostro es divino en su perfección. Tiene un físico grande, musculoso y alto, que lo hace parecer un modelo en traje. Lástima que el dueño eligió la fruta del diablo, la ruta y el trono como su asilo.

Acompaña a nuestra hija -a la que considera solo suya- por el pasillo, acaparando la atención de todos en el camino.

Es el gran día de Gwyneth, pero la gente está más hipnotizada por su padre, que no puede pasar desapercibido. Pero, además, siempre ha atraído los ojos, los oídos y la existencia total de todo el mundo como un poderoso imán.

Se detiene frente a Nate, que ha estado embelesado todo el tiempo que Gwen ha estado caminando hacia él. Kingsley le besa la frente, luego se inclina hacia delante y le susurra algo al oído a su amigo, probablemente una amenaza, porque no hace mucho estaba en contra de todo esto.

Entonces, tanto él como Nate comparten una sonrisa falsa antes de que él se ponga a su lado para hacer de padrino.

Me clavo las uñas en las palmas de las manos mientras dura la ceremonia, aferrándome a duras penas a la realidad.

Si pudiera tomar un trago o algo para calmar mis nervios -obviamente el que bebí en el auto antes de entrar aquí no era suficiente.

Para cuando Nate besa a Gwen, mi estado de ánimo está a punto de romperse en el suelo como una frágil porcelana.

La gente se levanta, aplaude y felicita a la feliz pareja. Intento unirme, pero mis piernas temblorosas me fallan.

Las masajeo una, dos veces, luego aspiro profundamente y me pongo de pie justo cuando llegan a mi fila.

Como estoy en la esquina de atrás, no espero que Gwen me vea, pero lo hace. Mi hija se detiene un segundo y sus singulares ojos con heterocromía, que son una mezcla de mis iris de color avellana y los azul-gris de su padre, se llenan de lágrimas.

Me tiemblan los labios y me cuesta todo lo que hay en mí sonreír en lugar de correr hacia ella y estrecharla entre mis brazos.

Una vez. Solo una vez.

Eso es todo lo que rezo y ni siquiera soy de las que rezan.

Cumplir mi deseo sería incómodo, embarazoso y sin duda atraería una atención no deseada.

Me ofrece una pequeña y recatada sonrisa antes de que Nate la lleve a la zona de recepción que está instalada alrededor de la piscina trasera. Porque, por supuesto, este lugar tiene dos piscinas.

Todo el mundo sigue su ejemplo, algunos jóvenes bailan al ritmo de la música y se divierten.

Un repentino escalofrío se apodera de mí mientras mis piernas me fallan y me dejo caer en mi silla. Después de asegurarme de que nadie me mira, saco la petaca que guardo en el bolso y bebo un sorbo.

El sabor ardiente del tequila me hace recapacitar lentamente. Inhalo una bocanada de aire para calmarme cuando estoy a punto de levantarme, felicitar a la pareja y marcharme.

No tiene sentido quedarse más tiempo si voy a incomodarla.

Una sombra cae sobre mí como la fatalidad de una película apocalíptica. Lo huelo antes de verlo.

Su colonia tiene fuertes notas de madera de cedro, pimienta y almizcle. Tan fuerte como él, pero sin destruir.

Es lo suficientemente sutil como para anunciar su presencia sin que tenga que decir una palabra.

—Has terminado aquí. Sal de mi propiedad.

Rechino los dientes, pero finjo una sonrisa cuando lo miro fijamente.

Bien, debería haber dado otro sorbo a mi bebida. Nunca estoy lo suficientemente borracha para tratar con este bastardo.

Los hombres no me inquietan. De hecho, he aprendido a jugar su juego, a escalar en sus filas y a arrebatarles sus posiciones hasta que algunos han argumentado que yo misma tengo una personalidad varonil.

Sin embargo, Kingsley está en la pequeña lista de los que me agotan cada vez que pienso en ellos o, peor aún, trato con ellos.

Compartir el espacio con él es similar a ser empujado bajo el agua durante minutos.

Siempre hemos chocado. Siempre, carajo. Soy el ángel en el hombro de Nate, el que es tan diplomático como él cuando se trata de tratar los asuntos delicados de la empresa y la visión futurista. Un hecho que molesta a este imbécil porque es del tipo ofensivo.

El tipo de golpear primero, presentar cargos después.

El tipo de puñetazo cuando están en el suelo.

En resumen, la violencia es su segundo nombre y la diplomacia ha abandonado el edificio de su cerebro egoísta e infernal.

—La boda no ha terminado —le digo en el tono dulce que lo pone de los nervios—. Creo que eso significa que me quedo.

Sus ojos brillan y eso resalta los tonos de azul oscuro y gris tormentoso que hay en ellos. Tienen la intensidad de un huracán marino, al que ni siquiera los piratas podrían sobrevivir. Y cuando me mira con su estúpido complejo de dios, es como si dirigiera esa energía destructiva hacia mí con el único propósito de destruirme.

—Te diré algo, bruja. ¿Qué tal si te vas y nos ahorras la desagradable visión de ti?

—Me niego.

—O te vas o te denuncio por allanamiento.

Me pongo de pie, ya sin las rodillas débiles y definitivamente cargada para un desafío.

—Me han invitado. Tengo la invitación para demostrarlo.

—Como dueño de la propiedad, puedo revocar mi hospitalidad en cualquier momento.

—Si esa palabra y tú se encontraran en un callejón, se dispararían y salpicarían de sangre tus preciosos zapatos italianos.

Su rostro sigue siendo el mismo: sin tiempo, sin emoción y sin piedad. Con el sol a sus espaldas, parece tan ominoso como una vieja capilla gótica.

—Han pasado dos minutos desde que anulé mi invitación, que debería haber servido para salir de mi propiedad.

—No me iré hasta que felicite a mi hija por su boda.

—Te refieres a *mi* hija.

—Yo soy la que la dio a luz.

—Soy el que la ha criado durante los veinte años que has estado fuera.

—¡Por milésima vez, pensé que estaba muerta!

—Por milésima vez, no me importa un carajo.

Los dos respiramos con dificultad. O yo lo hago. El imbécil de Kingsley Shaw no tiene problema en hacer sentir a alguien más pequeño que una pobre mosca en su hombro antes de asesinarlo brutalmente.

Es el tipo de abogado que aconseja a sus clientes no transigir, incluso cuando la otra parte acata sus exigencias.

"Conseguirás más si demandas" es su famosa frase, la perdición de la existencia de la oposición, y la razón de su despiadada reputación de diablo.

No es de extrañar que sea el as de la defensa penal en todo el país, si no en el mundo.

Pero si cree que sus métodos de imbécil van a funcionar conmigo, es que no me conoce realmente.

O hasta dónde llegaré para ganarme la confianza de mi hija.

Para formar parte de su vida y compensar los veinte años que perdí.

Recupera un viejo Zippo dorado y lo abre y lo cierra.

—O has utilizado tu sangre de bruja para invocar un clon de ti misma o sigues aquí. ¿Prefieres que la policía te saque a rastras?

—¿Y arriesgarte a una conmoción en la boda de tu propia hija?

—Pequeños sacrificios por un bien mayor.

—Eres increíble.

—Y tú sigues aquí.

—Me voy —digo con una calma que no traiciona mi necesidad de apuñalarlo con el objeto afilado más cercano. Porque, a diferencia de él, no quiero problemas en la boda de mi hija.

—No estás caminando.

—Solo me iré después de felicitar a Gwen y Nate. Ni un minuto antes.

—Permíteme declinar la oferta. Vete a la mierda antes de que te haga arrestar.

—Entonces voy a vandalizar algo al salir.

—Entonces te demandaré.

—No tienes motivos ni testigos, ni un caso sólido. Además, tiene mala prensa demandar a tu propia subordinada, por no mencionar que crea un ambiente de trabajo hostil. —Me revuelvo el cabello—. De nada por el recordatorio.

—La mala prensa significa una mierda para mí. Y no serás mi subordinada por mucho tiempo. —Da un paso adelante hasta que se eleva sobre mí, robando el aire y sustituyéndolo por su maldito y estúpido aroma—. Haré que te echen de mi empresa, aunque sea lo último que haga.

Si sus ojos fueran láseres, estaría incinerada ahora mismo.

No es ningún secreto que Kingsley y yo nunca nos hemos llevado bien, pero desde que se enteró de que soy la madre de Gwen, ha salpicado mi camino con minas, cables trampa y una dosis insana de sabotaje.

Me odia con una pasión que se parece a la forma en que detesta a su madrastra. Y no lo entiendo.

No es que tuviéramos ninguna relación antes de concebir a Gwen, y definitivamente no nos separamos con mala sangre entre nosotros.

Fue una noche. Nada más y nada menos, a diferencia de lo que la versión joven de mí intentaba pensar.

La verdad es que. Kingsley y yo somos las personificaciones del agua y el fuego. Coexistir es imposible. Una relación sana es mítica.

Nate me dijo que Kingsley actúa así porque es sobreprotector con Gwen y no quiere que se la quite. Pero si el imbécil tuviera alguna neurona lógica, sabría que nunca intentaría eso.

Fue su único padre durante veinte años, y nadie podía ocupar su lugar en su vida, y menos aún, la madre que acaba de entrar en escena.

—Buena suerte en el intento, Kingsley. Tengo curiosidad por ver cómo te va.

—Puede que quieras afilar esa armadura tuya, bruja. La necesitarás cuando busques trabajo en un bufete de segunda categoría.

—¿Qué es eso? —Me cubro la oreja, fingiendo un esfuerzo—. No escucho una mierda. —Vuelvo a sonreír, tan dulcemente que su ojo palpita. Es una reacción de asco, o de enfado, no lo sé y no me importa mientras me doy la vuelta y me voy.

Mis pulmones se llenan de aire después de haber sido asfixiados por su olor durante más tiempo del que debería considerarse saludable.

El imbécil tiene que dejar de hablarme y de consumir el ochenta por ciento de mis reservas de energía.

¿Y podría parecer menos intimidante físicamente en el proceso? Aunque creo que se trata de su presencia y carisma más que nada. Nunca he considerado intimidantes a los hombres guapos.

Obviamente, él es la maldita excepción.

Estoy a punto de prepararme mentalmente para mi breve encuentro con Gwen cuando mi teléfono vibra en mi bolso.

Lo recupero con la intención de silenciarlo, pero el nombre que parpadea en la pantalla me hace detenerme.

Es del Correccional de Attica.

Mi pulso se dispara al responder:

—Leblanc al habla.

Una larga pausa se extiende entre nosotros y, si no fuera por la estática, pensaría que nos hemos desconectado.

La voz del viejo guardia masculino llega hasta mí en un tono bajo.

—Tengo una noticia desafortunada, Sra. Leblanc. El tribunal ha decidido conceder al Sr. Locatelli una audiencia de libertad condicional. Esta vez, su padre probablemente la ganará.

La mano que sujeta mi teléfono cae a mi lado, y las lágrimas que he estado conteniendo durante toda la ceremonia se acumulan en mis párpados.

Y así, la pesadilla se reinicia.

2

Kingsley

Voy a matar a alguien.

Preferiblemente mi ex mejor amigo, que actualmente vive de prestado.

Con un mazo.

O mejor aún, podría ahogarlo en una piscina de ácido.

Todos los invitados han abandonado poco a poco mi propiedad después de consumir mi comida y mi alcohol y de casi dar un golpe de estado para entrar en mi infame bodega.

Intenten de nuevo dentro de un siglo, hijos de puta.

Hay una pequeña lista de personas que han llegado a probar mi vino de décadas que se remonta a la primera generación de los Shaws.

Nate, pero solo cuando tenía el privilegio de ser mi amigo. Ahora, solo es un imbécil que me robó a mi hija.

Dicha hija cuando celebró su vigésimo cumpleaños.

Y yo.

Ahora, toda la lista se reduce a mí.

Y el diablo que actualmente está haciendo cosas pervertidas al ángel mudo en mi hombro.

Una parte del personal zumba de un lado a otro, ordenando la recepción con la diligencia de las abejas obreras, anunciando no verbalmente que el temido día ha terminado.

O tal vez no.

Me quito la pajarita, la tiro en la silla más cercana y saco mi Zippo del bolsillo de la chaqueta. Las ganas de fumar un cigarrillo son casi más fuertes que mi impulso de golpear la cabeza de Nate contra el objeto más cercano.

No soy una persona que se rinde.

De hecho, dejar de fumar y yo no compartimos el mismo universo. Así que, aunque no he fumado en veinte años, desde que un pequeño bebé con ojos de arco iris apareció en mi puerta, el tabaco sigue siendo una parte de mí.

Un gran cuerpo cae en la silla frente a mí, con la apariencia de un payaso con una orquídea de vainilla en el bolsillo del pecho que Gwen definitivamente pegó allí.

Nate es un hombre alto y un centímetro más alto que yo, como le gusta recordarme, pero es más delgado. Lo que le falta de músculo, lo compensa con su cerebro y su aburrida diplomacia.

Este hijo de puta nunca ha perdido un caso en su vida, tiene el récord inquebrantable de una tasa de éxito del cien por cien, y aparentemente, también tiene el corazón de mi hija cuando no tenía por qué hacerlo.

Me observa con esa mirada perdida que podría competir con la de un monje de ochenta años. Nate huele a especias, a maderas y al puto perfume de vainilla de Gwen.

Y no, no me gusta olfatear a la gente para divertirme, pero tengo una nariz demasiado sensible desde que tenía trece años y me golpeó un olor a podrido.

Así es como sabría si este bastardo necesita una nueva golpiza en el momento en que empiece a oler a cualquier cosa que no sea Gwen.

—¿Mal humor?

—Mal momento. No me hables a menos que quieras sufrir suficiente daño corporal para cancelar tu luna de miel.

Nate ni siquiera reacciona a mi tono grosero, permaneciendo tan inmóvil como una roca.

—Encantador como siempre, King. Será mejor que bajes el tono de la psicosis o Gwyneth sospechará que algo va mal. Puedes estar loco siempre que quieras, excepto en su gran día.

—Estoy bajando el tono, teniendo en cuenta el hecho de que todavía estás respirando... por ahora.

—Pensé que ya me habías aceptado como yerno.

Porque mi ángel se estaba deprimiendo y demostró con hechos más que con palabras que no puede vivir sin este maldito bastardo.

Y bien, sé que él también la ama, lo que habría sido una blasfemia en sus planes de vida no hace mucho tiempo.

Aun así, no cambia el hecho de que es un ladrón que me arrebata mi pequeño milagro.

Para bien.

Me niego con vehemencia a admitir que exista algún tipo de codependencia entre Gwen y yo o que perderla sea similar a retroceder a la versión melancólica y perdida de mí mismo que era antes de que ella entrara en mi vida.

—Estás en periodo de prueba, así que deberías empezar a contar tus días y revisar tu testamento, que más vale que todo lo que esté a tu nombre se lo dejes a Gwen.

—¿Alguna vez pensaste que no me quiere por mi dinero? Tal vez sea algo más lo que busca…

—Ni siquiera termines esa maldita frase.

—Me refería a mi afecto y compañía, imbécil. Como si fuera a discutir contigo o con cualquier otra persona lo que hacemos mi mujer y yo. Saca tu mente de la cuneta.

—No habría estado allí en primer lugar si no nos hubieras puesto en esta maldita situación. ¿Por qué tenía que ser ella?

—Si respondo a eso, ¿me dirás por qué tenía que ser Aspen?

Abro mi Zippo, luego lo cierro y presiono mi pulgar contra el metal.

—¿Por qué tenía que ser qué?

—La mujer que dio a luz a tu única descendencia.

—Ese fue un error de borracho que cometí cuando estaba despistado, libertino y sin sentido común. Tan agradecido como estoy por Gwen, no recordaría esa noche, aunque me diera una bofetada.

—Permíteme que diga que son tonterías las tuyas y las de ella. —Una sonrisa de satisfacción cubre su rostro terriblemente simétrico que podría haber utilizado para convertirse en presidente si hubiera elegido la ruta política de su familia—. Puede que les haya permitido a Aspen y a ti alegar amnesia delante de Gwyneth, pero sé a ciencia cierta que ninguna cantidad de alcohol los haría olvidar todo. Además, si hubo sexo de por medio, ninguno de los dos estaba tan borracho.

—No sabía que eras un experto en los sabores sexuales y la actitud de borracho de la bruja residente. Te la has follado, ¿no?

—Y eso es de tu incumbencia porque...

—Eres el marido de Gwen, quien, según una prueba de ADN, resulta ser la hija de esa bruja. Tengo la obligación moral de detener cualquier mierda de perversión madre-hija que estés tratando de satisfacer.

—La palabra *moral* nunca ha existido en tu vocabulario, así que, una vez más, digo que es pura mierda, así como tus excusas bien elaboradas, pero todavía endebles. ¿Por qué no me dices la verdadera razón por la que estás tan interesado en Aspen cuando aborreces el suelo que pisa?

—Si por interesarme en ella quieres decir que estoy interesado en expulsarla del planeta, entonces claro. Estoy buscando métodos para convocar a los alienígenas mientras hablamos. Mis esfuerzos seguirán en pleno funcionamiento hasta que ella desaparezca y nos ahorre a todos su tediosa presencia.

—Si tú lo dices. —Vuelve a sonreír y yo estoy a punto de reorganizar sus rasgos y mandar a la mierda nuestra regla de “podemos pegar en cualquier parte menos en la cara y en la polla”.

Parece que he perdido la capacidad de mantener el control durante largos periodos de tiempo desde que desperté del coma hace un par de meses. Un coma que solo duró unas semanas, pero que me costó mi hija porque se casó con este bastardo durante el mismo.

Sí, la razón principal del matrimonio era proteger mis bienes y bla bla bla, pero acabaron enamorándose de verdad. Intenté múltiples estrategias para separarlos, desde la manipulación, pasando por el divide y vencerás, hasta la pura violencia.

Obviamente, eso no funcionó.

Y todo por el maldito coma en el que acabé debido a un accidente que ocurrió justo después de recibir noticias inquietantes sobre la identidad de la madre de Gwen. Había contratado a más investigadores privados de los que podía contar para encontrar a la mujer que abandonó a un bebé de un día en la puerta de mi casa cuando yo tenía diecisiete años, a punto de cumplir los dieciocho. Y mientras ese bebé se convertía en mi mundo, necesitaba acorralar a la mujer que pensaba que podía salirse con la suya al abandonarla.

Todos los anteriores investigadores privados que se habían encargado del trabajo eran incompetentes, así que imagina mi maldita sorpresa cuando el último no solo descubrió su identidad, sino que me dio el nombre de la bruja Aspen Leblanc.

El mismo Aspen que tiene la costumbre de enemistarse conmigo por deporte.

La misma Aspen a la que conozco desde hace siete años, desde que Nate y yo empezamos Weaver & Shaw y él decidió que era un buen aporte para añadir a nuestro arsenal.

Naturalmente, no creí al investigador privado, pero tenía la prueba de ADN para demostrar que, efectivamente, es la madre de mi ángel. Y ese conocimiento me hizo perder el control de mi auto y el choque me hizo entrar en coma.

Un coma al que sobreviví físicamente, pero cuyas repercusiones aún me golpean en la cara. En retrospectiva, la bruja es la razón de este matrimonio y de mi constante necesidad de cortar la polla de Nate al estilo de una película snuff.

Mi plan se detiene cuando una nube de perfume de vainilla nos rodea. Gwen aparece junto a Nate y se ha puesto unos pantalones cortos vaqueros, un top holgado y sus características zapatillas blancas, que sin duda llevaba antes con su vestido de novia.

Nate se levanta y ella entrelaza su brazo con el de él y lo mira. Cuando sonríe, sus ojos de arco iris brillan con una miríada de colores.

—Estoy lista, marido.

Mátame, por favor.

O a él.

Cualquiera de los dos serviría, pero preferiblemente él.

Cuando conocí a Nate en el instituto, no pensé que llegaríamos a este punto de nuestra relación. Solíamos ser rivales y nos peleábamos mucho en los rings clandestinos para expulsar la presión que nos ejercían nuestras dos familias.

Más tarde, nos dimos cuenta de que nuestros métodos destructivos se aprovecharían mejor si los utilizáramos para conquistar el mundo.

Así es como empezó nuestra asociación y habría sido perfecta si no fuera por el pequeño detalle de que me quitó a mi hija.

Dicha hija saca su teléfono y frunce el ceño como solía hacer siempre que esperaba las actualizaciones de su banda favorita.

—¿Qué pasa? —Nate le pregunta antes de que yo pueda y sigue subiendo en mi lista de mierda.

Ahora está cómodamente sentado en la posición número tres.

Justo después de mi madrastra del infierno y de la bruja cuyo único mérito es dar a luz a mi ángel.

—Oh, nada. —Gwen hace esa risa falsa que se le da fatal y se mete el teléfono en el bolsillo.

—¿Se trata de Aspen? —pregunta, y en el momento en que ella se estremece, abro lentamente mi Zippo para impedirme apretar el puño.

Por mucho que me guste pensar que soy suficiente para mi angelito, he aprendido por las malas que lleva añorando a su madre ausente desde los ocho años. Fue en esa época cuando se enteró por casualidad de que su madre no había muerto como yo le había mentido y que en realidad la había abandonado en mi puerta sin más que una mísera nota, una fina manta y lágrimas.

Gwen quería una madre y tenía las charlas de sueño para demostrarlo incluso antes de saber que era Aspen. Ese hecho y otros, como el hecho de que Aspen afirmara que creía que su bebé había muerto, hicieron que Gwen se acercara poco a poco a su madre.

A pesar de mis intentos no tan sutiles de pintar a la mujer como el engendro favorito del diablo.

Gwen mira entre nosotros con una mueca de dolor.

—No... sí... quiero decir, ¿te la has encontrado? Estoy bastante segura de haberla visto durante y después de la ceremonia, pero no estuvo en la recepción, ¿verdad?

—No, porque huir es lo que mejor sabe hacer esa mujer —digo con frialdad, apagando mi Zippo.

—Eso no es cierto —contesta Nate con tranquilidad—. King la echó.

Eso es todo. Este maldito morirá mientras duerme esta noche.

—¿Papá...? —Gwen me mira con ese mohín que es capaz de atravesar mi corazón de piedra negra.

—No la eché. Solo le recordé que mi hospitalidad no es infinita y que me estaba acercando a mi límite. Pero no creí que necesitara contarle a Nate para aclararlo.

Así que sí, la eché, pero no creí que fuera a cumplir. Nunca lo ha hecho en el pasado, e incluso se marchó con esa exasperante confianza snob, como si el mundo fuera su campo de batalla y yo un mero recipiente en él.

Estaba tan seguro de que haría lo que prometió, pero desapareció sin dejar rastro.

O tal vez sí dejó un rastro, ya que se lo contó a Nate, que me observa con una sonrisa lenta.

—Ella no te delató. Te vi tratando de lanzar tu peso con ella después de la ceremonia.

—Solo estaba *hablando* con ella.

—Tratando de intimidarla.

—Oye, imbécil, ¿de qué lado estás?

—De Gwyneth. Ella quería que su madre estuviera aquí hoy y tú no tenías nada que hacer para echarla.

Mi hija vuelve a lanzarme esa mirada de cachorro pateado que me hace sentir más bajo que la puta tierra.

Nunca ha ido contra mí, excepto cuando se trata del bastardo que está a su lado. Y estoy empezando a pensar que Aspen pronto pertenecerá a la lista de “Personas por las que Gwen se enfrenta a su padre”.

Aunque le dolió su ausencia, sigue observando a Aspen desde lejos y a menudo le pregunta a Nate por ella.

Nunca me pregunta, porque sabe que no hay amor perdido entre la pelirroja y yo.

El teléfono de Gwen se ilumina en su mano y sonríe, luego se aclara la garganta y responde:

—¿Hola? ¿Asen?

Hablando del maldito diablo.

Me refiero a la bruja.

Mi ángel escucha durante algún tiempo, pateando una roca imaginaria y apretando el brazo de Nate, y luego dice:

—Está bien.

Se muerde el labio inferior y susurra un tímido:

—Gracias.

En cuanto cuelga, mira a Nate y le suelta:

—Nos ha felicitado por la boda y se ha disculpado por irse tan pronto. Dijo que le surgió un imprevisto y tuvo que irse.

—¿Algo inesperado? —Nate frunce el ceño—. Ella no habría dejado tu boda por nada... a menos que...

—¿Qué? —Gwen pregunta.

—Nada. —Le sonríe y luego me mira fijamente.

No tiene que decir las palabras para que yo entienda el significado.

Algo mucho más importante que la boda de Gwen sucedió. Y teniendo en cuenta la exasperante intención de esa mujer de formar parte de la vida de su hija, mi opinión es que es algo peligroso.

Tal vez sea mi oportunidad de sostener algo sobre su cabeza.



Cualquiera que me haya conocido sabe que soy propenso a la violencia, a explotar las cosas finas y que tengo una disputa interminable con mi madrastra.

Nuestros trapos sucios están en todas las noticias, junto con su cara con botox y mi condición de inmortal *de Forbes*.

A diferencia de lo que otros piensan, el pecado original de Susan Shaw no fue chuparle la polla a mi padre ni adorarla por su vestuario de Chanel. Fue su atrevimiento de arrebatarle el puesto a mi madre, echarla de la casa que llamaba hogar y, finalmente, llevarla a cortarse las venas.

Ser una cazafortunas no era suficiente, así que se elevó a la categoría de esposa. Eso pudo haberle dado algunos de los miles de millones de mi padre, pero también le presentó su propio infierno a medida.

A mí.

Se dice que la venganza es un plato que se sirve frío, y tengo la intención de hacer que la sangre en las venas de esa mujer se congele hasta que desee la muerte.

Llego al acto benéfico que organiza una de sus amigas -sin invitación- entre los flashes de los paparazzi.

El organizador se pone nervioso cuando le enseño mi abultado cheque de donación y no tiene más remedio que dejarme entrar.

Podría haber pedido una invitación de antemano, pero eso habría matado el elemento sorpresa. Nate dice que me gusta hacer las cosas de la manera difícil, pero eso es solo porque la manera fácil es más aburrida que el sueño.

Ser apuesto, rico y tener una actitud de "joder" me ha puesto en numerosas listas, como la de "Papá que quiero follar". No estoy seguro de si eso se aplica a mi paternidad o significa que soy material de papá o ambas cosas. No hago honor a ese estatus ni a los otros con una pizca de cuidado.

El sexo se hace en mis términos, con acompañantes elegidas y solo después de que firmen un acuerdo de confidencialidad que básicamente vende su alma -o, más exactamente, su coño- al diablo.

También conocido como yo.

No devuelvo la sonrisa a ninguna mujer, no participo en ninguna forma de charla casual, y estoy seguro de que me importan una mierda las normas sociales a menos que jueguen a mi favor.

Cuando pido un whisky en la barra, unas cuantas chicas se dejan caer sobre sus tetas contemplando si se me acercan o no.

Patético.

El hecho de que duden las tacha inmediatamente de mi lista con un Sharpie rojo. No es que las hubiera tenido en cuenta si realmente hubieran hablado conmigo, pero habría demostrado que al menos tenían valor, un rasgo que habría admirado antes de aplastarlo y sus avances.

Solo una mujer merece mi tiempo, mis sonrisas y mis palabras. Gwen. Y la razón por la que ella es una excepción es porque mi sangre fluye por sus venas.

El baile benéfico se celebra en un salón extravagante con un ambiente de falsa socialité francesa. Los ventanales son una pobre imitación de *Le château de Versailles*. Las altas y ornamentadas tarimas parecen ser caras, pero tienen el aspecto aburrido de una rata de alcantarilla de la Edad Media.

Incluso el hecho de que pongan una barra con adornos de oro en el centro del espacio tiene un aire desesperado de "soy rico" que sin duda puede utilizarse para describir a Susan y a sus vanidosas amigas de la alta sociedad.

Miro fijamente mi reloj.

Tres, dos y... uno.

—¿Qué estás haciendo aquí?

Levanto la cabeza cuando mi némesis se detiene unos pasos delante de mí. Hubo un tiempo en que Susan era una hermosa mujer de cabello rubio arenoso y una forma de reloj de arena que utilizaba para seducir a cualquier polla disponible. Pero la belleza desapareció cuando se hizo mayor y tuvo desafortunados encuentros con los cuchillos de los cirujanos plásticos.

Ahora es un monstruo de silicona con labios fruncidos que están cerca de colgar a sus -no es una sorpresa- tetas falsas.

Sus ojos son brillantes, demasiado grandes para su cara, de un color demasiado turbio, como una casa abandonada en los barrios bajos.

Ah, y para empeorar las cosas, le gusta vestirse con tonos rosas chillones, como si su único propósito fuera hacer sangrar las cuencas de los ojos de la gente con la visión de su versión retorcida de Barbie. Su vestido para la noche es una pieza brillante que rinde homenaje al horrible rosa neón de los ochenta que debería tener su propia sección dedicada en el infierno.

Se da unos golpecitos en el dedo del pie en un movimiento de impaciencia que la hace parecer una niña petulante con problemas de control de la ira.

—Te he hecho una pregunta, Kingsley.

Doy un sorbo a mi Macallan y finjo que el hielo es una maravilla del mundo por descubrir antes de volver a centrar mi atención en ella.

—Oh, ¿estabas hablando conmigo? No me interesa. Inténtalo en el juzgado la próxima vez.

Los flashes de las cámaras se intensifican y no tengo que buscarlos para saber que nos enfocan. Las batallas que Susan y yo mantenemos en los tribunales son infames, despiadadas y francamente bárbaras.

Y como el único trabajo de la prensa es el chisme, son como perros que babean por el último hueso del Upper East Side.

Se acerca a mí, fingiendo una sonrisa que parece dolorosa por su última inyección de Botox, y luego habla en un susurro-grito para que solo yo pueda oír:

—¿Qué demonios quieres?

—Mi madre de vuelta. Pero a menos que pienses en dedicarte a la nigromancia como actividad secundaria, no podrás revivir a los muertos, así que me comprometo a verte sufrir hasta el último aliento que escupas de tus pulmones de silicona.

—No eres más que un niño pequeño atrapado en el cuerpo de un hombre. —Tiene el valor de sonreír como un villano de película de Disney de la lista C—. Tu madre tenía la personalidad de un chicle: dulce al principio, pero sosa con el paso del tiempo. Por no hablar de que se la podía tirar sin problemas. Así que, si echas de menos esa cosa sosa, ¿qué tal si le haces un favor al mundo y curas tus problemas con tu madre uniéndote a ella?

Mis dedos se tensan sobre mi vaso, pero si esta perra cree que puede sacarme una reacción, no ha sido arrastrada por suficientes tribunales.

—Tengo una idea mejor, que incluye despojarte de hasta el último centavo a tu nombre.

—Ese dinero es legítimamente mío.

—¿Legítimamente? Nunca trabajaste un día en tu vida después de casarte con mi padre. A menos que abrir las piernas y ser una esposa trofeo cuente, lo cual, alerta de spoiler, no cuenta.

—Solo estás celoso y amargado porque tu padre me eligió a mí en vez de a ti y a tu madre.

—Mi madre, tal vez, pero nunca sobre mí, Susan. Por mucho que hayas intentado manipular la mente del viejo, el hecho es que soy su heredero y el que ha heredado más del ochenta por ciento de su fortuna. Lección de vida para el día, el coño no compite con la sangre. Tal vez deberías haberme matado con esa almohada, ¿eh?

Ella palidece, sus labios tiemblan.

Cuando yo volvía loca a Susan por un maldito deporte, casi se pierde. Y el hecho de que fuera lo suficientemente manipulador como para que mi padre nunca me atrapara la convertía en una perra furiosa aún más.

Una noche, entró en mi habitación y me puso una almohada en la cara, pero desistió en el último segundo, probablemente recordando que mi padre la mataría con sus propias manos si hacía daño a su único heredero. Y yo era el único heredero que podía tener, ya que, a los pocos meses de casarse con Susan, tuvo un cáncer de próstata y, aunque la operación fue un éxito, tuvieron que extirparle la próstata y quedó permanentemente estéril.

Así que yo era el único Shaw que su polla podía traer al mundo. Y él era el tipo de hombre cerrado y anticuado que se negaba a engendrar hijos que no fueran de su sangre. Le dijo explícitamente a Susan que no habría adopción cuando ella se lo propuso y fue completamente inflexible al respecto, sin importar cuánto le chupara la polla.

Mi padre era un hombre indecente, el peor padre que ha existido, pero yo era su único tesoro. El legado para el que tenía grandes planes por puras intenciones egoístas.

“Kingsley es mi único hijo y heredero” es la frase que repetía a menudo y con la que abofeteaba metafóricamente el codicioso corazoncito de Susan.

Por eso pensó que podía deshacerse de mí esa noche. Pero se arrepintió, tiró la almohada y salió corriendo de la habitación con pasos silenciosos y frenéticos.

A día de hoy, no tengo ni puta idea de por qué me quedé quieto, haciéndome el dormido mucho después de que se fuera. Recuerdo muy bien los sentimientos de renuncia. Las preguntas de “¿y si esto pudiera acabar?” que pasaban por mi cabeza.

Eso fue unos meses después de la muerte de mi madre.

Y fui lo suficientemente ingenuo como para pensar en dejar que esta mujer lo tuviera todo.

Dicha mujer se acaricia el cabello y luego se agarra a su collar de diamantes.

—No sé de qué estás hablando.

—Sabes exactamente de lo que estoy hablando, y créeme, esa era tu única oportunidad de matarme. Ahora, cosecharás lo que sembraste.

—Sigo demandando los bienes gananciales.

—¿Es así?

—Tu padre me dio la casa y el treinta por ciento de sus propiedades. Eso incluye las acciones de Weaver & Shaw ya que usaste su dinero como porcentaje del capital.

—Susan, Susan —musito como si le hablara a un niño—. Si hubieras escuchado al idiota de tu abogado, aunque sea un minuto en lugar de ordenarle que presente demandas sin sentido, ya sabrías que demostré que mi padre estaba senil cuando escribió su último testamento un año antes de su muerte. El caso de libertad condicional sobre eso ha terminado y el juez falló a favor de ejecutar el testamento más reciente que él notarió cinco años antes de su muerte."

Lo que me da el control de su patrimonio, incluyendo la casa. Susan solo recibió un porcentaje de las propiedades que él poseía después de su matrimonio, que es menos del veinte por ciento de la fortuna total de Benjamin Shaw. Un veinte por ciento del que la despojaré más pronto que tarde.

En realidad, que sea más tarde. Quiero que siga demandando, esperando algo más y perdiendo todos y cada uno de esos casos.

—Ahora, por muy insoportablemente tedioso que sea hablar contigo, tu tiempo se ha acabado. Tal vez quieras empacar tu medicación para la noche que pasarás en la cárcel.

—¿Qué...?

Inclino la cabeza hacia los fotógrafos.

—Tengo al menos cien testigos y mil fotos para demostrar que has incumplido la orden de alejamiento. Estate atenta, Susan. La policía te sacará de aquí como la criminal que eres en unos cinco minutos.

Su rostro palidece y se esfuerza por mantener su sonrisa de plástico en su sitio. Si hay algo que Susan odia más que la falta de atención y el dinero, es poner en peligro su falsa fachada social.

Debe haber olvidado que, durante las pocas semanas que pasé durmiendo como una versión distorsionada de una momia, Gwen le pidió a Nate que presentara una orden de alejamiento contra mi querida madrastra por miedo a que me causara daños físicos mientras estaba en coma.

Lo cual fue inteligente. Esta mujer no está por encima de inyectar ácido en mis venas. Incluso se tomaría fotos con mi cadáver y las guardaría como preciosos recuerdos.

Uno de mis pocos arrepentimientos sobre ese desafortunado estado de coma, aparte de que Nate se enamore de mi hija, es haberle dado una pausa a esta mujer.

Susan echa un vistazo a la horda de periodistas corruptos que observan todos nuestros movimientos.

—Esto no ha terminado, demonio —sisea en voz baja, y luego se va en una nube de rosa, de repugnante perfume de rosas y de horribles recuerdos.

Vacío el contenido de mi vaso de una sola vez y lo deslizo por el mostrador hacia el camarero, que parece haber estado esperando que estalle una guerra nuclear.

Asiente con la cabeza, pareciendo medio temeroso, medio decepcionado, antes de verter el líquido ámbar.

Recupero mi Zippo y lo abro, y es como si pudiera respirar el penetrante olor del puro de papá. Solía tener una peculiar afición por las cosas más finas, incluidas las mujeres, el vino y los puros.

Mamá encargó este Zippo dorado de edición especial para su cumpleaños cuando yo tenía unos cinco años. Recuerdo su alegría y cómo solo lo usaba para encender sus cigarros.

Cómo sonreía mi madre con orgullo y felicidad apagada.

Hasta que no lo hizo.

Hasta que tiró el Zippo, junto con su ropa al césped, cuando la echó de casa.

Hasta que sostuvo este maldito objeto en su mano durante los últimos momentos de su vida.

Este Zippo es un recuerdo de la traición de mi padre, de las vanas esperanzas de mi madre y de su corta vida.

Agarro el nuevo vaso de whisky, con la intención de bebérmelo y marcharme. Mi misión por esta noche ha terminado, y puedo volver a casa, darle al bolso durante una hora o así, y fingir que la casa no parece un cementerio sin Gwen en ella.

Han pasado dos días desde su boda y solo me ha llamado una vez al día. Al parecer, no encuentra tiempo para mí ahora que está de luna de miel.

Me detengo con el vaso a medio camino de la boca cuando veo una melena roja exasperantemente familiar. Es el color de los volcanes en erupción, de las brasas furiosas y del papel pintado favorito de Satán.

Aspen está de pie en medio de un grupo de hombres, escuchando lo que seguramente es una tontería. Lleva un vestido negro que se amolda a sus voluptuosas curvas en plan "puedes mirar, pero no puedes tocar".

Sostiene una flauta de champán con la elegancia de una diosa antigua y sonríe con fingido interés.

Puede que Aspen haya heredado la maldad de sus antepasados, pero también su belleza que destroza el alma. Del tipo que utilizaban para atraer a los hombres y darse un festín con sus hígados, corazones y pollas.

Tiene el tipo de presencia que roba la atención de todos. Y no tiene mucho que ver con sus pómulos definidos que podrían cortar piedras, la forma en que sus ojos reflejan tanto la tierra como el sol, o cómo sus labios carnosos quedarían perfectos con una polla en ellos.

Es su confianza, su delicadeza y su exasperante determinación.

Es un infierno y lo peor es que lo sabe y lo lleva como una corona.

Y aunque ella no es mi tipo ahora, puedo ver por qué mi joven yo usó su polla a modo de energía cerebral cuando se enrolló con ella.

Es un rompecabezas que cualquier hombre querría resolver.

Un caballo salvaje que se esfuerzan por domar.

Eso es lo que intentan hacer los putos lamentables que se la están comiendo con los ojos. Por desgracia para ellos, ella mastica su testosterona para el desayuno.

Asiente con la cabeza, se excusa de su círculo como el Rey Arturo, comprueba discretamente su entorno y se dirige a las escaleras.

No pienso en ello mientras abandono mi vaso en la encimera y la sigo.

Aspen y yo no somos íntimos; de hecho, somos todo lo contrario a íntimos. Pero la conozco desde hace suficientes años como para reconocer cuando está tramando algo.

Y que me condenen si pierdo la oportunidad de hundirla.

Con corona y todo.

3

Aspen

La mente humana olvida.

Es un mecanismo de defensa, un proceso de curación y una necesidad para impulsarse.

No soy de las que olvidan.

Tengo archivos y archivos de expedientes almacenados ordenadamente en mi cerebro con etiquetas de nombres y recuerdos podridos.

Pero incluso yo he caído presa de la necesidad de la mente de seguir adelante. Incluso yo he empezado a desdibujar el hedor del infierno de mi infancia en el gueto y todo lo que ocurrió entre sus paredes.

He vivido los últimos veinticinco años de mi vida mirando por encima del hombro, contando los días del calendario y, más tarde, emborrachándome en una tumba que creía que era la de mi hija.

He vivido veinticinco años esperando, sobreviviendo y aguardando este día.

El día en que el monstruo de mi padre volvería a ser liberado en el mundo, veinticinco años más viejo, más sabio y más mortífero.

No tengo dudas sobre quién será su primer objetivo una vez que obtenga la libertad. Me lo dijo el día que lo arrestaron.

—Volveré por ti, mi dalia roja. Que corras o te escondas no tendrá ningún efecto en el resultado final.

Así es como solía llamarme. Una dalia roja, el peor color para esa flor, que encierra el significado de la traición y el engaño.

Algo que mi padre y yo compartimos en nuestro ADN.

También compartimos la creencia de que esconderse es inútil. En el pasado, solía pensar que huir era mi mejor opción. Por eso me hice amigo de su guardia o, mejor dicho, lo soborné para saber cuándo salía mi padre.

Mientras tanto, recibí noticias sobre toda la gente que mató mientras estaba dentro. Que un monstruo esté encerrado no significa que el peligro que representa haya desaparecido.

Planeé huir en cuanto saliera. No tenía nada que me retuviera en los Estados Unidos y planeé mi nuevo comienzo en otro país. Me llevaría mi experiencia y aplastaría metas diferentes.

Pero eso fue antes de descubrir que mi hija no está en la falsa tumba en la que me emborracho cada año.

Eso fue antes de "conocerla" y de que me dieran otra oportunidad para arreglar las cosas.

Si huyo, también podría firmar un contrato de abandono y darle al imbécil de Kingsley la satisfacción de decir "te lo dije".

Lo cual no es una opción.

Ser aceptada como madre de Gwen es mi nueva meta en la vida y podría ser también mi vocación, mi significado y lo que me da el poder de levantarme cada día.

Y para conseguirlo, necesito enfrentarme al demonio que lleva mi misma sangre.

Bruno Locatelli es un made man, un sicario de una influyente familia del crimen italiana, y tiene un culto de asesinos que rinde culto en su monstruoso altar.

Ha estado haciendo negocios como de costumbre desde la prisión sin ningún contratiempo. De hecho, ha permanecido allí por orden de sus jefes, asumiendo la culpa de algunos de los delitos de los altos cargos como debe hacer un made man.

Ahora, será recompensado por sus servicios y se le dará el poder por el que se ensangrentó las manos durante todos estos años.

Pero antes de que pida mi cabeza como sacrificio, necesito protección.

Por eso estoy en este baile benéfico.

Tras una ronda de insoportables charlas, subo las escaleras hasta donde vi que se dirigía mi objetivo.

Me detengo al doblar la esquina cuando veo a dos hombres musculosos que escudriñan la zona con ojos totalmente devotos de la humanidad.

En mi línea de trabajo, veo gente como ellos todo el tiempo. Hombres que están tan lejos que se deterioran hasta la categoría de animales.

Y lo peor es que se sienten totalmente cómodos así.

Como mi padre.

Mi objetivo sale del baño, con un aspecto refinado en su traje italiano de tres piezas hecho a mano y zapatos de cuero a juego.

Se mueve con la seguridad de un hombre que es consciente de que el mundo está al alcance de su mano y las personas son meros recipientes a su disposición.

En cuanto dobla la esquina, finjo tropezar y derramar mi copa de champán medio llena sobre su caro traje.

Un destello de movimiento es toda la advertencia que recibo antes de que me estrellen contra la pared más cercana, con las dos manos bloqueadas en la espalda. La copa de champán cae al suelo y mi cara se estrella contra la superficie. Aunque estaba preparada para una reacción así, no firmé para que me rompieran el pómulo.

—Lo siento, no era mi intención —digo con la voz medio apagada, pero mis palabras no van dirigidas al guardia que me está empotrando la cabeza contra la pared.

Son para el hombre que ni siquiera ha mirado su ropa mojada y me observa con una atención desconcertante.

—Yo pagaré la tintorería —ofrezco, mi voz aún tranquila, considerando mi situación.

Me han maltratado innumerables veces, pero ni una sola vez me he acobardado como un gatito asustado. Sin embargo, me sigue poniendo de los nervios.

Atrapo a mi objetivo desviando la guardia y me suelta con no demasiada delicadeza, dejando lo que seguro son moratones en mis muñecas.

Pequeños sacrificios.

Me doy la vuelta y me encuentro cara a cara con nada menos que Nicolo Luciano.

El subjefe de la familia del crimen Luciano.

La décima generación de un linaje de señores del hampa que han dirigido la ciudad de Nueva York durante casi un siglo.

Tiene una calma aterradora, una belleza envuelta por el hedor de la sangre y la decadencia del dinero podrido.

Es un golpe de oscuridad: cabello negro, ojos oscuros y una expresión sombría que podría usarse como arma letal.

—Lo siento de verdad. —Cuido mi tono ligero, haciendo una mueca de dolor al ver su chaqueta empapada.

—No, no lo haces. —Habla con un toque de acento italiano refinado, como de aristocracia—. Hiciste eso para llamar mi atención, y lo conseguiste a costa de mi ropa que vale más que venderte en el mercado negro de partes del cuerpo. Así que, ¿qué tal si nos ahorras las tonterías a los dos y me dices por qué te interesa mi atención? Piénsalo bien, porque de la respuesta depende tu sustento y tu próxima dirección de envío.

Trago saliva, dándome cuenta de que quizá he mordido más de lo que puedo masticar. Pero no me planteo echarme atrás. Mis posibilidades de ser una madre digna de Gwen dependen de ello.

—Me llamo Aspen Leblanc, y me quieres en tu equipo legal.

Levanta una ceja.

—¿Y qué te hace pensar que estoy contratando?

—Nada, pero deberías hacerlo.

—Explícate, y hazlo rápido y convincente. Tu código postal está cambiando mientras hablamos.

Levanto la barbilla, adoptando mi voz de abogado.

—Me he dado cuenta de que solo tienes abogados penalistas a tu lado y, aunque éstos son buenos para sacar a un subordinado de la cárcel o en caso de asesinato, son absolutamente inútiles cuando se trata de obtener beneficios. Necesitas un abogado civil, uno especializado en derecho empresarial, para acabar con las disputas legales, las huelgas y conseguirte una indemnización estatal. También soy capaz de encontrar lagunas fiscales para ti.

—Puedo conseguirlos a mi manera.

—Eso es cierto, pero es más rentable y menos problemático si dejas que un abogado con experiencia se haga cargo. Como estás legitimando parte de tu negocio, quedará bien sobre el papel si se encarga un asesor legal adecuado.

—Veo que has hecho tu investigación.

—He hecho más que eso y sería capaz de poner fin a la huelga de trabajadores de una semana en su fábrica de metal en el centro de la ciudad a partir de mañana si me contrata.

—¿Y?

—¿Y qué?

—La trampa, Sra. Leblanc. ¿Cuál es?

—Cuatro veces mi tarifa por hora por cada operación turbia que haga para ti.

Hace una pausa.

—Pensé que usarías métodos legales.

_Puede que tenga que utilizar métodos ilegales para llegar hasta allí, y quiero que se me compense plenamente por ello.

—Doble.

—Triple.

—Doble y permiso para seguir viva mientras seas útil.

—Doble y protección mientras estoy en tu mundo.

Hace una pausa en eso.

—¿Tienes una diana en la espalda?

—De su sicario, sí.

Levanta una ceja.

—Explícate, y no omitas ningún detalle, porque uno de mis hombres está comprobando tus antecedentes mientras hablamos.

—Bruno Locatelli es mi padre, y estará tras mi cuello tan pronto como sea liberado.

Los labios de Nicolo se mueven.

—Eres la dalia roja que ha estado vigilando.

Se me cierra la garganta y hace falta toda mi buena voluntad para no asustarme. Pensé que había escapado de su mundo el día que dejé la casa de la tía Sharon y el tío Bob.

Pero Nicolo acaba de decir que he estado en su radar todo este tiempo. No debería sorprenderme, pero mi cerebro debe haber borrado el detalle de lo peligroso que es mi padre. Debe haber tratado de autoconsolarse pensando que nuestras vidas han estado separadas hasta ahora.

—Verás, Bruno ha sido leal y lucrativo para el negocio familiar durante décadas. Mucho antes de que tú nacieras. Tienes que ofrecer mucho más que él para que yo considere siquiera torcerle el brazo en sus asuntos familiares privados.

—Dame una oportunidad y no te decepcionarás.

—Más vale que no sea así o firmaré personalmente tu certificado de defunción.

—¿Significa eso que me darás una oportunidad?

—Lo haré, después de que termines la huelga por la mañana.

—Gracias. —Me acerco a él para estrecharle la mano, pero una vez más se me corta la respiración.

Su guardia me inmoviliza contra la pared, escupiendo:

—No te has ganado el permiso para respirar tan cerca del Jefe.

Ugh. Este idiota realmente necesita entrenar mejor a sus perros.

—Entiendo... —murmuro para librarme de su agarre.

Espero que Nicolo le llame la atención, pero el peso del guardia desaparece de mi espalda en un súbito soplo de aire.

Thwack.

¡Thud!

Me doy la vuelta y encuentro al guardia en el suelo, agarrándose la nariz que sangra. Sobre él está el diablo residente de mi infierno hecho a medida, con su característico traje negro, mocasines italianos hechos a mano y una expresión propia de un vampiro hambriento de sangre.

Me pregunto si este es el aspecto que tenía bajo esa máscara de Anonymous hace veintiún años.

Un señor oscuro con sed de violencia.

No se me escapa la ironía de que vuelva a golpear a alguien en mi presencia. A diferencia del Joker de entonces, el guardia se pone de pie, levantando el puño. El otro guardia saca una pistola y la pone en la nuca de Kingsley.

O este hombre no tiene ninguna consideración por su vida o está mucho más loco de lo que pensaba, porque se limita a sonreír a Nicolo con aire de jefe rebelde de los bajos fondos.

—Ahora bien, yo no soy machista y no voy a honrar lo de la fecha con ninguna forma de defensa, pero ¿no debería estar mal visto el uso de la violencia contra una mujer indefensa en su orgullosa cultura?

Eso es todo.

Este hombre está loco de remate con tendencias suicidas.

—Shaw —saluda Nicolo con un movimiento de cabeza a sus guardias.

—Luciano.

Los hombres se retiran rápidamente al lado de su jefe, y un suspiro sale de mis pulmones. Pensaba que estaba a unos segundos de presenciar cómo le volaban la cabeza a Kingsley, pero resulta que son conocidos.

Espera...

Miro fijamente entre ellos.

—¿Ustedes... se conocen?

—Nuestros padres eran amigos que tenían la costumbre de compararnos. —Kingsley sonríe—. A Nicolo le gustan las armas porque era pésimo con todos los demás juguetes, incluidas las mujeres.

—Y, sin embargo, tu mujer vino a pedirme ayuda.

—No soy su mujer.

—No es mi mujer —dice al mismo tiempo y nos miramos fijamente.

De frente.

Maldito sea este imbécil y cualquier vudú que posea para quitarme la energía.

Siempre que estoy en su órbita, me cuesta todo lo que hay en mí para mantener el control que he cultivado durante décadas.

Es desconcertante y desestabilizador, y no hay cura a la vista.

Los labios de Nicolo se levantan en las comisuras como un gato que ha encontrado un ratón.

—La dejo entonces. Hasta mañana, Sra. Leblanc.

—Mañana verás mi cargo por agresión, hijo de puta —le informa Kingsley.

Nicolo se limita a sonreír mientras se da la vuelta y se marcha acompañado de sus guardias.

En cuanto desaparecen, me abalanzo sobre Kingsley hasta quedar codo con codo con él.

—¿Qué demonios fue todo eso?

Me mira fijamente con una ceja arqueada, canalizando un magnífico villano de moral negra.

—¿Es tu forma de decir gracias por salvarme, qué puedo hacer para mostrar mi gratitud?

—Gratitud, mi culo. ¿Quién te dijo que tenía problemas? Lo estaba haciendo bien.

—Claramente, a juzgar por tu anterior expresión de dolor que parecía una puta fingiendo un orgasmo.

—Tú eres uno de los que sabe, teniendo en cuenta todas las putas que tuvieron que fingir un orgasmo para acariciar tu ego del tamaño de la tierra.

—No me follo a las putas; se llaman acompañantes. Y créeme, ninguna de ellas ha tenido que fingir un orgasmo.

—Me sorprendería que fuera así, viendo tus tendencias egoístas y narcisistas.

—¿Vamos a fingir que no te di más orgasmos de los que podrías contar la noche que concebimos a Gwen?

El calor de mi cuerpo sube un poco a pesar de mí misma y hablo de forma mocosa para camuflar mi reacción.

—Lo único que recuerdo de esa noche es haberme ido. Supongo que tus habilidades para dar orgasmos son *así de* olvidables.

—Mentirosa. —Su voz baja a un tenor más grave y juro que puedo sentir su vibración en mi piel antes de que se asiente en la base de mi estómago—. Puedes hacer creer a todo el mundo que lo has olvidado, pero esta es la cuestión. No pertenezco a la lista de los engañados sin esfuerzo, cariño.

—No me llames así. *No* soy tu cariño. —Y odio que mi corazón lata tan fuerte que pueda escuchar los golpes en mi oído.

—¿Prefieres que te etiqueten como bruja?

—Prefiero mi nombre de pila.

—Es demasiado soso para que lo recuerde.

—¿Alguien te ha dicho que eres un idiota?

—¿En la última hora? Dos veces. Y antes de que preguntes, no. Por mucho que aprecie tu especial atención a mi polla, me temo que está cerrada para los negocios cuando se trata de ti.

— Es curioso. Recuerdo que estaba muy abierta al negocio y que te acostaste con ella dentro de mí.

Él sonríe y yo me maldigo internamente.

—Pensé que no te acordabas.

—Solo lo recordé después de despertarme. No durante.

—No te hagas la graciosa. Te embarazó cuando eras una adolescente.

El estómago se me revuelve a intervalos dolorosos con una consistencia intensa. Sus palabras, el significado que encierran, las emociones asociadas a ellas, van minando mi control de forma lenta pero segura. Sin embargo, Kingsley parece tan despiadado como un señor del demonio con una queja contra todo el mundo, incluido el infierno. Me gustaría poder quitarle la máscara de distanciamiento y ver qué tipo de lío está ocurriendo exactamente en su cerebro disfuncional.

Pero como no puedo hacerlo, y no quiero que la conversación se desvíe por ese viejo y minado carril, me aclaro la garganta.

—¿Qué relación tienes con Nicolo? No pensé que fueras amigo de un jefe de la mafia.

—Nicolo y yo compartimos la misma amistad entre un escorpión y una rana.

—Pero acabas de decir que tus padres eran amigos.

—No significa que hayamos mantenido el legado. Marco Luciano adoraba el camino del billón de dólares que recorría Benjamin Shaw y mi padre admiraba su poder ilimitado. Una conexión que Nicolo y yo aborrecíamos hasta que finalmente se rompió. Él se quedó en su mundo rodeado de sombras y yo conservé mis miles de millones, mis miradas cegadoras y mi eterno estatus de *Forbes*.

—Y la arrogancia, aparentemente.

—La arrogancia es exhibir mi estatus delante del mundo hasta que se atraganten con él. No soy arrogante, cariño. Simplemente soy asertivo sobre quién soy y lo que tengo.

Me detengo, mirándolo fijamente.

Como mirar realmente al hombre detrás de la apariencia de Apolo y el estilo de dios de la moda. Y entonces me doy cuenta.

Puede que Kingsley sea un tipo ruidoso al que le gusta hacer sentir su peso con la exasperante confianza de una deidad, pero no es un fanático de los medios de comunicación.

O atención.

O conferencias de prensa.

De hecho, se ha propuesto vivir su vida lo más lejos posible de sus ojos vigilantes. Nunca ha participado en sus mezquinos interrogatorios ni les ha dado la hora.

De hecho, es tan reservado como Nate y yo. Solo que no es silencioso, y definitivamente carece de la racionalidad que lo habría mantenido fuera de los focos si la hubiera practicado.

Pero, además, respira por las fuerzas antagónicas que le aporta el conflicto.

Su atención se mantiene firme en mí, y aunque su postura es relajada, no me engaña. Kingsley siempre será un depredador, listo para abalanzarse.

—Ahora, ¿me vas a decir por qué acudiste a Nicolo en busca de "ayuda", como él dijo tan elocuentemente?

—No veo cómo eso es de tu incumbencia.

—Lo es si eres un socio senior en, y no puedo enfatizar esto lo suficiente, *mi* firma.

—Tu firma y la de Nate.

—Eso es cincuenta por ciento asunto mío. Será cien por cien asunto nuestro si le digo a tu querido amiguito que estás pidiendo ayuda a la mafia.

Aprieto los dientes. Este imbécil sí que sabe cómo sacarme de quicio.

—Nate no tiene nada que ver con esto.

—Seré yo quien decida si le llamo o no en los próximos cinco minutos, dependiendo de tu respuesta.

—No estarás pensando en molestarlo en su luna de miel, ¿verdad?

—No si empiezas a hablar en... —Mira su reloj—. Los próximos cuatro minutos y medio.

—En primer lugar, jódete.

—Tus insinuaciones poco sutiles rozan lo obsesivo, pero divago. Segundo de todo...

—Solo necesito a Nicolo para algo.

—¿Cómo qué?

—No tienes que saberlo.

—Al contrario, definitivamente sí. Toda la verdad y nada más que la verdad.

—¿Desde cuándo eres un fanático de la verdad?

—Desde que aprendí que la fuerza del espíritu de un hombre se mide por la cantidad de “verdad” que puede tolerar, o más exactamente, hasta qué punto necesita que se diluya, se disfrace, se endulce, se silencie o se falsee.

Me quedo con la boca abierta.

—¿Acabas de citar a Nietzsche?

—¿Acabas de demostrar que sigues siendo una nerd?

—Y todavía te niegas a admitir que eres un fanático.

—No soy un fanático. Soy un observador. —Da un paso hacia mí y el aire se desvanece automáticamente. El espacio se aquieta, se intensifica y tiene suficiente tensión como para masacrar a alguien. Estoy tan acostumbrada a discutir y pelear con este hombre que suelo estar desprevenida cuando invade mi espacio.

Cuando soy la única presencia en sus ojos que comparte la letalidad de una tormenta y la intensidad de un terremoto. Debería dar su nombre a uno de ellos.

¿Y por qué demonios sigue oliendo como entonces? La madera de cedro y el almizcle masculino me sumergen en recuerdos que creía haber asesinado con mi pequeño e ingenuo corazón.

¿Qué tipo de persona no cambia su colonia durante veintiún años? ¿No debería estar mal visto en algún manual?

Ojalá no estuviera tan cerca que lo único que puedo respirar es su presencia. Desearía que no estuviera tan cerca que pudiera ver las motas de gris en el océano de sus ojos o verme ahogada en ese océano sin fondo.

Si dijera que no me afecta, sería la mentira del siglo, lo que la gente de la Edad Media flagelaba y apedreaba.

—Ahora, ¿qué será? ¿La versión cruda y desnuda de la verdad?

—¿Qué te hace pensar que te ofrecería eso? —digo con una voz más baja que la de mi discurso.

—Entonces lo descubriré por mi cuenta. —Sus dedos alcanzan mi cabello y agarra un mechón, luego se lo lleva a la nariz.

Estoy impactada, hechizada, y todos los demás sinónimos que implican congelación en el lugar.

Me llama la atención la forma en que el rojo contrasta con sus dedos bronceados y delgados. Cómo toca las venas del dorso de su mano masculina.

En el momento en que inhala profundamente, es como si oliera mi parte más íntima.

—No me culpes por cómo uso esa verdad, cariño.

Le doy una palmada en el pecho y lo alejo con una dureza que coincide con mi respiración.

—¿Por qué... demonios me estás tocando?

Nunca hace eso. Ni siquiera cuando hace caer a toda la oficina diciéndome que desaparezca. Ni siquiera cuando ambos descubrimos que Gwen era mi hija.

Puede que hayamos sido enemigos, rivales y el villano en las historias del otro, pero mantuvimos la lucha verbal, legal y, a veces, con movimientos mezquinos.

Pero nunca con toques.

Y el cambio me despista más de lo que debería.

Sin embargo, parece que eso le gusta a Kingsley, porque sonríe, levanta un hombro y susurra:

—¿Y por qué no debería tocarte?

—Porque había una regla tácita al respecto, imbécil.

—La retiro entonces. Eres como un cuadro de una batalla, pero quien dijo que la guerra y el arte debían observarse desde lejos no tuvo la audacia de acercarse, tocar, respirar y saborear.

Me tiemblan los labios, pero consigo decir en tono de advertencia:

—Aléjate de mí, Kingsley.

—De nuevo, eso depende de si consigo o no lo que quiero. —Me pasa un mechón de cabello por detrás de la oreja y sus dedos dejan un rastro de ácido ardiente en mi piel mientras se aleja.

—¿Y qué es eso?

Sus ojos brillan con sadismo mientras dice:

—La verdad desnuda, cariño.

4

Kingsley

—¿A qué debo esta desagradable visita?

Me deslizo en el sofá de cuero duro de Nicolo Luciano que tiene un exterior que hace juego con su dueño: incómodo.

Sigue sentado detrás de su viejo escritorio en la destartalada oficina que lleva dos décadas tratando de mantener en forma sin resultados a la vista.

El hombre tiene innumerables empresas, tanto legales como ilegales, bajo su pulgar, pero se aferra a este podrido legado con la terquedad de un niño petulante.

—No tu cara de mala leche, naturalmente. —Ojeo una revista italiana medio rota de los años noventa, fingiendo que el asunto es más aburrido que el sexo del misionero—. Podrías considerar poner una expresión diferente a la de 'Hola, encantado de conocerte. Soy un asesino' si no quieres que te encierren por ello.

Apoya los codos en el escritorio, empinando los dedos en la barbilla y mostrando las finas líneas de su chaqueta siciliana hecha a mano.

—No me di cuenta de que tenías tiempo del día para preocuparte por mi estado de libertad, King. O estás más aburrido que una vieja prostituta o eres menos sutil que un detective novato con una placa colgando del culo.

Vuelvo a tirar la revista sobre la robusta mesa de madera y lo miro fijamente.

—¿Cuál es tu relación con Aspen Leblanc?

Me dan ganas de meterme el puño en la boca por haber pronunciado esas palabras, pero, de nuevo, soy directo hasta la saciedad.

Siempre hay que ir de cabeza.

Nunca hacia los lados, nunca hacia atrás, y definitivamente nunca estancado.

Llevo toda la noche pensando en Aspen y en su cabello carmesí y sus labios follables en mi mansión vacía. Eso sí, todo el proceso fue contra mi voluntad y luché contra ella con la determinación de un gladiador.

Sí, estoy tras la muerte de la mujer, pero ella no debería, bajo ninguna circunstancia, ocupar mis pensamientos.

O peor, acariciar mi libido al que no tiene por qué acercarse.

Golpear la bolsa no ayudó, hacer ejercicio durante horas era una distracción irrisoria, y mis contactos de acompañantes parecían tan tentadores como la leche caducada.

A pesar de mis esfuerzos, no pude encontrar una razón para lo que cambió anoche.

Es como si un demonio extraño se hubiera apoderado de mi cuerpo en el momento en que la vi manoseada por el matón de Nicolo. No pego por las mujeres -excepto por haberle dado una puta paliza a Nate cuando lo encontré besándose con mi hija bajo mi techo, porque que se joda ese tipo.

La cuestión es que soy lo más alejado posible del Príncipe Azul y su amigo el Caballero de la Armadura Brillante.

Tengo la asertividad de admitir que soy propenso a la violencia, la respiro en el aire y sueño con ella. Sin embargo, la razón no es, y quiero decir absolutamente *nunca*, una mujer.

O un hombre, para el caso.

Pero anoche, el demonio que poseyó mi puño y fluyó en mi sangre fue definitivamente conducido por una mujer. Y no era una mujer cualquiera.

Maldita Aspen.

Voy a apostar mis bolas a que su terca boca tuvo poco que ver. La verdad es que estoy acostumbrado a pelearme verbalmente con esa bruja como nuestro deporte favorito. Pero anoche fue la primera vez que pisé territorio peligroso.

Uno lleno de recuerdos lejanos y momentos de nerd cliché sobre Nietzsche.

Incapaz de encontrar una razón lógica que satisficiera tanto a mi cerebro como a mi polla, me agracié con la repulsiva presencia del imbécil de Nicolo a primera hora de la mañana.

Dicho imbécil saca un cigarro de la caja de su escritorio vintage y se lo lleva a la comisura de los labios. Se toma su puto tiempo para encenderlo, inhalando y lanzando al aire una nube de humo similar al del hachís.

—¿Y debo decírtelo porque...?

—Es una socia principal de mi bufete. —Que he estado tramando para echarla desde que tengo uso de razón. Pero él no necesita estar al tanto de ese pequeño detalle.

—¿Sueles hacer de caballero con traje negro para todos tus socios mayores?

—Solo cuando surge la necesidad.

—No pensé que dejarías que tu demonio se asomara por una mujer.

—Tal vez quieras revisar tu vista, Nic. Debe estar borrosa por toda la sangre que se ha metido.

—Soy veinte de veinte. ¿Pero lo eres, King? Tal y como yo lo veo, o ella se hará añicos contra tus duros bordes o tú te harás un corte con sus afilados pómulos.

—¿Estás seguro de que tu oftalmólogo no es ciego? Alguien tiene que investigar esa licencia y darte una segunda opinión antes de que empieces a ver extraterrestres.

—Hmm. Interesante. —Sus labios se mueven en una desagradable sonrisa que debería estar en el mismo museo que las feas pinturas impresionistas—. Desgraciadamente, sin embargo, no hablo de mis asuntos con gente de fuera, lo que tú te aseguraste de hacer en cuanto murió tu padre.

—Oh, lo siento. ¿Te he quitado tus juguetes otra vez, Nic?

—Sí, y no obtendrás una palabra de mí a menos que los devuelvas.

—No, gracias. No voy a invertir dinero legítimamente ganado en un pozo de sangre.

Se inclina hacia delante, echando humo con la única intención de convertir el despacho en un lugar de riesgo vital.

—Adivina esto, King. ¿Aún se considera legítimo si la raíz está ensangrentada?

—Sí. Nada que un poco de lavado no pueda arreglar. Me importa un carajo el tipo de trato que mi viejo tenía con tu familia. Dejé claro desde el principio que no mantendría el mismo trato, y tu hermano, el actual Don, estuvo de acuerdo.

Aunque el conserje y su abuela saben que el verdadero líder de la familia Luciano no es el hermano mayor, Lazlo Luciano.

Nicolo ha estado moviendo los hilos, jugando sus juegos demoníacos en el fondo, y siendo un líder sustituto.

Lazlo es la fachada aceptada por la familia y el mundo. Nicolo es demasiado nihilista, excéntrico y bárbaro para el gusto de cualquiera. Las historias de sus cámaras de tortura secretas son suficientes para impulsar el miedo en el alma de cualquiera.

—Mi hermano no controla la contabilidad, yo sí. Y te digo que el único medio de proteger a tu mujer es pagar por ella, niño rico.

—Puede que quieras visitar a tu otorrino y que te revisen esos oídos también, porque te he dicho que no es mi puta mujer.

La idea en sí me deja una irritación profundamente arraigada en años de visitar los mismos recuerdos sobre cierta mujer fatal.

Malditos años preguntándome si estaba viva o si su última estampa en el mundo era Gwen.

—Suena conveniente entonces. No dejes que la puerta te golpee al salir, pero déjala abierta para cuando la Sra. Leblanc se presente a nuestra reunión dentro de un rato.

La cabeza de este hijo de puta estará colgada en la puerta de su oficina para cuando ella aparezca.

En lugar de actuar según lo que estoy pensando e inevitablemente hacer que me maten sus guardias, recupero mi Zippo y lo abro.

—Llamaré a mi agente de bolsa e invertiré en uno de sus negocios legítimos, *y* podré elegir cuál.

—Tres. Uno ilegítimo.

—Dos. Legítimo.

—Hecho.

Cierro mi Zippo.

—Ahora, habla.

Me ofrece su caja de cigarros.

—Podrías necesitar uno.

Joder, no. Esta mierda me recuerda el adulterio de mi padre y el papel de asesino sustituto que jugó en la muerte de mi madre. Por eso tengo una sensación de náuseas en el estómago desde que Nic empezó a fumar. Lo cual estoy seguro que es a propósito porque el bastardo tiene más inclinación por la tortura moral que por la física.

Le hago señas con la expresión fría de un monje imperturbable.

—Habla.

Atrapa el cigarro entre sus labios, soplando aire contaminado.

—Es una de las nuestras.

—¿Una de quién?

Se señala a sí mismo con un pulgar.

—Nosotros. Baños de sangre, lavado y batería incluidos.

—¿Qué mierda se supone que significa eso?

—¿Sabías que Leblanc era el apellido de su madre?

No, no lo sabía, porque todo lo de Aspen era de naturaleza bruja, lo evitaba mientras llevaba amuletos falsos.

—¿Y ese detalle es importante por qué?

—Nació como Aspen Locatelli.

—Locatelli... —Me devano los sesos buscando el apellido familiar, y luego me detengo—. ¿No te refieres al hombre que mató por tu padre como si fuera un deporte olímpico?

—Ese es. Bruno Locatelli, un asesino extravagante con gusto por los dispositivos de tortura finos. Es la Parca favorita de la familia y el mejor perro de Lazlo, pero es viejo, así que no está de más ampliar mis opciones con su hija. —Comprueba su teléfono—. Después de todo, ella acabó con una huelga de la que incluso mis chicos tuvieron problemas para ocuparse.

Lo miro fijamente como si la carga de información se materializara en un ser a su lado.

—¿Aspen es la hija de Locatelli?

—Sí. Pero aquí está la parte más interesante. —Desliza los codos sobre la mesa—. Ella fue el pájaro que cantó al FBI sobre uno de sus asesinatos y lo llevó a la cárcel. Y en nuestro mundo, los soplones no solo reciben puntos de sutura, sino que también son arrojados a las cunetas.



Media hora más tarde, he contemplado si mi plan anterior de poner la cabeza de Nicolo en exhibición seguiría funcionando, y luego decidí rápidamente que necesito vivir por el bien de mi ángel.

Hay muchas cosas a las que renuncié por Gwen. Entre ellas, a que me maten en diversas actividades peligrosas o a que me meta de lleno en el mundo con sabor a sangre de Nicolo.

Pero la dudosa tregua que he formado con el hombre, así como el trato que hemos hecho, merecen la pena. Si no por otra cosa, por la expresión de la cara de Aspen en el momento en que entra en la oficina con temática de abuelo.

Si el estado de ánimo se puede medir por la temperatura, ella está definitivamente en el punto de ebullición.

Doy un sorbo a mi café, fingiendo que su presencia me aburre profundamente cuando lo único que quiero es aprisionarla contra la pared más cercana y hacerle escupir la verdad al desnudo.

O, en realidad, desnudarla.

Espera. Espera. ¿Qué -y me refiero a *esto*- fue todo ese pensamiento?

No quiero desnudar a Aspen.

Mi tipo es mudo, solo grita cuando las estoy follando y nunca, y quiero decir *nunca*, me contestan. En resumen, todo lo que Aspen Leblanc -o Locatelli o cualquiera que sea el apellido que el aquelarre de brujas haya elegido para ella- no es.

Suave y angelical no tocaría a esta mujer ni con un palo de tres metros. Incluso su yo más joven era un infierno hasta la médula.

Pero, de nuevo, ¿qué esperas de una niña del gueto que ofreció a su padre al FBI en bandeja?

No es de extrañar que sea un hueso duro de roer, o un hueso que no hay que romper. Ha estado en constante modo de supervivencia desde que era una niña.

No estoy seguro de qué aporta esa carga de información a mi agenda, pero no es ni mucho menos buena.

—¿Y qué haces aquí? —pregunta con la exasperación de una profesora harta y severa.

—Es mi asesor jurídico principal hasta nuevo aviso —responde Nicolo, que sigue chupando un maldito cigarro como si fuera una paleta.

—Supongo que eso significa que trabajaremos juntos. —Inclino la taza de café en su dirección como un saludo simulado—. De nuevo.

—Yo llegué primero —se dirige a los dos, pero la mirada es solo para mí.

—Esto no es un maratón. El primero o el último no importa. —Ladeo la cabeza hacia Nicolo—. Los juguetes y las conexiones sí.

—Me diste tu palabra. —Ahora dirige su atención a Nicolo.

El imbécil le sonríe, tomándose en serio por primera vez mi consejo sobre su sombría expresión, y me dan ganas de llegar al yo de hace media hora y darle una patada en las bolas.

—Y mantengo mi palabra, señora Leblanc. Nunca dije que sería nombrada como mi principal asesora legal. Solo dije que estarías en mi equipo legal. El puesto de jefe nunca estuvo relacionado con usted.

—¿Porque soy una mujer?

—Porque no confío en ti... todavía.

—¿Y confías en *él*? —Ella enuncia el "él" con un dedo espasmódico en mi dirección.

—Confío en su dinero, en su mente orientada al beneficio y en su carácter que conozco desde hace décadas. Usted, sin embargo, sigue en juicio.

Golpea con la punta del pie en el suelo, lo que es a la vez un signo de angustia y un comportamiento altivo. Al haber sobrevivido y prosperado en un mundo

dominado por los hombres, Aspen, como muchas de nosotros, no se toma muy bien la derrota.

Estoy dispuesto a apostar la mitad de mi fortuna a que está tramando un plan para volver a subir. Esta vez, apuntará a la cima.

No es una mala perdedora, simplemente no es una perdedora. Y punto.

La palabra nunca ha estado en su vocabulario. Probablemente mucho antes de conocerla en forma de seductora mujer fatal.

—¿Trabajar con Kingsley causará algún problema? —Nicolo pregunta con una bocanada de humo pútrido.

—En absoluto. —Ella le sonríe y luego me mira—. Trabajamos *muy* bien juntos, él y yo.

—¿Es así? —Se queda mirando entre nosotros como un perro con un hueso—. De mi extensa investigación de antecedentes, deduje que ustedes dos son rivales que, por un golpe de suerte, comparten una hija.

Más bien un golpe del diablo mientras se drogaba con sus exuberantes deseos.

Y el alcohol.

Definitivamente había una cantidad excesiva de alcohol en nuestros sistemas esa noche.

—Ya has oído a la señora. —Le ofrezco una sonrisa que grita falsa—. Podemos llegar a un acuerdo.

En el infierno.

Mientras ella monta mi cara bajo la cascada de un volcán.

Vuelvo a hacer una pausa y mis dedos se tensan sobre la taza. Es el segundo pensamiento erótico que tengo sobre la bruja en el lapso de una hora.

¿Qué mierda soy? ¿Un animal en celo?

Ella me devuelve la sonrisa, reflejando mi deshonestidad, y casi puedo ver el veneno derramándose en el suelo en una salpicadura de negro.

—Por supuesto que podemos.

Está en marcha.

Parece que estoy en un maldito viaje.

5

Aspen

Abro la puerta de mi auto y la cierro de golpe hasta que el fuerte sonido rebota en el silencio del estacionamiento.

Es viejo, lúgubre y tiene baches del tamaño de Central Park en el asfalto. Pero lo más lamentable de este lugar es el hombre que se encuentra en el centro con su característico y elegante traje negro.

Empiezo a pensar que nunca deja de ser perfecto, como si hubiera nacido con el único propósito de intimidar a los humanos.

Kingsley acaricia el pomo de la puerta de su auto, un Audi de edición especial, como si fuera una vieja amante.

Al oír el portazo, una pequeña muestra de mi mal genio, sus labios se inclinan en esa sonrisa exasperantemente hermosa.

—¿Alguna objeción, bruja?

Haciendo caso omiso de mi constante necesidad de mantener la calma, me enfrento completamente a él con una mano levantada en la cadera.

—Entiendo que has estado interfiriendo en mis asuntos y tratando activamente de echarme de W&S para sacarme de la vida de Gwen, cosa que no sucederá, por cierto. Y aunque eres un maldito imbécil, no eres un idiota. Entonces, ¿por qué demonios te ensuciarías las manos con la maldita mafia?

—¿Es preocupación lo que oigo en tu tono venenoso? Me conmovería si tuviera alguna mierda que dar.

—Podrías estar colgado de una montaña helada por la polla y lo único que haría sería sacar las palomitas mientras lo veo. Así que no, la preocupación es la última emoción que sentiría por ti.

Él inclina sus cejas en una reacción simulada.

—Suena doloroso.

—También parece doloroso, en mi cabeza.

—No sabía que mi polla tenía una sección personalizada en tu cabeza.

—Todos dedicados a la tortura. Del tipo extremo.

—Suena pervertido.

—Supongo que nunca lo sabrás. —Me revuelvo el cabello para reprimir una sonrisa. Se supone que debería estar enfadada con este imbécil, y lo estoy, pero al mismo tiempo no puedo resistirme a bromear siempre que estoy con él.

Saca lo peor, lo retorcido y lo jodido que hay en mí.

Todo al mismo tiempo.

Lo que significa que debo alejarme de él. Especialmente después de su audaz movimiento de anoche, un toque que no pude desterrar de mi cabeza, incluso mientras tramaba y fijaba nombres y fotos en mi pizarra, al estilo de los asesinos en serie.

Pero entonces tuvo que aparecer de la nada justo al lado de Nicolo con la despreocupación de un psicópata.

Como si no tuviera nada que perder, lo que sé que está muy lejos de la realidad.

—¿Has pensado en Gwen en tu pequeño plan de hacerte amigo de la mafia? —Es ese tono de nuevo, duro, pero con una suavidad oculta que me molesta.

Levanta una ceja.

—¿Tú lo has hecho? Pensaba que tenías la intención de conquistar el título de su madre, pero eso no ocurrirá si acabas en una bolsa para cadáveres, ya sea por molestar a Nicolo o por la pistola de tu padre cuando salga de la cárcel.

Me sobresalto y mis ojos se agrandan.

Esto... no acaba de decir lo que creo que dijo, ¿verdad?

—¿Qué? —Se acerca de esa manera tan cargada que me deja de puntillas—. ¿Pensaste que no descubriría la verdad si la ocultabas lo suficientemente bien?

—Mi verdad o la falta de ella no tiene nada que ver contigo.

—Al contrario, tiene todo que ver conmigo, teniendo en cuenta que pretendes meter tu desordenado pasado y tus sangrientos lazos familiares en la vida de mi hija.

—Nunca haría eso. La protegería con mi propia vida.

—Eso no será posible si tu padre te mata y pasa a tu pariente más cercano. —Da un paso hacia mí, su altura y personalidad se expanden metafóricamente para llenar el horizonte—. Escucha, bruja. Te meteré personalmente en una bolsa para cadáveres antes de que tu caos afecte a Gwen. No la he criado todos estos años para que lo jodas todo con tus errores del pasado.

—Solo he cometido dos errores en mi vida. El primero fue conocerte y el segundo fue no sospechar que mi hija estaba viva. Encerrar a un asesino no está en esa lista y no dejaré que tú ni nadie me haga sentir lo contrario.

Hace una pausa, entrecerrando los ojos en pura contemplación. Kingsley tiene una forma desconcertante de mirar a la gente, como si fuera capaz de leer las mentes más profundas y los deseos más oscuros.

Siempre me he enorgullecido de estar por encima de sus estúpidos juegos, pero ahora algo es diferente.

Sus manos están metafóricamente alrededor de mi garganta debido a la información sobre mi padre.

En el pasado, su desprecio hacia mí era ilógico, pero ahora ha encontrado todas las razones lógicas para separarme de Gwen.

Y eso me da mucho miedo.

—Te das cuenta de que la protección de Nicolo no es absoluta ni infinita, ¿verdad? En el momento en que dejes de ser un perro útil, te aplicará la eutanasia.

—Preocúpate de ti mismo.

—Yo tengo juguetes sobre su codiciosa cabeza. Tú no tienes nada.

—Encontraré la manera de mantenerme en su gracia. Solo hazme un favor y no te metas en mis asuntos esta vez.

—Solo lo consideraré si pagas por tal favor.

Suelto un suspiro exasperado.

—Eres más rico que los príncipes del petróleo e igual de hedonista. ¿Por qué demonios necesitas más dinero?

—El dinero no es la moneda que yo imaginaba. —Su mirada se dirige a mis Louboutins, luego se desliza por mis pantalones azules, hasta mi camisa beige abotonada, y se detiene en el primer botón desabrochado.

Me sorprende que no me prenda fuego por la forma cargada en que me mira.

Es intenso y absolutamente desarmante en su novedad.

Me mira como si quisiera devorarme para comer, cenar y desayunar mañana.

La imagen me hace subir la temperatura y me arrepiento de no haber tomado más café-tequila esta mañana.

¿Qué. Demonios?

La necesidad de huir de su mirada vigilante y de su atmósfera asfixiante me golpea como una necesidad.

Y eso, en sí mismo, también es un momento de "qué demonios". No huyo de los hombres, de las situaciones ni de mis miedos. Soy de las que se plantan en medio de la tormenta con la determinación de un búfalo. O sobrevivo o muero. No hay término medio.

Pero no se trata de cualquier hombre ni de cualquier situación. Es *el* hombre que arruinó toda mi vida hace veintiún años y continúa el legado de destrucción en el presente.

Es mi peor enemigo y mi rival más villano.

Es el diablo que me aplastaría sin pensarlo dos veces.

—Ni se te ocurra —advierto, con la voz tan rígida como mi postura.

—No he dicho nada. —Finge inocencia, pero su voz ha bajado a un estruendo.

—Me estás mirando raro. Detente.

—¿Cómo de raro?

—Como un hombre mira a una mujer. No soy uno de tus juguetes, Kingsley. Te cortaré la polla mientras duermes antes de que la pongas cerca de mí.

—¿Es un reto, cariño? —Su voz baja a un rango escalofriante ante ese maldito cariño y también lo hace mi estómago.

Pero eso no es lo peor de mi ilógica reacción. Los murciélagos explotan en chirridos enfermizos en la cueva negra de mi pecho y la opción de huir se convierte en obligatoria en lugar de opcional.

Sin embargo, intento mantener la calma.

—Es una advertencia.

—No me van bien esos. —Da un paso adelante y se necesita todo mi tenaz control para no retroceder—. De hecho, lo tomo definitivamente como un desafío, así que mantén un ojo abierto en la oscuridad. Nunca se sabe lo que puede estar al acecho en las sombras.

Se queda ahí, haciéndome respirar las notas de madera de cedro y de puro fino que desprende, como si me desafiara a hacer un movimiento.

Lo miro fijamente, pero no se me ocurre ninguna respuesta ingeniosa. Si hablo ahora mismo, lo único que soltaré serán tonterías.

—No suelo desear buena suerte a la gente cuando tengo la intención de romperla, pero tú necesitas mucha, cariño.

Con una última sonrisa provocadora, se da la vuelta y se dirige a su auto.



Antes de mi encuentro con la cuñada de Nicolo, practico tres ejercicios de respiración y cuento hasta mil.

Sin embargo, mi frialdad no aparece por ningún lado, ni tampoco mi habitual y meticulosa forma de organizar las emociones. Que es, básicamente, empujarlas al sótano de mi psique, donde nadie las nota, y mucho menos las ve.

Desde el enfrentamiento con Kingsley en el estacionamiento esta mañana, han estado intentando viciosamente romper la superficie y convertirme en una versión blasfema de un desastre emocional.

Contemplé la posibilidad de llamar a Nate, pero ¿qué demonios le diría?

¿Por qué el imbécil de tu amigo sube el nivel de locura?

O tal vez debería preguntarle por qué carajo estoy honrando su locura con una respuesta que no sea de puro desprecio.

De cualquier manera, la opción de llamar a Nate fue abortada poco después de formarse. A diferencia del imbécil de Kingsley, no lo molestaré a él ni a mi hija en su luna de miel.

Por eso estoy sentada en mi escritorio, con la postura rígida y los dedos golpeando el teclado con una eficacia practicada. Si pudiera concentrarme, sería perfecto.

La llamada telefónica de mi asistente anunciando que la señora Luciano ha llegado me salva del lío que se está formando en mi cabeza.

Se me da bien el trabajo y, a pesar del ego sexista y con forma de polla de Kingsley, se me considera una de las mejores del circuito jurídico con un porcentaje de victorias del noventa y cinco por ciento. Solo un punto menos que su noventa y seis por ciento y no muy lejos del cien por cien de Nate.

Y no, no sigo de cerca el porcentaje de victorias.

De acuerdo, tal vez sí. Pero en el fondo, siempre he considerado al imbécil como un rival. Lógicamente, debería haber sido Nate ya que es un abogado civil como yo.

Kingsley es el abogado penalista más famoso de la historia reciente, por lo que nuestro ámbito de experiencia difiere enormemente. Pero a menudo he seguido cómo gana sus casos, desde el fondo, por supuesto.

Se le da bien tratar con los monstruos y hacer que obedezcan todas sus órdenes. Supongo que todo se reduce al hecho de que él mismo es un monstruo, pero verlo en acción es irritantemente fascinante.

Es asertivo hasta la saciedad, tiene la confianza de un dios arrogante y es tan imprevisible que todos los presentes en la sala salen muy entretenidos de sus ingeniosos discursos.

El imbécil nunca conocerá esos hechos, obviamente.

Tampoco sabrá nunca que estoy segura de que conseguirá hacer lo que Nicolo le ha pedido en poco tiempo, que es librar a su hermano de una acusación de agresión y de lesiones.

En cuanto a mí, estoy atascada con un caso de divorcio.

Ni siquiera es mi ámbito de competencia, pero lo que Nicolo quiere, Nicolo lo consigue. Además, dijo que mi trabajo es convencer a la esposa de su hermano para que acepte sus condiciones y se vaya.

El mismo hermano con el cargo de asalto, Mateo Luciano, está pasando por un divorcio. Nicolo quiere que convenza a la esposa de Mateo para que tome 300 mil dólares, renuncie a todos sus derechos sobre la fortuna de Luciano y desaparezca del estado de su hermano.

Debido a mis casos pendientes, no he tenido la oportunidad de comprobar sus antecedentes, pero lo haré esta noche.

Puede que sea mi negligencia o la carga de emociones que me recorren, pero no estoy preparada cuando ella entra por la puerta de mi despacho. Y no es solo porque se haya presentado sola en lugar de estar acompañada por su abogado.

Es la propia mujer.

La chica a la que pensé que no volvería a ver en esta vida después de que nos separáramos de forma poco glamurosa. Su cabello rubio le cae hasta los hombros y está mucho menos brillante que cuando éramos adolescentes.

—Vamos a terminar con esto. No quiero nada de su dinero, así que hemos terminado aquí... —Se congela a mitad de la frase cuando sus ojos se encuentran con los míos—. ¿Aspen...?

El sabor podrido de los recuerdos burbujea en mi garganta y lo aclaro.

—Caroline.

Cierra la puerta de una patada con el pie, haciendo caso omiso de su código de conducta "público". Caroline solía tener dos personalidades: una para la gente y otra para mí y para ella misma.

Me gustaba mucho más la Caroline crasa y maleducada que me hizo adicta a la cerveza que la versión de plástico que mostró a todos los demás.

Su vestido de diseño se balancea con sus movimientos mientras se acerca a mí y pone las manos sobre el escritorio. Se viste como una esposa de Stepford y su maquillaje ya no es tan llamativo. Pero su rostro es el mismo, más viejo, pero todavía sorprendente en su belleza.

—Realmente eres tú —deja salir las palabras en un pequeño suspiro_. Vaya. Ahora sí que te ves en el papel de mujer fatal. ¿Cómo has estado?

—Bien. —Me pongo de pie y hago un gesto hacia la zona de estar de mi despacho.

Ella obedece, se deja caer en el sofá rojo oscuro y cruza las piernas.

—Estoy sin palabras. Lo has hecho tan bien convirtiéndote en abogada en este gran bufete y todo eso. Realmente estás consiguiendo esa zapatilla de cristal para ti, como dijiste entonces. Lástima que sigas siendo un perro para los hombres como mi pronto ex marido.

—No soy el perro de nadie. Simplemente hago mi trabajo.

Ella resopla, pasando su mirada por mi despacho sin decir nada.

—¿Su abogado se unirá a nosotros pronto? —pregunto, tratando de sonar lo más profesional posible.

—Despedí a esa herramienta. Demasiado dinero para nada.

—¿No vas a tener un reemplazo?

—No... a menos que estés pensando en cambiarte a mi lado.

—Me temo que no puedo hacerlo.

Chasquea la lengua.

—Una pena, aunque realmente no necesito tus servicios.

—Los míos no, pero necesitas un abogado para negociar lo que puedes sacar de este divorcio.

—No quiero nada más que el trozo de papel que demuestre que ya no soy la esposa de ese pedazo de mierda.

—Aun así, puedes y debes obtener una compensación por esto. Ofrece trescientos mil dólares.

Planeaba empezar con 150 mil dólares e ir de ahí hasta llegar a la oferta final de Nicolo, pero al ver que no está interesada, y el hecho de que sea Caroline, de todas las personas, cambió mi curso de acción.

Al fin y al cabo, esta es la Caroline de "me voy a casar con un rico", la Caroline de "algún día te llevaré de gira por los estados en mi Porsche".

—Puede quedarse con su dinero manchado de sangre.

—¿Desde cuándo te importa con qué se recubre el dinero? Este es tu medio de vida, Caroline, así que tómalo e incluso puedes exigir más, dependiendo del daño que te haya infligido.

Sonríe un poco.

—Pensé que eras su abogada, pero aquí estás ofreciéndome consejo. ¿Seguro que no quieres cambiar de bando?

—Deja de bromear. —Me pellizco el puente de la nariz—. Toma el dinero.

—No.

—¿Desde cuándo está esa palabra en tu vocabulario cuando se trata de dinero?

—Desde que me puse firme. —Mira fijamente en dirección a mi ventana del suelo al techo que da al horizonte.

Mientras pequeñas gotas de lluvia golpean el cristal y otras innumerables le siguen, la voz baja de Caroline acompaña el sonido como una melodía inquietante.

—Estaba casada cuando conocí a Mateo. Mi primer marido era todo lo que siempre había deseado. Un chico de fraternidad con la fortuna petrolera de mamá y papá. Me dio mi sueño de cuento de hadas. Una gran casa, autos de lujo, y viajes a lugares exóticos. Ah, y unos cuantos ojos morados. Pero bueno, algunos cuentos de hadas necesitan tener un príncipe azul abusivo con problemas de fertilidad, ¿no? Aplastó mi sueño de concebir nuestros propios hijos, y aun así me quedé. Pero luego me engañó. Entre eso y la noticia de que le había dicho a la gente que yo era la infértil, me puse firme.

» Mateo entró en escena cuando el perdedor de mi ex marido eligió a su novia como su próxima aventura. Al más puro estilo mafioso, Mateo los secuestró, ató a ella y a Steven a sillas con cinta adhesiva, me trajo y me dijo: '¿Quieres una venganza a la antigua? ' Y luego follamos delante de ellos. Fue el mejor sexo de mi vida, lo que probablemente sea una mala razón para seguir con Mateo ahora que lo pienso. Nos casamos poco después de divorciarme de Steven y pensé que estaba pasando página.

—¿Pero? —pregunto con voz suave.

Se le llenan los ojos de lágrimas y parpadea.

—Pero no es diferente a Steven y a todos los demás hombres. Se aburrió, y los hombres aburridos engañan. Lo encontré envuelto con su pareja en una habitación de hotel.

—¿Firmaste un acuerdo prenupcial?

—No. Nicolo me amenazó con hacerlo, pero Mateo se opuso con vehemencia.

—¿Mateo era dueño de las cosas después del matrimonio?

—Sí. Un complejo turístico y algunas propiedades inmobiliarias.

—Puedes poseer algo de eso si puedes probar la angustia emocional y tal vez física. Si estabas intentando tener un bebé, eso puede añadirse para jugar a favor del juez. Tienes que hacer hincapié en que te quedaste con tu ex marido infértil, maltratador y tramposo y pensaste que tendrías una nueva oportunidad con Mateo, pero él no cumplió su parte del trato. Hay un ochenta por ciento de posibilidades de que ganes la mitad de los bienes que poseía después del matrimonio.

Ella suelta una carcajada y yo hago una pausa.

—¿Qué?

—Realmente no has cambiado. La gente suele intentar consolarme y ofrecerme falsas disculpas en estas situaciones, no sugerirme que demande los bienes de un jefe de la mafia.

—Solo la mitad, no todo, y no es todo su patrimonio. No tienes derecho a su herencia. Además, no se me da bien consolar. Solo parecerá descoordinado y torpe y no servirá de nada. Mi consejo, sin embargo, puede ser útil.

—¿Estás segura de que deberías ofrecerme ese consejo? Nicolo te echará si se entera.

—No necesita averiguarlo. Cualquier abogado, incluido el que despediste te daría este consejo. Además, ¿cómo sabía que Nicolo me había contratado a mí y no a Mateo?

—Nicolo es quien manda en esa familia olvidada de Dios. La única razón por la que permite el divorcio y no envía a uno de sus matones para acabar conmigo es porque no quiere perder a Mateo.

—¿Por qué?

—Mateo es la torre en su tablero de ajedrez, y al parecer, eso es importante según mi pronto ex marido.

—Quiero decir, ¿por qué tendría que permitir el divorcio? ¿No es una idea tuya y de Mateo?

—Mateo no quiere el divorcio, por eso está en la cárcel después de darle una paliza a mi pareja anoche. Espero que se quede allí unos días.

—Yo no tendría muchas esperanzas. Probablemente esté fuera mientras hablamos.
—Especialmente si Kingsley es su abogado. Lo sacaría bajo fianza en poco tiempo.

—Oh, bueno. No hace daño desearlo.

—¿Realmente no quieres nada de él?

Ella sacude la cabeza con una expresión caprichosa en su rostro.

—Cuando me divorcié de Steven, Mateo se aseguró de que mi ex marido firmara la casa, los autos y dos yates a mi nombre. Me sentí tan triunfante, porque odiaba a ese imbécil baboso y estaba feliz de poder obtener alguna compensación monetaria por el abuso físico y mental por el que pasé. Pero ahora es diferente. No quiero nada que me recuerde a Mateo. Así que dile a Nicolo que me convenciste de irme sin nada. Estará contento contigo por haber alejado a la cazafortunas, también conocida como yo.

Saca una tarjeta de su pequeño bolso y la desliza por la mesa.

—Ahora que la mierda ha terminado, quedemos para tomar mimosas algún día en condiciones menos estresantes.

Le agarro la muñeca cuando está a punto de retirarse y mis ojos se abren de par en par al ver las huellas dactilares de color violeta en su brazo. La agarro y le miro la cara. Efectivamente, hay marcas azuladas bajo su base de maquillaje y su corrector.

Me hierve la sangre mientras digo con voz gutural:

—¿Te ha pegado Mateo?

Se suelta rápidamente de mi mano y esboza una sonrisa falsa.

—No es nada por lo que debas preocuparte.

—Caroline, o me lo dices o te llevo a denunciar esto a la policía, incluso mientras pataleas y gritas. En realidad, te voy a llevar de todos modos, así que habla mientras sigo siendo amable.

—Perra, por favor. ¿Esto es agradable? —Se ríe.

—Caroline —advierto.

—No fue Mateo. ¿La cita que mencioné antes? Es de una familia criminal rival y, sorpresa, no le gusta que le digan que no. Así que me decoró la cara con su propio latigazo de violencia. —Se aclara la garganta—. Mateo no sabe nada de esto. No se lo digas o lo mandarán de nuevo a la cárcel para un abono de por vida. Esta vez por asesinato. Es decir, sí, es un imbécil y un maldito infiel, pero no quiero que se pase la vida entre rejas por mi culpa.

—Jesús. —Suspiro, uniéndome a su lado.

—No estoy segura de que pueda hacer nada. Algunas personas están fuera de su radar de misericordia.

—Deja de bromear.

Ella esboza una sonrisa amarga.

—¿Prefieres que haga una fiesta de lástima y me revuelque en la miseria?

—Al menos tómate esto en serio. ¿Por qué fuiste a otro mafioso?

—¿Por qué crees? Por una venganza a la antigua, a la manera de Mateo. El karma y yo estamos cortados por el mismo patrón de perra y tenemos un sentido del humor oscuro similar.

—Deberías conseguir una orden de alejamiento contra ambos hombres y contratar algunos guardaespaldas.

—Deja de actuar como mi inexistente madre, Aspen. Soy una adulta.

—Que todavía no puede sentir el peligro incluso después de que le golpee en la cara. Literalmente.

—Ouch. *Touché*. —Sonríe y me abraza de repente. Me quedo helado cuando sus frágiles brazos me envuelven—. Te he echado de menos, perra. Me alegro de que nos hayamos encontrado de nuevo.

Levanto lentamente la mano y le doy unas palmaditas en la espalda, y noto cómo solloza contra mi pecho, pero no digo nada por miedo a soltar la bomba más incómoda del siglo.

Después de unos momentos, se retira y se limpia los ojos.

—Basta de hablar de mí, háblame de ti.

—Estoy como ves.

—No me vengas con eso. Espera, ¿todavía estás enfadada porque crees que les conté a tus tíos lo de aquella noche?

—No. Me olvidé de eso.

—No fui yo, Aspen. Lo juro.

—¿Qué quieres decir con que no fuiste tú? La tía Sharon dijo que tú se lo habías dicho. Olvídalo, de todos modos. Todo está en el pasado.

—No puedo olvidarlo. Esa prostituta mintió para hacerte sentir sola. Tú eras mi caballo o mi muerte, y no te habría vendido. Intenté hablar contigo, pero te tenían bajo arresto domiciliario durante el periodo de tu embarazo y tenían matones vigilando tu casa. Sin embargo, fui al hospital después de que tuvieras el bebé, pero estabas demasiado aturdida para saber que estaba allí. Después de eso, te fuiste.

Se me seca la garganta mientras susurro:

—Me escapé.

—Lo sé. Te busqué y dejé frases cursis con mi lápiz de labios en los espejos de los baños, esperando que las vieras.

—¿Lo hiciste?

—¿Por qué pareces tan sorprendida? Por supuesto que lo hice. Dije: 'Eres mi mejor amiga, llámame'. 'Siento que hayas perdido a tu bebé, nadie se merece eso. Estoy aquí para ti'. 'Por favor, no te vayas. Eres mi camino o mi muerte'. De todos modos, me dejaste plantada.

Mis labios se separan y esas estúpidas emociones golpean ahora la superficie de mi corazón. Me aclaro la garganta.

—No los vi. Salí del estado.

—Me lo imaginaba. —Ella levanta un hombro—. Lo siento.

—¿Sobre qué?

—Tu bebé nació muerto. Sé que querías al bebé, aunque tú mismo eras una niña.

—No nació muerta.

—¿Q-qué?

—Mintieron: la prostituta y el alcohólico, como los llamaste. Me metieron un mortinato en los brazos y me hicieron creer que era mi hija mientras enviaban a mi verdadera hija con su padre.

—Dios mío, ¿la encontraron?

Asiento con la cabeza.

—¿Aunque lo hayamos buscado durante semanas y no hayamos podido?

—Sí. Podrían haber conseguido ayuda externa. Pensé que era tuya.

—Por supuesto que no. Prefiero ahogarme en la mierda que delatarte con esa puta.

Frunzo el ceño. Estaba segura de que fue Caroline quien me ocultó la identidad de Kingsley, pero se lo dijo a mis tíos. Pero si no fue ella, ¿entonces quién?

—¿Significa eso que ya has encontrado a tu hija? —pregunta esperanzada, acercándose.

—Lo hice. Aunque todavía no me considera una madre.

—Oh, lo hará una vez que reciba una reprimenda de la tía Caroline.

—No, Callie. Ya somos frágiles. No te metas.

—Eres frágil porque estás siendo estúpidamente cuidadosa como siempre. —Ella sonríe.

—El cuidado es la inteligencia, no la estupidez. Y deja de sonreír como una idiota.

—¿Qué? Me has vuelto a llamar Callie.

—Lo que sea —digo con despreocupación, pero no puedo resistir la sonrisa.

Caroline también sonríe, y seguimos hablando durante una hora, luego comemos juntos antes de separarnos finalmente porque tengo que reunirme con un cliente.

Me envía un mensaje de texto inmediatamente cuando llega a casa, como le pedí. Incluso me envía una foto de sus huskies gigantes y la prueba de que ha activado la alarma.

Caroline sigue enviándome mensajes de texto durante todo el día hasta la noche, cuando llego a casa. Sus actualizaciones incluyen una lasaña quemada, la millonésima repetición de *Friends* y chistes malos de papá.

De todas formas, me hace sonreír y sentirme alegre por cómo el destino la ha vuelto a poner en mi camino.

Cuando llego a mi edificio, salgo de mi Range Rover y me detengo. Juro que acabo de ver una sombra en mi visión periférica.

Saco mi teléfono, marco el 911 y me dirijo al ascensor con el dedo sobre el botón de llamada.

Espero que alguien salte dentro del ascensor o que se atasque la mano contra la puerta al cerrarse, pero no aparece nada.

Sin embargo, una sensación ominosa me acompaña incluso al entrar en mi apartamento.

La sensación de ser observada.

6

Kingsley

—Olvida lo que te dijo mi hermano. No voy a aceptar el divorcio. —Mateo apura un trago de vodka triple como un mafioso ruso en su día de iniciación.

Su cabello rizado y desordenado se le pega a la frente como si fueran hojas rotas, y su traje arrugado parece una prenda de segunda mano. Es todo ojos oscuros, cabello, expresión y personalidad.

No es tan demoníaco como Nicolo, pero se acerca bastante. También es uno de los miembros más temidos de la familia Luciano debido a su personalidad sin pelos en la lengua.

Desliza el vaso por el mostrador en dirección al camarero, pidiendo sin palabras que se lo rellenen.

Él, Aspen y yo tenemos una reunión diurna en su club vacío del centro. Un lugar oscuro, aunque elegante que solo permite a los ricos y a sus abuelas pervertidas entre sus paredes.

Se suponía que Nicolo se uniría a nosotros en la unión impía, pero surgieron otros asuntos. Probablemente torturar a una pobre alma hasta que desee la muerte.

Aspen, que está sentada a mi derecha en la barra porque involuntariamente -o intencionadamente- me aseguré de estar entre ella y Mateo, escucha atentamente su declaración.

Ya ha consumido su tequila y también ha pedido que se lo rellenen. Suelta un suspiro, exasperada por eso, como si fuera una profesora y Mateo un niño travieso en su clase, y luego se sube las mangas de los brazos.

La mujer está vestida con pantalones negros y una camisa blanca abotonada, pero parece más sexy que una bailarina de barra desnuda.

Y evidentemente tengo que dejar de pensar en meterle la polla en el coño si no quiero acabar con una complicación de bolas perdidas patrocinada por el aquelarre de brujas.

—La Sra. Blunt pidió el divorcio. Ni siquiera quiere una pensión alimenticia o compensación.

Mateo, que ha estado observando sus tragos como una prostituta se obsesiona con el dinero, se revuelve en su silla para mirar fijamente a Aspen. Maniáticamente. Como si ella fuera la siguiente en su lista de mierda.

—¿Cómo la has llamado? —No hay ninguna falta en su voz con acento italiano. El hombre pasó dos noches en la cárcel, en parte porque usó sus puños para dibujar un mapa en la cara del otro hombre, y en parte porque ese hombre es un Della Roma. Aka, uno de los rivales de los Lucianos, y hubo más trabajo del que había firmado para conseguirle su tarjeta de "salida de la cárcel".

—Señorita Blunt —repite Aspen, obviamente sin leer el ambiente. O tal vez lo leyó alto y claro y lo está provocando de todos modos porque es sádica.

—Su apellido es Luciano, joder. —Mateo la señala con el dedo.

—Ella prefiere su apellido de soltera.

—Me importa un carajo lo que ella prefiera. Delante de mí, la llamas señora Luciano.

Ella asiente, aunque no dócilmente, y definitivamente con su valiente desafío al que quiero hincarle el puto diente.

Odio a esta mujer con más pasión de la que debería permitirme, pero sigo queriendo follarla de todas formas.

Follarla con odio, para ser más específico.

La lógica que sigue mi polla es que por fin podré controlarla y mostrarle la verdadera marca de mi locura. Aunque solo sea en el sexo.

Y no, esta nueva lógica no empezó después de saber que es la mujer fatal de hace veintiún años.

No, en absoluto.

Mateo bebe la mitad de su vaso.

—Ve a ver a Caroline y dile que se acabó la diversión. Será mejor que vuelva a casa hoy o seré yo quien la arrastre de vuelta.

—Podría presentar una orden de alejamiento en caso de cualquier comportamiento amenazante.

—Entonces asegúrate de que no lo haga. —Se pone en pie tambaleándose, como un soldado de un batallón derrotado.

Justo cuando pienso que la desagradable reunión ha terminado, Aspen tiene que abrir la boca.

—Me temo que tendré que negarme. Tiene derecho a protegerse de ti y no seré yo quien le quite ese privilegio.

La pequeña mierda.

Mateo gira en un instante y se abalanza sobre ella. Me interpongo entre ellos en el último segundo y se estrella contra mi pecho.

Lo agarro por los hombros.

—Vamos a calmarnos, Mateo.

—Repite eso —le habla a Aspen, que ni siquiera se ha levantado—. La parte de cómo se está protegiendo de mí. Te reto a que lo repitas, joder.

Finalmente se desliza de su asiento y se mueve a mi lado, con una expresión tan fría como el hielo de Siberia.

—La engañaste y has demostrado que serás violento cuando se trate de ella, así que desea protección de ti.

—No la engañé, carajo. —gruñe, sonando sin aliento.

—Yo me encargo —le digo—. Vete a casa, Mateo.

Aspen abre la boca para decir algo, probablemente tonto e innecesario, otra vez. Pero le doy un codazo y me pisa el pie con la parte puntiaguda de su tacón.

Mateo sale tambaleándose del club, con los hombros caídos y definitivamente sin caminar por la línea.

—Para que conste, no necesito que me defiendas. Podría haberlo hecho yo mismo sin problemas.

—¿Y cuándo harías eso? ¿Cuando tu sangre es el nuevo papel pintado del club? —Me enfrento a ella, con la mandíbula tan apretada como sus brazos cruzados—. Cuida tus palabras antes de decirlas. Creía que era yo el que carecía de diplomacia, pero por lo visto, tú careces de sentido común. Además, si todavía quieres la protección de Nicolo, no la conseguirás enfureciendo a su hermano.

Ella palidece y se consolida la idea que tenía de antes. Aspen estaba hablando de sus emociones, estando ilógicamente enojada con Mateo y arremetiendo con su actitud de hielo como respuesta.

Dudo que haya pensado en el trato que hizo con Nicolo sobre toda esta farsa.

—¿Hay algo que deba saber?

Ella levanta la barbilla con un desafío que endurece mi polla. Sus ojos brillan en una mezcla de tierra prohibida y bosque misterioso.

—¿Por qué? ¿Para poder sabotearme con ella?

—Si esa era mi intención, habría ocurrido con o sin tu cooperación.

—Disculpa mi estoicismo y mi incapacidad para creer que tienes motivos nobles.

—La nobleza y yo no compartimos el mismo universo, las mismas creencias ni la misma posición social. Además, tu ídolo, Nietzsche, era un nihilista confeso que criticaba mucho a los estoicos, así que adoptar su término filosófico debe ser presuntuoso para tu corazoncito nietzscheano.

—Ser estoico y adoptar realmente la filosofía son completamente diferentes.

—Eso es como el acertijo del huevo y la gallina. Ser un estoico es adoptar la filosofía que, a diferencia de lo que tu querido Nietzsche quiere hacerte creer a ti y a su club de fans vintage, en realidad comparte un terreno común con el nihilismo. Ninguno de los dos piensa que un individuo tiene libre albedrío y, por lo tanto, no puede desempeñar activamente un papel en su propio destino. Pero al menos los estoicos dan a la gente el espacio para encontrar maneras de existir dentro de la naturaleza. Los nihilistas no lo hacen.

—¿Así que ahora eres un estoico?

—No soy ninguno de esos tontos. Yo decido mi propio destino a pesar de lo que digan esas bandas de nerds de los libros de texto.

—No es así como funciona.

—Así es exactamente como funciona. —Hago una pausa, recorriendo con la mirada su rostro que no tiene por qué ser tan jodidamente atractivo—. Por ejemplo, si quiero que esos bonitos labios envuelvan mi dedo u otra parte de mí, todo lo que tengo que hacer es actuar.

No se ve afectada, salvo por la salpicadura de rojo que estalla en su cuello, que la delata por completo.

Eso, y traga, dos veces, antes de hablar con su habitual tono altivo.

—La única acción que harás será defenderte cuando te demande por acoso sexual, imbécil.

—Tú eres el que acaba de mencionar mi polla, así que la demanda podría ir en ambos sentidos. Aunque una demanda sería lo último en lo que pensarías una vez que te tenga retorciéndote debajo de mí.

—Tu arrogancia debería hacer que te prohibieran respirar.

—De nuevo, es asertividad, no arrogancia, cariño. ¿Quieres probarlo?

—¿Probar qué?

Doy un paso adelante, eliminando el espacio que nos separa. En lugar de retroceder como haría cualquier mujer en esta posición, se mantiene firme. Así que la empujo lentamente hacia atrás hasta atraparla entre mi pecho y la barra del bar. Mis manos se apoyan en la superficie de madera oscura a ambos lados de ella y, por un momento, los ruidos que nos rodean desaparecen.

Lo único que queda es un débil zumbido en mis oídos y el sonido controlado de nuestras respiraciones mezcladas.

Sus ojos nunca se apartan de los míos, demasiado brillantes con el desafío y las palabras no dichas y la tensión asesina que solo debería pertenecer a las guerras.

Sería un general infernal con el mero propósito de decapitar al rey.

Lamentablemente para ella, este rey en particular tiene un enfoque diferente de los caudillos testarudos.

Mi cara baja y me deleito en cómo me observa con atención, aunque con calor.

—Te besaré y si no muestras ninguna reacción, me retiraré, te devolveré tu aburrido espacio, e incluso me quitaré de encima lo de Gwen.

Sus labios se separan antes de cerrarlos.

—¿Y si... muestro una reacción?

—La pelota estará en mi campo y la usaré para despojar a esa perra de su personalidad, y luego finalmente te follaré. —Retiro una mano del mostrador y la deslizo desde la esbelta curva de su cintura hasta su cadera.

A pesar de su gran personalidad, es tan pequeña en mi poder, tan frágil y rompible, y eso no debería dar más ideas a mi polla para ponerse más dura.

Mis dedos se clavan en su carne y, aunque un trozo de ropa nos separa, su calor choca con el mío como si estuviéramos bailando alrededor de un fuego. Uno que es salvaje como la mierda con el mero propósito de quemar la tierra y tocar el cielo.

Y entonces ocurre algo.

Se retuerce, o tiembla, no sé qué. Y es un espectáculo porque Aspen no suele ser de las que tiemblan.

Es de las que sacuden a los demás.

Bajo más la cabeza con la intención de deleitarme con sus labios y morderlos hasta que la haga sangrar o ella lo haga. La idea de su pelea hace que mi polla se ponga en modo “quiero follar” y eso es una jodida novedad.

Pero no pienso en eso mientras su reacción pasa de la sorpresa al deseo salvaje que choca con el mío. Aparecen manchas rojas en su cara, que sangran por el cuello como lava.

Sus labios se fruncen y aprieta sus dedos en mi camisa de vestir.

—No lo hagas.

—¿Miedo a un pequeño desafío, cariño? No te tomaba por una desertora. —Mi voz es tan baja y está tan cerca de su mejilla que parpadea lentamente, con las fosas nasales encendidas.

Mis labios casi rozan la capa de pecas que hay bajo sus ojos. Son como estrellas en el cielo nocturno de una isla, tan pequeñas y brillantes, y le dan un toque más afilado que sus altos pómulos.

No me niego a probarlas y lanzo mi lengua, lamiéndolas como si fueran un postre.

Sabe a frutas exóticas y al más puro pachulí. No es exactamente dulce, pero es tan embriagador, terroso y picante como la propia mujer.

También huele a eso. A pachulí. Un aroma que es tan raro como ella e igual de fuerte.

Aspen se estremece, sus uñas marrones se clavan en mi pecho.

—Kingsley...

Ella se queda quieta y yo hago una pausa, pero no quito mi lengua de su mejilla.

Y la razón es que acaba de gemir mi nombre, como un canto, una oración o algo intermedio. Me importa un carajo, porque me acaba de dar la tarjeta de "acceso total", y pienso hacer uso de ella.

Mis labios se deslizan hacia abajo, dejando un rastro húmedo en su cara. Mordisqueo su mejilla y luego lamo el lugar asaltado mientras sigo mi camino hacia su boca.

Y justo cuando estoy a punto de devorar sus labios para comer, mi teléfono vibra entre nosotros.

Se sobresalta y maldigo en voz baja.

Aunque tengo la intención de ignorar la llamada y volver a comer a Aspen, es ella la que me empuja, con sus dos elegantes palmas aplastando mis músculos pectorales.

Recupero mi teléfono con la intención de ignorar la llamada. Cuando Aspen intenta apartarse, mantengo una de sus manos como rehén en mi pecho.

Su muñeca es delgada, frágil, y empiezo a notar lo delgada que está. ¿Ha perdido peso?

O tal vez ha sido de este tamaño todo el tiempo y recién ahora le estoy prestando atención. Es cierto que antes no la veía como una mujer, sino más bien como un dolor de cabeza constante y una complicación molesta.

Corrección, no la vi como una mujer en la que quiero meter mi polla.

Siempre fue una mujer para mí. Exasperante como la mierda, pero una mujer, sin embargo.

Hay que reconocer que desde que me enteré de que es la madre de Gwen, la misma mujer fatal que protagonizó la inolvidable noche erótica/de thriller de mi vida, las cosas han cambiado. No solo quiero follarla con odio hasta que ambos estemos agotados, sino que también necesito controlarla de alguna manera.

De cualquier manera.

Me niego a creer que esta tensión no deseada y esta energía destructiva tengan algo que ver con algunos asuntos no resueltos del pasado. Sencillamente, no le permito a mi cerebro un comportamiento tan vergonzoso.

El nombre que parpadea en la pantalla me hace pensar y casi me mata la erección.

Casi.

Aspen ve "ÁNGEL" escrito en mayúsculas y abandona sus intentos de escapar de mí.

Me aclaro la garganta, pienso en ancianas, zoofilia, necrofilia y Susan.

El último es suficiente para poner al niño en el suelo.

—*¡Papá!* —Gwen chilla desde el otro lado de la línea con una excitación contagiosa.

—¿Quién es?

—*¿Qué...? Soy yo, papá.*

—Pensé que la policía me llamaba para informarme de tu desaparición, ya que pareces haber olvidado mi existencia.

Aspen pone los ojos en blanco. Gwen se echa a reír.

—*Oh, no seas tonto, papá. Solo me salté la llamada de anoche porque estaba... ocupada.*

Dos pensamientos apuñalan mi cerebro. El primero es que no necesitaba esa imagen de mi ángel, y el segundo es una pregunta honesta de por qué no maté a ese bastardo de Nate de nuevo.

—*De todos modos, nos estamos divirtiendo mucho, pero te echo mucho de menos. Voy a abrazarte como el demonio cuando vuelva, así que será mejor que estés preparado para el ataque.*

—Siempre listo para tus abrazos, Ángel. —Y odio las cosas con una pasión imperecedera.

Las largas pestañas de Aspen se abren en abanico, pero está concentrada en la conversación. A juzgar por su expresión, probablemente pueda oír la voz de Gwen al otro lado.

Mis dedos se extienden sobre los suyos cuando se aprietan hasta que se aplastan en mi pecho de nuevo.

Gwen sigue hablando de sus aventuras con Nate, las no sexuales, porque incluso yo tengo límites. Parlotea alegremente, diciendo que me ha comprado cosas, en plural.

— ...*anoche tomamos vino local y era fuerte. Me emborraché mucho después de una copa y no podía ni caminar.*

—Gwyneth Catherine Shaw, ¿qué dije sobre beber antes de los veintiún años? ¿Dónde está Nate? Déjame hablar con el bastardo.

—*Oh... eh... la recepción... se está poniendo mala... Tengo que irme, papá. Saluda a Aspen de mi parte...*

Bip.

La mierdecilla no sabe mentir para salvar su culo, y esa mentira de mala recepción fue la peor actuación en años.

Vuelvo a meter el teléfono en el bolsillo, contemplando si debo o no transmitir el último trozo de diálogo.

Aspen me observa expectante, como un niño que espera saber si está en la lista de los malos o buenos de Papá Noel.

—¿Está bien? —murmura.

Estoy empezando a darme cuenta de que la bruja solo se ablanda cuando se trata de Gwen.

—A juzgar por sus todavía horribles habilidades para mentir, lo está haciendo muy bien.

—Me alegro de que no haya salido a ti en ese aspecto.

—O tú.

—O yo. —Ella sonríe un poco y lo jode.

Al diablo con esto.

Rechino mis dientes posteriores.

—Ella dice hola.

Los ojos de Aspen se abren de par en par.

—¿Q-qué?

—¿Tienes problemas de audición?

—No, pero... estoy pensando que esto es un sueño.

Le pellizco la mejilla y me aparta la mano con el brazo libre.

—¡Ay! ¿Por qué fue eso?

—La prueba de que no es un sueño.

—Imbécil —escupe, pero no quita su mano de debajo de la mía.

Y sigue sonriendo, más brillante ahora, como una versión mucho más joven de sí misma.

Una versión que está grabada en lo más profundo de mi ser.

Una versión que pretendo sacar a la luz.

7

Aspen

—Tierra a Aspen, ¿hola?

Levanto la vista de mi café con tequila y miro la cara expectante de Caroline.

Estamos sentadas en mi apartamento con sus dos huskies a cada lado como ángeles de la guarda -o demonios, teniendo en cuenta sus nombres- Lucifer y Caín.

La excusa que se le ocurre a Caroline es que su gigantesca casa es demasiado fría y solitaria y necesita un cuerpo caliente al que abrazar.

La víctima soy yo desde hace una semana. Intenté echarla los primeros días, pero al final me rendí.

Caroline es mucho más blanda que yo, *demasiado* blanda, por lo que ha sido aplastada más veces de las que cualquiera de nosotras puede contar, pero también resulta ser una cosita testaruda cuando se trata de sus seres queridos.

Parte de su soborno consiste en traer alcohol y poner una repetición de *Friends* cada noche. Sin embargo, apenas hay nada que ver, ya que aprovecha el tiempo para hablar del pasado, de su desastrosa vida e intenta sacarme información.

—Estaba escuchando, Callie.

Arroja una almohada de felpa -que ha traído porque Dios me prohíbe tener esas cosas mullidas cerca- y ataca otro trozo de pastel de chocolate. Con su pijama de conejo y el cabello recogido en un moño, parece espeluznantemente joven. Sobre todo, cuando me frunce el ceño.

—Ah, ¿sí? ¿De qué estaba hablando?

—Qué bueno es Mateo en la cama. —Pongo los ojos en blanco—. Por millonésima vez. ¿Estás segura de que el divorcio es lo que buscas a estas alturas?

—Solo porque sea un buen follador no significa que vaya a pisar mi orgullo por él. No voy a tener sentimientos por pollas, Aspen. Vamos, esa es como la primera regla del libro de honor de las chicas.

Me arrebato el café y me subo el tirante del vestido de algodón que se me ha caído del hombro.

—Eso está bien y todo, pero mi cuello sigue en la cuerda floja.

—No te preocupes. Le dije a Mateo que eres como mi hermana de otro señor. Es un imbécil, pero es bastante honorable y tiene códigos estúpidos que cumple, que no incluyen el engaño*, obviamente*. No te va a tocar.

—Nicolo lo haría.

—No si nos divorciamos. Ese ha sido el objetivo de la serpiente desde el principio.

Me deslizo hasta el borde de la silla.

—Escucha. ¿Estás segura de que te engañó? Lo negó delante de mí y de nuevo delante de ti el otro día cuando tuvisteis una pelea épica. En mi apartamento, eso sí.

Sus mejillas se tiñen de un rojo intenso.

—Lo vi durmiendo con una mujer despatarrada sobre su pecho en un hotel. ¿Qué más pruebas necesito?

—¿Y cómo es que fuiste a ese hotel? ¿A esa habitación en concreto?

Se queda mirando a los ruidosos personajes de la televisión, con lágrimas en los ojos.

—Encontré la tarjeta de visita del hotel y el recibo de la reserva en el bolsillo de su chaqueta. El gerente del hotel me dejó entrar en su habitación con la tarjeta maestra una vez que le dije que soy un Luciano, y entonces encontré a Mateo con una compañera. Una *joven pieza lateral*, que parecía apenas en sus veinte años. Sé que hemos tenido problemas para intentar tener un bebé y esas cosas, y él no es precisamente del tipo cariñoso, pero también es muy consciente de que meter su polla en los agujeros disponibles de Nueva York es un límite difícil para mí. A veces, no puedo creer que me haga eso. Otras veces, recuerdo la dura evidencia.

Me golpeo el labio inferior.

—Esa evidencia dura es sospechosa.

Caroline me mira por debajo de sus pestañas húmedas.

—¿Cómo de sospechoso?

—El día que se pelearon, Mateo dijo que sus recuerdos son borrosos sobre esa noche. Fue a ver a un socio y se tomó una copa, pero es consciente de que durmió solo y no tocó a otra mujer.

—Mateo diría cualquier cosa para engañarme.

—No parece del tipo que endulza nada, Callie. Si te hubiera engañado, lo habría dicho sin tapujos y habría usado la fuerza para que volvieras con él. Pero ha estado visitando como un reservado duque de la era victoriana que está cortejando a una dama. Por no hablar de los autos negros de sus matones que te siguen a todas partes para que ninguna escoria como Della Roma pueda ponerte las manos encima.

Ella frunce los labios.

—Perra. ¿Estás de mi lado o del suyo?

—El tuyo. Está claro que estás sufriendo, teniendo en cuenta todas las cosas azucaradas que sigues consumiendo hasta un nivel poco saludable y cómo te pones emocional de la nada.

Hace un gesto de dolor, lamiendo el pastel que se le ha pegado a los dedos.

—¿Te has dado cuenta?

—Por supuesto que sí. Entonces, ¿qué tal si ves el final de esto en lugar de torturarte a ti y a él?

—Pensé que tu jefe Nicolo te ordenó que nos divorciáramos. Estaría tras tu cabeza si descubre que estás jugando a ser consejero matrimonial.

—Nicolo no importa.

Sonríe de manera infantil, como cuando intercambiábamos regalos de Navidad, porque los únicos regalos que nos hacían nuestras familias eran traumas.

—¿Y yo?

Me aclaro la garganta y sigo bebiendo de mi café.

—Oh, Dios mío, mira a nuestra pequeña diablilla que siente algo por mí.

—No lo presiones, Callie.

Se ríe y salta del sofá para acurrucarse a mi lado, en una maldita silla. Apenas cabemos, pero me envuelve como un koala. Por si fuera poco, sus perros también se unen al ñoño abrazo familiar. Tuvimos un comienzo difícil, pero Caín y Lucifer se han encariñado conmigo.

Caroline se abraza a mi cintura como un niño pequeño necesitado y yo suspiro.

—Estoy tratando de beber mi café.

—Llámalo ya tequila. Además, no es bueno beber café por la noche. Tendrás problemas para dormir.

De todos modos, tengo problemas para dormir, pero en lugar de admitirlo, digo:

—Tengo que revisar algunos borradores antes de ir a dormir.

—¿Te han dicho alguna vez que eres una adicta al trabajo?

—Tú. Todos los días.

—Alguien más tiene que decirlo. ¿Tu papá te está explotando? ¿Quieres que le suelte a Mateo?

Me detengo con la taza en los labios y luego doy un largo sorbo que me obstruye la garganta.

En sus intentos por reavivar nuestra relación, Caroline me emborrachó una noche y acabé contándole todo lo del lío de Kingsley.

Cómo no me había dado cuenta de que fue él quien me quitó la virginidad, la inocencia y me dejó embarazada a la primera. Cómo ha criado a nuestra hija él solo. Y cómo me hace sentir irremediablemente fuera de lugar.

Sobre todo, últimamente.

Un escalofrío me recorre al recordar cómo me lamió las mejillas y casi me besó aquel día en el bar.

Y lo peor es que le di la reacción que esperaba antes de que sus labios se encontraran con los míos. La vergüenza es solo el principio de lo que sentí y sigo sintiendo por ese error de juicio. Perdí el control con una facilidad que me asusta. Por eso lo he estado evitando con una pasión que rivaliza con mi necesidad de escapar de mis sucios orígenes.

—En realidad no trabajamos juntos —le digo a Caroline con un tono despectivo que debería impulsarla a dejar el tema.

Pero de nuevo, ella es peor que sus propios perros con un hueso.

—Sí, pero siempre están cerca del otro haciendo el trabajo legal de Nicolo e incluso teniendo *reuniones*.

Entorno los ojos hacia ella.

—¿Por qué demonios has hecho hincapié en las reuniones?

—Porque ahí es donde ocurre toda la acción. Duh.

—No ha ocurrido ninguna acción.

—Oh, Dios mío. —Finalmente me suelta, sus labios se abren como un pez—. ¡Algo sucedió!

—No, no es así.

—Tartamudeabas como una chica de instituto enamorada del quarterback, y nunca has tenido enamoramientos.

—Cállate. —Me llevo una mano a la cara para bloquear su expresión de regocijo, pero se limita a pincharme el costado y sigue sonriendo como si estuviera drogada.

Se escapa de mis garras y adopta un tono narrativo, simulando sostener un micrófono imaginario.

—Querido diario, he encontrado al hombre que puso mi mundo patas arriba en la Noche del Diablo de hace veintiún años, y quiero una repetición de la guarida de Satán. Por favor y gracias.

—Callie, te juro que o te callas o te tiro por la ventana.

—Suena pervertido y sería más acción de la que he tenido en semanas. El otro día, *accidentalmente* puse el chorro de la ducha demasiado alto y me corrí inmediatamente.

—Y me lo dices porque...

—No sé, puede que necesites el consejo, teniendo en cuenta tu propia falta de acción. Eso, sumado a la tensión, puede ser una molestia de tratar.

—Gracias por la preocupación.

—¡Cuando quieras!

—¿Podemos cambiar de tema, por favor?

—De ninguna manera. No voy a dejar tu caso a menos que me digas lo que pasó hoy entre ustedes dos.

Tomo otro sorbo de mi café.

—¿Y qué te hace pensar que ha pasado algo?

—Porque has estado suspirando como una anciana que tiene el mundo sentado sobre sus hombros.

—Solo estoy pensando en los casos.

—Eres demasiado perra jefa para preocuparte por el trabajo. Puedes hacer esa mierda con los ojos cerrados. Además, te oí murmurar 'ese hijo de puta' en voz baja mientras preparabas tu tequila. Perdón, quiero decir *café*. Y solo hay un hijo de puta que te hace enfadar hasta el punto de maldecirlo de sopetón.

Me quejo.

—¿Hay alguna manera de convencerte de que dejes esto?

—Sí. —Ella sonríe dulcemente—. Dándome detalles.

—No es nada importante.

—Dime y yo decidiré.

—Solo estaba siendo un idiota, como siempre. —Suelto un suspiro frustrado—. Quiero decir, lo entiendo. Lo sube de tono cada vez que tiene una audiencia con su madrastra, pero no tenía por qué desquitarse conmigo. Solo llegué cinco minutos tarde a la reunión de socios por culpa de un cliente, y me preguntó, delante de todos los socios, si los respetaba. Cuando le dije que por supuesto, se puso en plan: 'Por lo visto, no lo suficiente, o se habría presentado a tiempo, señora Leblanc'.

—No, no lo hizo.

—Sí, lo hizo. Es lo más cerca que he estado del asesinato. Es un imbécil con maquiavelismo corriendo por sus venas en lugar de sangre.

—Sí, que le metan la cabeza en la guillotina. El muy imbécil.

—Imbécil.

—Idiota con masculinidad frágil.

—Maldito bastardo. —Resoplo—. No puedo creer que haya ganado dos casos en un maldito día. Juro que obtiene su energía de sacrificar pobres almas en el altar del diablo.

—Aspen, cariño, no debes admirarlo cuando estamos planeando cortarle la polla y dársela de comer a mis perros. ¿Cómo lo llaman ustedes? Claro, conflicto de intereses.

—No lo admiro. Yo solo...

—¿Lo consideras un rival?

Suspiro.

—De la peor clase. A veces, me gustaría ser tan asertivo como él, pero supongo que eso significa desechar mi recién encontrado corazón, y como que lo necesito.

—Sí, nada de descartar corazones. Esa mierda te dejará vacía. Además, tal vez el hecho de que sea rico, caliente como el pecado, y exitoso es todo una fachada para ocultar su interior hueco.

—No hay nada hueco en Kingsley, Callie. Es más grande que el mundo y podría verse desde el espacio.

—O tal vez eso es lo que le gusta que tú y el mundo piensen. —Ella levanta una ceja—. He estado casada con un jefe de la mafia durante unos tres años y he respirado el aire de hombres peligrosos todos los días, así que sé cuando envuelven su exterior con una mierda deslumbrante que pretende cegar a cualquiera que intente mirar más de cerca. Tu Kingsley está en lo alto de la escala de mierda.

—No es mi Kingsley.

—Oh, lo siento. Tu papá del bebé y el hombre que robó tu corazón de catorce años. ¿Tal vez deberíamos añadir al villano de tu alma a la lista?

Antes de que pueda abofetearla y arriesgarme a que me muerdan sus perros, suena el timbre. Caroline palidece y es mi turno de sonreír.

—Por fin ha llegado tu propio villano, así que puedes dejar de obsesionarte mirando el reloj.

—No abras la puerta —dice, pero ya estoy levantada—. Juro por Dios que le enviaré a Kingsley tus diarios reales de entonces, perra.

—La broma es para ti, ya los quemé, *perra,* así que a menos que estés dispuesta a pasar unas vacaciones en el infierno, eso no sucederá. Oh, también, tienes rímel en la mejilla, tal vez quieras quitarlo. —Sonrío mientras ella maldice y corre al dormitorio para ponerse presentable. Dice que odia al hombre, pero que quiere estar lo mejor posible delante de él.

Tomo un jersey del comedor y me lo pongo antes de abrir la puerta. Caroline puede ser un poco ingenua a veces, si no, no pensaría que soy capaz de mantener esta puerta cerrada cuando Mateo está justo fuera. No es que él se quede obedientemente en su sitio.

Puede que se haga el paciente con ella, pero le bajará los humos si se niega a verlo, y yo necesito mi puerta.

—Aspen —me saluda en cuanto la abro, con un aspecto mucho mejor que su estado demacrado de aquel día en que casi me raja la cara.

—Mateo. Pasa, aunque no creo que necesites la invitación.

—En realidad sí la necesito.

—¿Eres un vampiro, después de todo?

—No, solo un italiano bien educado con los amigos de mi mujer. —Él estrecha sus ojos y yo estrecho los míos antes de apartarme.

—Me quitaré de encima unos treinta minutos. ¿Y, Mateo?

—¿Sí?

—Haznos un favor a todos y convéncela de que eres inocente o déjala ir. De cualquier manera, por favor deja de usar mi espacio para tus sesiones de cortejo.

—Tomo nota. —Asiente una vez y entra como si tuviera todo el derecho.

Sacudiendo la cabeza, meto los pies en los zapatos cómodos más cercanos, agarro la cartera y salgo.

Me arrepiento de no haberme puesto un jersey más grueso o un abrigo en cuanto el aire frío me lame la piel. Pero congelarse es mejor veneno que presenciar las repetidas peleas de Mateo y Callie.

Existe la opción de pedir a sus matones estacionados fuera que me traigan el abrigo, pero Mateo probablemente los tirará por el balcón si interrumpen su sagrado tiempo de esposa.

Así que opto por caminar a paso ligero para generar más calor corporal. Paso por delante de una boutique que exhibe un precioso vestido con motivos de orquídeas de vainilla y no me lo pienso dos veces antes de entrar a comprarlo.

Luego le pido a la señora que lo envuelva y lo envíe a la nueva dirección de Gwen.

Pronto vendrá a casa, y aunque quiero darle el regalo personalmente, lo haría incómodo y ella se sentiría rechazada por mí. Así que un regalo sin contacto es la mejor opción que tengo mientras espero que le guste.

Mis labios se dibujan en una sonrisa al recordar cómo me saludó.

Mi hija le dijo al imbécil de su padre que me saludara. No quiero exagerar, pero no dormí nada esa noche. Y bien, tal vez algo de eso tuvo que ver con el hormigueo que me produjo el contacto de cierto hombre.

Por mucho que me guste pensar que no me afecta, mi corazón se acelera cada vez que recuerdo la forma sensual en que sus magros dedos sostenían mi cara o cómo sus labios y su lengua se deleitaban en mis mejillas. ¿Por qué me afecta tanto? Simplemente... ¿por qué?

Camino más rápido en un intento infructuoso de ahuyentar los pensamientos sobre él e incluso intento centrarme en mi entorno. Es el mejor método para no quedarme atascada en mi ajetreada cabeza.

Es entonces cuando me doy cuenta de que he entrado en un barrio no tan bueno. Al haber vivido en el gueto durante toda mi infancia, reconozco el hedor de la orina y el vómito como señal de pobreza, sobredosis de drogas y cuerpos vendidos en la oscuridad.

Ah, y una mujer durmiendo en sábanas apestosas con pastillas a su alrededor.

Los barrios malos saben a lágrimas amargas, a comida caducada y a desechos humanos.

Los malos barrios tienen un alma peligrosa, un corazón negro y la misericordia de un dios tirano.

Y aunque he hecho todo lo necesario para escapar, me encuentro de nuevo en este infierno. Me pregunto si siempre gravitaré hacia el peligro de mi infancia de la misma manera que lo hizo Caroline.

Quizá, como ella, solo encuentre consuelo en un gobernante clandestino que no se asuste de los malos barrios.

Me quito lentamente ese pensamiento de la cabeza y me giro para irme.

Se oye un crujido detrás de mí y, antes de que pueda investigarlo, un golpe seco atraviesa el aire. Me arden los ojos, y la siguiente vez que los abro, estoy de rodillas, con la cabeza inclinada hacia un lado.

No intento mirar a mi asaltante ni darle sentido a esta situación. Mis dedos temblorosos encuentran mi cartera y consigo agarrar mi pequeño espray de pimienta que está atado a mi llavero y lo aprieto sin rumbo detrás de mí.

En el momento en que me doy cuenta de que he cometido un error, es demasiado tarde. Creía que solo había un atacante, pero una pesada bota me golpea en el pecho, haciéndome retroceder con una facilidad aterradora.

Mi cabeza golpea una superficie asquerosamente cálida -el cuerpo de otra persona- y se forman estrellas detrás de mis ojos cuando un hombre me da un puñetazo en la cara.

Su amigo me pisa el hombro con su bota y me muerdo la lengua para no gritar.

Llega el segundo puñetazo, luego el tercero, y para cuando terminan, mi boca se inunda de un penetrante sabor metálico.

No me doy cuenta de que han desaparecido hasta que oigo unos pesados pasos en retirada. Aun así, me quedo tumbada, con la cabeza pesada como un ladrillo y los miembros extendidos en una posición antinatural.

La necesidad de disolverme en el suelo es mucho mayor que mis ganas de vivir, pero la idea de que podrían volver y violarme, o dejar el trabajo a otra persona de los barrios bajos, me da una energía que no habría creído posible.

No sé cómo me las apaño para usar la pared para mantener el equilibrio, tirar de mi jersey alrededor de mí y caminar, pero lo hago.

El dolor estalla en cada una de mis articulaciones, uno de mis ojos está demasiado hinchado para ver con él y mis labios se sienten demasiado grandes para mi cara.

Creo que también tengo algo fracturado o magullado en el pecho, porque respirar es similar a subir al Everest con una pierna rota.

Lógicamente, sé que necesito ver a un médico, pero prefiero morir a ir al hospital.

Sí, Gwen está viva, pero yo estoy traumatizada por los hospitales desde que me pusieron en los brazos a un bebé que nació muerto, y no he superado ese trauma ni ninguno de los otros traumas de mi vida.

No sé cuánto tiempo camino, pero es lo suficientemente largo como para perder la sensibilidad en las piernas, recibir miradas extrañas de neoyorquinos desapasionados y desplomarme contra una pared una o dos veces, o una docena.

Finalmente, consigo tomar un taxi y me meto dentro. El conductor me mira por el espejo retrovisor, sus ojos marrones aparecen borrosos y demoníacos en el espejo.

—¿Se encuentra bien, señorita? ¿Debo llevarla al hospital?

—No... el hospital no... —Suelto mi dirección incoherentemente, mis labios apenas se mueven, y luego me desplomo contra el asiento de piel sintética.

Sacudo la cabeza de vez en cuando, luchando contra los puntos negros que se extienden por mi visión y el adormecimiento de la inconsciencia.

Solo tengo que ir a casa y recomponerme y luego informar de esto...

Se me aprieta el pecho cuando el auto se detiene y levanto la cabeza, pero no encuentro el edificio en el que vivo.

En su lugar, estoy mirando a un demonio con dientes en la parte superior de una gran puerta de metal negro recién salido de una película gótica.

La mansión de Kingsley.

Maldita sea. ¿Qué estoy haciendo aquí?

—Estamos aquí, señorita —dice el conductor, con una voz que suena lejana.

—Este no es mi apartamento...

—Esta es la dirección que me diste. ¿Quieres que te lleve a otro sitio? —Sus ojos parpadean en el espejo retrovisor, borrosos y recién salidos de una película de suspense.

—No, gracias... —Le pongo unos cuantos billetes en la mano y prácticamente salgo corriendo del vehículo.

Se queda allí, durante un rato, probablemente pensando que estoy loca. O tal vez es uno de ellos y lo enviaron a terminar el trabajo.

Me hace falta toda la fuerza que tengo para acercarme a la puerta, arrastrando los pies y jadeando.

El taxi se marcha por fin y yo suelto un suspiro. Entonces mis piernas deciden que es tan buen momento como cualquier otro para abandonarme.

Estoy lista para golpear el suelo, pero caigo directamente en los cálidos brazos.

—¿Aspen?

Su duro rostro me mira con el ceño fruncido, tan oscuro como el de un señor del demonio.

Y no debería hacerme sentir segura.

O tranquila.

O jodidamente correcto.

Pero lo hace.

Mis dedos se clavan en sus brazos y me trago mi propia sangre mientras grazno:

—Yo... no tenía otro sitio al que ir...

No me doy cuenta de la gravedad de mi confesión cuando la oscuridad finalmente me arrastra.

8

Kingsley

Mis intentos de evitar que yo mismo alcance la categoría de rabia están resultando un fracaso asombroso.

Recorro la habitación donde Aspen yace en la cama como una belleza rota.

He abierto y cerrado mi Zippo tantas veces y con cero delicadeza que me sorprende que la cosa no se rompa.

La luz que entra por la ventana me obliga a detenerme y contemplar el jardín y las hojas multicolores que caen hacia la muerte.

Joder. He estado en esto toda la noche.

Caminando, golpeando una pared -o dos- y contemplando la mejor manera de cometer un asesinato.

No debería.

Porque, como decían mis pensamientos de una semana, no cometo violencia por las mujeres, joder. Solo hay una razón para la violencia: la liberación. Para mí, para mí mismo, y para mi polla.

Y, sin embargo, siempre está ese error en la matriz. La excepción a las reglas. El pez en el Mar Muerto.

Todo sucedió cuando volví de mi trote vespertino, reprimiendo la necesidad de incendiar la casa de Susan, y vi a Aspen cojeando por la puerta principal en un estado que le haría competencia a un zombi.

Desde entonces, no he pensado en la ruina de mi madrastra ni en sus provocaciones de ayer en el juzgado sobre lo débil que era mi madre.

Le gusta recordarme por qué rechacé la idea de convertirme en una réplica de mi madre.

Liliana Shaw era tan delicada como su nombre, y aunque yo era lo suficientemente humano como para querer a mi madre, supe desde el principio que ella era de las que se protegen, nunca de las que protegen a los demás.

Era de las que se tratan con guantes de seda, con aroma a flores como su perfume favorito.

Y como las malditas palabras de Susan me suenan cada vez que la veo, suelo ponerme en modo de autoagotamiento hasta colapsar al final del día.

No es un secreto que me vuelvo neurótico, de alto funcionamiento y con un sabor especial de idiota cada vez que me encuentro con el monstruo de plástico en el juzgado.

Si a eso le unimos una frustración sexual digna de un adolescente, para cuando llegué a casa, ya no se me acercaba ningún ser humano que valorara su vida, su propiedad y su dignidad.

Así que imagínate mi sorpresa cuando la mujer que estaba detrás de la frustración hizo de superviviente del apocalipsis junto a la puerta de mi casa.

El médico, un familiar que siempre está a una llamada de distancia, se presentó a examinarla anoche y dijo que había sido agredida físicamente.

—No me digas, Sherlock. Ya lo veo —le dije al Dr. Werner, pasándome una mano por el cabello y estando colosalmente irritado por dos hechos.

Uno. Aspen fue atacada.

Dos. El médico la estaba tocando.

Quizá el médico de cabecera deba ser una mujer.

Pero incluso esa opción no se sentía muy cómoda en la base de mi revuelto estómago.

—¿Fue agredida sexualmente? —pregunté, mi pecho se apretó por primera vez desde que... Gwen se cayó de la bicicleta y se golpeó la rodilla cuando tenía diez años.

—Nada indica eso desde el exterior, pero no puedo asegurarlo hasta que se despierte y me dé permiso para examinarla.

—Al menos cuida de sus heridas.

—¿Puedes salir?

—¿Por qué necesitas que salga para eso? Lo harás mientras yo esté aquí.

—Sr. Shaw, comprendo su angustia, pero por lo que he deducido, usted no es pariente cercano de la Sra. Leblanc y, por lo tanto, no debería estar presente durante ningún examen médico.

—He decidido *que* estaré aquí. Ahora, haz tu trabajo o haré que te pongan en la lista negra de la ciudad.

La amenaza fue suficiente para impulsarlo a la acción, lo que a su vez me hizo arder más que la temperatura de la habitación. Y aunque confirmó la ausencia de lesiones graves, aún me faltaban dos segundos para golpear su cabeza contra el objeto más cercano y cortar los dedos enguantados con los que la examinaba clínicamente.

No hay razón para la posesividad furiosa que siento hacia esta mujer. Una posesividad que, hasta ahora, solo he sentido por el bienestar de mi legado, Gwen, y la necesidad de la inevitable destrucción de Susan.

¿Y lo peor? Este sentimiento es completamente diferente a todo lo anterior, irremediablemente ilógico, y arde como el ácido.

El Dr. Werner se marchó cuando opté por vendar sus heridas yo mismo y lo eché. Si la hubiera tocado una vez más, estaría flotando en la piscina mientras hablamos. Además, desde mi adolescencia me he cortado, magullado y ensangrentado constantemente, así que la tarea no era extraña.

Puse pomada en la piel de Aspen, cubriendo la galaxia de moretones en su cara y hombro y una ligera marca roja en la parte superior del pecho. Por no hablar del ojo morado que era del tamaño del Ayuntamiento e igual de tétrico.

Eso fue hace diez horas.

Diez horas de paseos, luego de ver las grabaciones de las cámaras de vigilancia de sus movimientos después de pedir favores a los detectives para que la rastrearan desde que salió de su apartamento.

No me extrañó que Mateo entrara en su edificio minutos antes de que ella saliera vestida con ropa informal. Luego entró en una boutique y salió con las manos vacías, pero con una sonrisa de niña. El asalto se produjo después de que ella se adentrara en un callejón no vigilado, porque cinco minutos después, salió cojeando, abrazada a una pared, y luciendo un mapa de moratones.

Lo único sospechoso que observé fue una furgoneta negra con los cristales tintados que fue captada por una cámara exterior cerca de ese lugar. Se mantuvo alejada de las cámaras de vigilancia como un profesional, por lo que no se captó ninguna matrícula y definitivamente ninguna cara.

Podrían haber sido los hombres de Mateo, por lo que sé, pero ya me aseguré de que seguían actuando como perros guardianes de su jefe durante el tiempo que la golpeaban.

Mi mirada se fija en su forma, dormida, con las cejas fruncidas y la piel marcada de forma grotesca.

Sé cómo se ve su hermosa carne cuando se la muerde, se la chupa y se la sacia placenteramente. Recuerdo haber puesto todas esas marcas y más en ella hace veintiún años y haber dejado un camino con mis dientes, mi lengua y mis labios.

Y aunque se mantuvo la maldita máscara, recuerdo la sensación, la posesividad y el impulso ilógico de volver a hacerlo.

Pero esa imagen y ésta son tan opuestas como el día y la noche. Aunque el Dr. Werner me aseguró que las lesiones son superficiales y se curarán, me sigue pareciendo jodidamente mal.

Desde la parte en la que la siguieron, pasando por cómo la golpearon, y finalmente, por cómo acabó aquí.

Este último dato me llena de una emoción a la que me niego con vehemencia a ponerle nombre.

Un gemido sale de sus labios y se parece a la última súplica de piedad de un moribundo.

Esta mujer es más fuerte que el universo y sus alienígenas, un hecho que siempre me ha enfurecido y a la vez me ha fascinado a partes iguales, así que verla maltratada es extraño.

Olvídate de lo raro.

Es una rabia que nunca antes había experimentado.

Se mueve en el sueño, parpadea una vez, dos veces, el ojo que no está hinchado, y luego se levanta en posición sentada, mirando inmediatamente su endeble vestido de algodón.

Tiré el jersey: estaba sucio, ensangrentado y tenía un agujero con la forma de mi puño.

El vestido también está ensangrentado, pero las posibilidades de quitárselo y seguir cuerdo eran inferiores a cero. Así que lo dejé intacto.

—Kingsley —susurra, y luego hace una mueca de dolor, probablemente debido al doble tamaño de sus labios y al corte.

—Buenos días, cariño —digo sin ninguna calidez, abriendo mi Zippo—. Ahora que has salido de tu fase de Bella Durmiente, ¿te importaría decirme qué, y no puedo recalcarlo lo suficiente, *mierda* ha pasado?

—Yo… —Ella parpadea la mucosidad que se ha acumulado en sus ojos, a pesar de mi atención para limpiar la mierda de esos malditos, luego inspecciona su entorno—. Espera... ¿dónde estoy?

—En mi casa, antes conocida como la Mansión Black Valley antes de que demandara al estado para tener la libertad de quitar el pretencioso nombre y ganara, obviamente. Apareciste aquí con moretones del tamaño de Texas, ¿recuerdas?

Abre sus labios hinchados, los cierra y los vuelve a abrir en una pobre imitación de un pez de colores.

—Yo... no quería venir aquí.

Con movimientos similares a los de un cangrejo, intenta ponerse de pie, hace una mueca de dolor y vuelve a caer con la gracia de una pluma rota. Pero como es más testaruda que un zapato de cuero italiano, vuelve a intentar ponerse de pie.

Esta vez, la empujo de nuevo hacia abajo con una mano firme pero suave.

—No estás en condiciones de sentarte, y mucho menos de estar de pie, así que a menos que pienses sangrar en mi suelo y fregarlo personalmente, quédate recostada de una puta vez.

—Qué encantador. —Aspira una respiración dolorosa.

—Encantarte es lo último que busco, y me importa una mierda si querías venir aquí o no. Lo hiciste de todos modos, y aun así no respondiste a mi pregunta.

Mira mi mano que se apoya casualmente en su hombro. De nuevo, no con fuerza, para no herirla, pero lo suficientemente firme como para hacerle saber que no podrá escapar de mi agarre.

—¿Te importa? —grazna.

—En absoluto. —Me siento a su lado sin quitar la mano y ella suelta un sonido que se parece al gruñido de un animal herido.

Sin embargo, no se resiste, probablemente con demasiado dolor como para que le importe. Se queda mirando la pared de enfrente, las pinturas hechas con cristales negros rotos, porque el caos es la única forma de belleza que apruebo.

—Me atacaron.

—Tengo suficiente capacidad de deducción para averiguarlo por mi cuenta. Quién, dónde, por qué y cómo son las preguntas a las que me gustaría tener respuesta.

—No lo sé. —Ella traga y hace una mueca de dolor.

—¿Fuiste agredida sexualmente?

—No.

—¿Estás segura?

Me mira con su único ojo bueno.

—¿Qué quieres decir con que estoy segura?

—No hay necesidad de ponerse a la defensiva. Solo estoy mirando desde todos los ángulos aquí para formar una imagen mental.

—¿Qué hay que formar sobre no, no fui agredida sexualmente?

—El hecho de que podrías haber perdido el conocimiento.

—No lo hice. Déjalo.

—Bien. ¿Reconociste a quien lo hizo?

—No. Podría haber sido cualquiera.

—Tienes tantos enemigos, ¿eh?

Me mira con su único ojo bueno y tiene más garra que los siete mil millones de pares de ellos repartidos por la tierra.

—Eres uno de los que sabe, teniendo en cuenta tu historial.

—No vayamos por el camino de lanzar palos, porque te aplastaré fácilmente y no estás en condiciones de pelear verbalmente conmigo hasta perder el aliento. Ahora, hagamos que nuestro tiempo sea útil y reduzcámoslo a los sospechosos conocidos. ¿Quién podría tener problemas contigo últimamente, aparte de mí y de tu padre psicópata?

Su ojo se ensancha y sus labios tiemblan.

Joder.

—¿Es tu padre? —pregunto, añadiendo un signo de interrogación innecesario.

—Yo... no sé.

—Oh, pero lo sabes. Es obvio.

Vuelve a evitar mi mirada, esta vez tapándose la cara con la sábana y apartando mi mano en el proceso.

—Tal vez seas tú, imbécil.

Deslizo la sábana hacia abajo, resistiendo el impulso de tirar de ella y posiblemente herirla en el proceso. Si la suavidad y yo tuviéramos un encuentro a solas, la llevaría a enrollarse una cuerda alrededor de su frágil cuello. Pero aún me encuentro intentando no causar más molestias a Aspen.

—Soy muchas cosas, pero un golpeador de mujeres no está en la lista. Mis batallas contigo son exclusivamente mentales, sin violencia física, a menos que sean de naturaleza sexual, por supuesto. Además, si realmente creyeras que te he hecho daño, ¿habrías acudido a mí, de entre todas las personas?

—Quería ir a ver a Nate —murmura en voz baja y casi olvido por qué no debería rodear su garganta con mis dedos y estrangularla.

—Y, sin embargo, estás aquí porque no tenías otro lugar a donde ir, como me dijiste tan elocuentemente, ¿recuerdas? Una cosita tan solitaria.

Sus labios se separan y luego se cierran antes de sisear:

—Vete a la mierda.

—Con mucho gusto. Pero tenemos que esperar a que se curen los moratones porque esta escena es extrañamente parecida a una película snuff y no soy fan.

—Serás un fanático de mi lengua cuando esté lo suficientemente curada como para masticarte. O de mis dientes cuando te muerda la polla, imbécil.

Me río y eso la desconcierta, ya que me mira como si me hubiera salido un tercer cuerno rojo.

Que me jodan.

O ella.

No me importa cuál en este momento.

Bueno, al menos ha vuelto.

Me acerco a la mesilla de noche y señalo un bol de avena que se ha guardado en un recipiente caliente. He hecho que mi ama de llaves, Martha, se la prepare junto con tres sabores de té de hierbas.

—Come esto, luego toma los analgésicos y descansa. Si necesitas algo, pídeselo a Martha y te lo conseguirá.

—No desayuno. Además, ¿por qué hablas como si me quedara aquí? Me voy a trabajar.

—Hoy vas a desayunar, y no hay manera de que vayas a la empresa pareciendo una pobre imitación de un zombi.

—¡Pero tengo reuniones!

—Que tu asistente reprogramará.

—Pero...

—Es definitivo, Aspen. No hay trabajo en tu estado. No seas una bebé.

—No soy una bebé.

—Estás haciendo un berrinche como uno.

—¡Solo quiero hacer mi trabajo!

—Y como tu jefe, te pongo de vacaciones. Obligatorias, no opcionales.

Y con eso, salgo de la habitación, su gemido frustrado es lo último que oigo antes de cerrar la puerta. Permanezco allí durante unos minutos y luego echo un vistazo al interior. La mierdita obstinada pierde la batalla y vuelve a dormirse.

Martha, una amable mujer de mediana edad y figura regordeta, que me ayudó a criar a Gwen, me entrega mi maletín.

—¿Alguna instrucción especial?

—Dale comida, algo de ropa de Gwen y ayúdala a ducharse si lo necesita. Es orgullosa y no pedirá ayuda, así que ofrécela. No la dejes salir bajo ninguna circunstancia. Puedes utilizar los métodos necesarios para asegurarte de que así sea, y encerrarla es uno de ellos.

Ella asiente y señala un teléfono que baila sobre la mesa.

—Ese lleva unas horas vibrando.

De Aspen.

Lo tiré junto con su cartera en algún lugar de la entrada cuando la llevé adentro y no lo he revisado desde entonces. Corrección. No me he separado de ella desde entonces, excepto cuando llegó Martha y me di una ducha rápida y me cambié de ropa.

Al tomar el teléfono, sorprendentemente intacto, encuentro el nombre "Mi camino o mi muerte" rodeado de diez corazones, parpadeando en la pantalla.

No es broma. Malditos diez corazones rojos brillantes.

Lógicamente, sé que Aspen no es una persona de corazón y que preferiría que se la comiera un tiburón antes que ser cariñosa. Es uno de los pocos rasgos que tenemos en común.

Sin embargo, es ilógico que la idea de que ella tenga un hombre en su vida que sea la excepción a su regla de no-emociones arda en mis venas como un whisky barato.

Le respondo, con toda la intención de ejercer mi tarjeta de imbécil en un golpe elegante.

La voz chillona que me saluda desde el otro lado pone fin a mi plan de forma poco glamurosa.

—¡Aspennnn! ¿Dónde has estado? Llevo horas llamándote y he contemplado seriamente la posibilidad de ir a la policía y demás. Y eso sería por dos razones diferentes. Tu desaparición y las mil posibilidades de Mateo de cometer un asesinato en masa. Sabe lo del imbécil de Della Roma que me pegó, y sus cargos de agresión parecerán una broma frente a sus cargos de "lo asesinaré a él y a toda su familia".

Intenté detenerlo y retenerlo conmigo, pero se fue a primera hora de la mañana mientras yo dormía.

—Deberías haberte esforzado más entonces. Ahora, tengo que limpiar tu desastre.

Hay una larga pausa al otro lado antes de que quien estoy seguro es Caroline Luciano susurre:

—*¿Kingsley?*

—El único.

—*¡Hola! Soy Caroline.*

—No me digas. Asumo que eres el que tiene la suficiente audacia para guardar su nombre como "Mi camino o mi muerte" con una asquerosa cantidad de corazones.

—*Shhh. No se lo digas a Aspen.* —Su humor desaparece—. *Espera, ¿ella no lo cambió de nuevo? ¿Dónde está y qué le has hecho?*

—Está herida y dormida. No la molestes hasta mañana.

—*¿Qué...?*

Cuelgo antes de que pueda terminar su frase y me dirijo a los planes de mi plato favorito.

La venganza.

9

Aspen

Catorce años

—¿Y ahora qué? —Cruzo los brazos sobre el pecho, fingiendo que, de hecho, apenas estoy tratando de seguir la línea. A estas alturas, no hay duda de que probablemente el alcohol está fluyendo en mi sistema en lugar de la sangre.

El aire frío me muerde la piel con la consistencia de una serpiente venenosa, pero mantengo los labios cerrados para evitar que me castañeen los dientes.

Cualquier apariencia de calor es proporcionada por una mano que está aplastando la mía. Los fuertes dedos de Anonymous han mantenido los míos como rehén durante la última media hora desde que me sacó de la casa.

Cuando intenté protestar, me dijo que o bien seguía con esto de la mano o podía retomar mi posición anterior en su hombro.

Este imbécil tiene una forma exasperante de dar opciones estúpidas que no son realmente opciones en primer lugar.

Ahora caminamos por las calles que están llenas de luces cegadoras y una horda de gente.

Nunca me ha gustado el lado bueno de la ciudad. Así que incluso cuando Callie viene aquí cada vez que puede, lo evito con todo lo que hay en mí.

El lado bueno de la ciudad huele a billetes de dólar, a perfumes caros y a un lujo que no nos permite respirar cerca. Así que mientras no me haga un hueco en este lugar, prefiero no estar aquí.

Anonymous mira fijamente al frente, pero no parece absorto en los festejos, la alegría o el sinfín de personas con disfraces de diferentes colores y formas. En todo caso, parece aburrido por todo ello. Sin embargo, sigue destacando en medio de todo, y eso tiene poco que ver con su máscara y más con toda su aura.

Sus pantalones negros y su camiseta se extienden sobre sus músculos, insinuando algún tipo de disciplina física. Lo que tiene sentido, considerando la forma en que noqueó a alguien antes. Pero hay más perfección que su superioridad física. Es su presencia, su ventaja y su forma de hablar.

Probablemente crecerá para ser un hombre de poder, como la gente para la que trabaja mi padre.

Tal vez sea mucho peor.

Y sin embargo, no puedo evitar estar atrapado en su órbita sin posibilidad de salir de este trance.

Nunca me había sentido tan atraída por una persona, tan atrapada por alguien que quisiera escuchar su voz y permanecer en su presencia el mayor tiempo posible.

—¿Y ahora qué? —vuelvo a preguntar.

—Ahora, caminamos, mujer fatal.

—¿No podemos hacerlo sin tomarnos de la mano?

—No, porque te vas a escapar.

—Esto se llama secuestro.

Inclina la cabeza en mi dirección y, por décima vez esta noche, deseo poder quitarle la máscara y ver lo que realmente hay debajo. ¿Es realmente un monstruo?

—¿Con toda esta gente alrededor?

—La presencia de personas o la falta de ellas no niega el secuestro.

Levanta un hombro, su voz es completamente neutral.

—Te voy a secuestrar, entonces.

Mi corazón se aprieta y mis labios se abren. ¿Va en serio? Mencioné el secuestro para que se pusiera un poco nervioso y pensara que la molestia que supone esta situación no merece la pena. Pensé que había al menos un ochenta por ciento de posibilidades de que me dejara ir, pero ignoró por completo ese factor de riesgo.

—¿De verdad no te importa que te denuncie a la policía?

—No tienes pruebas ni descripción facial. Su informe permanecerá en el escritorio de la policía incompetente durante días, meses, y luego será arrojado a los archivos.

Clavo mis uñas en su mano e intento arañar la piel.

Pregunta, con voz divertida.

—¿Ves mucho CSI?

—¿Qué? ¿Por qué?

—Supongo que el programa está detrás de tus intentos de sacarme algo de ADN. Sin embargo, te aconsejo que lo dejes. No solo complicarás las cosas para ti, sino que tus padres podrían pagar el precio por arrastrarme por el barro. Verás, mi padre se ofende cuando se toca el nombre de la familia, y tiene amigos peligrosos.

No suelto mi mano. De hecho, clavo más las uñas.

—No tengo padres.

Su ritmo se ralentiza y de repente me convierto en el único objeto de su atención antes dispersa. El cambio es sutil, pero es tan intenso que trago saliva.

—Vaya, vaya. Cada vez te pones más interesante. ¿Por qué no tienes padres, mujer fatal?

—Eso no es asunto tuyo.

—Quizás quiero que se convierta en mi asunto.

—¿Por qué? —Me encuentro con el color brillante de sus ojos. Definitivamente son de color gris claro o azul oscuro, o una mezcla de ambos—. ¿Por qué quieres saber de mí?

—Porque me interesas. Lo cual, por cierto, es una emoción que apenas se agita dentro de mí.

—¿Debo estar honrada?

—Sí. También deberías responder a mi pregunta.

—Si lo hago, ¿me dejarás ir?

—Diría que sí, pero sería una mentira y estoy seguro de que no prefieres esa opción. Deberíamos adoptar una política de honestidad.

—La honestidad es solo una ilusión inventada por la gente para poder manipular a los demás.

—Eres demasiado inteligente.

—¿Para una chica o para mi propio bien?

—Eres demasiado inteligente para tu edad. Pero eso es algo bueno. Si usas tu cerebro de la manera correcta, llegarás a lugares.

Hago una pausa, mis uñas se desprenden inconscientemente de su mano. Es la primera vez que alguien elogia mi cerebro sin sonar condescendiente o lleno de lástima. Incluso mi profesor dijo que ser demasiado inteligente no es algo bueno para una mujer en nuestro lado del gueto.

La tía Sharon dijo que me mataría.

Y, sin embargo, este desconocido, un chico con nada más que una máscara, dijo las palabras que he estado deseando escuchar de alguien.

Cualquiera.

Mientras crean en mí. Mientras alguien quiera ver más allá de mis orígenes y mi alma real.

Pero, por otra parte, no sabe de dónde vengo, así que tal vez cambie de opinión cuando averigüe mi código postal.

—¿Y cómo lo sabes? —pregunto, sintiéndome un poco sobria de repente.

—Simplemente lo hago. Ahora, para esa política de honestidad. ¿Quieres participar en ella?

—Ofréceme algo primero.

—¿Cómo?

—¿Por qué me llevaste... o, mejor dicho, me *secuestraste*?

—Oíste un detalle que no debías conocer.

—Si estuvieras tan preocupado por el incendio o lo que sea que tus amigos estuvieran tramando, me habrías delatado o te habrías quedado para participar en la acción. Definitivamente no habrías elegido pasearme como en una época medieval.

Su risa resuena en el aire como la pieza musical más inquietante. Y lo peor es que no puedo dejar de sentirme atraída por él. No puedo dejar de mirarlo a él, a su altura y a sus anchos hombros.

—Cierto en todos los sentidos. La razón por la que te llevé, o te *secuestré* como prefieres etiquetarlo, es que, como ya he dicho, estoy aburrido y tú eres interesante. En un sentido nerd, lo cual es inusual para mí. Solo me gustan los cuerpos de las chicas y tengo cero interés en sus mentes.

—Eres un cerdo misógino.

—Y tú eres una fanática de las etiquetas. Pero me gusta tu sentido de la intuición. Es un puto excitante.

Tengo calambres en el estómago y no comprendo las emociones que lo atraviesan al mismo tiempo ni cómo sube mi temperatura a pesar del frío.

Se detiene y mis ojos se abren de par en par cuando espero que haga algo. En lugar de eso, agarra una amplia bufanda de lana de un vendedor de la calle, le lanza al hombre que las vende un billete de cien dólares y luego me suelta la mano para envolverme con la bufanda el cuello y los brazos.

Lo miro fijamente, atónita.

—Deberías dejar de mirarme como si fuera el santo mesías. No hay nada remotamente libre de pecado en mí.

—¿Por qué me compraste esto?

—Porque a juzgar por el castañeteo de tus dientes y el temblor de tus miembros, tienes frío. Resulta que esto tiene fácil arreglo.

—No quiero estar en deuda contigo.

—No lo estás. Considéralo una compensación por haberte secuestrado. —Su voz se vuelve divertida en la última parte.

Y no puedo evitar la sensación de calor interno y externo que me inunda.

Vuelve a entrelazar nuestros dedos y continúa caminando. Permanecemos en silencio durante un rato, y me encuentro demasiado concentrada en su tacto, en su calor, en sus dedos que acarician los míos, luego se detienen y vuelven a empezar en un ritmo caótico pero tranquilizador.

Me ciño más la bufanda para ocultar mi espeluznante intento de respirar más de él. Es la primera vez que encuentro una colonia masculina tan... tentadora.

—¿No te olvidas de algo? —pregunta después de un rato, con la cabeza inclinada hacia un lado.

—¿Olvidar qué?

—Te ofrecí una verdad. Ahora, es tu turno. ¿Quieres compartirla?

—No hay nada que compartir. Mi madre murió y mi padre es como si estuviera muerto.

—Como si estuviera muerto —repite lentamente—. Imaginaba que ese tipo sería algo común, pero no tan común.

—¿Te resulta familiar la situación?

—Si te refieres a tener un padre inútil que hubiera estado mejor muerto, entonces sí, me resulta muy familiar. —Me acaricia el dorso de la mano, pero el gesto no es cariñoso; sin embargo, tampoco es amenazante.

Es una mezcla de ambos. El gris que atraviesa el blanco y el negro.

La calma que precede y viene después de la tormenta.

Dicha tormenta se manifiesta en sus ojos mientras me inmovilizan a través de la máscara.

—Parece que tú y yo tenemos más en común de lo que inicialmente pensé. Tal vez por eso me llamaste la atención en primer lugar.

—¿Es algo bueno o malo?

—Si tienes suerte, ninguno de los dos. Si no, ambos.

—¿Y cómo sé si tengo suerte o no?

—Lo sabrás cuando sea el momento.

—¿Por qué no puede ser ahora?

—No hay emoción en saber cuándo se va a marcar el gol. Lo predecible es aburrido.

—No siempre. —Lo miro fijamente, una vez más atrapada por la forma en que su altura y complexión casi llenan el horizonte—. ¿Y no me digas que eres un deportista?

—¿Qué te hace pensar eso?

—Tu analogía sobre los objetivos.

—Cualquiera podría usar esa analogía. No es un privilegio exclusivo de los deportistas.

—Bueno, ¿lo eres?

—¿Y si lo soy?

—Me sorprendería. Tú... pareces muy culto.

—¿Y se supone que todos los deportistas son unos malditos idiotas? Esos mismos estereotipos pintan a las pelirrojas como brujas que deberían ser quemadas en la hoguera.

—Yo... no quise decir eso. Es solo que todos los deportistas que conozco son unos imbéciles arrogantes.

—¿Y yo soy la excepción?

—No, tú eres el rey de la multitud. ¿Por qué te convertiste en atleta si pareces estar bien? —Los deportistas de nuestra escuela persiguen el sueño de la NFL para cambiar de clase social.

—Para controlar las ráfagas de adrenalina.

Mis pasos vacilan, en parte por su respuesta. En parte debido a que me agarra con fuerza la mano.

—¿Por qué necesitas controlarlo?

—Algunos estamos conectados de forma diferente y tenemos una abundancia de esas cosas, así que buscamos mecanismos para controlarlas. —Hace un gesto hacia adelante—. Estamos aquí.

Levanto la cabeza y me doy cuenta de que no solo nos hemos alejado de la calle principal, sino que tampoco hay gente, luces brillantes o charlas indistintas.

En resumen, todos los elementos que utilicé para una falsa sensación de protección.

Lo único que existe frente a mí es un oscuro camino de tierra rodeado de altos arbustos sin final a la vista.

—¿Qué es este lugar? —Intento y no consigo evitar que me tiemble la voz.

—Privacidad.

—¿Y quién te ha dicho que quiero privacidad?

—Puede que tú no, pero yo sí.

—Prometiste que nos quedaríamos en un lugar público.

—Nunca prometí nada, dije que te concedería esa opción, y lo hice durante la última hora o algo así.

—¿Es tu manera de hacerme bajar la guardia?

—Podría ser. ¿Funciona?

Mis labios se fruncen y la humedad pica en mis ojos, y odio esta sensación de absoluta impotencia. No puedo creer que me haya atraído. No es que tuviera ninguna posibilidad de rechazar sus insinuaciones, pero en algún momento pensé que tal vez le importaba.

Resulta que soy la única en ese barco. Todo lo que ha llevado a este momento probablemente estaba calculado para que cayera en sus encantos.

Y lo hice. Con una facilidad vergonzosa.

—¿Qué pasará ahora? —escupo para ocultar el dolor—. Si digo que no, ¿terminarás el trabajo de tu amigo y me obligarás?

—¿Obligarte? No. ¿Obligarte a admitir que quieres esto tanto como yo? Sí.

—¿Y cómo lo harás?

—Voy a hacer algo, y dependiendo de tu reacción, te mantendré o te dejaré ir.

No tengo la oportunidad de decir nada, porque me tira de la mano que está en la suya y me acerca a su pecho.

Mis latidos rugen y estoy segura de que él puede oír los frenéticos golpes contra su caja torácica. Pero cualquier intento de regularlo se desvanece en el aire frío cuando se levanta lentamente la máscara.

No puedo respirar.

Y tiene todo que ver con lo que estoy viendo.

Solo reveló su mandíbula cuadrada y sus sensuales labios, pero es suficiente para hacerme anhelar más.

Más de él.

De esto.

Sus ojos brillan en la oscuridad desde detrás de la máscara mientras se lanza directamente a mis labios, capturándolos con una dureza que me deja sin aliento.

Mi pecho y mi estómago estallan en una miríada de emociones mientras él introduce su lengua en el interior y se da un festín sin paliativos con la mía.

Entonces dos de sus dedos agarran mi barbilla, inclinándola hacia arriba para tener más acceso. Para devorarme como lo haría un animal.

Hasta que no tenga más remedio que fundirme contra él.

Lógicamente, debería luchar.

Lógicamente, debería intentar correr.

Pero la lógica no existe en la Noche del Diablo.

La lógica es lo último que tengo en mente mientras dejo que me devore con una intensidad que nunca antes había experimentado.

Tal vez no vuelva a experimentarlo.

Y sé, solo sé que probablemente no me dejará ir.

Y quizás tampoco quiero que me deje ir.

Mis pensamientos se refuerzan cuando suelta mis labios y susurra contra ellos:

—He decidido quedarme contigo, después de todo.

10

Kingsley

Me remango hasta los codos mientras me acerco a las dos escorias inconscientes que cuelgan del techo por las muñecas.

—¿Estás seguro de que quieres ensuciarte las manos, niño rico? —Se burla Nicolo desde su posición en la esquina, encendiendo un cigarro y cruzando las piernas por los tobillos.

—Vete a la mierda, Nic. Esto no tiene nada que ver contigo. —Alcanzo la manguera de agua y giro la manivela a la máxima presión.

—Por el contrario, esto tiene todo que ver conmigo, teniendo en cuenta que mis chicos fueron capaces de encontrar a estos dos.

—Que ya han sido compensados con dinero que sus empresas no merecen. —Inclino la cabeza hacia un lado—. No me estás haciendo un favor. Esto es una transacción comercial.

—¿No deberías estar un poco más agradecido? No solo te estoy dejando usar mi sótano para tu pequeño fetiche, sino que también voy en contra de Bruno al atrapar a estos dos en el lapso de... —Mira fijamente su Rolex—. Veinte horas.

Justo después de ver esa grabación en la que Aspen salía con la cara ensangrentada, se la reenvié a Nicolo y le dije que los buscara. Por supuesto, es un gato que nunca caza sin un propósito, así que su condición era obviamente más dinero para su empresa.

Ni siquiera pretendí manipularlo para que redujera el importe. Cualquier negociación por mi parte le habría impulsado a realizar un trabajo descuidado. Un trabajo lento.

Así que le di la cantidad exacta que me pidió. De ahí el rápido resultado.

Me pasé todo el día en el juzgado, defendiendo a un enfermo mental que asesinó a sus propios padres a sangre fría veinte años después de que le maltrataran física y emocionalmente.

Y disfruté cada segundo de conseguirle el veredicto de "no culpable" y restregárselo en la cara al fiscal. Esa herramienta no tenía ninguna posibilidad, porque me tomo el abuso de los padres en serio, personalmente, y lo manejo sin piedad. Los medios de comunicación pueden llamarme demonio salvaje todo lo que quieran, pero solo porque estas personas hayan dado la vida a alguien, no las considero por encima del reproche. Muchos de ellos son seres humanos defectuosos a los que se debería haber hecho infértiles, y si tienen que morir por sus pecados, que así sea.

Por eso apenas sentí la pérdida cuando falleció Benjamin Shaw. Ese viejo encontró su fin con un ataque al corazón mientras estaba en su extravagante jacuzzi. Se ahogó igual que mi madre. La ironía es la perra más mezquina en ese sentido.

Pero incluso con las endorfinas que conseguí en el tribunal, no pude ahuyentar la sensación de aguja que me pinchaba en la nuca ni la opresión en el pecho al pensar en quiénes había dejado en mi casa.

Llamé a Martha dos veces durante los únicos descansos que tuve y, al parecer, Aspen se pasó la mayor parte del día durmiendo. Contemplé la posibilidad de enviar al Dr. Werner para que la revisara de nuevo, pero la idea de que la tocara mientras yo no estaba allí borró rápidamente el pensamiento blasfemo.

Probablemente esté recuperando todas las horas perdidas de privación de sueño. No es ningún secreto que pasa toda la noche en la oficina y que tiene un alma incurable de adicta al trabajo.

La única razón por la que no he vuelto a casa a ver cómo estaba es la llamada que recibí de Nicolo anunciando que había encontrado a los propietarios de ese vehículo no identificado. Podía estar mintiendo, por supuesto, y haber recogido a dos hombres al azar, pero la rápida comprobación de sus antecedentes indicaba que eran matones que habían pasado por la misma cárcel que Bruno.

Ignorando la presencia y las palabras de Nicolo, dirijo la manguera hacia uno de los hombres, que tiene barba rubia y la complexión de un luchador, y la abro de par en par. Se despierta entre jadeos, con los ojos desenfocados, y de su boca entreabierta salen jadeos guturales. Le doy un respiro para que despierte a su

amigo, más delgado, con una nariz y unos labios demasiado grandes para su rostro anodino.

Se despierta con un sobresalto, sacudiéndose en sus ataduras como un animal llevado al matadero.

—¿Qué... qué mierda? —dice el de barba rubia, aún aturdido.

—Pones tus asquerosas manos en alguien a quien no debes tocar, eso es la mierda. —Levanto el puño y le doy un puñetazo tan fuerte que el crujido de los huesos resuena en el aire mientras él se tambalea en sus ataduras.

Lo hago una y otra vez hasta que el sonido de los huesos rotos es lo único que oigo y el hedor metálico de la sangre persiste en el aire. El rojo me salpica la camisa, los brazos y la cara, pero no me detengo.

Ni para descansar.

Y definitivamente no tengo piedad.

Siempre me ha gustado la violencia, pero es la primera vez que la venero.

Al diablo con la ley. A veces, la justicia solo puede lograrse con el anticuado ojo por ojo.

Concretamente su ojo, al que golpeo una y otra vez hasta que le explotan los capilares, pero por mucho que lo golpee, no se borra la imagen del ojo hinchado de Aspen ni de cómo apenas ha podido abrirlo esta mañana.

El hijo de puta se desmaya sobre mí en medio de mi diversión inducida por la adrenalina. Así que me dirijo a su amigo, que ha estado viendo el espectáculo mientras temblaba.

—Oye... oye... podemos hablar de esto. —Su amigo traga, oliendo a sudor repugnante mezclado con colonia barata y puro miedo.

Le doy un puñetazo en la cara, haciendo que se ahogue con su propia saliva.

—Esa es la cuestión. No tengo nada que hablar.

—Por favor. —Tose—. Seguro que nos has traído aquí por información, ¿no? Puedo decirte lo que quieras si me perdonas.

Mi respiración es áspera pero tranquila, como la de un depredador en plena cacería. No necesito información de este hijo de puta, ya que sé que le ha enviado

Bruno. Ya le pedí a Nicolo que llegara a Bruno mientras está en la cárcel, pero al parecer, el imbécil es más intocable que un dios dentro de los muros de Ática.

—¿Cuánto te pagó Bruno para seguir y agredir a su hija? —le pregunto a la escoria.

Palidece bajo la luz fluorescente, sus finos labios tiemblan.

—Yo no... eso no es...

Le doy un golpe que hace que le explote la sangre en la nariz.

—Pensé que me dirías cualquier cosa. Pero si estás preparado para tu muerte, no importa.

—No... espera... Bruno no paga. Él... nos dio protección cuando cumplimos condena y exigió una compensación cuando salimos. Eso es todo, lo juro. Ni siquiera sabíamos que era su hija. Solo nos dio una foto y un nombre y nos dijo que le diéramos una lección.

Una lección.

Mi sangre ruge en mis oídos.

Su lección podría haber sido la violación, y sin embargo, el viejo ni siquiera se preocupó de evitarlo.

Golpeo mi puño contra su mandíbula y el maldito grita como un bebé.

—Dijiste que me perdonarías —grita.

—No, no lo hice. —Le tiro de la camisa y respiro contra su cara manchada de sangre y sudor—. Esto es lo que va a pasar, hijo de puta. Te daré un puñetazo hasta que pierdas el conocimiento, como tu amigo, y luego te haré una tabla de agua para que recuperes el conocimiento y lo volveré a hacer. Te torturaré por cada marca que hayas dejado en su piel. Para cuando termine con tu lamentable excusa de existencia, desearás la muerte.

Y luego hago lo que prometí hasta que mis nudillos, manos y brazos están ensangrentados y la vida de los malvivientes penden de un hilo.

El problema es que todavía no parece suficiente.

—Sabes, tengo herramientas que se pueden usar en lugar de tus puños. ¿Qué eres, un cavernícola? —Nicolo, que ha estado observando desde la esquina con un brillo

en sus ojos sádicos, se une a mí. Su costosa colonia de madera destaca entre la orina, la sangre y el sudor.

Incluso yo he empezado a oler como las escorias. Si Aspen estuviera aquí, me diría su cita favorita.

Si miras largamente al abismo, el abismo también te mira a ti.

Quizá mi condición de niño rico, como le gusta señalar a Nicolo, sea un mero camuflaje del monstruo que siempre estuve destinado a ser.

Las personas normales sentirían una pizca de remordimiento o una punzada de culpabilidad por no sentir remordimientos. ¿Yo, en cambio?

Lo único que siento mientras contemplo sus formas inconscientes, que apenas respiran, es la necesidad de más.

Miro la sangre que gotea de sus caras y mis puños como lo haría un asesino en serie.

—Las herramientas no dan la misma satisfacción que mis manos desnudas.

La risa de Nicolo resuena en el espacio con la maldad de un supervillano.

—¿Estás seguro de que todavía no es tu mujer? Porque a estas alturas, estás haciendo más por ella que lo que haría un hombre por su esposa, su honor y su poder.

No me gusta cómo suena eso.

De hecho, no me gusta nada, hasta el punto de que decido dejarlo.

Dejando atrás a Nicolo, agarro mi maletín y mi chaqueta de una silla cercana y no siento nada mientras mancho la tela de sastre con sangre. Pero tomo nota para comprar una muda de ropa de camino a casa.

—¿Qué quieres que haga con estos dos?

Lo miro por encima del hombro.

—Lo que mejor sabes hacer, Nicolo.

No necesita que me explaye. Su sádica sonrisa es lo último que veo mientras cierro la puerta tras de mí.

11

Aspen

Nos encontraremos de nuevo, mi dalia roja.

Me despierto con un jadeo de aire inexistente. La humedad se acumula en mis ojos y mi corazón casi se derrama en el suelo.

Por un segundo, estoy desorientada en cuanto a dónde estoy. Pero los recuerdos no tardan en llegar, con una precisión constante y horrenda. Casi puedo oír el *golpe* y el sonido de mis gritos de dolor reprimidos.

Mi cabeza da un vuelco y me estremece el movimiento repentino.

Me deslizo lentamente fuera de la cama, esperando que la sombra de Kingsley aparezca de la nada y me sumerja de nuevo en el colchón.

Suelto un suspiro roto cuando eso no sucede.

Solo ese imbécil se ocuparía de una persona herida mientras enseña su diploma de la "Escuela de Bastardos".

Y sin embargo... miro fijamente mi vestido sucio y los moratones de mi brazo y mi hombro, el mapa de destrucción de todo mi cuerpo. Y el sentimiento más destacado que me invade es el agradecimiento.

Si no fuera por él, me habría desmayado en algún rincón desconocido y habría tenido un destino peor que el de la paliza.

Salgo con cuidado de la habitación, intentando y fracasando en no quedar impresionado por la mansión.

Este lugar tiene un alma que se puede sentir a una milla de distancia. Como una vieja catedral gótica que se utilizó para esconder esqueletos.

Es la primera vez que estoy entre sus muros. Durante la boda de Gwen, el jardín fue todo lo que vi de este imponente edificio.

Anteriormente conocida como la Mansión Black Valley, este lugar tiene una presencia tan sombría como su actual propietario, pero también tiene sus encantos.

Los antiguos pilares ornamentados pertenecen a algún museo de arquitectura y el suelo de mármol refleja un gusto sofisticado. Hay tanto espacio, pasillos y zonas de estar intrincadamente decoradas que es fácil perderse entre sus paredes.

Hay un aire de intención siniestra en el alma de la casa. De nuevo, una réplica de su dueño.

Según sus juicios públicos sobre la propiedad de la mansión, Kingsley tiene un apego sentimental a este lugar. Así que cuando su padre murió y su esposa, Susan, la heredó, Kingsley se puso como loco. El hecho de haber heredado casi todo lo demás -carteras millonarias y un mayor nivel de impuestos incluidos- no le importó nada.

Es el tipo de loco que demuestra que su padre estaba senil en sus últimos años, anula su testamento y luego vuelve al testamento más reciente anterior, en el que tiene la propiedad de esta mansión. Después de todo, él nació aquí y debería heredarla como la décima generación del clan Shaw.

La prensa lo pintó como un "Diablo Salvaje' y le echó encima los rasgos misóginos habituales porque desalojó a una mujer de la casa en la que había vivido casi toda su vida.

Y aunque todos esos adjetivos se aplican al imbécil por otras razones, no es el caso cuando se trata de Susan.

Me encontré con ella un par de veces cuando apareció para flexionar sus inexistentes músculos en la empresa, y fueron eventos desafortunados que preferiría no volver a presenciar.

Si Kingsley no se hubiera graduado en la escuela de idiotas, me habría dado pena. Pero, de nuevo, los pájaros de un plumaje se juntan. Así que tal vez él y su madrastra comparten un destino apropiado.

Nate nunca vio el encanto de esta casa, pero yo sí. En parte tiene que ver con el hecho de que mi hija ha vivido aquí durante tantos años.

Mis pies se detienen ante un enorme cuadro de demonios comiendo ángeles. Los detalles son tan sorprendentes que resulta inquietantemente intimidante.

Todos los demonios tienen rostros repulsivos, cuernos y sangre en las manos, y todos los ángeles gritan de agonía mientras son devorados vivos.

Estoy bastante segura de que hay una versión de esto en la que los ángeles matan a los demonios, pero ¿por qué no me sorprende que Kingsley prefiera esta escena en su lugar?

Diablos, incluso la puerta exterior tiene un demonio sentado en la parte superior.

—Este fue el último cuadro que compró la Sra. Shaw.

Me sobresalto, pero disimulo mi reacción cuando una mujer bajita de generosas curvas se detiene a mi lado. Su cabello castaño está recogido en un moño conservador y lleva un traje clásico de sirvienta que la hace parecer refinada.

—Hola. Me llamo Martha y soy la única ama de llaves que tiene el Sr. Shaw.

—Soy... Aspen. —Hago una pausa cuando el dolor estalla en mi hombro, recordándome el asalto.

—Lo sé —dice con una cálida sonrisa.

—Dijiste que la Sra. Shaw... como, ¿cuál? —Hago un gesto hacia el cuadro, devolviendo la conversación a éste.

—Sra. Liliana Shaw. La única que se llama Sra. Shaw en este lugar. La otra es simplemente Susan. —Hace una pausa—. O cualquier otro nombre colorido que el Sr. Shaw le llame.

Resoplo. Por supuesto, tiene nombres coloridos para todos.

Martha, sin embargo, parece ajena a mi reacción mientras sigue mirando a los demonios.

—En cuanto se mudó aquí, Susan intentó destrozar el cuadro. Así que el señor Kingsley Shaw lo escondió en la casa del señor Nathaniel Weaver, y luego se lo llevó cuando se mudó de aquí a los dieciocho años. Lo trajo con él cuando regresó hace cinco años.

—Debe tener mucho valor para él si llegó a esos extremos por ello. —Pero entonces, tiene sentido que un demonio proteja a los de su propia especie. Por el bien del infierno y todo eso.

—Aunque eso sea cierto, es un mensaje más que otra cosa. El cuadro y la memoria de la Sra. Liliana están aquí para quedarse. Susan es simplemente una parada

desafortunada en la historia de la Mansión Black Valley. Martha sonríe—. O eso dice el Sr. Shaw.

Parece demasiado feliz por ello. Algo me dice que Martha es el tipo de criada que tiene una feroz lealtad a Liliana y, por tanto, a Kingsley como extensión. No me sorprendería que ella espiara para él cuando Susan era la señora de la casa. Lo que tendría sentido que él la aprobara cuando no aprueba a nadie.

Martha se enfrenta a mí.

—¿Te gustaría darte una ducha? He preparado una muda en el baño de invitados.

—Uh, no. Mejor me voy a casa y me pongo a trabajar.

Porque que se joda Kingsley. No quiere que me asome a la empresa, bien, pero al menos puedo trabajar desde casa.

—Es la tarde, señorita. —Martha señala las puertas de cristal, y efectivamente, el sol está a punto de hacer su descenso.

Mierda.

¿Dormí toda una noche y un día? Eso no ha sucedido en... una eternidad. Soy el tipo de persona que duerme cinco horas. Cualquier cosa más y debería ser reportado a la policía rara.

—Será mejor que te duches. —Martha me empuja suavemente hacia el baño, sin tener en cuenta mi reticencia—. Te ayudaré.

—No, puedo hacerlo yo misma.

Ella sacude la cabeza, los labios se curvan en una sonrisa.

—Mencionó que dirías eso.

Entrecierro los ojos.

—¿Decir qué?

—Que no aceptarías ayuda. Estaré fuera si necesitas algo. —Con un movimiento de cabeza, sale y cierra la puerta tras de sí, dejándome con pensamientos nublados a los que me niego a poner nombre.

¿Cómo diablos me conoce tan bien si está desvinculado de todo y de todos?

Ducharse resulta más difícil que sacar una muela. Pero lo supero, siseando y gimiendo cada vez que me arde un corte. No importa lo duro que sea, no llamo a Martha.

Me niego a que me mimen o me traten como una flor delicada.

Como resultado, termino unos cuarenta minutos más tarde, sintiéndome menos fresca y más como un soldado fuera de la guerra.

Me alegro de que la ropa que me ha dado sea un vestido y unas bragas de algodón. Sorprendentemente, me quedan bien. El vestido es blanco y suelto con un corte de moda en el cuello y apenas me llega a la mitad de los muslos. Definitivamente es demasiado corto para el largo que prefiero.

El aroma a vainilla me envuelve nada más ponérmelos y salgo del baño sin molestarme en secarme el cabello.

Martha está de pie con las manos unidas por encima de la otra.

—¿Son de Gwen?

—Sí. Estoy segura de que no le importaría.

Se me aprieta el corazón y, aunque tengo que tirar del vestido para que me cubra más que el culo, no me planteo quitármelo.

Puede sonar espeluznante, pero quiero olerla de cerca, aunque sea así.

De repente, la echo mucho de menos.

O tal vez no sea tan repentino. Incluso cuando creía que había muerto, la echaba de menos con todo mi ser.

En la pesadilla que tuve hace un tiempo, mi padre venía a matarme y lo único que podía pensar era que la abandonaría de nuevo.

Es decir, sí, ahora es mayor, está casada y probablemente no necesita una madre, pero yo la necesito.

Siempre lo he hecho.

El recuerdo de ella es lo que me ha hecho seguir adelante durante décadas. Desde que me escapé de casa y me labré mi propio camino como una piedra rodante.

—¿Te gustaría ver su habitación? —Martha pregunta.

—¿Te refieres a la de Gwen?

—Sí. Se llevó casi todo lo que considera valioso, pero hay algunas de sus pertenencias por ahí si quieres echar un vistazo.

—Me encantaría.

Aunque odio que Kingsley despida a la mujer por ello, no perdería la oportunidad de hacer una visita en el lugar que mi hija llamaba hogar.

Martha pronuncia un discurso digno de un magnate inmobiliario mientras me enseña primero. Sin embargo, pasa de largo por la habitación y el despacho de Kingsley. Ni siquiera se molesta en abrir sus puertas.

Luego señala la habitación de Gwen.

—Puedes quedarte aquí todo el tiempo que quieras. Tengo que preparar la cena.

Le doy las gracias y ella asiente con la cabeza, y sigue con sus tareas.

Mis ojos codiciosos se fijan en la decoración principesca. El edredón de encaje sobre la cama, la cortina de muselina que la rodea. El papel pintado con orquídeas de vainilla, ninguna sorpresa.

De hecho, toda su habitación es de temática vainilla, desde la alfombra hasta las puertas de su vestidor, incluso el escritorio y los bolígrafos multicolores.

Definitivamente es más femenina de lo que yo he sido nunca, no sé a quién se parece. Ni a mí ni a su padre, eso es seguro.

Probablemente Caroline. Ella frotó su estúpida energía esponjosa en mí antes de que descubriera que estaba embarazada.

Me siento en la cama, pasando la mano por la sábana, y entonces veo una foto enmarcada en su mesita de noche.

Fue tomada el día de su graduación del instituto, a juzgar por la ropa y el sombrero.

Kingsley la sostiene por la cintura en el aire como si volara y Gwen se ríe incontroladamente.

Se miran con tanto amor que me parte en dos. En ese momento, ya la había conocido y catalogado como la hija del imbécil.

Nunca se me ocurrió que también era mi hija y que me estaba perdiendo un momento de su vida que nunca recuperaría.

Le paso los dedos por la cara, sintiendo las emociones amargas que se acumulan en mis ojos.

Accidentalmente, toco la cara de Kingsley y me sobresalta. No el contacto en sí, ni lo ilegalmente atractivo que es, sino el hecho de que ahora mismo no puedo odiarlo.

Si no fuera por él, Gwen no habría crecido hasta convertirse en la bella joven que es. Hay que ser un hombre de piedra para criar a un bebé él solo desde los diecisiete años.

Se supone que no debes idolatrar a alguien a quien odias, perra. Oigo la voz de Caroline en mi cabeza y vuelvo a poner el marco donde lo encontré.

No puedo resistirme a abrir el cajón. En su interior hay tapones para dormir, una colección de ellos, más cosas de color vainilla y un álbum.

La emoción me recorre cuando lo saco. Desde el momento en que lo abro, me siento como si me transportara por el carril de los recuerdos.

Está lleno de fotos de la pequeña Gwen, sus cumpleaños, su primer diente. Sus primeros pasos. Su primer día de colegio. Todas ellas están documentadas con notas adhesivas en la parte superior con la sorprendentemente pulcra letra de Kingsley.

Sale en casi todas las fotos, ya sea llevándola en brazos, animándola o riéndose con ella ante la cámara. Entonces me doy cuenta de que solo está despreocupado cuando está cerca de su hija. Es como si ella fuera la única persona permitida dentro de sus muros.

Diablos, ni siquiera sabía que existía esta faceta suya hasta que lo vi reírse a carcajadas cuando ella le llevó el almuerzo a su oficina hace unos años.

Recuerdo que me impresionó la vista, su risa, su alegría, y cómo la rareza rivalizaba con un eclipse.

A través del álbum, puedo ver claramente que tiene una versión que muestra al mundo y una versión que es exclusivamente para ella.

Y no sé por qué las emociones amargas siguen aumentando en mí. Probablemente porque me perdí las partes más importantes de la vida de Gwen mientras él ha estado ahí durante todas ellas.

Continúo volteando, pasando por las fases de su vida como si fuera una película.

Incluso Nate está presente en algunas de las fotos, sobre todo en las de sus cumpleaños, con un rostro tan solemne como siempre.

El monstruo de ojos verdes asoma su cabeza dentro de mí y no podría ahuyentar el dolor, aunque quisiera.

Pero yo reviso todo el álbum. Dos veces. En el tercer repaso, me encuentro con que me detengo en ciertas fotos.

Como el decimoquinto cumpleaños de Gwen. Está sonriendo, pero parece más forzada que las guerras del gobierno. Sus ojos parecen un poco hinchados, su expresión es mecánica.

Lloraba en mis cumpleaños porque me recordaban a mi madre que me abandonaba en ellos.

Sus palabras de la primera vez que se enteró de que era su madre, que casualmente fue el mismo día en que yo lo supe, vuelven a mí.

—Lo siento mucho, cariño —le susurro a su foto.

—¿No deberías lamentar más haber violado la privacidad de alguien?

Levanto la cabeza y gruño cuando el dolor estalla en mi hombro. Entonces me limpio la humedad que se ha acumulado en mis ojos, porque mostrar incluso un indicio de debilidad frente a un depredador es una forma segura de que ataque. Despiadadamente.

Y Kingsley es el peor depredador que he conocido. Junto con mi padre.

El hecho de que se haya ocupado de mí no me engaña. Podría ser una mera farsa para perjudicarme después.

Está de pie en la entrada, vestido con su habitual traje negro que no debería quedarle tan bien.

Kingsley siempre ha sido la perfección física y no es solo por su cara, sus ojos penetrantes o su cuerpo bien trabajado.

Es el carisma que lo acompaña. El silencio que alberga tormentas tan profundas como el color de sus ojos.

Unos cuantos cortes decoran el dorso de sus manos, y mi curiosidad se apodera de mí. Sé que se pelea con Nate por afición, pero no está cerca, así que ¿cómo se los ha hecho?

¿No se vendan las manos antes de cualquier pelea? Además, estoy bastante segura de que no es el mismo traje que llevaba esta mañana. Sigue siendo negro, pero el corte es diferente. No es que me centre en su ropa ni nada por el estilo.

Todavía no puedo evitar la molesta sensación de preguntarme dónde podría haber estado que tuvo que cambiar de traje.

Está apoyado despreocupadamente en el marco con las piernas cruzadas a la altura del tobillo, como si llevara un rato allí, observando, esperando su momento, como hacen todos los depredadores.

Por desgracia para él, no soy una presa.

—No he violado la privacidad de nadie. —Me sorprende mi tono frío mientras vuelvo a colocar tranquilamente el álbum en el cajón—. Me trajiste voluntariamente a tu casa y te olvidaste de poner las normas de libertad de movimiento donde pudiera verlas.

—Debes estar mejor si tu lengua ha vuelto a su pasatiempo favorito de contestar.

En realidad, me duele la lengua y me duele como una madre, pero eso no significa que vaya a caer sin luchar.

Me pongo de pie, levantando la cabeza con esfuerzo.

—Siento arruinar tus retorcidas fantasías de verme de rodillas. Mejor suerte la próxima vez.

Se aparta del marco de la puerta y llega hasta mí con unas pocas y decididas zancadas. La fuerza que ejerce me deja sin aliento, pero no más que cuando su pecho casi roza el mío.

La distancia que nos separa es apenas un pelo, e incluso eso está abarrotado del olor a madera de cedro mezclado con el potente aroma de su masculinidad.

Todos mis intentos de respirar correctamente salpican el suelo y se marchitan hasta morir lentamente cuando me agarra la barbilla con el pulgar y el índice, inclinándola lentamente hacia arriba hasta que tiene toda mi atención y algo más.

Su otra mano se posa en mi cintura, controladora y tan posesiva que apenas siento la tela que nos separa.

—Como he insinuado esta mañana y te has negado a aceptar en tu bonita cabeza, verte físicamente golpeada no me aporta ninguna sensación de victoria. La única

posición en la que te verías bien de rodillas es mientras te ahogas con mi polla, cariño.

Mis labios se separan y no tiene nada que ver con lo hinchados que los siento. Me apresuro a buscar una respuesta mordaz y me quedo con las manos vacías.

—Si tu lengua está curada, podemos empezar de inmediato.

—En tus sueños, imbécil.

—En mis sueños, te metes mi polla por el culo como una profesional.

—Menos mal que es un sueño, porque no ocurrirá en esta vida. Y para que conste, eres un maldito pervertido.

—El número que me importa tu opinión sobre mí es negativo.

—Y, sin embargo, todavía quieres un parte de mí.

—No es una parte. *Partes*. —Su voz baja y también lo hace su mano: de mi cintura a mi cadera y luego a mi culo.

Grito cuando me aprieta la carne, atrayéndome directamente hacia su pecho. El dolor que estalla en mi cuerpo no influye en absoluto en mi reacción.

Lógicamente, debería horrorizarme hasta los huesos, pero eso está descaradamente ausente. En su lugar, mi corazón inicia una guerra como si tuviera la intención de saltar directamente entre nosotros.

Mis muslos tiemblan contra los suyos y estoy segura de que siente el efecto que tiene sobre mí.

Algo que no me gusta.

La debilidad. El estar a merced de otra persona.

El único sexo en el que participo es cuando estoy montando. Nunca cuando me dominan.

No después de esa primera vez, al menos.

Me asustaba el poder que tenía y seguía teniendo sobre mí cuando no era más que una máscara de Anonymous. Ahora que tiene un rostro, uno ilegalmente hermoso, es aún más peligroso.

Así que le doy un golpe con la palma de la mano en el hombro, intentando, y sin conseguirlo, apartarlo.

—Kingsley —intento advertir, pero mi voz es demasiado suave, incluso para mis propios oídos.

—La forma en que dices mi nombre no es otra cosa que una invitación a "ven y fóllame".

—Jódete.

—Llegaré a eso en un momento, pero primero... —Amasa la carne de mi culo y frota audazmente su enorme erección contra mi bajo vientre.

Quiero permanecer impasible, maldecirlo a un rincón especial del infierno, pero me estoy desmoronando.

Me aprieta el corazón, e incluso el dolor de la cara y el hombro palidece en comparación con el deseo salvaje que me invade.

¿Pero por qué?

¿Por qué me excita inexplicablemente su contacto?

Por favor, que esto sea un caso retorcido de gratitud y no algo totalmente diferente y desastroso.

Como si percibiera mis turbulencias internas, Kingsley inclina más mi cabeza hacia atrás para mirarme fijamente a los ojos con sus salvajes ojos.

—¿Recuerdas ese desafío?

—¿Qué desafío? —Estoy agradecida de poder recuperar algo de mi compostura, teniendo en cuenta las circunstancias.

—El que hizo que me evitaras después durante una semana porque tenía miedo de ceder a lo que ambos deseamos.

—No te deseo.

—¿Me estás diciendo que, si meto la mano debajo de este vestido, no encontraré tu coño hinchado y húmedo y listo para ser follado?

—No. —La palabra es tan silenciosa que me sorprende que la escuche.

Una sonrisa diabólica le parte la cara.

—Vamos a probar eso entonces.

Antes de que pueda objetar, el mundo es arrancado de debajo de mis pies.

12

Aspen

Es la segunda vez en mi vida que me cargan. O más exactamente, la tercera, ya que probablemente me llevó a la casa anoche.

Irónicamente, la primera vez también fue por él.

Kingsley.

También conocido como el hombre más exasperante que ha pisado la tierra. El más atractivo, también.

Solo que no estoy sobre su hombro como hace años. Ahora me lleva en brazos como en una película cursi. Por un segundo, estoy demasiado desorientada para descifrar el cambio de acontecimientos. No es hasta que salimos de la habitación de Gwen y nos adentramos en el pasillo cuando me despierto.

Golpeo mi puño contra su pecho y juro que la cosa dura hace un sonido bajo mi mano. Quizá no sea humano, después de todo, y esté atrapado con una máquina sin alma.

¿Pero estaría tan fuera de mi alcance si no fuera de carne y hueso?

—¿Qué demonios estás haciendo, Kingsley?

—Llevarte a un lugar más apropiado. No sé tú, pero el sexo en la habitación de mi hija es algo que no me gusta.

—¡Déjame bajar! —grito, pateando mis piernas en el aire para hacer que afloje su agarre.

Me clava los dedos en la cintura y hago una mueca de dolor.

—A menos que quieras empeorar tus heridas, quédate jodidamente quieta.

Estoy a punto de arrancarle la oreja de un mordisco cuando empuja una puerta que da a... su habitación.

Me limité a pasar por delante en medio de los evidentes intentos de Martha por mantenerme lo más lejos posible de ella.

La luz blanca llena el espacio, resaltando el aspecto limpio, minimalista y casi clínico de la habitación. Los colores son igual de básicos: gris, negro y blanco.

Me da un vuelco el corazón cuando me doy cuenta de que esos son los colores exactos de mi propio dormitorio. Dios mío. Hablando de algunas coincidencias retorcidas.

Kingsley me deja caer sobre la cama, con suavidad, pero también con el tipo de firmeza que muestra su necesidad de dominio.

Me levanto sobre los codos justo a tiempo para ver cómo se quita la chaqueta. Sus movimientos destilan el control, la facilidad y la confianza de un hombre que sabe lo que hace y a dónde va.

Su camisa blanca se estira sobre su musculoso pecho mientras arroja la chaqueta a un lugar que no puedo ver. Luego, sin romper el contacto visual conmigo, se desabrocha los gemelos y se arremanga la camisa sobre sus poderosos antebrazos.

No podría apartar la mirada, aunque lo intentara. Porque el caso es que Kingsley es venoso. Tiene manos grandes con dedos largos y venas visibles que se extienden desde el dorso de las mismas hasta los brazos.

Y aunque de alguna manera he olvidado los detalles de entonces, el recuerdo de lo que me hicieron esas manos está empezando a golpearme. Justo entre mis piernas.

Por no hablar de que los cortes en el dorso de las manos y los nudillos añaden un toque bárbaro a su ya insensible aspecto.

En este momento, se le podría clasificar como un monarca despiadado con afición a la conquista.

—Esta es la cuestión, cariño —habla con una voz llena de lujuria que arrastra la mía—. Tienes los labios heridos y la lengua mordida, probablemente porque te negaste a darles a esos hijos de puta la satisfacción de verte débil. Como resultado, te la mordiste, constantemente, hasta que casi te la arrancaste de un mordisco.

Me quedo con la boca abierta.

—Cómo...

—Lo dijiste entonces, ¿verdad? Prefieres tragarte tu veneno. Sé que Nietzsche es tu ídolo y el santo mesías de tu cerebro, pero es un puto imbécil que no supo decidirse, así que la próxima vez que estés en una situación de riesgo vital... —Su rodilla cae entre mis piernas, abriéndolas sin esfuerzo mientras golpea con una mano el colchón junto a mi cabeza. Con la otra, vuelve a apretarme la mandíbula. Su pulgar se desliza por mis labios, que sienten un cosquilleo de placer y dolor—. Abrirás estos malditos labios y gritarás pidiendo ayuda. ¿Está claro?

—Te he dicho que no creo en eso. —Intento apartar su mano, pero no me deja espacio para luchar. Tiene el tipo de autoridad exasperante que es imposible de ceder, y aunque antes me rebelé contra ella, ahora siento que pierdo ese espíritu guerrero.

—Empezarás a hacerlo... eventualmente. Ahora... —Desliza su pulgar hacia adelante y hacia atrás sobre mis labios de nuevo, sin ahorrar las partes hinchadas o cortadas o rotas—. Viendo que te duele, voy a mejorar el desafío anterior de un beso a algo más.

—¿Algo más...?

Mi pregunta en voz baja queda suspendida en el aire mientras él deja caer con tacto su mano entre mis pechos y los atraviesa con los dedos a través del material hasta que mis dos pezones sobresalen. El roce con el vestido es tan doloroso que jadeo.

—Estás muy sensible aquí, ¿verdad? —dice con oscuro sadismo, y luego cierra los labios alrededor del pezón a través de la tela y chupa. El hecho de que ni siquiera se haya molestado en quitarme el vestido y lo haga a través de él es más sucio que cualquier cosa que pudiera haber imaginado.

Me lame, sondea y muerde el pezón con tanta fuerza que creo que me voy a correr solo por la fricción. Las ráfagas de dolor de mi hombro y de la parte superior del pecho se mezclan con el placer y se extienden hasta mi núcleo dolorido.

Es demasiado.

Él.

Esto.

Todo lo que rodea a este momento es de una naturaleza demasiado surrealista que no puedo comprender. Lo único que puedo hacer es caer en su trampa con la impotencia de una presa.

Mi cabello forma un halo sobre mi cabeza de lo mucho que me retuerzo. La incomodidad de mis magulladuras y su reivindicación sin paliativos hacen que el ambiente sea de naturaleza animal.

Y justo cuando pienso que podría llegar al orgasmo solo por la sensación, Kingsley suelta el pezón torturado, dejando una mancha húmeda y transparente en el vestido blanco, y se lame los labios como si estuviera orgulloso de su obra.

Estoy dispuesta a llamarlo con cientos de nombres coloridos, pero ese pensamiento se desvanece porque su cabeza baja hacia mi otro pezón, agasajándolo con la misma atención que le dio al anterior.

Mis manos se cierran en dolorosos puños, estrangulando la sábana, y deseo que sea en disgusto. En negación. Cualquier cosa menos lo que estoy sintiendo ahora.

Emoción y una sensación aterradora de dejarse llevar.

Mis pezones palpitan, enviando un zumbido directo entre mis piernas con cada uno de sus brutales mordiscos.

—Oh, Dios...

—Es un poco injusto que él se lleve los elogios por algo que hago yo —dice, pasando su lengua por mi pezón, y luego muerde hasta que jadeo—. Ahora, di mi nombre.

—Vete a la mierda, Kingsley.

Se ríe, con un sonido oscuro y demente, mientras me muerde el pezón una última vez y se desliza entre mis piernas.

—Voy a sacarte esa actitud, cariño.

Estoy desorientada cuando se baja a los pies de la cama. No comprendo lo que está pasando hasta que se arrodilla allí y lanza mis piernas sobre sus duros hombros y se sumerge entre mis muslos.

La deliciosa sensación de ser estirada hasta el límite apenas se registra porque él está tirando del vestido hasta mi cintura.

Sus labios encuentran el interior de mi muslo y me estremezco cuando me inspira lentamente, como si saboreara el plato principal de un chef.

Entonces muerde la carne interior. Es duro.

—Ugh. Eso duele, imbécil. —Le agarro los dos hombros intentando apartarlo, pero vuelve a morder, esta vez arrancándome un gemido.

—Quédate quieta o te dolerá más —dice contra mi piel, y luego la chupa, pasando la lengua de un lado a otro hasta que soy un desastre que se menea.

Vuelvo a caer sobre el colchón, mis manos, al igual que mi resolución, apenas se sostienen.

Mi piel arde con sus mordiscos, mordiscos y eventuales chupadas tranquilizadoras. Es como si se deleitara con mis saltos y luego no lograra reprimir mis gemidos.

Para cuando llega a mi ropa interior, estoy jadeando y luchando por respirar.

—Eres la única mujer que se ve muy sexy en bragas de algodón, bruja. —Procede a probar sus palabras mordiendo mis pliegues a través del material.

Una chispa de fuego se extiende por mis entrañas y casi me pone de pie. Kingsley destroza la ropa interior con sus dientes desnudos, creando una fricción insoportable contra mi parte más íntima.

—Estás muy mojada para alguien que decía no desearme.

—C-cállate, idiota...

—¿Es una buena idea insultarme cuando tu coño está empapando mi boca como una putita?

Mis muslos tiemblan físicamente y odio mi reacción ilógica.

—No... me llames así.

—¿Llamarte cómo? —Me da un largo lametón desde abajo hasta arriba de mi raja, robándome el aliento en el proceso.

—P-puta. No soy la puta de nadie.

—De nadie más que mía, porque te comeré el coño como si lo fueras. —Golpea su lengua contra mi clítoris con una fuerza que me lleva al límite.

El clímax es tan fuerte que mi boca se queda abierta en un grito sin palabras. Y luego grito tan fuerte que me sorprende no derrumbar todo el lugar.

Sin embargo, Kingsley no parece haber terminado. Introduce su lengua en mi abertura, convirtiendo la ola anterior en una más potente. Me folla con la lengua con fuerza, rapidez y con tanto control que me falta el aire.

Mis dedos se hunden sin pensar en su cabello y tiro de los sedosos mechones, prácticamente rechinando contra su boca.

Estoy desesperada por algo que no puedo precisar.

Algo que se construye dentro de mí con la fuerza de la tormenta que brilla en sus ojos cada vez que me observa fijamente.

O mira fijamente.

Ya ni siquiera lo sé.

A veces, me mira como si yo fuera la conquista que pretende destrozar en pedazos irreparables.

Y tal vez lo vea como el desafío que nunca ganará. El caballo negro que nunca será domado.

Es empujar y tirar. Dar y recibir. Incluso ahora que cree que estoy completamente a su merced, aunque no lo estoy en absoluto.

Kingsley me sujeta con fuerza los muslos, poniendo fin a mis frenéticos movimientos. Pero sigue chupando, mordisqueando y follando mis pliegues hasta que deliro.

Dios mío. Me está volviendo loca.

Justo cuando creo que voy a convertirme en una con la cama, el sonido de algo que vibra resuena como una fatalidad en el aire.

Kingsley sale de entre mis piernas y se lame los labios.

—Sabes tan salvaje como pareces.

Espero que vuelva para probarlo, pero saca su teléfono del bolsillo, se queda mirando la pantalla y me dice:

—Tengo que contestar esto. Has silencio para mí, cariño.

Empiezo a retroceder, pero Kingsley suelta mi muslo y mete dos dedos dentro de mí al mismo tiempo que responde:

—Habla Shaw... Sí, soy libre de hablar.

Mierda. ¿Acaso este imbécil está loco de verdad?

Aparentemente, lo es, porque enrosca sus dedos dentro de mí y tengo que cerrar una mano en mi boca para silenciar cualquier sonido embarazoso.

—Sí, lo entiendo —dice con la tranquilidad de un cura pecador.

¿Cómo diablos puede permanecer en su elemento mientras está reorganizando mis entrañas?

No obtengo respuesta a eso, pero consigo otro dedo, y esta vez, los tres están tan dentro de mí que golpean mi punto G. Una vez, dos veces...

Mi cabeza se echa hacia atrás y se me escapa un ruido lujurioso.

Kingsley sonríe con la astucia y el goteo de encanto del mismísimo Lucifer mientras sacude la cabeza, y luego procede a follarme con los dedos. Entra y sale con un ritmo frenético que me roba la cordura.

Maldita sea.

Maldita sea, joder.

El hecho de que otra persona pueda oír mis gritos de placer no parece impedirme liberarlos. En todo caso, lo único que oigo es el sonido de sus dedos hundiéndose dentro y fuera de mi excitación y la pura suciedad de ello me lleva al límite.

Un borde tan escarpado que me entusiasma y a la vez me aterra dar el salto.

—Haré una oferta final después de revisar las estadísticas del año pasado. Si están por debajo de mis estándares, los dejaré antes de que tomen su próxima dosis de oxígeno. —Aparta el teléfono y dice—: Ya está. Buena chica.

Entonces me corro. Por la combinación de la situación, sus palabras y la forma en que sus dedos me penetran rápida y duramente.

Mis ruidos son incontrolables y vuelvo la cabeza hacia un lado y meto la cara en el colchón para amortiguarlos.

Kingsley sigue metiendo sus dedos perezosamente dentro de mí hasta que termina la llamada.

Permanezco escondida en el colchón, la vergüenza y la emoción me recorren con igual intensidad.

¿Qué demonios me ha pasado ahora? ¿Necesito empezar a ver a algún terapeuta para entenderme mejor? Porque mi cuerpo, mi alma y mi corazón parecen haberle dado a mi cerebro el tiempo de su vida.

Dos poderosas manos me toman las mejillas y me obligan a mirar hacia él, y es entonces cuando le encuentro de pie sobre mí, mirándome con una expresión que no tiene por qué dirigirme.

La misma forma en que me miró hace tantos años. Cuando dijo que había decidido quedarse conmigo después de todo.

Sus dedos se deslizan por toda mi cara y mi cabello con un toque suave pero posesivo.

—Tan bellamente rota, mi pequeña puta.

Me despierto y lo empujo, echándome hacia atrás en el colchón.

—No soy tu puta.

La luz brilla en sus ojos, habitualmente apagados.

—¿Prefieres que te llamen buena chica entonces?

—N-no.

—Te acabas de correr por eso. Pero, de nuevo, te mojaste más cuando te llamé putita, así que eso significa que tienes tanto una degradación como una perversión de alabanza. Interesante.

—Tu muerte también será interesante si no paras esto. ¿Y puedes decirme de qué demonios iba todo eso de hace un momento?

—Tendrás que ser más específica que eso. Ahora mismo han pasado muchas cosas y todas ellas han terminado con orgasmos asquerosos y tu coño enamorado de mis dedos y mi lengua. El próximo será el turno de mi polla.

No puedo evitar el calor que me cubre el cuello ante sus burdas y sucias palabras. ¿Por qué las dice con tanta facilidad? Aun así, me obligo a responder:

—Lo de hablar por teléfono mientras me tocas. ¿Qué demonios te pasa?

—La misma variación de lo que te pasa, porque te corriste como una niña *muy* buena.

Vuelvo a sobresaltarme con esa palabra y el muy imbécil lo nota, porque sonríe.

—No hace falta decir que yo gano. Mejor ponte tu mejor armadura, cariño, porque la mierda está a punto de ponerse real cuando te persiga en serio.



Después de refrescarme, me pongo el jersey más cercano sobre el vestido para ocultar las vergonzosas manchas de humedad. Luego estoy lista para salir corriendo de la casa de Kingsley y hacer que un médico me revise el cerebro.

Tal vez los matones me golpearon la cabeza lo suficientemente fuerte como para aflojar algunos tornillos. Esa es la única manera en que puedo entender el fiasco que acaba de ocurrir.

Toda la situación no tiene sentido y me hace sospechar. ¿Por qué me querría? Nunca lo hizo antes, al menos no como Kingsley Shaw.

¿Es solo porque recordó aquella noche de hace veintiún años? Pero eso sigue siendo ambiguo. Tiene algún tipo de tendencia antisocial y narcisista, y la cantidad de personas por las que se preocupa genuinamente se reduce a Gwen y Nate. Así que no pudo haber estado suspirando por mí todo este tiempo.

De hecho, dejó claro que se desharía de mí. ¿Se trata de eso? ¿No pudo encontrar un método para llevarme al tablero así que está jugando a la seducción? Pero él no es del tipo que se rebaja a ese nivel, por no mencionar que es directo hasta la saciedad.

Maldita sea.

Todo este pensamiento sobre sus motivos me está volviendo loca y su cercanía empeora las cosas. Necesito salir de aquí para despejar mi cabeza.

Pero Kingsley tiene otros planes. Por supuesto.

Básicamente me arrastra al comedor, que es grande, frío y desapasionado como él.

La mesa está preparada para dos y Kingsley se sienta a la cabeza como un señor oscuro en el infierno. Es estúpidamente injusto que siga estando tan elegante como

siempre con su camisa blanca, sus pantalones negros y su cabello perfectamente peinado, mientras que a mí me cuesta permanecer de pie.

Agarrando una servilleta, señala la silla a su derecha.

—Siéntate y come.

—¿Puedes dejar de actuar como si fueras mi jefe fuera de la empresa?

—Eso sería un no. Y no es que me permitas actuar como tu jefe en la empresa.

Me revuelvo el cabello.

—Eso es porque resulta que soy tan buena como tú en lo que hago.

—¿Muy arrogante?

—Tú también eres arrogante, pero como tienes una polla entre las piernas, se llama carisma. Sin embargo, cuando una mujer tiene confianza en sí misma y en su trabajo, se la tilda de perra egoísta. Si vamos a ser justos, a ti habría que llamarte perra egoísta.

—Entonces supongo que somos justos, porque me llamas así todo el tiempo. Pero tal vez quieras dejar de prestar atención a mi polla o lo tomará como una invitación.

—En otro planeta, imbécil.

—Hablas como si no pudiera arreglarlo. Además, no finjas que no me deseas. No solo es una mentira descarada, sino que además tengo las pruebas que demuestran lo contrario.

—¿Qué pruebas?

—Tu cuerpo se deshizo por mí, incluso cuando te dolía.

—Eso se llama reacción física.

—Reacción física. Deseo sexual. Lujuria. La etiqueta no tiene ningún significado, cariño. El efecto real lo tiene. Así que niégalo todo lo que quieras, pero el hecho es que me deseas.

—Tú también me deseas.

—¿He dicho lo contrario?

—¿Por qué me deseas?

—El impulso del momento.

—No solo no actúas por impulso, sino que además estás dedicando demasiado tiempo y esfuerzo a algo que se supone que es de improviso. Así que permíteme decir que es una mierda.

Sus labios se mueven en una sonrisa lobuna.

—Tu atención a los detalles sobre mí es conmovedora.

—Tengo atención al detalle, sobre todo. No es algo exclusivo de ti.

—¿Oh?

—*Oh* —imito su tono provocativo—. Ahora, dime por qué me deseas.

—Es solo una reacción física, como has mencionado. Un deseo de un odio intenso.

—¿Eso es todo?

—Si, eso es todo.

Se me oprime el pecho y no sé por qué las ganas de salir corriendo de aquí son más fuertes que la necesidad de respirar. Aun así, me obligo a no parecer afectada y a permanecer en mi sitio. Me obligo a dejar de pensar en la puerta que me acaba de cerrar en la cara.

Kingsley arrastra perezosamente su mirada sobre mí y me retuerzo. Vaya. Después de que me haya arrancado tan brutalmente las bragas, no llevo ninguna, así que no debería haber accidentes. Me envuelvo el jersey con más fuerza y él sonríe.

—Llévate la ropa.

—Por supuesto que lo haré, genio. ¿Esperas que salga a la calle desnudo?

—No, o tendré que lidiar con todos los imbéciles que presencien el espectáculo de striptease de una manera no muy agradable —dice despreocupadamente, como si no estuviera lanzando una amenaza—. Me refería a que no tienes que devolver la ropa.

—Son de Gwen.

—Ahora son tuyos. Mi hija no se pondrá eso después de que te hayas puesto.

No puedo verlo, pero siento que mi cuello se pone rojo. El bastardo. Definitivamente y totalmente y sin lugar a dudas lo odio a muerte.

Si realmente pudiera no desearlo, sería genial.

—Ahora, siéntate y come. No habrá una tercera vez que te lo diga.

—No tengo hambre.

—No has comido nada desde esta mañana.

—Todavía no tengo hambre. Que pases una buena noche. —Doy un paso hacia la salida, pero en el momento en que lo rozo, me agarra por la cintura.

Grito cuando me tira hacia atrás y me empuja sobre su regazo. O, mejor dicho, me sienta sobre un muslo duro, con las piernas abiertas y el coño desnudo rozando sus pantalones.

La temperatura sube de dos a tres dígitos con gran rapidez. Intento darle un codazo, pero el aliento caliente en mi oreja me congela en el sitio.

—Si todavía estás caliente y te gustaría montar mi pierna, hazlo, pero no puedo prometer que no te follaré justo después. Con o sin dolor.

Me retuerzo y aprieto los puños a ambos lados.

—Suéltame, Kingsley.

—No hasta que comas. —Mueve la barbilla hacia el tazón de sopa y el plato de camarones frente a mí—. Todo eso.

—¿Y si me niego?

—Entonces tu terquedad y yo podemos quedarnos aquí toda la noche. Al final comerás, me montarás la pierna, o ambas cosas.

—Tú...

—Bastardo, imbécil, cretino, imbécil. Conozco la melodía, y no servirá para nada más que para molestarme, así que a menos que quieras presenciar una horrible manifestación de esas emociones, ahórratelo.

Cruzo los brazos sobre el pecho, mirándolo por detrás.

—Quedémonos así entonces y veamos cómo te desenvuelves mañana en el trabajo cuando te falte el sueño.

—Esa boca tuya está pidiendo que te follen, cariño.

Frunzo los labios para no hablar. Cualquier cosa que tenga que decir, dadas las circunstancias, será contraproducente.

Aunque no me echo atrás ante nada, el departamento sexual con Kingsley no es mi fuerte. Es el único hombre al que no se me ocurre arrebatarle el poder y, aunque es exasperante, también es extrañamente emocionante.

Y eso lo odio.

Y a él.

Me enjaula entre sus brazos y alcanza la sopa y procede a comer sin ningún problema.

Miro los candelabros colgantes y la pared, la puerta, las ventanas. A cualquier sitio menos a él, pero eso no disipa la tensión. En todo caso, aumenta con cada segundo que pasa hasta que puedo oír mi pulso golpeando en mis oídos. Su calor debajo y detrás de mí hace que sea difícil pensar, respirar o concentrarse.

Algo caliente se pone en mis labios. Una cuchara llena de gambas y arroz.

—Deja de ser jodidamente terca y abre.

Resoplo, pero no sigo su orden.

—Eres una mujer exasperante. ¿Lo sabías?

—Gracioso viniendo de un hombre exasperante… —Me mete la cuchara dentro y no tengo más remedio que tragar o atragantarme.

—¡No es justo! —Hablo, tapándome la boca con el dorso de la mano para que no me haga comer otra cucharada.

—Qué mala suerte, cariño. Lo justo y yo no tenemos nada en común. Ahora, abre esa boca y come.

Niego con la cabeza.

Él estrecha los ojos.

—¿Tienes algún tipo de trastorno alimenticio? Ahora que lo pienso, solo te veo bebiendo cosas: café, alcohol. *Mucho* alcohol. Espera un puto segundo, ¿eres alcohólica?

—Cállate. Y en serio, ¿por qué demonios estás tan centrado en mí últimamente? Me gustaba más cuando no te importaba una mierda.

Permanece en silencio, y me maldigo a mí misma.

No era exactamente mi intención hacer la pregunta, pero ahora que está al descubierto, quiero una respuesta. Pero al mismo tiempo, una parte de mí está aterrorizada por la respuesta.

—Me sigues importando un carajo, aparte del hecho de que quiero estar en tus pantalones, y para eso, necesitas estar lo suficientemente sana como para manejarme

Me arden los oídos y no sé si es ira o algo totalmente distinto.

—No soy una de tus putas, Kingsley. No puedes decirme qué hacer con mi cuerpo. Si quieres eso, acude a ellas.

—Son acompañantes, no putas. Y yo iré con ellas una vez que haya terminado contigo.

Puedo sentir el volcán subiendo por mi garganta y me imagino seriamente masticando su cabeza al estilo de las películas slasher.

Pero entonces dice:

—¿Qué tal un intercambio?

—Si no es tu vida por la paz de la humanidad, no me interesa.

Se ríe y odio cómo el sonido vibra contra mi cuello y penetra en mi piel.

—Soy demasiado valioso para sacrificarme por algo tan aburrido como la humanidad. Así que, ¿qué tal si respondo a cualquier pregunta que tengas sobre Gwen y, a cambio, te terminas este plato?

Estaba tan dispuesta a decirle que se fuera a follar a un poste. Pero el bastardo fue directo a la yugular. Sabe lo desesperada que estoy por tener una relación con Gwen, aunque tenga que vender mi alma al diablo, a él, para conseguirlo.

—No una pregunta. Quiero un número infinito.

—No es así como funciona. Una pregunta para una comida.

—Tres.

—Uno.

—Dos.

—*Uno.* Si quieres más, entonces tienes que acompañarme a cenar en otro momento.

—Eres un astuto imbécil. —Suspiro.

—Gracias por el cumplido, bruja. Ahora, abre la boca.

Intento agarrar la cuchara.

—Puedo comer por mi cuenta.

La mantiene fuera de su alcance y dice:

—Mi mesa. Mis reglas.

Suelto un suspiro y abro la boca, sintiéndome rara. Como una niña, pero también tan excitada que debería ser ilegal. Parte del deseo tiene que ver con el hecho de que alguien está cuidando de mí, envolviéndome, y proporcionándome una protección con la que no había soñado. Y de alguna manera, eso estimula un extraño tipo de lujuria que no he experimentado antes.

Cerrando brevemente los ojos, pienso en Gwen y eso hace que la sensación se desvanezca lentamente.

—¿Alguna vez pregunta por mí? —Mi voz es baja en el silencio del comedor.

Kingsley sigue alimentándome constantemente, con su expresión en blanco, pero no es el blanco de ira que utiliza para camuflar sus demonios. Esta es más neutral, como cuando está en un estado estático, lo cual es rarísimo.

—Lo hizo hace unos días. Me saludó de nuevo y me preguntó si te estaba haciendo pasar un mal rato.

—Tú... nunca me dijiste eso.

—Estabas sometida a la 'Operación Evitar a Kingsley', así que no creí que te importara lo suficiente lo que Gwen tuviera que decirme sobre ti.

Cuelgo la cabeza.

—Todavía podrías habérmelo dicho.

—La palabra clave es "*podría"*. Además, ¿qué cambiaría eso? A menos que pases a la ofensiva con ella, Gwen nunca te considerará una madre.

—*¿Ofensiva*?

—Significa ir a por todas. Ser proactiva. No esperes a que ella acabe viniendo a ti. Eso podría haber sido posible hace unos años, incluso hace unos meses, pero ahora es más estable emocionalmente, gracias a cierto imbécil que no debe ser nombrado y, por lo tanto, probablemente no sienta la necesidad de una madre como antes.

Mis labios se separan.

—¿Acabas de darme un consejo sobre Gwen? Pensé que me querías fuera de su vida.

—Todavía te echaría si eso fuera una opción, pero de nuevo, ella me importa más que nada en el mundo, así que, si ella te quiere, no puedo simplemente borrarte a ti o a Nate. Aunque mis planes asesinos para el bastardo siguen vivos y funcionando.

Me río.

Él estrecha los ojos.

—¿De qué te ríes?

—Nada. Solo que parecías un padre muy estricto.

—Soy un padre muy estricto, por eso no puedo creer que la haya dejado casarse con Nate. ¿Crees que una anulación sería posible ahora?

—Me temo que no, a menos que quieras ser el tema de Nate sobre cómo salirse con la suya. En serio, no entiendo por qué te acercas tanto a él por eso. Ambos son adultos enamorados.

—Él es el más adulto y no debería haber mirado en la dirección de mi jodida hija. Tú no has estado ahí, así que no conoces la sensación de descubrir que tu 'hermano', que se suponía que te cubría las espaldas, se estaba follando a tu hija bajo tu maldito techo.

—Touché, imbécil. —Lo alejo y me pongo de pie, sorprendido al ver que me he comido casi todo lo que había en el bol—. Pero por milésima vez, no sabía que existía. Deja de culparme por los veinte años perdidos.

Ya me estoy culpando lo suficiente.

—Me tendría que importar un carajo para culparte, y como mencioné, no me interesa.

—Jodete, Kingsley.

—Muy pronto. Y empezaré con esa boca.

—Mejor revisa tu testamento, porque te arrancaré la polla de un mordisco. —Le hago un gesto con el dedo corazón y salgo, resistiendo el impulso de correr como si me ardiera el culo.

Su risa malvada se queda conmigo mucho tiempo después de salir de su casa.

No es hasta que el aire frío me lame la piel cuando me doy cuenta de que me he dejado la cartera y el teléfono dentro, o eso espero, porque no los he visto en toda la noche. Sin embargo, estoy segura de que los recogí en el callejón y pagué al taxista.

—¿Quieres que te lleve?

Suelto un suspiro resignado al darme la vuelta y encontrar a Kingsley jugueteando con las llaves de su auto y agarrando mi teléfono y mi cartera.

—Puedo tomar un taxi.

—Ninguno llega hasta aquí, así que tendrás que caminar mucho tiempo.

—Llamaré a uno.

—O puedes dejar la batalla por el bien de la guerra y dejar que te lleve de una puta vez.

No me permite protestar mientras me agarra del brazo y me arrastra hasta su auto.

Intento no sentirme agradecida, de verdad.

Pero de todos modos fracaso estrepitosamente.

13

Kingsley

—¡Te he echado mucho de menos, papá!

Gwen me aprieta en un abrazo que podría confundirse con un intento de asesinato.

Sonrío de todos modos y la rodeo con mis brazos. Esta niña -ya no tan pequeña- es la razón por la que me salvé de mi propia mente hace mucho tiempo.

Si no fuera por su existencia, habría estado jodido hasta los huesos sin luz al final del túnel.

Bueno, no soy el siguiente en la fila para ser el sustituto de la Madre Teresa, pero aun así. Pequeños cambios.

Mi ángel aportó algo importante a mi vida, algo que, debido a su ausencia, me llevó por un camino violento y sangriento.

Objetivo.

Así que el hecho de que ya no esté bajo mi protección -al menos no del todo- ha ido minando ese propósito de forma lenta pero segura.

—Está claro que me has echado de menos, a juzgar por cómo has añadido tres días enteros a tu viaje. —Miro fijamente a Nate, que está sentado en mi sala de estar, con las piernas separadas, la posición relajada y sintiéndose totalmente cómodo.

El imbécil parece demasiado satisfecho de sí mismo. Incluso lleva pantalones informales, una camisa abotonada y una sonrisa espeluznante.

Todo un look que antes no existía en su armario.

—Solo queríamos quedarnos un poco más. —Gwen se retira, con un aspecto tan radiante como el sol del verano. Al parecer, el hecho de casarse no ha cambiado su estilo, teniendo en cuenta los pantalones cortos vaqueros, la camiseta de tirantes suelta y las zapatillas de deporte informales que lleva como una segunda piel.

Intenta -y no lo consigue- obligar a su salvaje cabello rojizo a someterse.

—Además, sabes que Nate volvería directamente al trabajo en cuanto volviéramos.

—Lo que debería haber hecho hace tres días en lugar de hacerme cargar con todo el peso. Y deja de sonreír, hijo de puta. Es asqueroso.

—¡Papá! —Gwen jadea y se deja caer al lado de su marido—. No le hagas caso, Nate. Me gusta cuando sonríes.

Tomo asiento, entrecerrando los ojos.

—¿Ya estás tomando partido, Gwen?

—No eres razonable, papá.

—Por no hablar de un imbécil —dice Nate con su habitual expresión inexpresiva. Por lo menos, se ha perdido el miedo.

—Nate —susurra—. No llames a papá imbécil.

Al menos la pequeña mierda todavía tiene algo de lealtad hacia mí.

—Desafortunadamente, tu negación no anulará el hecho de que lo es. —Levanta sus cejas hacia mí en puro desafío—. De la peor clase. Si supieras qué tipo de cosas hace a tus espaldas

—Te mataré —modulo para que Gwen no oiga y él se limita a sonreír de nuevo, invocando la versión del infierno espeluznante.

Mi hija frunce el ceño.

—¿Qué quieres decir?

—Nada de lo que debas preocuparte... todavía. —Él le besa la parte superior de la cabeza y ella se deja llevar.

Gwen habla de lo bien que se lo pasó y me cuenta los regalos que me compró, los siete, porque allá donde iba pensaba en mí y quería regalarme algo.

Luego dice que echa de menos a Martha y va a ponerse al día con ella.

En cuanto Nate y yo nos quedamos a solas, contemplo si morirá o no de un solo disparo de la escopeta de mi abuelo que está expuesta justo detrás de su cabeza.

Apoya una mano en el respaldo del sofá.

—Te das cuenta de que eres totalmente transparente cuando esa cabeza tuya bulle de violencia, ¿no?

—Mejor corre entonces, hijo de puta.

—Esa palabra y yo no somos amigos. Hablando de amigos, he oído rumores inquietantes sobre que has reavivado tu marchita relación con Nicolo Luciano.

—No son rumores. Noticias.

Se levanta, desaparece toda la despreocupación cuando llega a mí en unas pocas zancadas y habla en un tono bajo.

—¿Perdiste la puta cabeza en ese maldito coma? ¿Por qué demonios volverías voluntariamente al círculo sucio de la mafia después de haber puesto tanto esfuerzo en cortar los lazos con ellos?

—Nada personal. Solo negocios.

—Al diablo con eso. Detestabas la relación de tu padre con ellos y te aseguraste de acabar con ella en cuanto estuvo a dos metros bajo tierra. Así que, o sueltas la verdadera razón o tendrá que ser Gwyneth la que te saque las respuestas.

Me levanto de golpe y le agarro por el cuello de la camisa con un movimiento rápido.

—No la metas en esto.

Me agarra por la chaqueta.

—*Tú eres el* que hizo eso. Es tu hija, King. Si algo se tuerce, lo cual, alerta de spoiler, siempre sucede con la mafia, tendrá una diana en su puta espalda.

Tendrá una diana en la espalda de cualquier manera por culpa de su maldita madre. Pero no lo digo, porque demostraría que me importa, y eso es una blasfemia en mi diccionario.

—No lo hará. —Lo alejo—. Y dile a tu pájaro que se atreve a espiarme que lo pondré en la lista negra de este planeta en cuanto lo encuentre.

Se rasca la barbilla.

—Huh.

—¿Qué?

—Dijiste “tu pájaro”.

—¿Y qué, mierda? —Últimamente tengo la paciencia de un niño pequeño.

Específicamente, desde hace cuatro días, después de que dejé a Aspen en su apartamento y ella me dejó plantado.

—No has dicho 'la bruja'. Como que no asumiste que es ella, aun sabiendo muy bien que es mi mano derecha. ¿Qué pasa?

No puede ser ella, porque se estaría sirviendo en bandeja a Nate, y aunque están cerca, no está lo suficientemente cerca de nadie como para que la vean débil.

O revelarles su pasado.

O ponerse en una posición desfavorable frente al marido de su hija.

Pero lo que ella no sabe es que cuanto más se escape a su cueva, más la perseguiré.

¿Y qué si no responde a mis llamadas o a mis mensajes? Al final la atraparé.

La única razón por la que no le he arrancado la puerta de las bisagras y he irrumpido en su apartamento es para darle esa idea equivocada de que está a salvo.

O que me he rendido.

La forma más segura de conseguir que una persona precavida y cautelosa se abra es engañarla haciéndole creer que está libre de culpa.

Pero si cree que me retiraré ahora que la he probado, no tiene ni idea de lo que le espera. Porque una vez no es suficiente. Necesito verla retorcerse de nuevo, gemir con esa voz gutural y destrozarse delante de mí como una obra de arte erótica.

Esa escena de hace cuatro días fue tan rara en su belleza y sorprendentemente rompedora. Es la única vez que la he visto tan vulnerable, con toques de sumisión que sacaré, aunque sea lo último que haga.

Aspen Leblanc es la guerra que voy a conquistar y poner de rodillas.

Literalmente. En sentido figurado.

Vuelvo a centrarme en Nate, que me observa expectante.

—Aspen está de vacaciones.

Recorre con su mirada toda la habitación y luego me presta la misma atención antes de rodearme como una pobre imitación de un león enjaulado.

—¿Te has drogado de camino aquí, Nate? O eso o tengo que internarte en un instituto mental.

—Solo me estoy asegurando de que no he aterrizado de algún modo en un universo paralelo, ya que Aspen está aparentemente de vacaciones por primera vez en una década y tú sabes su nombre de pila. Pensé que solo tenía el título de bruja en tu repertorio de nombres limitados.

Después de dar dos vueltas enteras a mi alrededor, se detiene frente a mí y entrecierra los ojos.

—¿Qué mierda está pasando?

Puede que haya subestimado la capacidad de deducción de Nate y su olfato de perro, porque me observa con cero posibilidades de que se le caiga esto.

Así que en lugar de ofrecer la verdad que ni siquiera me gusta admitir a mí mismo, voy con una versión más suave.

—Fue agredida.

Hace una pausa, su rostro se endurece.

—¿Cuándo? ¿Dónde? ¿Cómo? ¿Quién?

Todas las mismas preguntas que yo hice. Y, sin embargo, quiero golpear su cabeza por una razón ilógica. Como por ejemplo, ¿por qué carajo tiene ese nivel de preocupación por ella?

—Hace cinco días. En un callejón. Físicamente. En cuanto a quién, aún se está investigando. Ella presentó una denuncia, pero la incompetente policía no ha sacado nada en claro.

Y no lo hará. Porque ya me encargué de ello.

—¿La agresión física se extiende a la sexual?

—No. —Lo corto con dureza, dándome cuenta de que no quiero discutir ese tema en particular con él, de entre toda la puta gente.

—Bien. —Suelta un suspiro—. Bueno, no es bueno, pero, aun así. ¿Qué tan mal está?

—Lo suficientemente mal como para ser puesta en vacaciones obligatorias. La golpearon hasta casi matarla, pero sigue queriendo trabajar como si no pasara nada.

—Aspen es una adicta al trabajo hasta la saciedad.

El sonido de un choque llega hasta nosotros. Tanto Nate como yo miramos fijamente a la fuente para encontrar a Gwen parpadeando rápidamente, una masacre de un plato y magdalenas tiradas a sus pies.

Su barbilla tiembla como cuando era una niña y contenía sus lágrimas.

—Aspen... ¿está herida?

Nate se acerca a su lado, le pasa un brazo por el hombro y la aparta con tacto del desorden. Porque conociendo su mala relación con el mundo exterior, probablemente pisará el cristal o recogerá los trozos y se cortará.

—No está mal —le asegura Nate—. Estará bien.

—Pero papá dijo que ya era bastante malo que tuvo que tomarse de vacaciones obligatoriamente. —Se libera de su agarre y se dirige hacia mí. La ira y la decepción en su rostro atraviesan mi pecho de acero—. ¿Lo has hecho tú?

—*¿Qué*?

—Siempre la odiaste y prometiste hacerla desaparecer. ¿La golpeaste o pagaste a alguien para que la golpeara y la ahuyentara?

Mi mandíbula se tensa tanto que me sorprende que no se rompa.

—Cuida tu boca, Gwen. Soy tu padre, no tu amigo, y no tienes ningún derecho a acusarme.

—¿Por qué no? Una vez amenazaste con matarla. Te he oído. Eres mi padre y te quiero, pero eres un hombre despiadado con cualquiera que te lleve la contraria. Lo aprendí por las malas cuando casi matas a Nate, tu maldito mejor amigo, porque te desobedeció, así que discúlpame si creo que eres capaz de hacerle algo más a Aspen.

Puedo sentir el volcán surgiendo desde lo más profundo de mí y aprieto los puños.

Gwen no se da cuenta, porque está demasiado atrapada en sus emociones para darse cuenta.

Nate, sin embargo, percibe el cambio en el ambiente y rodea su cintura con un brazo para protegerla.

Sabe que nunca le haría daño, pero también sabe que me está llevando a mi último límite inexistente.

—Gwyneth, puede que no sea lo que piensas —dice suavemente.

—¿Por qué no? —le dice, pero sigue mirándome con esa misma sensación de traición—. He querido una madre desde que supe lo que significaba una madre, papá. Su ausencia me hacía sentir vacía, como menos que una persona completa y no digna de amor. Finalmente la encontré después de veinte malditos años, y tuviste que ser egoísta al respecto. Puedes ser tan egoísta, papá. Me hacías celebrar todos mis cumpleaños, aunque los odiaba por recordarme que ese día fui abandonada. Pero eso no te importa, ¿verdad? No te importa que lo único en lo que pienso es en acercarme a la madre que por fin encontré y en estar constantemente asustada de que no le guste. Ella es tan inteligente y exitosa y no creo que pueda estar a su altura y eso me asusta, pero esos hechos no significan nada para ti. La odias y quieres que yo también la odie, pero ahora te digo que eso no es posible. Así que deja de hacer todo sobre ti, papá. Esta vez se trata de mí.

El silencio reclama la habitación. Aparte del sonido de mis dientes traseros que rechinan para no romper.

—Nate, sácala de aquí. —Me sorprende que suene tranquilo, aunque sea una calma del tipo "voy a romper el infierno en un segundo".

Aprieta la mandíbula, pero empieza a apartarla, porque ni siquiera él querría que me viera en mi estado no humano.

—¡No, quiero quedarme! —Intenta soltarse—. Dime que no eres tú quien la ha herido, papá.

—Vete a la mierda, Gwyneth —rujo, y ella se estremece antes de que las cosas más repugnantes que he visto en mi hija corran por sus mejillas.

Lágrimas.

Silloza, su cara se pone roja, luego se da la vuelta y corre.

Nate me mira mal, murmura un "jódete" y la sigue.

¿Yo? Quiero golpear una pared.

Así que hago eso y atravieso con mi puño la pared más cercana.

Mis nudillos estallan de dolor, pero no es suficiente para diluir la imagen de Gwen llorando o el sonido de su acusación.

No me importa que el mundo entero me pinte como el peor villano; ella nunca debería pertenecer al rebaño.

Ella es mi milagro.

Pero, de nuevo, tal vez no me merezca uno.

Recojo mi Zippo y lo abro, luego lo cierro con un ritmo maníaco, contemplando mi próximo curso de acción.

Obviamente, empieza y termina con la mujer que me dio ese milagro.

14

Aspen

La puerta de mi despacho se abre y suspiro por enésima vez en diez minutos.

Caroline aparece en el umbral de la puerta llevando un plato y vistiendo su pijama peludo y una expresión que no es de disculpa en lo más mínimo.

Lucifer y Cain se asoman desde la puerta, siguiéndola como niños pegajosos.

Levanto los ojos de la pantalla del ordenador y la miro fijamente, con la cara desencajada.

—¿Y ahora qué?

Entra como si no me interrumpiera por décima vez, a propósito.

—Pensé que querrías una taza de té y un poco de pastel.

—No bebo té ni como pastel.

—Deberías. —Desliza la taza delante de mí—. Es bueno para tu salud.

—Gracias, doctora. Ahora, ¿podría dejarme trabajar sin encontrar una excusa para interrumpirme?

Se lleva una mano a la cadera.

—Sabes, el objetivo de estar de vacaciones es relajarse de verdad.

—Relajarse es para los muertos.

Me mira con cara de "¿me estás jodiendo?", luego se apoya en mi escritorio justo en medio de mi espacio y se cruza de brazos.

—No puedo creer que estés trabajando como siempre después de lo que te pasó.

Caroline había perdido la cabeza cuando llegué a casa esa noche. Al parecer, había estado llamándome todo el día y no podía localizarme. Kingsley le contestó esa

mañana, pero solo la confundió más y no le ofreció ninguna explicación. Teniendo en cuenta todo lo que había pasado, ni siquiera se me ocurrió comprobar mi teléfono hasta que Kingsley me dejó en casa.

De todos modos, cuando volví a entrar en el apartamento, Caroline estaba llorando mientras se preocupaba por mí a diestro y siniestro. Siempre era la más sensata de las dos y a menudo lloraba por las dos.

Desde ese momento, ha sido un grano en el culo, intentando impedirme hacer mi trabajo, incluso desde casa, por cortesía de mi jefe del infierno.

Por un lado, no sé cómo sentirme al respecto. Por otro, me alegro de no tener que cruzarme con él en la empresa. No tengo ni idea de cómo voy a ser capaz de enfrentarme a él y no pensar en su lengua y sus dedos dentro de mí.

Cualquier atisbo de relación profesional que tuviéramos se ha esfumado, y no es que fuera la mejor, ya que lo consideraba secretamente un rival. Pero incluso ese sentido de los límites relacionados con el trabajo se ha desvanecido ahora. Lo único que me queda son las emociones caóticas y los chupetones.

Muchos de ellos. Alrededor de mis pechos, pezones, estómago y muslos.

Se han curado con mis moratones y no sé por qué demonios los toco cada noche. Los miro en el espejo cada mañana.

No es para tener la misma explosión de adrenalina de cuando me las dejó en la piel.

No, en absoluto.

—Estoy viva y funcionando, Callie. Deja de convertir esto en una tragedia.

—Es una tragedia, ¿y por qué demonios usaste la palabra *funcionamiento* sobre ti? No eres una máquina, perra.

—¿Has terminado? —La fulmino con la mirada.

—No. —Ella me devuelve la mirada—. Deberíamos hacer algo para que quien te haya hecho daño pague.

—Ya lo he denunciado a la policía.

—La policía es inútil. —Se chupa el interior de las mejillas—. Puedo pedirle a Mateo que investigue esto y te proporcione protección.

—¿Le preguntarías a Mateo?

Se aclara la garganta y se pone el pijama de forma adorable.

—Lo haría por ti.

—Gracias, pero no es necesario, Callie. Ya estoy bajo la protección de Nicolo.

Me atiza con la severidad de una abuela enfadada.

—Nicolo es un maldito oportunista que no dudaría en masticarte y escupirte en cuanto termine contigo.

—¿Y Mateo no lo hará?

—No. —Ella levanta la barbilla—. Es leal.

—Pensé que te había engañado.

—Bueno... aparte de eso. —Hace una mueca de dolor y parece que ya no cree en sus convicciones anteriores.

En este punto, o está haciendo un papel épico difícil de conseguir o realmente está demasiado metida en su cabeza para ver lo que Mateo está haciendo por ella.

Es un hombre que no tiene otra cosa en la mira que Caroline. El mundo parece ser un recipiente para su existencia.

Y ella es ciega a todo eso.

La mafia es de por vida y la única forma de salir es la muerte, lo que significa que no se permiten los divorcios. Es la razón por la que mi madre se suicidó para poder irse. Así que, en este punto, Mateo solo está siguiendo la corriente a Callie. A la hora de la verdad, nunca permitirá el divorcio. Ni siquiera si Nicolo le da luz verde para ir en contra de sus costumbres para ello.

—De todos modos. —Empieza a cerrar mi portátil—. Deja de trabajar o llamaré a Kingsley y le informaré de que no te estás tomando tus vacaciones en serio.

Mis dedos se tensan y pierdo la oportunidad de mantener el portátil abierto. No puedo creer que la mera mención del nombre del bastardo sea suficiente para inclinar mi psique fuera de su eje.

Esto no es normal, ordinario o aceptable, y, sin embargo, no puedo controlar mi reacción cuando se trata de ese hombre.

Es como si hubiera enturbiado mi alma y se hubiera hecho un lugar acogedor en mi pecho.

Incluso ahora, las imágenes de él poseyéndome sin reparos, tomando todo lo que quería sin un ápice de duda o preguntas, se reproducen en mi cabeza como una película inquietante.

Debería repugnarme la idea de que alguien me controle, y una parte de mí lo hace, pero esa no es la parte más destacada.

En este momento, mi corazón palpita al recordarlo mientras lucho por permanecer en el momento.

—No te atrevas, Callie.

La dulce sonrisa que curva sus labios casi me provoca diabetes.

—Definitivamente, lo haré si sigues siendo una obstinada infernal. El apodo no es tan bonito ahora que está en la vida real.

—Bonita es lo último que quiero ser.

—Pero estabas muy guapa con ese vestidito blanco que llevabas esa noche. Apuesto a que volviste loco al pobre hombre.

—Callie... por milésima vez, no pasó nada.

—Ajá. Claro. Te creo totalmente.

—¡Callie!

—¿Qué? Olías a colonia y tenías las mejillas sonrojadas y los ojos brillantes.

—Me dolía.

—Dolor de deseo, seguro. Pero oye, ve a por ello, chica. Al menos una de nosotras tiene algo de acción.

—Sal de aquí antes de que te abofetee.

Me sopla un beso.

—Sabes que me quieres y que tengo razón.

Tengo que echarla físicamente de mi despacho, a lo que ella se ríe y abraza a sus perros, utilizándolos como armadura.

Cuando por fin vuelvo a mi mesa, suelto un suspiro, pero no abro el portátil. En su lugar, saco el teléfono y miro los mensajes de texto que he recibido de Kingsley en los últimos días.

Hace años que tenemos los números de teléfono del otro, pero solo nos ponemos en contacto en las raras ocasiones en que trabajamos juntos en un caso. Lo que ocurre principalmente cuando un cliente es acusado penalmente y demandado civilmente.

Todos nuestros intercambios han sido secos, profesionales, con su habitual pizca de sarcasmo mordaz.

Sin embargo, los textos que ha enviado en los últimos días eran drásticamente diferentes.

Parece que tienes la mentalidad de autocuidado de un niño pequeño, así que este es tu recordatorio para limpiar tus heridas y tomar analgésicos.

Unos minutos después.

Otro recordatorio para hacer lo que te acabo de decir. Esto no se trata de ti, cariño. No quiero que Gwen se moleste cuando se entere de que estás herida.

Además, todavía tengo su dulce sabor en mi lengua. Una comida de cinco estrellas. Muy recomendable.

A la mañana siguiente.

Si te asomas a la empresa, haré que los de seguridad te echen. Cómete el desayuno.

Ah, y por la mañana. ¿Estás lo suficientemente curada como para tomar mi polla entre tus labios? ¿O las piernas? ¿O las nalgas? Tomaré lo que pueda conseguir.

Durante el día.

Estoy en medio de una reunión, pero todo lo que pienso es en cómo tu pequeño y codicioso coño se rompió alrededor de mis dedos.

¿Todavía tienes mis marcas en esa piel morada, cariño? ¿Me sientes sobre ti con cada movimiento que haces?

Por cierto, antes de que esas marcas desaparezcan, te daré otras nuevas.

¿Has comido?

¿Cena?

¿Te tocas esta noche o tienes un juguete que hace el trabajo?

Solo para que conste, mi polla está certificada para dar un rendimiento mucho mejor. Todo lo que tienes que hacer es pedirlo.

Sus textos seguían pasando de lo mundano a lo lujurioso en cuestión de segundos. Decir que me estaba dando un latigazo sería un eufemismo.

Pero más que eso, mis muslos se apretaron al leerlos. Incluso ahora, puedo sentir el calor subiendo por mi cuello y mis mejillas, y luego extendiéndose por mi cuerpo con la inquietante persistencia de un huracán.

La razón por la que no he respondido a ninguno de ellos no es la timidez o la falta de palabras. Es el puro terror de mi reacción a él. A este lado de él que no sabía que existía, pero al que me estoy acostumbrando poco a poco.

No quiero acostumbrarme a Kingsley. O a sus cuidados. O a sus palabras sucias.

Como dijo tan elocuentemente, al final volverá con sus acompañantes.

Eso es lo que hacen los hombres cuando están aburridos. Se van.

Y me niego a ser otra parada en su ruta.

Eso no significa que no me haya embriagado leyendo y releyendo sus textos. Debería haber pensado más en la amenaza que puede suponer mi padre para mí, pero no.

Maldito Kingsley tiene el efecto destructivo de un accidente de avión. Un tiroteo masivo. Y una guerra destructiva.

La puerta de mi despacho se abre y, aunque trabajar no era parte de mis preocupaciones, suspiro.

—Te juro por Dios, Callie. Voy a tirarte por la ventana.

—Puede que tengas que esperar hasta que veas a tu visitante. —Hay un raro sonido de regocijo en la voz de Caroline y cuando miro hacia arriba, dejo de respirar.

La última persona que esperaba encontrar de pie en mi apartamento me mira con los ojos hinchados, una expresión de desprecio y una incomodidad silenciosa.

—Gwyneth —susurro, aún sin creer lo que ven mis ojos.

Se tira del jersey, cambia de pie y murmura:

—Hola.

Su voz es mucho más suave que la mía, demasiado femenina y pequeña. Incluso lo parece ahora, rota, angustiada, y con el impulso de destruir a quien la provocó que hierve en mi sangre con la dureza de un volcán.

—Voy a traer un poco de té y pastel —anuncia Caroline con deleite, empujando a Gwen dentro con un empujón poco sutil.

Mi teléfono casi se cae al suelo y me doy cuenta de que aún tengo los textos sucios de Kingsley. Lo tiro rápidamente en el cajón y me pongo de pie, con la columna recta.

—¿Qué haces aquí? Es decir, no es que no te quiera aquí, pero el hecho de que hayas venido a mi apartamento me plantea preguntas. Por supuesto, no quiero cuestionarte, pero...

Dios mío. Me detengo cuando su barbilla tiembla. *Maldita sea*, *yo*. Por fin me visita mi hija y me pongo a hablar como un niño de cinco años.

Gwen se toca el jersey con los dedos y me mira por debajo de las pestañas.

—¿Estás malherida?

Oh, por eso ha venido. Debe haber escuchado a Kingsley. Es entonces cuando me doy cuenta de que debe haber notado mis moratones, también, y este no es un estado en el que quiero que me vea.

—No, estoy bien.

—No pareces estar bien.

—Son solo moretones. Se curarán.

Su barbilla vuelve a temblar y agacha la cabeza.

—Lo siento mucho.

Me acerco lentamente a ella, con el corazón latiendo más fuerte a cada paso. Hablo en voz baja, temiendo que un tono más alto la haga salir disparada.

—¿Por qué?

—Por lo que hizo papá. No me gusta ese lado de él.

—Espera... ¿qué?

Ella levanta la cabeza, con una lágrima pegada a sus pestañas.

—Papá te hizo daño porque no te fuiste como te dijo. También se lo hizo a Nate, cuando se negó a dejarme ir.

—Gwen, no. Kingsley no me hizo esto. De hecho, fue él quien me ayudó y me cuidó hasta que me recuperé. Si no lo hubiera hecho, Dios sabe en qué agujero estaría ahora. —Soy orgullosa, pero eso no significa que niegue lo que hizo por mí. Una parte de mí le guarda tanta gratitud que no sé cómo expresarla.

La cara de mi hija se congela en una extraña mezcla de alivio y horror, y luego jadea.

—¿Realmente no hizo nada?

Niego con la cabeza, creyéndolo yo misma. Kingsley es muchas cosas, pero subhumano no es una de ellas.

—Oh, Dios mío. —Empieza a temblar como una hoja, la lágrima finalmente resbala por su mejilla—. Lo llamé monstruo y otros nombres y arremetí contra él por herir a mi madre después de encontrarla por fin.

El corazón me da literalmente un vuelco. No importa que hable de mí en tercera persona, pero indirectamente ha admitido que soy su madre.

Su. Madre.

—Estaba tan enfadado, como peor que cuando trata con Susan enfadada —susurra más para sí misma que para mí—. ¿Y si nunca me perdona?

La evidente angustia le hace castañetear los dientes y pone fin a mi baile de celebración.

Está sufriendo, y aunque soy inmune a mi propio dolor, el suyo golpea de forma diferente.

El suyo sobresale entre mis huesos y casi me desgarra el corazón. Ha sido lo mismo desde que la tía Sharon golpeó mi vientre. No era mi dolor lo que importaba, era el miedo a que Gwen se hiciera daño.

En un pobre intento de suavizar mi voz, digo:

—Estoy segura de que, si te disculpas, te perdonará.

Me mira fijamente con ojos coloridos y llenos de esperanza.

—¿Y si no lo hace?

—Él se preocupa por ti más que nada en el mundo, Gwen. Definitivamente te perdonará.

Suelta una respiración temblorosa y luego susurra:

—Gracias por decir eso y... y sigo lamentando lo que te pasó. ¿Sabes quién lo hizo?

Tu abuelo, que será una amenaza para tu vida si no hago algo al respecto.

Sin embargo, me conformo con un

—No.

—Estoy segura de que la policía los encontrará —dice con pura determinación, sin intentar secar sus lágrimas.

Es del tipo que lleva sus emociones como una insignia. Definitivamente, a diferencia de mí y de su padre.

—Te he traído algo. —Gwen rebusca en el bolsillo de su jersey y saca un pequeño llavero con forma de balanza—. No es gran cosa. Solo me di cuenta de que no tienes una y me topé con esto y pensé que se veía bien y que te vendría bien... y, sí, lo tengo.

Mi pecho casi estalla por las emociones que lo recorren. No creo que esté hecha para manejar tantos sentimientos al mismo tiempo.

Cuando no alcanzo el llavero, Gwen palidece.

—Está bien si no te gusta, puedo...

—No, si me gusta. —Lo agarro con las dos manos—. Es precioso. Gracias.

Sonríe, como una niña, y finalmente se limpia los ojos con el dorso de la manga.

—Eres... bienvenida.

—Soy todo lágrimas. —Caroline aparece desde detrás de la esquina, secándose los ojos, probablemente habiendo escuchado todo el intercambio, y luego sonríe a Gwen—. Soy la tía Caroline y conozco a tu madre desde antes de que ambas tuviéramos la regla.

Los ojos desorbitados de Gwen brillan.

—¿De verdad?

—Totalmente. —Caroline sonríe—. ¿Quieres tomar una taza de té conmigo, comer un poco de pastel y dejar que te cuente historias sobre una versión más joven y menos pétrea de ella?

—Callie, basta —siseo, mi cuello se calienta.

—¿Qué? A ella no le importaría. ¿Verdad, Gwen?

Mi hija no me mira, pero su rostro adquiere un tono rojo intenso mientras murmura:

—Me encantaría tomar un té. ¿Tienen pastel con sabor a vainilla?

—¡Por supuesto! Tengo todo tipo de pasteles. —dice Caroline, demasiado alegre, y arrastra a Gwen con ella al salón.

Las sigo, sintiéndome mareada y sin poder creer lo que está sucediendo.

Caroline le cuenta a Gwen una anécdota vergonzosa de nuestra juventud tras otra, interrumpida por mis protestas y mis patadas cada vez que tengo la oportunidad.

Mi hija, sin embargo, no parece aburrirse ni avergonzarse lo más mínimo. Escucha con atención, se ríe e incluso hace preguntas, totalmente implicada en una parte de mí que hace tiempo que he olvidado.

Una parte de mí que escribía en diarios, miraba las estrellas y pedía estúpidos deseos que nunca se harían realidad.

Una parte de mí que era tan ingenua que tuve que asesinarla para sobrevivir.

Para cuando Gwen se va, tiene una sonrisa en la cara, ha intercambiado números con Caroline y me desea lo mejor.

Me siento tan en las nubes que incluso la hiperenergía de Caroline ya no me molesta.

Sin embargo, más tarde, mientras me acuesto en la cama, una estúpida molestia permanece en el fondo de mi mente. De hecho, ha estado ahí desde que Gwen estuvo aquí.

Estaba muy enfadado.

Sus palabras suenan en mi cabeza en bucle. He visto a Kingsley en la escala de la ira unas cuantas veces, y siempre era malo.

El tipo de gente mala se mantiene alejada.

Y aunque yo era una de esas personas en el pasado, ahora me sienta mal.

Inexplicablemente equivoco.

Analizo los mensajes que me ha enviado en los últimos días y decido responder al último.

Kingsley: ¿Desayunaste?

Aspen: Me he saltado la mayoría de las comidas, excepto un trozo de tarta de manzana, porque es lo único que Callie hace bien.

No ve el mensaje. Así que le llamo, mis latidos aumentan con cada timbre hasta que salta el buzón de voz.

Cuelgo y miro fijamente la pantalla, luego lo llamo de nuevo.

Todavía no hay respuesta.

Estoy a punto de irme a dormir -o de intentarlo- cuando recuerdo algo que Nate me dijo una vez.

—Aléjate de Kingsley cuando está enfadado. Se vuelve volátil, impredecible y tiene sed de sangre. Me sorprende que no haya perdido la vida accidentalmente debido a esos factores.

Me tiemblan los dedos cuando se me ocurre una idea loca.

Lo peor de todo es que la loca idea se está convirtiendo, lenta pero inexorablemente, en acción.

15

Aspen

Si la locura es un territorio, ya he cortado sus cables y lo he abierto con las manos ensangrentadas.

El aire frío forma carámbanos en mis venas y no hay forma de taparme con el abrigo.

Mi reloj inteligente se ilumina en la oscuridad para decirme que es tarde. Como en, súper tarde. Después de la una de la madrugada, tarde.

Y una cabaña abandonada en medio de la nada es el último lugar al que debería haber conducido.

Diablos, ni siquiera debería recordar el camino exacto, pero lo hago.

Tras dejar el auto al final del camino, recorro el resto del trayecto, observando mi entorno a cada paso. Mis pies vacilan frente al árbol bajo el que me besó aquella noche. Cuando levantó su máscara de Anonymous, devoró mis labios y luego dijo que se quedaría conmigo, después de todo.

Básicamente me cargó el resto del camino hasta que llegamos a la pequeña cabaña. Encontramos una botella de tequila y la compartimos mientras hablábamos. Ahora que lo pienso, esa fue la primera vez que probé el tequila y se convirtió en mi veneno preferido. No recuerdo mucho de nuestra conversación, pero recuerdo que se prolongó. Lo suficiente como para olvidar que podía ser una amenaza. El tiempo suficiente como para que le pareciera bien besarme de nuevo, desnudarme y tocarme como nadie lo había hecho. Puede que no recuerde todo lo que pasó antes del sexo, pero recuerdo que dijo que venía aquí siempre que sentía la necesidad de estar solo.

Voy a ciegas. Han pasado veintiún años, así que tal vez sus métodos de desahogo y los lugares que elige han cambiado.

La propiedad es tan espeluznante como en el pasado, oscura y con sombras que recuerdan a los monstruos del folclore. Entonces, estaba tan atrapada por la acalorada conversación y la tensión que compartíamos que no me concentré mucho mientras caminábamos por aquí.

Ni siquiera pensé que podría llamar a sus amigos para violarme en grupo como una broma de la Noche del Diablo. Confiaba en él de una manera que me enfurecía.

No confío en la gente fácilmente. Nunca.

La lógica del joven yo era que él ya había mostrado su lado feo desde el principio. Y si hubiera querido hacerme daño de verdad, lo habría hecho después de golpear a su amigo el Joker.

Un sonido de golpeo lejano me hace oír y me detengo, mis pies se mueven en la hierba alta.

Tal vez sea porque es una noche fría, un acontecimiento natural que siempre me recuerda el pasado, pero la oscuridad se siente como una existencia con un alma ominosa que se cierne sobre mi hombro.

El golpe vuelve a sonar y no me permito pensar mientras me dirijo directamente hacia él. Ignorar los gritos de un búho y los sonidos inquietantes de otros animales nocturnos resulta más difícil de lo que imaginaba. Me gusta pensar que tengo un espíritu fuerte, pero esto es demasiado espeluznante incluso para mí.

El camino que lleva a la cabaña es tan completamente negro que ni siquiera puedo ver mis propias manos. El destartalado edificio que debe estar en una feroz batalla con la naturaleza para seguir en pie no parece más que una sombra torcida con cuernos.

Sigo la dirección de los golpes sin problemas, casi con demasiada naturalidad.

Cuando llego al enorme y revuelto patio trasero de la cabaña, me quedo paralizada. Una gran sombra se alza frente a un enorme roble que casi se traga la casa desde arriba. Sus raíces parecen serpientes gigantes en la oscuridad.

Solo la luna, constantemente ensombrecida por las nubes, ofrece alguna apariencia de luz.

Es una noche en la que los monstruos planean el caos, hacen sus fiestas y cosechan algunas pobres vidas.

Los golpes que he oído antes son, en realidad, golpes que da al tronco del árbol una y otra vez.

Desde que conocí a Kingsley -oficialmente como él mismo y no con una máscara de Anonymous- ha sido la persona más exasperantemente segura de sí misma que he visto nunca.

Camina, habla y respira con determinación. Es dueño de cualquier habitación en la que entra y no es porque tenga dinero.

Kingsley Shaw es el tipo de hombre que no solo roba la atención, sino que lo hace con tanta fluidez que nadie se da cuenta cuando se detiene a escucharlo.

Siempre he envidiado su tipo de confianza, que parece haber nacido con ella.

Por eso, verlo revoltoso, salvaje y como un demonio que se refugia en la oscuridad provoca una emoción totalmente diferente.

Uno que es aterradoramente similar al pasado, donde el ingenuo yo gobernaba mi vida.

—Kingsley. —Mi voz es baja, pero tiene el peso de una bomba en el silencio, o el semisilencio.

No da señales de haberme oído y sigue golpeando el árbol. Algo oscuro se desliza por el tronco, brillando en la noche.

Por favor, no me digas que eso es sangre.

Lo llamo de nuevo y, al no obtener respuesta, me acerco lentamente a él. Decir que no tengo miedo sería una mentira. De hecho, cada fibra de mi ser me dice que vuelva a mi auto y me aleje de aquí.

Pero no lo hago.

Lo hago porque me ayudó una vez -o dos- y no me gusta deberle a la gente.

O eso es lo que me digo a mí misma mientras pongo cuidadosamente una mano en su hombro.

En un momento, estoy a su lado, y al siguiente, salgo despedida y el dolor estalla en mi espalda cuando me golpean contra el árbol.

Con una mano de acero alrededor de mi garganta.

Unos ojos sin brillo me miran fijamente. Son tenues, inexpresivos.

Muerto.

Y aunque no puedo ver su cara en la oscuridad, estoy casi segura de que tampoco tiene expresión.

Me aprieta la garganta lo suficiente como para marearme. La falta de oxígeno me roba la respiración y cualquier pensamiento.

Mi reacción instintiva es arañar, patear, golpear.

Sobrevivir.

Es la única droga que he tomado desde que era una niña pequeña.

Pero yo no hago eso.

Llevo mi mano a su cara, sintiendo la tensión en su mandíbula, en su comportamiento y en su respiración profunda y controlada.

—Soy... yo...

Aunque probablemente eso tenga para él la importancia de una piedra en el zapato, sigo acariciando su cara, desesperada por ahuyentar sus demonios.

Nunca lo he visto sin ellos, incluso cuando está en su elemento, pero tampoco he visto que se apoderen de él.

Y eso lo odio.

Este no es el Kingsley que conozco.

Y definitivamente no es el Kingsley que crió a nuestra hija por ambos durante esos largos veinte años.

—King… —grazno, con la voz quebrada por la presión y la forma en que la sangre casi me explota en la cara.

Creo que ahora acabará conmigo y habrá una triste lápida en mi tumba que probablemente no diga "Madre".

Y no es así como voy a ir.

—¡King! —grito con toda mi fuerza en un último intento.

Sus dedos detienen la misión de masacre, aflojando lentamente, pero no los retira.

Aspiro con avidez por la pequeña abertura y casi me ahogo con mi propia respiración.

—¿Qué mierda haces aquí, Aspen? —Su voz es más grave, casi gutural, y me produce escalofríos.

—Gwen... Gwen dijo que estabas loco y yo pensé... bueno, mencionaste que este lugar ofrece el yang a tu yin.

—Joder —suelta la palabra en un largo suspiro—. Maldita sea.

Sus dedos vuelven a rodear mi garganta y grito, preparándome para el apretón. Pero no lo hace. Al menos, no hasta el final.

En cambio, ejerce presión en los lados, mareándome, pero no de forma amenazante. Es una muestra de quién tiene el poder y casi... de naturaleza seductora.

—¿Por qué te acuerdas de eso? —Su voz sigue siendo áspera, llena de tensión, pero tampoco da tanto miedo como hace un minuto.

—Tengo un fuerte recuerdo. —*De ti.*

—Se supone que no debes estar aquí. Vete.

—No puedo hacer eso cuando tienes tu mano alrededor de mi garganta, genio.

Utiliza su agarre para tirar de mí hacia delante, y luego me golpea contra el árbol, no de forma violenta como antes, sino más bien para que me quede claro.

—Esa boca tuya te meterá en muchos problemas.

—Ya está hecho.

—Eres una maldita molestia.

—Y tú eres un maldito imbécil.

—Deberías cerrar la boca, bruja. Provocarme es lo último que quieres hacer en las circunstancias actuales.

Mis muslos se aprietan y el cosquilleo que siento desde que me acorraló se acumula entre ellos.

La cordura debe haber abandonado definitivamente el edificio de mi cráneo porque lo fulmino con la mirada.

—Tú no me dices lo que tengo que hacer...

Mis palabras terminan en un jadeo cuando él choca sus labios con los míos.

Es un beso violento, tan salvaje como él e igual de destructivo. Mis dientes chocan con los suyos y mi cuerpo se deshace por completo.

Cualquier atisbo de control que solía ceder se rompe y se marchita a sus pies. Me pierdo en la intensidad de sus labios sobre los míos, en cómo su lengua conquista los míos, sin dejarme otra opción que devolverle el beso con una energía salvaje que coincide con la suya.

Sin dejar de asfixiarme, su pulgar me roza la barbilla, inclinándola hacia arriba para poder profundizar el beso mientras su otra mano se desliza desde mi cintura hasta el dobladillo de mi vestido.

Sus movimientos rebozan con total disciplina, pero hay cero paciencia detrás de ellos. No tiene ningún interés en seducirme, hablarme sucio o ser algo encantador como la última vez.

Ahora, es un hombre que se ha propuesto tomar y conquistar.

Como lo hizo hace mucho tiempo.

Me sube el vestido de un tirón y me tira de las bragas, esta vez de encaje, que él no ve por razones obvias. El material se estira contra mis pliegues empapados y se rasga, provocando un sonido inquietante.

Hago una pausa cuando me doy cuenta de que el sonido, el gemido gutural, viene realmente de mí.

Kingsley sube mi muslo por su pierna y habla con palabras calientes y oscuras contra mi boca.

—Nunca deberías haber recordado este lugar, y mucho menos venir aquí, cariño. Tú, de *verdad*, no deberías haberme mostrado lo mucho que puedo explotarte como una sucia putita.

La excitación recubre el interior de mis muslos y me retuerzo, negándome a creer que me hayan excitado esas palabras.

—No soy... una puta.

—No cualquier puta, no. *¿Mi puta*, sin embargo? Sin duda. —Me mete cuatro dedos al mismo tiempo con una intrusión que debería ser dolorosa, pero está lejos de serlo. Me pongo de puntillas, respirando con dureza contra su mandíbula—. Tu coño sabe que es mi puta, cariño. Casi se traga todo mi puño.

—Joder... tú... —Jadeo, tratando de resistir, sin lograrlo, la poderosa ola que se está formando en mi interior.

—Tú eres la que se va a joder. —Retira sus dedos justo cuando estoy a punto de alcanzar el pico. Mi sonido frustrado queda atrapado en medio de la nada cuando me engancha la pierna y empuja dentro de mí.

Ni siquiera me fijé en que se bajara los pantalones o se soltara la polla antes de eso.

Pero todos esos detalles no importan, porque está tan dentro de mí que siento nauseas.

De las buenos. De los que vienen después.

Y me duele.

Duele tanto que el dolor de mi hombro magullado parece un paseo por el parque.

Casi olvido lo grande, gruesa y ancha que es su polla. Debería estar en cualquier sitio menos dentro de otro humano.

—Oh... Dios.

—Deja de alabarlo cuando yo estoy haciendo todo el trabajo —dice contra mi mandíbula, y luego flexiona sus dedos alrededor de mi cuello para mordisquear la piel entre ellos.

—Eres ridículamente enorme —murmuro—. No podrías tener una polla minúscula que encaje con tu personalidad, ¿eh?

—Esa. Maldita. boca —Acentúa cada palabra con un mordisco en mi labio. Una vez que ha terminado, puedo saborear el sabor metálico de la sangre.

No estoy segura de sí es suya o mía.

Tampoco tengo la capacidad de preocuparme, porque levanta mi otra pierna para que quede suspendida entre él y la dura superficie del árbol, y luego me penetra con tanta violencia que gimo de placer y de dolor.

Van de la mano con este hombre. Y también el éxtasis y la locura.

Sus dedos me amasan el culo mientras me penetra profundamente, y luego se retira casi por completo antes de volver a penetrar. Oigo el sonido de mi excitación y siento que me aprieto a su alrededor. Vuelve a penetrar y lo hace tan profundamente que gimo como un animal.

Los dos somos puros animales ahora mismo.

Lo hace de nuevo, y luego me golpea con una intensidad aterradora. Mis pulmones están hambrientos de aire, pero mi cuerpo pide más.

Mucho más.

Alterna los dos ritmos, volviéndome absolutamente loca. Cuando mis piernas empiezan a caer, me da un golpe en el culo, y yo grito, mis ojos se hacen grandes en la oscuridad.

—¿Qué demonios fue eso?

—Te quedas conmigo cuando te follo. ¿Está claro?

No tengo la oportunidad de responder, porque retira su mano de mi garganta para morderla. Con fuerza.

Luego me arranca los tirantes del vestido. Se desgarran por delante haciendo que mis pechos se derramen y casi se mete uno entero en la boca.

Me muerde, me folla y me azota de vez en cuando, sin dejarme espacio para recuperar el aliento, y mucho menos para pensar.

Todo mi cuerpo cobra vida, y la energía que hierve a fuego lento explota en la superficie.

Me folla con golpes rápidos, profundos y violentos que me impiden seguir el ritmo.

—Más despacio.

—Añade un por favor y podría considerarlo.

—Maldito seas.

—Esa es mi señal para ir más fuerte entonces.

No lo creía posible, pero realmente acelera su ritmo. A pesar de mi abrigo, el árbol me raspa la espalda por la intensidad de sus golpes, y noto cómo se me forman nuevos moratones por toda la piel.

—¿Dónde está esa boca ahora que te están follando hasta la saciedad? —dice contra mi pezón, y luego lo muerde.

—Que te den... —Respiro, con la voz entrecortada al entrar en una turbulencia de emociones duras a las que no encuentro explicación.

—Con mucho gusto.

Me folla con más fuerza durante mi orgasmo. Los movimientos no tienen disculpa, están salpicados de bofetadas contra mi culo y de mordiscos en cualquier lugar al que llegue su boca.

Estoy en un estado de hipersensibilidad tal que lo único en lo que puedo concentrarme es en el entrar y salir de su polla dentro de mí.

—¿Sientes que tu coño me estrangula, cariño? ¿Te excita que te follen en la oscuridad como a un animal?

—Cállate... —Me mortifica haber olvidado ese detalle. El hecho de que estemos fuera, que cualquiera pueda deambular por aquí y presenciar esta escena.

No soy virgen, ni inexperta, ni mojigata, pero siempre he sido vainilla. Del tipo "pum, pum, gracias, señora". Del tipo "yo dirijo este espectáculo".

Del tipo "solo follo a puerta cerrada y en una cama".

Y, sin embargo, todas mis reglas parecen ser nulas cuando se trata de este hombre.

Me empuja más allá de mis límites y a una dimensión que no creía que existiera.

—Eres una cosita sucia, pero también eres una buena chica. —Me da una palmada en el culo y me inclina el muslo para embestirme. Y es una embestida rotunda que golpea mi punto G una y otra vez, joder—. Ahora, córrete conmigo.

Lo hago. Mi cabeza cae hacia atrás con un fuerte grito mientras se vacía dentro de mí.

Dentro. A mí.

Otra vez no.

No tengo la oportunidad de protestar, porque sus labios reclaman los míos. Estoy demasiado mareada, aturdida y definitivamente incapaz de mantenerme en pie, así que no lucho mientras él me acerca.

Todavía enterrado en lo más profundo de mi ser, camina con propósito hacia Dios sabe dónde.

Mientras me besa.

Y todo lo que puedo pensar es que tal vez él es el yin de mi yang.

16

Kingsley

Hay lados de nosotros que otras personas no deben presenciar bajo ninguna circunstancia.

Hay sombras oscuras, bordes desvaídos y todo el paquete de rincones sin tocar.

Pero, sobre todo, hay partes que ni siquiera nos gusta mirar en el espejo.

Todo el mundo tiene una fracción que no le gusta. El mío es todo.

Cuando era un adolescente con emociones perturbadas y sed de violencia, pensaba que era porque mi padre traicionó a mi madre, que procedió a odiarse a sí misma y me hizo presenciar su ahogamiento en su propia sangre.

Luego, cuando crecí, me di cuenta de que mi necesidad de una sustancia más oscura de la vida no tenía nada que ver con mis padres y más con mi cabeza, que aparentemente estaba conectada de forma diferente.

Tan diferente que cuando Nicolo rompió el juguete de todos los demás niños, me limité a mirar sin inmutarme ni emocionarme.

Tan diferente que utilicé emociones oscuras, como el odio, la venganza y la violencia, para llenar el hueco que descubrí en mi interior.

Y me ha ido muy bien, llevando la máscara de diamantes que está hecha de mis miles de millones y siendo el rey al que se refiere mi nombre.

Escondo tan bien mis demonios hambrientos, mis emociones retorcidas y mi marca especial de vacío que ni siquiera mi hija lo ve.

Nate lo hace, pero solo una parte y solo cuando pierdo el control.

Entonces, ¿por qué carajo esta mujer que se siente tan pequeña en mis brazos ve ese hueco?

Y lo que es más importante, ¿por qué me buscó cuando era plenamente consciente de que estaría en mi peor momento?

En parte, eso no importa, porque he estado enterrado en su apretado coño durante la última hora.

Después de llevarla al interior de la casa de campo, me la follé en la alfombra mientras estaba a cuatro patas mientras tiraba de su cabello rojo brillante que, bajo la luz tenue, parece sangre.

El color favorito de mis demonios.

Luego la tiré en el sofá desgastado, le arranqué lo que quedaba de nuestra ropa y me la follé con sus piernas sobre mis hombros.

De alguna manera, acabamos de nuevo en el suelo, en el que le di una bofetada roja en el culo, y luego, sin poder resistirme, le di la vuelta y volví a penetrarla. La follé con renovada y desquiciada energía hasta que sus gemidos se convirtieron en gritos y pequeños gemidos.

En eso estamos ahora, en la alfombra de treinta años que solo ve la señora de la limpieza cada domingo, como una iglesia.

Estoy encima de ella, con una de sus largas piernas sobre mi hombro y la otra en el suelo.

Su cuerpo es un mapa de marcas de mordiscos, de chupadas, de dedos, de azotes. Todas las marcas.

Me he tomado mi tiempo, estampando cada centímetro de su piel con mi boca, mi polla y mis manos.

Mi polla se engrosa lentamente mientras pienso en todos los demás lugares en los que puedo marcarla. Lugares que nadie más que yo mirará.

Aspen está tumbada de espaldas, con el cabello como llamas alrededor de la cara, y huele al pachulí más fuerte y a mí.

Solo a mí.

El sudor se adhiere a su piel y los restos de mi semen decoran su estómago desde antes. Al morder no fue suficiente, así que me corrí sobre sus tetas rosadas y su pálido estómago.

¿Muy cavernícola? Probablemente. Pero estoy empezando a pensar que no tengo ningún límite con esta mujer.

Si fuera cualquier otra persona, estaría en camino hace una hora, con unos cuantos miles de dólares más y con una copia de su acuerdo de confidencialidad.

Nunca he querido tener una mujer tan pronto como he terminado con una intensidad creciente. Pero Aspen es una exasperante excepción a mi costumbre.

Sus ojos se abren de par en par mientras me mira fijamente y luego hacia donde estamos unidos.

—Estás... poniéndote dura otra vez.

—No me digas, Sherlock.

—Suéltame, monstruo. —Pone sus dos pequeñas manos en mi pecho y empuja, pero el gesto carece de fuerza para moverme realmente.

—Lo único monstruoso de mí está entre mis piernas, cariño.

—Necesitas un médico para tus problemas de adicción al sexo. —Me empuja de nuevo, y esta vez, me salgo de ella.

Mientras que yo estoy preparado para el vigésimo asalto, ella no lo está. Moretones de color púrpura cubren su hombro y algunas partes de su cara que no se disimulan con el maquillaje.

Debí de estar ciego cuando la tomé como un neandertal contra el árbol, o el millón de veces que lo hice después.

Y, sin embargo, me encuentro con que me olvido de ello de nuevo al ver cómo mi semen sale de su coño y ensucia sus hermosos muslos.

Un extraño sentimiento de posesividad me agarra por las bolas. La necesidad de poseerla, una y otra vez, crece en mi interior con la persistencia de un desastre natural.

Soltando una respiración temblorosa, de alivio o de incomodidad, no lo sé, Aspen intenta deslizarse hacia atrás sobre su culo y hace una mueca de dolor.

—Maldita sea. Siento que mi culo está en llamas.

—Ni siquiera finjas que no te gusta. En el momento en que te azoté, te corriste sobre mi polla.

Sus labios tiemblan antes de apretarlos.

—Cállate.

—¿Temes admitir tus tendencias pervertidas?

—No soy pervertida. Soy vainilla.

Me río.

—Vainilla es lo que Gwen come y respira en lugar de aire. Tú, cariño, eres la definición de una sumisa.

—No soy sumisa.

—Sí, lo eres. Solo que antes no lo sabías. Si quieres una prueba... —Me inclino hacia ella y le susurro al oído en un tono bajo y profundo—: ¿Qué se siente cuando te llaman *buena chica*?

Un estremecimiento de todo el cuerpo se apodera de ella, sus labios se separan y esa pizca de rojo vuelve a su cuello.

Cuando recupera el sentido común y me empuja, ya es demasiado tarde.

—¿Ves?

—Deja de sonreír o te abofetearé.

—Tu burda boca me excita muchísimo, cariño. —Hago un gesto hacia mi polla que definitivamente está haciendo campaña para otra ronda.

—Ni siquiera lo pienses. —Se desliza unos centímetros hacia atrás, ignorando por completo el escozor de las huellas de mis manos.

—No iba a hacer nada.

—¿Y esperas que te crea? Tienes el impulso sexual de un toro.

—Mi polla se siente honrada.

—Eso no fue un cumplido —refunfuña ella—. Además, no usaste condón.

—Deberías haber señalado eso la primera vez. —No puedo resistirme a recoger mi semen con los dedos, y luego untarlo lentamente en sus pliegues.

Se estremece, sus dedos de los pies se curvan.

—No he tenido la oportunidad... ¿No vas a preguntar si tomo o no anticonceptivos?

—¿Importa?

—¿Qué? —dice ella.

—Si lo estás, y hay un noventa y nueve punto noventa y nueve por ciento de probabilidades de que así sea, teniendo en cuenta lo responsable que eres, entonces eso es todo. Si es el cero coma uno por ciento restante y no estás en control de la natalidad, entonces nos ocuparemos de ello cuando se convierta en un problema.

—¿Cómo diablos puedes decir eso después de todo lo que pasó en el pasado?

—El pasado está en el pasado. No veo la razón por la que esto debe convertirse en un argumento.

—Vaya, no lo sé. Quizás el pequeño hecho de que la última vez que me metiste la polla, Gwen salió de ella.

—Debe haber sido un esperma rápido.

—Eres asqueroso. —Me golpea el hombro—. Lo que pasó no es una broma.

—Nunca lo consideré como tal, teniendo en cuenta mi condición de padre soltero. El hecho es que entonces éramos niños, pero ya no lo somos, así que deja los dramas. No te convienen. —Empiezo a follarla con mi semen, pero ella se arrastra hacia atrás como un animal herido.

Su mirada podría cortar piedras mientras se repliega sobre sí misma.

—He dicho. Ni siquiera lo pienses, Kingsley.

—Tienes que explicarte mejor porque, a diferencia de lo que dice la prensa, soy incapaz de leer la mente.

—Tus ojos brillan con esa luz que significa que me tomarás de nuevo.

—No te tomaré, te *follaré. —Sonrío*, cayendo sobre mi espalda para someter físicamente mi libido—. Pero te daré algo de tiempo para recuperarte.

Permanece sentada, de frente a mí, pero se lleva las rodillas al pecho y oculta la mayor parte de su desnudez.

—Gracias, Su Majestad.

—De nada, mi buena chica.

Sus labios se separan y yo sonrío. Decir que me gusta tomarla desprevenida sería un eufemismo. Se vuelve dócil en cierto modo, y tan jodidamente adorable.

Un adjetivo que ni siquiera debería tener la capacidad de usar en esta mujer.

Tiene este lado de ella que está oculto a todo el mundo.

A todos menos a mí.

—Estás de muy buen humor para alguien que estuvo golpeando un árbol en medio de la noche como el protagonista de una película slasher.

—Un polvo intenso hace eso. Te has portado bien. —Busco mis pantalones que están cerca y saco mi Zippo.

—No soy una maldita deportista.

—Puedes ser toda la puta Olimpiada. —Agarro su abrigo y se lo echo encima.

Mientras yo estoy tan caliente como una sauna, ella estaba temblando ahora mismo. Es una pena sacrificar la vista de sus tetas rosas y su coño, pero las prioridades y todo eso.

—Puedes ser tan imbécil.

—¿Puedo ser? Creía que era un imbécil seguro. —Le meto el abrigo bajo la barbilla y luego le inclino la cabeza para poder ver mejor sus ojos.

Son tan profundos como la tierra, pero siguen alcanzando el cielo con la obstinación de los árboles altos.

Se aparta y se detiene, sosteniendo mi mano entre las suyas y examinándola.

—Te has roto los nudillos.

La retiro con tacto, me vuelvo a tumbar y abro el Zippo con la mano que tengo apoyada en el pecho.

—Se curarán.

—Ya no eres un matón ni estás en el instituto.

—Gracias por el innecesario recordatorio sobre mi estado existencial. Lo añadiré como nota en mi agenda.

—El énfasis en la razón y el pensamiento sistemático es sinónimo de retirarse de la vida.

—Ahórrate las tonterías de Nietzsche. —Inclino la cabeza para mirarla—. Además, ¿has oído hablar de practicar lo que predicas?

—¿Yo?

—¿Cuándo fue la última vez que viviste el momento? Aparte de cuando te estaba follando los sesos hace un momento, por supuesto.

—La policía de la arrogancia se lo lleva en custodia.

Sonrío.

—No estás evitando el tema de vivir el momento. ¿Lo haces o eres tan teórica como tu ídolo mentalmente inestable?

—Yo…

—¿Qué?

—Vi *Friends* con Caroline la otra noche. —Hace una mueca de dolor en cuanto dice la frase.

—Guau. Eso es tan loco como hacer salto en bungee.

—No puedes darme lecciones cuando lo único que haces es destrucción, venganza y más destrucción.

—O eso o incursionar en algún territorio asqueroso como la paz, el amor y la cura del hambre en el mundo.

Se ríe y el sonido es ligero y de calidad similar al aire.

—Qué blasfemia.

—Lo sé. Lo peor.

Nos miramos fijamente durante un rato, el único sonido que resuena en el aire es el movimiento de apertura y cierre de mi Zippo.

Aspen desplaza rápidamente su atención hacia el techo sin obstáculos y sus pilares de madera.

—Deberíamos irnos antes de que alguien nos denuncie por entrar en su propiedad.

—A menos que me pueda reportar, eso es muy poco probable.

Su cabeza gira en mi dirección.

—¿Eres el dueño de esto?

—Y un centenar de otras propiedades. Hay que admitir que es la más temática de Halloween del grupo y podría utilizarse para algunos rituales satánicos.

Recorre con la mirada los marcos de las ventanas, más viejos que la suciedad, la decoración cutre que pertenece a un motel de bajo presupuesto ambientado en una película de vaqueros, y la tenue luz de la luminaria que amenaza con caer a nuestro lado.

—Nunca dijiste que fueras el dueño de este lugar.

—Nunca dije que no lo hiciera. Técnicamente, era de mi padre en ese momento. —Mis labios se fruncen—. Un regalo de cumpleaños para mi madre, una casa de vacaciones donde podíamos venir los fines de semana.

—Debe haber sido agradable.

—Jodidamente *horrible* es la palabra que estás buscando. El matrimonio de Benjamin y Liliana Shaw no tenía nada de agradable. Lo único que hacían era fingir que eran los próximos reyes de América mientras se ahogaban en otras cosas además del otro. Él, en coños. Ella, en cualquier píldora que pudiera conseguir: analgésicos, sedantes, antidepresivos. —Hago una pausa, sin saber qué demonios me ha pasado para hablar de mis padres—. Pero oye, de su desafortunada unión salió un niño genio con aspecto de dios, así que no fue un emparejamiento inútil, después de todo.

No se cree mi intento de aligerar el ambiente y frunce el ceño.

—¿Has abandonado este lugar porque te recuerda a tus padres? ¿O tal vez porque te recuerda al niño que fuiste con tus padres? Lo llamaste el yang de tu yin, no el yin de tu yang como se conoce comúnmente. Porque tú eres el yin, el lado negro de la esfera, así que ¿la versión infantil de ti es quizás ese yang?

—Tienes tantas preguntas para alguien que me rogaba que parara o se desmayaría no hace ni diez minutos. Me gustabas más cuando eras muda.

—Tus intentos de ser imbécil para que deje el tema son la definición de un fracaso.

—Eres jodidamente exasperante.

—Lo sé, me lo dices cada vez que puedes. Para que conste, ya has superado la fase de enfado y estás en la de detestación. Ahora, responde a mi pregunta.

—Añade un por favor y podría considerarlo.

Ella frunce los labios.

—No.

—Buena charla.

—La broma es para ti. Sacaré mis propias conclusiones. Cuando están tan profundamente grabadas en mi cabeza, ninguna verdad que me ofrezcas podrá reemplazarlas.

—No pensé que te gustara grabar detalles sobre mí en ese ocupado cerebro tuyo.

—Cállate —dice, con su característica expresión de "estoy avergonzada", con el cuello enrojecido. Luego se aclara la garganta—. De todos modos, Gwen me visitó y le dije que no tenías nada que ver con mi ataque.

Mi mandíbula se aprieta al recordar mi relación con mi hija, que va cuesta abajo desde que eligió a mi mejor amigo como el amor de su vida.

—No importa.

—Por supuesto que sí. —Se levanta de un salto, dejando que el abrigo caiga hasta su cintura. Sus tetas rebotan suavemente mientras se inclina—. Estaba tan dolida ante la posibilidad de hacerte daño. Eres un imbécil, pero un imbécil del tipo buen padre, así que no dejes que esta ruptura innecesaria te destroce... ¡Kingsley!

—¿Qué? —No dejo de mirar la carne marcada de sus pechos.

—¿Has oído una palabra de lo que estaba diciendo?

—Sí y no. Es un poco molesto, por no decir espeluznante, hablar de Gwen cuando tus tetas están a la vista.

Ella los cubre con un brazo, poniéndose toda roja.

—Maldito pervertido.

La agarro del brazo y tiro de él hacia abajo, dejando al descubierto sus pezones rosados.

—¿Quieres ver cómo es un verdadero pervertido?

Debe ver en mis ojos la lujuria y el millón de posiciones que he planeado para ella, porque los suyos se ensanchan, oscilando entre el verde y el marrón.

—No, Kingsley.

—Llámame King como hiciste antes.

—Yo... no lo hice.

—Sí, lo hiciste, con esa vocecita sexy que tienes. —La acerco, tirando el abrigo a un lado.

—No te atrevas o te arrancaré la polla de un mordisco.

—Pervertida. Sabes que me encanta. —Agarro un puñado de su culo rojo y ella gime.

—Maldita sea... imbécil.

—Lo sé, cariño. Tienes luz verde para llamarme todos los nombres coloridos que se te ocurran mientras te follo. —Y entonces le abro las piernas y procedo a comer su dulce coño como si fuera un animal hambriento.

Es mi forma retorcida de agradecimiento por salvarme de mi propia cabeza.

O al menos, distraerme de ella.

17

Aspen

—¿Alguien va a decirme qué está pasando?

Gimo alrededor del borde de mi taza de tequila -es inútil llamarlo café ya- y me doy la vuelta para mirar a Nate.

Estamos en la sala de conferencias de Weaver & Shaw. Es enorme, estéril y sin alma. Su uso principal, aparte de las reuniones de los socios, es para elaborar estrategias para extraer más dinero de los ricos e influyentes.

Hace tan solo unos minutos, hemos concluido una reunión con una gran empresa que está intentando librarse de las garras de Hacienda. El director general se marchó con la promesa de un proceso sin problemas y una amplia sonrisa en la cara.

Los abogados asociados salieron con tareas que realizar y yo esperaba hacer lo mismo antes de que Nate cerrara la puerta y me impidiera el paso.

Se apoya en el gran escritorio, con los brazos cruzados con aparente despreocupación, pero sus ojos oscuros me inmovilizan exigiendo una respuesta a su pregunta.

Una respuesta que no tengo a no ser que suelte que me he tirado a su mejor amigo, socio y suegro.

Eso fue ayer, o esta mañana temprano. Desde entonces, me sorprende poder caminar, aunque lentamente, para no provocar la sensación de Kingsley dentro de mí. He estado más dolorida que un guerrero que sale del campo de batalla, con mordiscos, chupetones y huellas de manos que deberían ser suficientes para presentar cargos por agresión.

Aunque un asalto es lo último que se sintió. Eso fue puro reclamo, intenso e insoportablemente despiadado.

No tuve la oportunidad de salir indemne, y no es solo por lo que hizo. Es el hecho de que me perdí y me deleité en cada momento.

Y sé que, si no me alejo, habrá más de eso. La próxima vez, probablemente ni siquiera podré caminar.

¿La próxima vez? ¿Por qué demonios estás pensando en la próxima vez? Eso no va a suceder.

Me masajeo la sien, tratando de obligarme a volver al momento.

—¿Qué quieres decir?

Nate levanta una ceja, lo que se traduce en: "No soy una persona a la que puedas engañar", y luego empieza a contar con una mano.

—Primero me entero de que te han agredido, luego me entero de que King vuelve a ser la zorra del lado de Nicolo Luciano, y, por si fuera poco, casualmente también te metes en la cama con la mafia. ¿Me voy un segundo y te cambias de bando al mundo clandestino? Esperaba esto de King, pero no de ti, Aspen.

Doy un largo sorbo a mi café-tequila porque aparentemente estoy demasiado sobria para esta conversación.

—Son solo negocios.

—Y la vida es solo una simulación. —Se queda mirando fijamente, sin ninguna gracia—. ¿Qué está pasando?

—Necesitaba un favor, ¿Bien?

—¿Qué tipo de favor?

—Del tipo que no debes preocuparte.

—Si te concierne, entonces tiene todas las condiciones para preocuparme. Eres mi amiga y la madre de mi mujer, Aspen. Así que, si hay algo que necesito saber, ahora es el momento de decirlo.

—Realmente no es nada, Nate. Me encargaré de ello y prometo que la empresa se mantendrá al margen.

—¿Qué hay de Gwyneth? ¿Ella también estará fuera de tu negocio con la mafia? Pensé que querías una oportunidad con ella. Alerta de spoiler, esta no es la forma de hacerlo.

Lleno mi estómago con más alcohol.

—Nunca le haría daño.

—Tú no, pero tus nuevos mejores amigos sí.

—No pasará. —Suspiro, masajeando mi otra sien—. Déjalo, Nate. Algunos esqueletos es mejor dejarlos en el armario.

Nate sabe que vengo de una infancia dura y que perdí a mis padres cuando era niña. También sabe que mis padres adoptivos abusaron de mí y que finalmente me escapé. Sin embargo, no conoce los detalles y, desde luego, no tiene ni idea de quién es mi padre.

Podría haber considerado decírselo en otras circunstancias, pero ahora que es el marido de mi hija, está fuera de lugar.

Es muy protector cuando se trata de Gwyneth y esto solo crearía problemas innecesarios. Podría convertirse en el que me distancie activamente de ella para protegerla de mis líos.

—Entonces aclárame esto, Aspen. ¿Qué tiene que ver King con tus esqueletos? Aparte del hecho de que una vez concibieron juntos a Gwyneth, lo único que comparten es un apasionado desprecio mutuo.

Se me aprieta el pecho y tengo que hacer una pausa antes de hablar. ¿Qué demonios? Solo es su nombre, ¿por qué me siento como una preadolescente con un enamoramiento hormonal?

—No tiene nada que ver conmigo. —Sueno tan convincente que hasta yo mismo me creería si estuviera menos sobria.

—Vamos a ver. —Vuelve a contar con la mano—. Casualmente volvió al lado de Nicolo al mismo tiempo que tú fuiste a él. Ahora te llama por tu nombre de pila que yo creía sinceramente que no conocía. Ah, y ha estado tan descontrolado que lo jodió todo con Gwyneth mostrando su lado feo. Así que discúlpame si pienso que hay algo más en este cuento.

Mierda.

Mi mano empieza a volverse inestable, así que agarro la taza con más fuerza.

Que Nate se entere de nuestra sesión o sesiones de sexo no es más que una complicación innecesaria.

No si se acaba.

Sigue diciéndote eso.

—Tú, de entre toda la gente, eres muy consciente de lo imprevisiblemente volátil que es Kingsley. Así que debería ser yo quien te preguntara qué le pasa después del coma. ¿Tal vez se golpeó demasiado la cabeza?

—Sí, no. No estás usando una táctica de interrogación inversa conmigo, Aspen. Estás ocultando algo, puedo sentirlo, saborearlo y olerlo en el aire.

Le hago un gesto para que se vaya, y opto por desaparecer en mi despacho durante el resto del día y, potencialmente, de forma indefinida.

Antes de que pueda dar un paso, la puerta se abre de golpe sin siquiera llamar.

Solo una persona en este edificio se atrevería a irrumpir en el socio director de la empresa.

Y lo más extraño es que lo siento antes de verlo. Como si hubiera una estúpida conexión entre nosotros o algo así.

Cuando levanto la cabeza y mis ojos chocan con los tormentosos de Kingsley, me asalta esa sensación de miedo que tuve cuando de verdad puso en pausa el maratón de sexo y hablamos.

Un sentimiento que va más allá de lo físico y se adentra en territorios mucho más oscuros.

Cierra la puerta de un portazo, demostrando que carece de un hueso gentil en su cuerpo, y marcha hacia nosotros con segura determinación y cejas fruncidas.

Si pudiera ser menos elegante con su traje negro y su aspecto cuidado, sería mucho mejor.

Aunque la última vez que lo vi, no llevaba el traje y parecía mucho más letal con esa arma entre las piernas.

Mis muslos tiemblan al recordarlo y el dolor que tomé un baño para borrar resurge.

Me maldigo internamente por pensar en él desnudo y reaccionar violentamente ante ello.

Nate está aquí, por el amor de Dios.

Mantén la calma.

Mantén la calma...

Kingsley se detiene a un pelo de mí, pero no antes de rociarme con su aroma masculino a madera de cedro.

—¿Qué mierda estás haciendo aquí?

Mi boca se abre y luego se cierra antes de responder:

—¿Qué demonios te pasa a primera hora de la mañana? ¿No te has tomado un café?

—No has respondido a mi pregunta. ¿Por qué estás aquí si tus vacaciones no han terminado?

—Porque en realidad tengo trabajo que hacer, y oh, mira el calendario. Es una época en la que a las mujeres no se les dice lo que tienen que hacer.

—Comprueba tu contrato. Es un pedazo de papel que dice que soy tu jefe y, por lo tanto, te diré qué hacer, cómo hacerlo y cuándo. Que es ahora mismo. Lárgate de aquí antes de que llame a seguridad para que te eche.

—Lo grabaré todo y te denunciaré a la Junta por abuso de poder y, si me apetece, puede que también te demande para pedir una indemnización.

—Qué duro, bruja. Las demandas basadas en el puro rencor son mi especialidad. Buena suerte ganando contra mí en los tribunales.

—Esto es digno de palomitas y todo, pero ¿por qué parece que están a punto de besarse o de arrancarse la ropa? ¿Tal vez ambas cosas y no en ese orden en particular? —Nate habla desde mi derecha.

Kingsley y yo nos sacudimos hacia atrás. O yo lo hago, al menos, con el calor subiendo a mi cuello. El puto imbécil que es capaz de provocarme con su mera presencia simplemente retrocede. Su expresión ni siquiera cambia, sigue molesto y cerrado y todas las demás emociones negativas que se le dan bien.

—No en esta vida —digo en respuesta a la pregunta de Nate.

Kingsley estrecha los ojos hacia mí en señal de pura desaprobación antes de volver a mostrar su rígida fachada. Sé que no me va a gustar lo que va a decir antes de que abra la boca.

—Entonces serías una mentirosa.

Hago una pausa, Nate hace una pausa, y el mundo entero parece inclinarse hacia el silencio.

¿Qué...?

Mierda...

—Hicimos a Gwen, ¿recuerdas? Hubo un montón de mierda involucrada —dice con tranquilidad y casi no lo escucho por el latido de mis oídos.

—Huh. —Nate se rasca la barbilla—. Para que conste, si uno de ustedes mata al otro, ya sea en primer grado o por homicidio, no representaré a la otra parte. —Nos mira con desconfianza y murmura—: Son padres y tienen edad suficiente para dejar de discutir como niños. Contrólense.

Luego sale por la puerta, dejándome con la pesadilla en forma de hombre.

Lo apunto con un dedo en el pecho.

—¿Qué demonios te pasa? Nate ya sospecha algo y tú casi lo revelas todo.

—Aparte de tu expresión digna de una película de terror, no veo por qué Nate no debería saberlo. ¿Temes que tu ex-follamigo se ponga celoso?

—Más bien no quiero complicaciones. Y por última vez, Nate y yo nunca fuimos follamigos, no es que te concierna.

Me agarra por la cintura y me estremezco cuando me atrapa entre su pecho y la mesa de conferencias. Me arde el culo al chocar con el borde, cortesía del hombre que aplasta toda la distancia entre nosotros hasta que solo nos separa mi taza de café.

Su voz cae en un divague sexy cuando dice:

—El sabor de tu coño aún está en mis labios, por eso digo que me concierne mucho.

—Estamos en el trabajo —susurro, observando nuestro entorno.

—¿Y? Soy el dueño del trabajo.

—Bueno, yo no. Así que discúlpeme para poder ir a ganarme la vida, Su Alteza Real.

—Deja de provocarme por deporte a menos que te apetezca un polvo encima de esta misma mesa.

Mi agarre de la taza vacila debido a dos hechos. Uno, sé que este loco cumplirá su promesa. Dos, estoy inexplicablemente vibrando con una excitación nauseabunda ante la posibilidad.

Cuando no digo nada, se lo toma como una señal de que su amenaza se cumplió.

—Ahora, ¿vas a dejar o no de ser terca y retomar tus vacaciones?

—Estoy perfectamente bien.

—Ocultar los moratones con maquillaje no te hace estar bien. Te convierte en una estafadora.

—Oh, lo siento. ¿De qué moratones estamos hablando? ¿Los de los matones o los que me diste salvajemente como un bárbaro? No puedo ni moverme sin sentirlos.

Una amplia e imposiblemente orgullosa sonrisa curva sus labios.

—Misión cumplida. Prepárate, cariño, habrá más marcas antes de que desaparezcan.

—Tú...

—¿Pervertido? Estás empezando a sonar como un disco rayado.

—Y tú estás empezando a sentirte demasiado cómodo tocándome. —Le quito la mano de un manotazo—. No soy tu juguete de la semana, Kingsley.

—Puede ser un mes o dos. No me importa.

—Bueno, yo sí.

Frunce el ceño.

—¿Cuál es la duración que estás pensando?

—Ninguno. Fue una cosa de una sola vez. Nos jodimos mutuamente y se acabó.

—Puede que eso sea cierto para ti, pero yo aún no he empezado, cariño. —Me agarra la barbilla, extiende sus dedos sobre mi piel con una orden dominante y me echa la cabeza hacia atrás—. ¿Mi casa esta noche?

—No.

—¿Tu casa entonces? Aunque tendrás que echar a Caroline Luciano de vuelta a su mansión. No aprecio una audiencia.

—No.

—Vaya, bruja. No sabía que te gustaba el exhibicionismo.

—No, como que no va a pasar, imbécil. Además, tengo que asistir a un evento con uno de mis clientes en el extranjero esta noche.

—Entonces lo dejaré para otro momento.

—Acepta un no como respuesta.

—Permíteme declinar. —Me arrebata la taza de café—. Y deja de beber mientras estás en el trabajo, o fuera de él, para el caso.

Luego se va, llevando mi bebida y dejándome con frustraciones del tamaño de una montaña.

18

Kingsley

A costa de que me llamen acosador con tendencias espeluznantes en serie, averiguo dónde está exactamente Aspen esta noche.

Gracias al nulo sentido de Caroline para ocultar información. Fue tan fácil manipularla para que me dijera dónde está Aspen que es un poco sospechoso.

Especialmente con su risita de diablo al final y el ambiguo "Deberías haber visto esos diarios".

En cualquier caso, obtuve la información que necesitaba y me deshice de Nate con el pretexto de que es una llamada de negocios importante.

Se ha pasado todo el día intentando secuestrarme u obligarme a llamar a mi hija. Según él, debería disculparme. Según yo, es un ladrón de hijas y debería irse a la mierda.

Además, ella es la que se ha pasado de la raya esta vez. Pensar que soy un golpeador de mujeres es el peor juicio erróneo que nadie, y mucho menos mi propia sangre, me ha infligido.

Teniendo en cuenta que viví toda mi vida viendo cómo abusaban emocionalmente de mi madre -el abuso es el abuso-, cualquier variación de ese veneno está por debajo de mí.

A menos que sea golpear la cabeza de alguien.

La conclusión de la historia es que Gwen tiene que ser la que se disculpe. Y por mucho que poner una brecha entre nosotros no sea diferente a descartar una parte de mí, ella necesita esta lección.

Y necesito que su madre deje de ser jodidamente difícil.

Para eso, tengo que encontrarla.

Resulta más difícil de lo que pensaba, teniendo en cuenta que llevo media hora rondando la residencia de los Carson y no la he visto.

Es grande, antigua y carece de alma, como todas las mansiones de los ricos. La nuera del viejo perro está organizando una especie de baile benéfico para ayudar a los niños huérfanos. Parecía que iba en serio, también, cuando irrumpí aquí antes, sin invitación, como de costumbre, pero con un fuerte cheque para la causa.

Dudo que la rubia con aspecto de Barbie comparta la opinión de su suegro de que la única finalidad de una organización benéfica es servir de paraíso fiscal para los ricos.

La casa ha sido decorada con luces tenues y extravagantes mesas cubiertas de terciopelo rojo. Pantallas y pantallas muestran un vídeo cuidadosamente elaborado con testimonios de niños a los que nadie presta atención.

Los invitados se mezclan en círculos cerrados, cotilleando o reavivando relaciones. El tema real de esta noche, los niños, es más bien inexistente.

Me paseo por el baile y al final me encuentro con un grupo de viejos búfalos que eran amigos de mi padre.

Solo los escucho a medias y definitivamente no los entretengo. Muchos de estos tontos pensaron que, como heredero de mi padre, seguiría invirtiendo en sus negocios por el bien de nuestras relaciones interpersonales.

Pronto descubrieron que no asisto a sus fiestas de cumpleaños, que no me interesan sus estanques koi del patio trasero y que soy lo suficientemente despiadado como para ver cómo se van a la quiebra en lugar de hundirme en un agujero con ellos.

Mi padre era un inversor, sí, pero demasiado apegado para el gusto de Wall Street. Por eso mi fortuna es mucho mayor que la suya.

Soy práctico, lógico y no voy por ahí siguiendo a la gente.

Excepto por cierta mujer fatal pelirroja, obviamente.

Incluso tuve que tomar medidas drásticas al venir aquí.

Porque, por supuesto, el evento de Aspen tenía que ocurrir en el recinto de nuestro competidor.

Carson & Carson es uno de los pocos bufetes de abogados rivales por los que siento algún tipo de respeto. A pesar de que el socio gerente, Alexander Carson, era amigo y abogado de mi padre.

Está chapado a la antigua, le gustan los negocios turbios porque pagan bien y no teme ensuciarse las manos.

En resumen, todo lo que era Benjamin Shaw.

Nate y yo nos convertimos en sus competidores cuando iniciamos Weaver & Shaw, y lo habríamos aplastado de no ser por su hijo. Sangre nueva, joven, y con ideas revolucionarias que cambiaron las viejas costumbres de su padre.

Ahí es donde veo a Aspen, mientras escucho a medias el parloteo de los viejos sobre los impuestos. Con el joven Carson. Asher.

Tengo que dar un sorbo a mi Macallan para no echar espuma por la boca.

Aspen siempre ha sido una mujer hermosa, incluso cuando era una criatura exasperante a la que le gustaba ser una espina en mi costado por deporte.

Su belleza es muy aguda y no tiene tanto que ver con su cabello rojo y sus pómulos altos como con su mirada penetrante y su postura erguida.

Si la confianza pudiera clasificarse en categorías, la suya es la más tranquila. Es audaz, pero no lo suficiente como para que grite o se deje llevar por la irracionalidad. También es decidida hasta el extremo, y por eso sé que cuando decide algo, no hay quien la disuada de hacerlo.

Pero esta noche no.

Recorro con la mirada su sencillo vestido negro de manga larga que llega hasta el suelo. Incluso lleva un pañuelo de moda que le cubre el cuello, por razones obvias.

Pensar en ella mirando los chupetones que le he dejado en el espejo me pone la polla dura como una piedra.

Lleva desde anoche en un constante despertar y me niego a ser un púber y a masturbarme.

El deseo cegador de agarrarla de entre esos hombres y meter mi polla en su coño es tan abrumador que me sorprende que mi polla no explote en mis pantalones de vestir.

Sonríe a los dos hombres que la acompañan. Uno es Carson junior y el otro es un hombre que parece tener unos cuarenta años. De complexión fuerte, con el rostro inexpresivo y una postura erguida que se asemeja a la mía.

Reconozco a un hombre de poder cuando lo veo y definitivamente está en el espectro.

Contemplo cómo enviarlo al siguiente planeta sin llamar la atención de nadie. O tal vez *debería* llamar la atención sobre el hecho de que está casado -a juzgar por el anillo que lleva en el dedo- y sigue estando demasiado cerca de Aspen.

Justo cuando se me ocurre la idea de provocar un incendio en la mansión de Alexander Carson, los ojos camaleónicos de Aspen se encuentran con los míos.

Se ensanchan, su sonrisa vacila y aprieta más su copa de champán.

Sonrío, me encanta la sensación de tomarla desprevenida un poco. Probablemente porque ella no es el tipo de persona que se deja tomar por sorpresa.

—Sorpresa —digo desde el otro lado de la habitación.

Frunce los labios en una clara indicación de "no te acerques".

Sin siquiera ofrecer un "perdón", dejo a los viejos verdes y marcho hacia ella. Si fuera la única en el círculo, se quitaría el zapato y me golpearía con él en la cabeza.

Pero como hay una compañía y unas normas sociales que mantener, deja que las emociones se agudicen en su interior hasta el punto de estar a punto de explotar.

Y lo sé, porque el enrojecimiento se extiende desde su cuello hasta su barbilla, y las llamas se encienden en sus ojos.

Lo empeoro al sonreír cuando irrumpo sin invitación en su pequeño círculo.

—Carson, ¿cómo has estado?

Asher me da la mano. Tiene unos veinte años, la misma edad que Sebastian, el sobrino de Nate, al que prácticamente ha criado, así que, por tanto, lleva toda la vida entre nosotros.

—Kingsley. —Levanta una ceja, pareciéndose cada vez más a una versión más joven y solemne de su padre—. Escuché que estabas en coma, pero te ves tan bien como el diablo.

—E igual de manipulador, así que más vale que protejas a tus clientes antes de que te los robe.

—Tomo nota —dice entrecerrando ligeramente los ojos—. Aspen es mucho más accesible que tú en cuestiones de negocios. Al menos no me amenaza en mi propia casa.

—La propiedad es proporcional —*digo yo, que he luchado con uñas y dientes por mi casa familiar.* Finalmente presto atención al otro hombre—. ¿Dónde están mis modales? Preséntenos, Sra. Leblanc.

Me lanza una mirada que podría atravesar mi inexistente corazón.

—Jonathan, este es Kingsley Shaw. El copropietario de la empresa donde trabajo. Kingsley, este es Jonathan King. Un empresario inglés que está invirtiendo en Estados Unidos.

Nos damos la mano, con firmeza, incluso con dureza, y él se salva a duras penas de que no le aplasten los dedos. Pero cuanto más aprieto mi mano, más fuerte lo hace él también, hasta que nos soltamos al mismo tiempo. ¿Qué tipo de mensaje está tratando de enviar el maldito?

Es con esfuerzo que guardo mi postura indiferente.

—No sabía que los intereses de la señora Leblanc llegaran al otro lado del charco.

Ofrece una sonrisa reservada y habla con un acento británico elegante sacado de algún programa histórico.

—Es ingeniosa en ese sentido, Sra. Leblanc. Una de las mejores abogadas de ultramar con las que he trabajado.

Me rechinan las muelas y no estoy seguro de si es por sus palabras o por la forma en que ella brilla con una sonrisa orgullosa ante dichas palabras.

—Usted es uno de mis clientes más valiosos, Sr. King.

Levanta su copa.

—Por unas asociaciones más fructíferas.

Asher y Aspen levantan sus copas. Yo no.

—Me alegra saber que Weaver & Shaw es de valor para usted —digo en su lugar—. ¿Se unirá su esposa a nosotros, Sr. King?

—Por desgracia, no. Le evito el aburrimiento de estos eventos siempre que sea posible.

—Tiene suerte de tenerte —ofrece Aspen, y aunque es una afirmación que podría decirse por cortesía, marca la última casilla de mi paciencia.

—Efectivamente —digo con rabia disimulada, y luego agarro a Aspen del brazo con rapidez, pero con firmeza—. Si nos disculpa, caballero. La señora Leblanc y yo tenemos asuntos que atender.

Ni siquiera espero su respuesta mientras la arrastro a mi lado y me voy por el pasillo.

—¿Qué demonios estás haciendo? —sisea en voz baja, prácticamente trotando para seguir mis largas zancadas—. ¡Kingsley! Suéltame.

Sus uñas se clavan en mi mano, pero por mucho que arañe y arañe, no la suelto.

El público que observa nuestros movimientos bien podría ser invisible. Todo lo que puedo ver son tonos negros, rojos y un impulso innegable.

La empujo al interior de una de las habitaciones y la golpeo contra la puerta.

Ella jadea, sus labios se abren.

—¿Qué...?

Sus palabras terminan en un jadeo cuando estrello mis labios contra los suyos.

Se queda atónita un segundo antes de intentar morderme, murmurando y chocando su boca con la mía.

Aspen y yo no solo nos besamos, sino que damos guerra.

Llegamos a extremos a los que nadie más se acercaría.

Agarro un puñado de su ardiente cabello y le muerdo el labio con la misma fuerza con la que ella muerde el mío. Un sabor metálico estalla en mi boca, manchando mis labios, y no estoy seguro de si es el suyo o el mío.

A mí tampoco me importa.

Hundiendo mis dedos en su vestido, lo recojo hasta que le llega a la cintura.

Cuando mis dedos se encuentran con su coño desnudo, gimo y me alejo de sus labios.

—No solo estás empapada, sino que has venido preparada para ser follada.

—Jódete, imbécil. ¿Cómo te atreves a interferir en mi trabajo?

Le meto dos dedos dentro del coño y eso es suficiente para cortarle las palabras.

Sus ojos caen y su respiración se endurece, pero murmura:

—Te voy a m-matar... si te vuelves a meter en mis asuntos... oh, joder.

—Bien, joder, y no es recomendable amenazarme con el asesinato cuando tu coño se aprieta alrededor de mis dedos.

—Tú... no tienes... derecho... *a la mierda*.

La hago callar con mis labios sobre los suyos mientras se agita alrededor de mis dedos. Me encanta cómo unos cuantos empujones bruscos y algo de estimulación del clítoris son capaces de llevar a esta mujer al límite.

Es una maldita diosa del sexo.

Sin dejar de agarrarla por el cabello, me separo de ella y la arrastro hasta la alta ventana que da al jardín trasero.

Su reacción se retrasa debido al orgasmo, teniendo en cuenta que prácticamente tengo que cargar con ella. La empujo contra el cristal y jadea, pero no le doy tiempo a asimilar lo que está ocurriendo, ya que libero mi polla y la introduzco por detrás.

Que se jodan los condones.

Nada será una barrera entre mí y el calor de esta mujer exasperante.

Mi mano se apoya en su cadera y mi otra aprieta su mandíbula con una orden innegociable.

—¿Te gustó que te elogiara ese hijo de puta, eh?

Sus piernas tiemblan y su coño me traga entero, pero tiene la audacia de devolverme la mirada.

—Si. No todo el mundo es un idiota como tú.

—Y, sin embargo, soy yo quien tiene mi polla en tu apretado coño, cariño. —Acentúo mis palabras con unos duros y rápidos golpes que destrozan su respiración—. A partir de ahora, borrarás a cualquier otro hombre de tu vida, ¿entendido?

—Que te den.

Le suelto la cintura y le doy una palmada en el culo.

—Esa no es la respuesta correcta. Ahora, dilo.

Grita, sus gemidos resuenan en la oscuridad.

—N-no.

Mi palma se encuentra con su carne, pero esta vez es mucho más fuerte que ella grita.

—Inténtalo de nuevo, cariño.

—Detente... maldita sea...

Bofetada.

—No hasta que des la respuesta correcta.

—No puedes decirme lo que tengo que hacer.

—Mírame. —Le doy tres bofetadas consecutivas que la dejan jadeando y apretando alrededor de mí—. Eres una pequeña puta, cariño. Unas cuantas bofetadas y te tragarás mi polla.

—Imbécil...

Suelto su barbilla y deslizo el pulgar por la raja hasta encontrar su agujero trasero.

—¿Quieres esto? Mmm, se siente virgen y listo para ser follado.

Aspen se queda quieta.

—Kingsley... no...

—Hoy no. —Le meto el pulgar en el culo—. Pero un día, tomarás mi polla en este culo como una buena chica, entonces gritarás tan fuerte que el mundo sabrá que estás siendo follada por mí. —Ella tiembla y yo aprovecho para abofetearla—. Todavía no me has contestado.

Su sorprendido ruido de placer atraviesa el aire, pero murmura:

—No.

—Si quieres poder sentarte, dame la respuesta correcta.

Me mira por encima del hombro y se atreve a sonreír.

—Todavía... un no. Enséñame lo peor.

Entonces me convierto en un puto animal. Mi ritmo es frenético, profundo, y siento que nunca acabaré con ella. Le meto también un dedo en su agujero trasero, metiéndole los dedos mientras la follo y le doy palmadas en el culo hasta que se le escapan pequeños gemidos.

—Voy a sacarte la maldita terquedad, Aspen, y cuando termine, lo volveré a hacer. —La agarro por el cabello para que sus labios estén a escasos centímetros de los míos—. Di que sí.

Sacude la cabeza cuando la sostengo, mientras las lágrimas se acumulan en las esquinas de sus ojos. No sé si son lágrimas de placer o de dolor.

—Mira tu expresión. —Dirijo su cara hacia nuestro reflejo en el cristal—. ¿Ves el éxtasis en ella? Eso es lo que cualquier invitado puede ver si sale y mira hacia arriba. Te verá follando mi polla como la putita asquerosa que eres. ¿Les darás un espectáculo de lo bien que te estoy follando? ¿O serás una buena chica y solo me mostrarás tu placer a mí?

Sus labios se separan.

—King... deja de decir cosas así...

—Di la palabra mágica.

—No… —Su gemido termina en un jadeo cuando le doy una bofetada en la nalga, que ya está roja.

Se corre entonces, con fuerza, y con un sonido gutural que desencadena mi propio orgasmo. Mis bolas se tensan y mi espalda se sacude en línea recta mientras me introduzco en ella con fuertes empujones.

—Joder, joder, joder. —Me vacío dentro de ella durante tanto tiempo que creo que no va a terminar. Cuando salgo, mi semen se desliza por sus piernas hasta llegar a sus zapatos y no puedo evitar seguir el camino con ojos codiciosos.

Se desploma contra el cristal, los chupetones que le dejé en el cuello son visibles desde debajo de la bufanda arrugada que está tan desaliñada como ella.

Enrollo un puñado de su brillante cabello alrededor de mi mano y la atraigo hacia mí hasta que su espalda queda pegada a mi pecho.

—Suéltame —gime con voz vulnerable—. Estoy sensible.

Encuentro la piel clara de su cuello, justo entre dos chupones desvanecidos, y muerdo. Con dureza.

—¡Ay, eso duele! ¿Por qué sigues mordiéndome como un animal en celo?

—Soy mejor que un animal. Siempre estoy en celo. —Hago rodar mis caderas para probar un punto.

—Mierda. —Me mira mal—. ¿Cómo puedes estar todavía duro?

—Mi polla y yo estamos de acuerdo en que no vamos a parar. —Vuelvo a morder su cuello, esta vez chupando su carne—. No hasta que nos des la respuesta correcta, cariño.

Y entonces la reclamo de nuevo.

Y otra vez.

Y otra vez, joder.

19

Aspen

—Tengo mi propia casa, ya sabes. —Cruzo los brazos sobre el albornoz, situándome cerca de la puerta del baño y lanzando dagas al adicto al sexo que tengo delante.

Esto va más allá de lo que podría haber pensado o imaginado.

No me apunté a esto.

Realmente no me apunté para que me penetraran varias veces en una fiesta llena de gente hasta que apenas pudiera moverme. La única razón por la que pude volver a socializar es porque casi le di una patada en las bolas para que me dejara ir.

Pero, por supuesto, Kingsley es incapaz de ceder. Al menos, no por mucho tiempo. Es como un gato negro gigante que da un respiro a su presa solo para poder abalanzarse sobre ella después.

Y eso es exactamente lo que hizo. Al principio, me dejó socializar por mi cuenta mientras me observaba desde lejos, pero luego se pegó a mi lado y me presentó a algunos de los amigos de su padre.

No podía enfadarme exactamente por eso, porque hacer contactos es vital en el ámbito jurídico, y muchos de esos empresarios son clientes potenciales.

No sé por qué me hacía el favor, e incluso me presentaba como socia principal de su bufete, cosa que nunca hace. Juraría que borró mi posición de su cabeza hace mucho tiempo.

En cualquier caso, estaba de sospechoso buen humor y lo demostró susurrándome palabras soeces al oído, como si desequilibrarme fuera su deporte favorito.

Cuando salimos del evento -o yo me estaba yendo porque su mera presencia me causaba frustración sexual- me propuso llevarme a casa.

O, mejor dicho, me metió en su auto.

Y todo ese esfuerzo fue para que pudiera volver a follarme en su casa. Contra la puerta, la pared, y justo ahora, en la ducha.

Gracias a su insaciable libido, soy incapaz de moverme. Otra vez. Y me duele todo el cuerpo.

Dios mío. Ya no soy tan joven.

Y él tampoco. Entonces, ¿de dónde diablos saca esa energía? Incluso parece que está listo de nuevo.

Tal vez tenga que hacerme amiga de Martha y pedirle que me saque de este lugar a escondidas después de poner polvos para dormir en su bebida.

Su cabello oscuro cae sobre sus ojos mientras usa una toalla para secarlo, haciendo que los mechones húmedos vuelen por todas partes.

Intento apartar la mirada de su esculpido torso y no lo consigo. No ayuda que las gotas de agua se deslicen por sus abdominales hasta la línea en V que desaparece bajo sus bóxers. Tiene el tipo de físico perfecto que pertenece a la portada de una revista.

—Su lugar está ocupado por cierta esposa mafiosa y sus perros —dice en respuesta a mi afirmación anterior. "Como ya he dicho, tener público no es lo mío".

—¿Cómo sabes que Caroline tiene perros?

—Cuando hablé con ella por teléfono antes, me dijo que Caín y Lucifer me saludan. Espero de verdad que esos sean solo algunos nombres de perro atrevidos y que no hayas invitado a demonios reales a tu apartamento.

—¿Por qué llamaste a Caroline...? Déjame adivinar, ella te dijo dónde estaba.

—Adivinaste correctamente.

Voy a matar a Callie.

—No actúes como una extraña. —Señala mi proximidad con una sonrisa torcida—. No te voy a morder.

—No me vas a morder, mi culo. Tengo las marcas para demostrar que te equivocas.

—Permíteme corregir mi declaración. No te voy a morder *ahora*. —Comienza a acercarse a mí con largas y decididas zancadas, colgando una toalla limpia sobre su hombro.

Agarro el objeto más cercano, un candelabro de oro, y lo sostengo protectoramente frente a mí.

—Te juro por Dios, Kingsley. Si das un paso más, te parto la cabeza.

Si creía que eso lo disuadiría, se demuestra que estoy totalmente equivocada cuando se sigue acercando con una sonrisa perversa.

—¿Piensas que puedes noquear a mis neuronas de genio?

—Al igual que tú lo tienes para drenarme.

—Tu coño y tu boca no cantan la misma melodía, cariño. —Se detiene a un milímetro de distancia—. Apuesto a que, si pongo mis dedos dentro, ese coño se los tragará y los mantendrá allí.

—Detente... —Empujo el candelabro contra su pecho, pero algo ciega mis ojos.

Una toalla.

Me quita el candelabro de los dedos con una facilidad vergonzosa. Entonces recupero la vista cuando empieza a secarme el cabello con una toalla con ambas manos.

Me pongo tensa, pero él sigue con su tarea.

—Relájate. No volveré a follarte... por ahora. Tienes que comer y beber más agua antes o te deshidratarás.

Mis labios se separan mientras lo miro fijamente, buscando honestamente una señal de que esto es una broma. Cuando no encuentro nada, se me seca la garganta.

¿Desde cuándo es una persona cariñosa? Sí, sé que dedicó su vida a Gwen y que es un padre cariñoso, pero aparte de eso, se ha coronado como un imbécil.

Había asumido que él también sería igual con sus parejas sexuales.

Una sensación de náuseas se extiende por mi estómago al pensar en ello.

No, no. No voy a pensar en sus folla amigas, en su ejército de acompañantes y en el hecho de que soy una de ellas.

No lo soy.

Solo dejé que me follara para resolver toda la tensión entre nosotros. Eso es todo.

Eso es *todo*.

Intento agarrar la toalla.

—Puedo hacerlo yo misma.

—Quédate quieta. —Le da a cada hebra roja un cuidado individual como si estuviera en una misión.

—No soy una bebé —refunfuño.

—No, pero eres descuidada con las necesidades de tu cuerpo.

—Puedo secar mi propio cabello con una toalla.

—Lo cual no hiciste. Deja de hacer de esto un puto evento y de encontrar un problema en todo.

Abro la boca para dar una respuesta mordaz, pero opto por cerrarla. Estoy a la defensiva, total y absolutamente, y si digo algo, solo servirá como prueba en mi contra.

—Deduzco que no estás acostumbrada a que la gente se ocupe de ti —habla en voz baja en el silencio de la habitación... o tan en voz baja como puede hacerlo Kingsley.

—Soy independiente.

—¿Es otra palabra para decir que tengo miedo de abrirme?

—Solo un imbécil machista asumiría que una mujer independiente es así porque tiene miedo de algo.

—No estoy suponiendo, cariño. Lo sé a ciencia cierta, y si el calificativo de sexista es el que quieres ponerme, por supuesto. Lo que sea que te ayude a dormir por la noche. La mierda que me importa es el resultado 404 not found. Solo debes saber que ninguna resistencia por tu parte me hará cambiar de opinión sobre lo que te haré.

—¿Qué se supone que significa eso?

—Exactamente lo que has oído. He decidido que eres mía por el momento, y eso significa que ningún otro hombre te tocará aparte de mí. Ah, y vendrás aquí cada dos noches y la pasarás en mi cama.

Odio que algo me apriete el corazón y me apriete el estómago. ¿Qué demonios?

—¿Pasarlo en tu cama?

—O ducha o mostrador o pared. Básicamente, cualquier superficie que pueda usarse para follar sin sentido.

—¿Y lo has decidido tú solo sin, no sé, hablar conmigo de ello ni nada?

—La parte de que eres mía es absoluta. La segunda parte, que tiene que ver con que aparezcas aquí, es negociable, pero si quieres que vaya a tu apartamento, echa primero al público.

—Vaya. Suenas muy confiado sobre el hecho de que aceptaría ser tuya.

—Soy rico, atractivo e ilegalmente inteligente, por no mencionar que tengo una polla con la que no se puede seguir. Soy un buen partido. Muy recomendable. Entonces, ¿por qué no aceptarías?

—No sé, debido al hecho de que ni siquiera me gustas, ¿tal vez?

—No tengo que gustarte para follar conmigo, cariño. Tu coño apoyaría con gusto mi reclamo.

Le doy una palmada en el pecho y lo alejo, o al menos lo intento.

—Permíteme usar tu frase favorita y declinar.

Me quita la toalla de la cabeza, pero no me devuelve mi espacio. El color de sus ojos se oscurece como una tormenta que se avecina en la distancia con pura intención de destrucción masiva.

—Tu terquedad ya no es tan bonita.

—Nunca debió serlo. —Lo miro fijamente y su mandíbula se aprieta.

Permanecemos así durante varios segundos largos. Como un tira y afloja entre dos poderosos generales. Es casi imposible mantener el contacto visual con él durante un tiempo prolongado, pero estoy dispuesta a quedarme sin fuerzas si eso significa aguantar.

—Vamos a escucharlo —dice finalmente.

—¿Escuchar qué?

—Tu contraargumento.

—Esto no es una relación. Solo un polvo, del que cualquiera de nosotros puede alejarse en cualquier momento. Y no soy tuya ni de nadie más. Me pertenezco a mí misma.

Su ojo se mueve, pero aparte de eso, no muestra ninguna reacción en su rostro.

—Así que quieres que seamos amigos con beneficios, menos la parte de amigos. Entonces, ¿debería llamarse enemigos con derecho a roce? ¿Una relación de odio?

Ahora que lo dice así, suena más jodido que en mi cerebro. Pero suena lo suficientemente plausible y puedo mantenerme firme, así que asiento con fuerza.

—¿Cuánto control tienes, Aspen? ¿El valor de una montaña? ¿Dos? Quiero que recuerdes este momento cuando obligue a cada centímetro a derrumbarse.

—¿Significa eso que estás de acuerdo?

—¿A qué, exactamente? ¿Una relación abierta en la que actúas como si no fueras mía y yo puedo meter mi polla en los agujeros disponibles de la ciudad?

Un sabor amargo estalla en el fondo de mi garganta ante la imagen que ha pintado, y una extraña energía negativa se posa en mi pecho.

Me lleva unos momentos encontrar mi voz.

—Si te follas a otra mujer, me follaré a un hombre y te haré mirar.

—Oh, no estaré mirando, cariño. *Él* lo hará, mientras te hago gritar mi nombre y rebotas sobre mi polla como una putita asquerosa, y justo cuando se le ponga dura, le rebanaré la garganta y te follaré a cuatro patas con su sangre.

Se me aprieta el estómago y, por un momento, deseo que esté bromeando o que se trate de una retorcida alucinación, pero el oscuro brillo de sus ojos no es más que un deseo de violencia. Una retorcida posesividad de la que soy objeto.

—Estás enfermo, Kingsley.

—Y tú te estás sonrojando.

—Estoy *furiosa*.

—Semántica.

Suelto una larga bocanada de aire.

—Lo digo en serio. Ninguna otra mujer.

—Claro que sí. El precio es admitir que eres mía.

—No.

—Lo haremos a mi manera entonces, y créeme, te arrepentirás de esta decisión. —Tira la toalla al suelo y se da la vuelta, con los hombros llenos de tensión—. Baja cuando estés lista.

La habitación adquiere una frialdad inusual una vez que él se va y no tengo idea de por qué tiemblo como un gatito perdido atrapado en la lluvia.

No es miedo.

Me niego a creer que sea el miedo.

Después de ponerme una de las camisas de Kingsley, que me traga entera y me llega a medio muslo, bajo las escaleras.

Agradezco que no tenga personal interno, algo que debería esperarse en mansiones como la suya. Parece que vienen durante el día y se van antes de que él llegue a casa.

Me detengo ante el cuadro del demonio. Ahora que conozco su significado y la historia que hay detrás, adquiere una luz diferente, más siniestra. No puedo evitar pensar en un Kingsley más joven mirando a los demonios que podrían o no reflejar los que lleva dentro.

Los ha tenido durante mucho tiempo. Desde que era un adolescente. Y puede que hayan sido lo que me atrajo de él en primer lugar.

Ahuyentando esa incómoda epifanía, sigo el sonido del tintineo de los platos que viene de la cocina.

Es espaciosa, tiene una encimera de mármol incorporada y contiene un equipamiento de acero digno de la cocina de un chef.

La espalda de Kingsley parece haber perdido la tensión de antes mientras está de pie sobre la estufa.

Pero sé que no debo aliviarme, porque si algo he aprendido de este hombre es que tiene un doctorado en ocultar emociones. Lo que muestra casi nunca es lo que alberga.

Me acerco a su lado y me tomo un momento para concentrarme en todos los ingredientes y platos que se están preparando.

Una sopa de lentejas, supongo. Salsa de setas y algo con cordero.

¿Cuándo ha comprado comida? Y lo que es más importante, ¿por qué parece que está en su elemento cortando verduras en trozos minúsculos y perfectamente simétricos?

—No sabía que supieras cocinar.

—Hay muchas cosas que no sabes de mí —dice sin mirarme.

—¿Cuándo aprendiste?

—Al principio de mi infancia. Mi abuelo solía decir que la receta secreta para ser un líder poderoso es saber cuándo, cómo y durante cuánto tiempo hay que mezclar a la gente a su disposición. Cocinar una comida es lo mismo. Cada ingrediente tiene un patrón y un propósito: hacer una comida perfecta.

—¿Acabas de comparar a las personas con las comidas?

—Ingredientes. La comida es el resultado, como el dinero que aportan a la mesa, ya sea trabajando o entregándose a la cultura del consumo.

—Eres un cerdo capitalista con un estado mental maquiavélico.

—Demanda mi cuenta bancaria.

—Que seas rico y atractivo no te da derecho a explotar a la gente ni a tratarla como si fuera ganado.

—Solo he oído la parte de rico y atractivo. —Hace una pausa cuando por fin levanta la cabeza y se centra en mí.

La tormenta de fuego que se enciende en sus ojos me deja sin aliento. Tiene una forma de mirarme como si fuera su comida favorita. No un simple ingrediente.

Me hace falta todo lo que tengo para no retorcerme o delatar lo que estoy pensando.

—Estás muy sexy con mi camiseta.

Me aclaro la garganta, desconociendo por completo cómo se aceptan los cumplidos.

—Pensé que esto era mejor que traumatizarnos a los dos tomando prestada la ropa de Gwen otra vez.

—Estamos de acuerdo en algo. —Recoge un plato, pareciendo todavía completamente en su elemento.

Debe haber cocinado para Gwen todo el tiempo. Nate mencionó que es una buena cocinera y una panadera aún mejor.

Dos cualidades que definitivamente no tengo.

Vivo de la comida enlatada y de la comida para llevar, y recientemente, de los platos quemados de Callie.

—¿Eras cercano a tu abuelo? —pregunto, y luego me detengo ante la molesta sensación en mi cabeza.

¿Por qué quiero saber más de él cuando acabo de trazar una línea firme arriba?

—En realidad no, ya que él murió cuando yo era joven. Sin embargo, considero que esta casa es su legado y no el de mi padre. Porque mi padre la usó como garantía, la perdió y luego la volvió a comprar. Así que definitivamente no es algo que él valorara.

—¿Porque se lo dio a Susan?

—Eso y el hecho de que lo puso en garantía varias veces incluso después de haberla perdido.

—Susan podría haberlo manipulado para que lo hiciera.

—A menos que Susan tenga talentos de magia negra, no lo obligó a hacer nada. Fue dominado por el coño, pero no lo suficiente como para perder la cabeza. Sin embargo, todavía fue dominado.

—¿Por eso te esforzaste en demostrar que estaba senil en los meses anteriores a su muerte? ¿Una especie de último “joder”?

Sonríe.

—Con una señal de descanso en pedazos por su muerte. Incluso mandé hacer una placa específicamente para la ocasión que decía 'padre no querido y casado con una cazafortunas de plástico'. Susan la hizo destruir, por razones obvias.

—Te das cuenta de que todos estos tejemanejes con Susan son inútiles, ¿verdad? Tienes la casa, la ventaja y más dinero para aplastarla. ¿No sería mejor dejarla a ella y, por lo tanto, a tu rencor?

—No hasta que se convierta en una mendiga al lado de la calle. Como el día que llegó a esta familia. De hecho, daré un paso más y la haré arrodillarse en la tumba de mi madre y rogar su perdón. Tal vez entonces la deje ir.

Lo veo entonces. El odio, la ira y todas las emociones negativas que no deberían existir dentro de una persona.

—Dios mío. ¿Es esta tu forma de hacer algo por tu madre ahora porque no tenías poder cuando eras joven? —Permanece en silencio, pero sé que he dado en el clavo—. Lo es, ¿verdad? Es por lo que te niegas a dejar atrás lo de Susan. Estás atrapado en el pasado.

—Ya somos dos, porque la sola mención de tu padre te convierte en una hoja temblorosa.

—Mi padre está vivo y es una amenaza muy seria.

—¿Y qué? A menos que quieras ir por ese camino, te sugiero que no vayas a husmear cerca de mi armario. Mis esqueletos no te conciernen.

Frunzo los labios y él lo toma como una indirecta de que voy a dejar el tema.

Maldito sea el imbécil. Me dice que soy testaruda, pero es tan testarudo como un toro.

Cuando no digo nada, hace un gesto hacia el mostrador.

—Siéntate. La comida estará lista en un momento.

—No tengo mucha hambre... aunque no diría que no a una bebida.

—Comerás, y no habrá alcohol bajo mi techo.

—¿Por qué diablos no? Tienes una bodega del tamaño de Texas y con tanto licor precioso como sus pozos de petróleo.

—No sabía que leías artículos sobre mí.

—Es... un hecho conocido.

—El hecho más conocido es que estás bordeando la línea de ser una alcohólica con tus hábitos de consumo diario e incluso llegando a disfrazar una bebida de café. Dejarás ese hábito.

—Lástima que no puedas decirme qué hacer.

—En mi casa, sí. Además, el hecho de que bebas mientras estás trabajando es motivo suficiente para llevar tu culo a la junta y denunciarte a la barra. Tal vez tengas una llamada de atención cuando tu licencia esté en peligro.

—¿Así que esto es lo que has estado haciendo todo este tiempo? ¿Descubrir mi debilidad para poder echarme de W&S e incluso del ejercicio de la abogacía? —Sabía que no debía dejar que el bastardo viera mis partes secretas. No es diferente a una serpiente que se desliza hacia su víctima, y cuando entra a matar, ya es demasiado tarde.

—Si quisiera echarte, habría iniciado el proceso.

—Pero me estás amenazando.

—No te estoy amenazando, te estoy señalando tus hábitos de consumo de alcohol poco saludables de los que tienes que deshacerte. Y no me vengas con ese discurso de víctima. Me importa un carajo tu tasa de éxito o cuántos clientes tienes en tu haber. Si estás bebiendo a todas horas, eso afecta a tu productividad y podría costar a tus clientes más de lo que se esperaba.

—No es que me emborrache o que no tenga acceso a mi cerebro. Solo lo hago para adormecer pensamientos no deseados de los que no puedo escapar cuando estoy sobria.

—Sigue siendo un no. Encuentra un mecanismo de afrontamiento más saludable.

—Lo dice el hombre que golpea los árboles por la noche.

—Eso no va en contra de mis códigos de conducta como abogado. Tus hábitos de consumo de alcohol sí. Fin de la maldita historia. Ahora, siéntate.

Lo fulmino con la mirada.

—¿Y si me niego, lo que, para que conste, es una probabilidad del cien por cien?

—Entonces hay un mil por ciento de probabilidades de que te arrastre a mi regazo, te magulle aún más ese culo dolorido que tienes, y finalmente te meta la comida por la garganta.

Odio que mis muslos se aprieten ante la imagen que él pinta en mi cabeza, y me cuesta todo mi autocontrol mantener mi fachada fría.

—Bruto —murmuro.

—Nunca he pretendido lo contrario. Ahora, ¿vamos a hacer esto a la manera amable o a la manera bruta?

Mi mirada es toda la respuesta que necesita para prácticamente tirarme por encima del hombro.

No puedo controlar el aullido de excitación que sale de mis labios ni los gemidos y quejidos que siguen cuando procede a hacer lo que ha prometido.

Para cuando me corro en su mano, una sensación sombría se cierne sobre mi cabeza.

¿Esto es lo que quiso decir al venir tras mi control? ¿O es mucho peor?

20

Kingsley

Estoy tomando unas copas con Nicolo en el club del centro de Lucianos cuando suelta la bomba.

—Se rumorea que Bruno será un hombre libre antes del próximo cumpleaños de su hija. Y por rumor, me refiero a mi información.

Hago una pausa abriendo mi Zippo para mirarlo fijamente.

—¿Qué?

Se apoya en el cuero de la cabina VIP que ocupamos, con un cigarrillo colgando de la boca.

—Puede que esté pensando en convertir su cumpleaños en una fecha de muerte. Es algo poético que hacen algunos padres al recuperar la vida que dieron.

Mi pulso empieza a sonar en mis oídos a la velocidad de una bomba letal. Pero me obligo a abrir y cerrar mi Zippo, centrando mi atención en Nicolo, que parece demasiado relajado por los hechos que acaba de compartir. Parece que no se da cuenta de mi reacción, o que se da cuenta y la ignora de todos modos, hace contacto visual con uno de sus empleados y se apresuran a traer una botella de Macallan.

El caos del club no logra penetrar en los confines de mi cráneo. La música a todo volumen se filtra al fondo, con la importancia de un condón usado. El olor a perfume fuerte, a sudor, a sexo y a alcohol flota en el aire como una nube lúgubre.

Pero no presto atención a todos esos detalles. Ni siquiera me centro en la botella que me ofrece.

—Puedes dejarlo.

—No se puede. Bruno es uno de nuestros leales soldados y hombre de confianza de Lazlo. Podría haber dado protección a la pelirroja, pero no a costa de acabar con

Bruno. Mi idea de protección es no dejar que la mate, y eso no implica, bajo ningún concepto, acabar con la vida de Bruno. Además, ella no está cumpliendo su parte del trato. Mateo sigue casado con la rubia cazafortunas y se ha comportado como su cachorro rechazado. —Hace un gesto con la barbilla en dirección a su hermano, que está rechazando las insinuaciones de dos morenas de piernas largas y está a un segundo de hacer que los echen del club.

—Las objeciones de tu hermano al divorcio son para él y para ti, no para Aspen. Y ese es su maldito nombre, por cierto. Úsalo.

Levanta una ceja.

—¿La está defendiendo, King?

—Estoy exponiendo los hechos. Ella te trajo más dinero en las últimas dos semanas que todos tus soldados juntos. No me importa si la enrollas alrededor de tu polla, te la metes por el culo o la empapas de sangre. Mientras cumplas tu parte del trato y le des la protección que pidió.

—Lo haré, pero solo bajo mis condiciones. —Sopla una nube de humo en mi dirección—. Pero si las cosas se tuercen, y siempre lo hacen, no me hago responsable de los daños colaterales.

—¿Qué significa?

—Ya le pasé un mensaje a Bruno de que la pelirroja está ahora bajo mi protección. Aunque está bajo la orden directa de Lazlo, lo aceptó y prometió no ir contra mí. Así que, a menos que rompa esa promesa, no planearé activamente su muerte.

Cierro el mechero de golpe y entrecierro los ojos.

—No tiene que salir para hacerle daño. Está haciendo el trabajo desde detrás de las rejas.

—No hay pruebas.

—A la mierda. Oíste a esas escorias mencionar su nombre en tu sótano.

—Eso fue antes de pasarle un mensaje a Bruno.

—Oh, ya veo a dónde va esto.

—¿Te importa explicarlo?

—En la escuela, solías rodearte de toda la gente posible: alumnos, profesores, personal, directores. Todos ellos. No se trataba de un concurso de popularidad, sino más bien de una elaborada estrategia de divide y vencerás. Todos formaban parte de tu tablero de ajedrez que podía y debía ser utilizado más adelante. La situación es similar ahora. No quieres perder los servicios de Bruno, pero también te gusta el dinero que aporta Aspen, así que te quedas con ambos. Pero te olvidas de algo, Nic.

Desliza una pierna sobre la otra y enciende un cigarro, luego sopla el humo en mi dirección con la despreocupación de un señor hedonista.

—¿Y qué es eso?

—Nunca fui parte de tu patética multitud, de tus estrategias o de tu jodido complejo de dios. Será un frío día en el infierno antes de que me uses a mí o a alguien cercano a mí.

—¿Así que la pelirroja es cercana a ti?

—*Aspen* es el puto nombre. Y es la madre de mi hija.

—¿Es eso lo que alimentas a tu cerebro para dormir mejor por la noche?

—No, Nic. No estás usando una táctica de inversión y cambiando el tema para centrarte en mí. Se trata de ti, así que ¿por qué no me dices cuál es tu maldito juego esta vez?

—No es un juego. Es... una observación. Mi viejo solía decir que hay dos tipos de monstruos. Los que andan libres, como tú y yo, que solo tienen el cielo como límite e incluso se plantean conquistarlo. El otro tipo son los que, como Bruno, han estado encerrados la mayor parte de su vida. Su objetivo no es ni el mundo ni el cielo. Tienen un solo propósito: destruir a la persona que los metió en esa celda.

—En ese caso, debería hablar con el guardia.

Sonríe con una frialdad que congela el aire.

—¿Sabes el número de guardias que Bruno ha matado o causado su muerte?

—No, pero estoy seguro de que me iluminarás.

—Veinticinco. Una vida por cada año que ha pasado entre rejas. Y cada vez, uno de sus subalternos o compañeros de prisión se llevó la culpa por ello. Así que, aunque tú o cualquier otro envíe a alguien para deshacerse de él mientras está entre rejas,

no funcionará. Tiene allí un reino sin ley en el que nadie puede entrar, y menos tu querida ley.

—¿Me estás diciendo que debemos prepararnos y esperar?

—No tienes más remedio que esperar. Lo de prepararte es redundante.

Finalmente tomo la bebida y doy un largo trago, pero ni siquiera el ardor es capaz de ahuyentar la cantidad de escenarios que invaden mi cabeza.

Nicolo habla de negocios y yo solo lo escucho a medias. El número de sus hombres que he salvado de la cárcel se está convirtiendo en incontable y aunque me considero el mejor abogado defensor de criminales, esto se está convirtiendo en un exceso de trabajo. Sus matones son como perros sin entrenar. O tal vez están bien entrenados por Nicolo para estar en una misión constante de lanzar su peso y, por lo tanto, mostrar su poder.

Siempre le gustó asustar a la gente solo con su despiadada reputación, para que no se atrevieran a ir contra él. Una táctica que ambos utilizamos desde nuestra infancia.

Nunca he intentado suavizar mi imagen ni complacer las frágiles mentalidades y corazones emocionales del público. Cuando me temen, se mantienen alejados. Cuando me temen, no tienen la audacia de mirar mi trono o tocar mi poder.

Mateo se une poco después y también lo hacen algunas acompañantes que son cortesía del club.

Sus intentos de llamar mi atención coinciden con la desesperación de un pez moribundo. Una de ellas parlotea sobre la historia del Macallan como si fuera un robot automatizado, y le digo que beba hasta que deje de contaminar el aire con su voz.

No logro entender el hecho de que no hace mucho tiempo me tiraba a su tipo. Por supuesto, no las elegí por sus habilidades de comunicación o por su falta de carácter.

Las elegí porque no eran un maldito dolor de cabeza.

A diferencia de cierta bruja que con solo pensar en ella se me pone dura con una necesidad urgente de follar. A ella, específicamente.

Ha pasado una semana desde el día en que se negó a ser mía, tanto en medio de la follada como fuera de ella.

El hecho de que le diera unos azotes en el culo hasta el punto de que no pudiera sentarse bien durante días no tenía ninguna importancia. Al menos, no lo suficiente como para hacerla cambiar de opinión.

Sin embargo, desde entonces, viene a mi casa a diario. O la he estado arrastrando conmigo. Semántica.

Debido a su sangre de bruja y a sus supuestas relaciones con el mismísimo Satanás, es difícil de conquistar. Siempre poniendo excusas a todo, joder.

Excepto cuando mi polla se mete en su coño, por supuesto. E incluso entonces, nunca deja de cantar la melodía de lo imbécil que soy.

Pero eso es lo que hace que todo sea divertido. Su resistencia, su lucha y su incapacidad para inclinarse me convierten en un animal cada maldita vez.

No tengo ni idea de cómo diablos estaba bien con los gustos por los robot-cuál-es su cara, antes.

No son el sabor del fuego que prefiero, y definitivamente tienen el efecto de la congelación de menos grados en el estado de excitación de mi polla.

A pesar de que no me follé a Aspen anoche, porque ella decidió no venir. Cuando bombardeé su teléfono con mensajes de texto, al estilo espeluznante, me dijo que iba a salir con Caroline, Mateo y su amigo.

Énfasis en la parte de *amigo*.

Le dije que no fuera o aparecería y le jodería la noche y destruiría las posibilidades de que Caroline y Mateo se reunieran alguna vez. Esa pareja tiene la inteligencia emocional combinada de un gato gordo y la misma filosofía de vividores.

Aspen me colgó el teléfono en la cara después de repetir sus palabras favoritas:

—*No tienes que decirme lo que tengo que hacer.*

La única razón por la que no estaba enterrada a dos metros bajo mi polla era porque Nate y Gwen me visitaron para cenar. Me di cuenta de que él la obligó a hacerlo. Se veía miserable, hizo pucheros durante casi toda la noche y tenía ojeras.

La traidora se ha reunido con su madre dos veces en una semana. Lo cual es un récord, pero probablemente solo vino a cenar conmigo porque Nate se hartó de su estado de deterioro y tomó las cosas en sus manos.

No hace falta decir que la cena fue tensa. Ella no se disculpó y yo no la colmé de amor y comportamiento de princesa consentida.

Para empeorar las cosas, estaba irritado por todo el fiasco de Aspen y su doble cita con el imbécil delante de mí y su mujer.

Como Aspen es realmente inteligente, hoy ha evitado la empresa durante todo el día, trabajando fuera de ella e incluso pidiendo a su asistente que le trajera lo que necesitara.

Puedes correr, pero no puedes esconderte, bruja.

Agitando el vaso de whisky en la mano, centro mi atención en Mateo.

—¿Qué va a ser, Romeo? ¿Habrá divorcio o no?

Me mira fijamente y luego a Nicolo.

—La palabra *divorcio* tiene que ser borrada de tu extenso vocabulario. Te juro, Nicolo, que, si se lo vuelves a mencionar a Caroline, no te gustará lo que haré.

—Eso suena a amenaza —le digo a Nicolo, que, a pesar de parecer relajado con una chica colgada del brazo y un cigarro colgando de los labios, es evidente que no le gusta lo que ha dicho su hermano.

—Mateo sabe que no debe amenazarme. ¿No es así, Teo?

—Es lo que es. Caroline es la única persona a la que no puedes acercarte.

—He oído que estás arreglando las cosas con ella —digo.

Su expresión se ilumina ante eso.

—Estamos saliendo.

—Teniendo en cuenta que estás casado, creo que has hecho un home run con ella suficientes veces como para prescindir de la parte de las citas.

—Hemos estado pegando jonrones desde que nos conocimos. Nunca salimos juntos. Es diferente de esta manera. Mejor.

—¿Quién es este impostor? —dice Nicolo con disgusto—. Devuélveme a mi hermano.

—¿A dónde vas en las citas? —pregunto, ignorando la presencia malhumorada de Nicolo—. A saber, ayer, y ya que estás, ¿con quién?

—Un restaurante del centro que es propiedad de mi amigo de la universidad. Más tarde se unió a mí, a Caroline y a Aspen. —Mateo hace una pausa—. Le encantaba la comida y la compañía.

—¿Caroline?

—No. —Sonríe—. Aspen.

Mi mano se flexiona con tanta fuerza que me sorprende que el cristal no se rompa bajo ella.

Eso es todo. La bruja tendrá que pedir a sus ancestros algún hechizo para contenerme una vez que le ponga las manos encima esta noche.

—Hablando de la diablesa.

Levanto la cabeza al oír la voz de Mateo y me encuentro con que un gorila dirige a Aspen en nuestra dirección.

Lleva un traje de pantalón, que sigue pareciendo muy sexy envuelto en su cuerpo alto y delgado. Como tiene su maletín, debe estar aquí por trabajo.

Un hecho que tanto Nicolo como Mateo olvidaron mencionar.

Pero no importa, porque esta podría ser mi oportunidad de cumplir la promesa que le hice hace una semana.

—Súbete a mi regazo, Julie —le digo a la chica que lleva una hora peleándose con una sola copa.

—Es Judith. —Ella frunce el ceño, pero hace lo que se le dice, sus piernas se estiran a ambos lados de mis muslos.

Susurro para que solo ella pueda oír:

—Da tu mejor espectáculo y serás compensada con una profesión mejor que la que obviamente odias y en la que eres pésima, a juzgar por tu pésima conversación y tus habilidades para beber.

Julie Robot Judith muestra la primera sonrisa real en toda su carrera de desorden y asiente.

Me toca la corbata justo a tiempo para que Aspen nos vea. Finjo que no me he dado cuenta de su presencia mientras sonrío ante alguna tontería que dice Julie.

Pero en mi visión periférica, detecto la ligera pausa en los movimientos de Aspen. Es una mera fracción de segundo que ni siquiera se refleja en su rostro. Un instante después, se acerca a nosotros con una determinación segura, con su brillante cabello ondeando sobre los hombros.

Se aclara la garganta lo suficientemente alto como para competir con la música medio apagada del club.

—Aspen —la saluda Mateo—. ¿A qué debemos esta visita?

—Necesito la firma de Nicolo para una adquisición. —Puedo sentir su atención en mí incluso antes de levantar la cabeza.

Y cuando lo hago, me mira con tanta fuerza que es un milagro que no salgan láseres de sus ojos.

—Aspen —digo como si acabara de detectar su existencia—. Únete a nosotros.

—No, gracias. Parece que tienes tu propia compañía. —Parece que está en su elemento, lo que significa que todavía tiene ese control exasperante.

Mi mano se desliza por la cintura de Julie mientras la otra agarra su cabello castaño en un puño.

A pesar de la escasa luz, la mancha roja que estalla en la garganta de Aspen sería visible desde Marte.

Incluso sus labios se aprietan más entre sí.

Solo para noquear, dejo que mi boca se acerque un centímetro al cuello de Julie mientras ella gime como una estrella del porno.

Aunque se pone de un curioso tono rojo, Aspen mantiene la compostura. Lo reconozco.

Así que digo:

—Todavía puedes unirte a nosotros. A Julie no le importaría.

—A lo único que me apunto es a tu funeral —escupe y abre su maletín casi derramando todos los papeles que hay dentro, luego saca un expediente y se lo lanza a la cara a Nicolo—. Firma.

Parece medio divertido, medio aburrido, mientras se toma su tiempo para garabatear en el documento.

Da golpecitos con la punta del pie en el suelo, ignorándome por completo a mí y a Julie, que se está montando sobre mi muslo en busca de un orgasmo.

En cuanto Nicolo termina, Aspen prácticamente le arrebata el expediente de los dedos y lo vuelve a meter en su maletín. Espero que se dé la vuelta y se vaya, pero se dirige hacia nosotros.

Sonrío.

—¿Cambiaste de opinión sobre unirte?

Me mira fijamente a los ojos mientras le arrebata la bebida a Mateo y me la echa por la cabeza con una dulce sonrisa en la cara.

—Que tengas una noche de mierda, imbécil. —Todavía sonriendo, saluda a todos con la cabeza—. Caballeros.

Luego se da la vuelta y se va con la gracia de la realeza.

Pero no antes de conseguir lo que quiero.

Mis labios se curvan y alejo de mí a Julie y sus molestos jadeos.

Nicolo, que ha estado sonriendo como un idiota drogado, me mira.

—¿Te importa explicar por qué estás sonriendo?

—No es de tu incumbencia.

—No estoy de acuerdo. —Dedica un cigarro sin encender como si fuera el cuerpo de una mujer—. ¿Recuerdas cuando éramos jóvenes y nuestros padres nos enseñaron la importancia de apuntar al centro de poder de alguien? ¿La única cosa sin la cual se desmoronarán y no podrán volver a recoger sus pedazos? Creo que acabo de encontrar el tuyo.

—Eres demasiado arrogante como para pensar que puedes herirme sin ser lisiado a cambio, Nic. Recuerda que yo reparto juguetes, pero no soy uno de ellos. —Me limpio el líquido de la cara, sin preocuparme por mi traje a medida arruinado.

Sin molestarme en excusarme, me levanto y sigo a Aspen.

Puede que no haya sido tan comunicativa como esperaba, pero me dio la oportunidad que buscaba.

La apertura que significa que no solo le importa, sino que su control podría pender de un hilo.

Porque por mucho que intentara ocultarlo, lo he visto ahora mismo.

Las lágrimas brillaron en sus ojos.

Puede que haya sido por frustración o rabia, pero es suficiente munición para mí.

Esta vez, aprenderá por las malas que es mía y que no se puede luchar contra ello.

21

Aspen

Me sorprende que consiga salir del club y llegar al estacionamiento sin bombardear todo el lugar al estilo terrorista solo para transmitir el caos que está chasqueando sus dedos contra mi garganta.

Mis tacones hacen un chirrido en el asfalto y me doy la vuelta. ¿Saben qué? Debería volver allí y aplastar una botella entera contra el grueso cráneo de Kingsley. Un simple vaso de alcohol no es nada en el gran esquema de las cosas.

Soltando un largo suspiro, abandono a medias la idea y me dirijo a mi auto. Es solo un medio abandono porque a la mierda. Las ganas de romper algo -preferiblemente la cabeza y la polla de Kingsley- son una tentación demasiado grande como para dejarla pasar por completo.

Pero en el otro extremo sombrío, me niego a ser percibida como emocional, desordenada.

Débil.

Mis dedos tiemblan alrededor de la llave del auto y me limpio las lágrimas de rabia que se han acumulado en mis ojos. No voy a llorar por culpa de ese imbécil.

No en esta vida, Satanás.

Dejando caer mi peso contra el auto, inhalo profundamente, haciendo acopio de cada centímetro del autocontrol que he ganado sobreviviendo en las calles, estudiando hasta la extenuación y trabajando el doble de duro que mis homólogos masculinos para ser reconocida entre ellos.

Las imágenes de las manos de Kingsley alrededor de la cintura de esa chica asaltan mi cabeza y cierro los ojos.

Deja de pensar en los idiotas. Deja de hacerlo personal. No es nada.

No somos nada.

La humedad se acumula en mis párpados y ningún pensamiento crítico y metódico es capaz de detener la lágrima que se desliza por mi mejilla y llega a mi boca.

Algo me sacude y me sobresalto cuando me doy cuenta de que es mi teléfono.

Suelto un suspiro y lo saco, ligeramente agradecida por la distracción.

El texto que ilumina la pantalla pone mi mundo en pausa por un segundo.

Gwyneth: Acabo de hacer esto. ¿Quieres un poco?

Adjuntamos una foto tipo instagram de cupcakes de colores con bonitas coberturas de arco iris.

Gwyneth: Oh, Nate acaba de decir que no te gustan mucho las cosas dulces. Está bien, supongo. Es que hice demasiados, así que pensé en compartirlos. Se los llevaría a papá, pero no me habla.

Mis dedos prácticamente vuelan sobre la pantalla.

Yo: Me encantaría tener un poco. Si no te importa.

Gwyneth: ¡Claro que no me importa! ¿Debo ir a tu apartamento? ¿Estará Caroline? Le gusta el pastel, así que le llevaré un poco también.

Sonrío, a punto de responder con un "SÍ" mayúsculo, cuando suena un crujido detrás de mí.

Mi mini humor feliz desaparece. El imbécil tiene la osadía de venir a por mí después de lo que me ha hecho ver. Aunque esta es una buena oportunidad para golpear su cabeza con mis tacones.

Respiro bruscamente mientras me doy la vuelta.

—Voy a matarte...

Mis palabras terminan en un grito ahogado cuando alguien me pone un paño en la boca y la nariz.

El hedor a antiséptico y a cloroformo desgarrador llena mis fosas nasales y se aloja en mi cabeza con la letalidad de una bala.

Una figura oscura se cierne sobre mí y me agarra por los hombros, casi sacándolos de sus órbitas. Clavo mis uñas en su brazo, arañando y arañando con toda la energía de supervivencia que hay en mí.

Obviamente no es mucho, porque sigue aplastando el paño contra mi cara, obligándome a respirar el cloroformo.

Mierda... mierda...

Siento cómo se debilita mi sujeción y mis músculos se debilitan. El inquietante chirrido de mis tacones arrastrándose por el suelo se marchita lentamente en el fondo y mis ojos se caen.

No...

Un choque de colores y sonidos estalla frente a mí de una sola vez.

Me quitan el paño de la nariz y me desplomo contra el auto, resbalando hacia el suelo por la fuerza de la tos. Mis jadeos en busca de aire limpio hacen que me lloren los ojos y sacudo la cabeza un par de veces para recuperar la concentración.

Al principio, no tengo ni idea de lo que acaba de ocurrir, ni de si se trata tal vez de un susto o de una broma de mal gusto. Pero incluso en el fondo, me doy cuenta de que esto es mucho más serio que eso.

La escena que se materializa ante mí bien podría estar sacada de una película de terror.

Kingsley sujeta por el cuello a la figura oscura que casi me desmaya y le clava el puño en la cara enmascarada.

El otro hombre lo aborda y ruedan por el suelo en un desenfoque de puñetazos, patadas y sonidos guturales.

Incluso en mi estado de aturdimiento, puedo ver que, sea quien sea mi atacante, es un profesional. A pesar de la habilidad de Kingsley para la violencia, no tendrá la ventaja.

Arrastrándome a cuatro patas, busco mi maletín que ha caído al suelo y rebusco en él mi spray de pimienta.

Antes de que pueda sacarla, el atacante le da una patada a Kingsley en las costillas y corre hacia la noche.

Kingsley se pone en pie, probablemente para ir en su persecución, pero susurro:

—No... no... vayas...

Mis palabras son desesperadas, dolorosas y crudas. Tan crudas que me duelen mucho. O tal vez lo que realmente duele es saber que, si Kingsley lo sigue, lo secuestrarán a él en lugar de a mí, solo para llevar un mensaje a casa.

O peor aún, será asesinado a tiros.

—Joder. —Llega hasta mí en dos largas zancadas y me recoge en sus brazos. El acto es tan sencillo que quiero desaparecer en él durante un rato. Y parece que es algo natural, como si llevara décadas haciéndolo, abrazándome, envolviéndome.

Me rodea la cintura con un brazo fuerte y deja que mi cuerpo se estrelle contra el suyo.

—¿Estás bien? Te llevaré al hospital.

Sacudo frenéticamente la cabeza, jadeando por el aire y las palabras.

—Estoy bien. Solo necesito un momento.

—Ni siquiera puedes estar de pie, Aspen.

—Puedo. —Intento alejarme de él y vuelvo a caer en su abrazo.

—Quédate quieta y deja la terquedad.

—No hay hospital... —murmuro, sintiendo que se me cierran los ojos—. Por favor, King... ningún hospital...

Mis dedos se aflojan contra su pecho y odio lo segura que se siente con él.

Cómo, en lugar de tratar de encontrar mi propio camino y lamer mis heridas en solitario, prefiero el calor de este lugar.

Donde su corazón late contra el mío.



Cuando abro los ojos, la visión de las paredes blancas casi me hace entrar en modo hiperventilación.

En el hospital no.

No.

Antes de que pueda tropezar con mis propios pies, gritar y tirarme por la ventana más cercana, me levanto en la cama y me quedo inmóvil.

El resto de la habitación se enfoca lentamente y sus familiares tonos neutros me calman al instante.

Es raro.

Me miro y veo que solo llevo una camiseta. La de Kingsley.

Huele a ropa fresca, a madera de cedro y a él. Resisto el impulso de olerlo como una drogadicta y, en su lugar, opto por concentrarme en mi entorno.

Aunque es la primera vez que duermo en la cama de Kingsley. Sí, follamos mucho, pero eso suele ser en cualquier superficie que no sea una cama de verdad. Además, siempre me voy poco después, negándome a pasar la noche, a pesar de sus continuas invitaciones.

Un hecho por el que Caroline me ha estado echando mierda, llamándome seductora sin corazón.

Pero lo que Caroline no sabe es que dar más de mí a este hombre me asusta muchísimo. Ya he perdido tanto el control con él, que lo menos que puedo hacer es intentar proteger lo que queda de mi corazón.

La puerta se abre y Kingsley entra llevando un plato de comida. Lleva un pantalón de chándal gris y una camiseta oscura, el cabello despeinado en un desorden perfectamente imperfecto.

Trago la saliva acumulada en mi garganta, porque por mucho que lo intente, no me desensibilizo ante la belleza física de este hombre ni ante su imponente presencia.

Aunque una parte de mi cerebro siempre lo considerará un rival al que quiero eliminar y un imbécil al que tengo que derribar por el bien de la humanidad.

—Estás despierta —dice con una dureza que no aparece en su rostro mientras coloca la bandeja de gambas, y lo que parece caldo de pollo en la mesa auxiliar.

—¿Cuánto tiempo he estado fuera?

—Unas tres horas. El médico dijo que el cloroformo no hizo efecto del todo.

—No me has llevado al hospital.

—Me rogaste que no lo hiciera. ¿Por qué?

—Son un entorno hostil y no me siento segura en ellos.

—Porque pensaste que habías perdido a tu hija en uno.

No es una pregunta, porque, por supuesto, él uniría las piezas y lo averiguaría todo. Cuelgo la cabeza y me miro las manos. No controlo las palabras que salen de mi boca.

—Los hospitales me recuerdan la impotencia que sentía entonces. De mi incapacidad para proteger mi carne y mi sangre. No solo pensé que había perdido a mi hija. Algo dentro de mí murió en esa cama de hospital, así que me esfuerzo por no revivir esos momentos evitando los hospitales en la medida de lo posible.

—No tendrás que ir a uno. Tengo un médico de cabecera. —Se deja caer en el colchón a mi lado—. Aunque lo cambié por una mujer.

—¿Por qué?

—¿Qué quieres decir con "por qué"? ¿No deberías celebrar esto como una feminista que tiene una cosa favorita llamada defender a las mujeres y la igualdad profesional?

—Pero tú eres lo más alejado de una feminista, así que ¿por qué ibas a cambiar voluntariamente el género de tu médico de cabecera?

—Porque te lastiman constantemente y ningún hombre desarrollará el hábito de tocarte. Si fuera por mí, ninguna mujer tendría ese privilegio tampoco, pero la necesidad y todo eso.

—Estás loco.

—¿Es esa una forma de agradecerme, bruja?

Me miro las uñas marrones, dos de las cuales están rotas. Probablemente por mi lucha de antes. La sombra de lo que podría haberme ocurrido si Kingsley no hubiera aparecido en ese preciso momento me cubre de pesadumbre.

Mis dedos se enroscan alrededor de la sábana.

—Gracias.

—No he oído eso. ¿Puedes repetirlo?

—No.

—¿Dónde están tus modales, cariño? ¿Te cuesta dar las gracias a la gente?

—No todas las personas. A *ti*. Tu comportamiento de imbécil hace imposible mostrar gratitud. Prefiero atragantarme con mi propia saliva.

—Son demasiadas palabras para un simple agradecimiento, pero está bien, no iré tras tu corazón de piedra... todavía. —Hace una pausa, buscando en mi cara—. ¿Reconociste al hombre que intentó drogarte?

Niego con la cabeza lentamente.

—Estuvo enmascarado todo el tiempo.

—En este punto, es seguro deducir que su padre está manejando los hilos desde detrás de las rejas.

Me clavo los dedos en las palmas de las manos hasta casi romper más uñas.

—Nunca me ha hecho esto antes.

—No estuvo cerca de salir antes. Deberíamos tener un código para cuando estás en peligro.

—¿Qué tipo de código?

—Una palabra en un texto con la que me avisarás cuando necesites ayuda.

—¿Por qué iba a pedirte ayuda?

—El hecho de que te haya salvado el culo las últimas veces. ¿Cuál quieres que sea la palabra?

—No sé... Nietzsche.

—Que se joda ese imbécil.

Sonrío.

—Es lo que es. Asúmelo.

Él estrecha los ojos.

—También necesitas guardaespaldas o los hombres de Nicolo.

—Hablaré con Mateo. Me gusta más él.

Un músculo se aprieta en su mandíbula mientras me mira en silencio.

—¿No está casado con tu amiga?

—Una razón más por la que confío en él más que en esa serpiente de Nicolo.

—Confías en él lo suficiente como para tener citas dobles con él, aparentemente.

—¿Y a ti qué te importa? —Mi voz adquiere un tono cortante y venenoso cuando los recuerdos de esta noche vuelven con la amargura de una píldora y la letalidad de una pistola—. Puedo elegir ir a citas, cenas u orgías, y tú no tienes nada que decir al respecto.

Su expresión se cierra y sus ojos se oscurecen con la malicia de un océano en pleno invierno. Cuando su mano se extiende hacia mí, no estoy segura de si me estrangulará hasta la muerte o utilizará la almohada para hacerlo.

Sin embargo, no lo espero y, en cambio, lo alejo de un manotazo.

—No me toques con la misma mano que estuvo sobre otra mujer.

Una sonrisa oscura inclina sus labios.

—Tus celos son bonitos.

—No son celos. Es autoestima.

—Mentira. Hiciste tu actuación emocional del siglo ahí dentro e incluso tuviste las lágrimas para acompañarla. Así que qué tal si admites que este acuerdo abierto no es para ti.

—Jódete, Kingsley.

—Voy a pasar de la oferta. En su lugar, puede que me veas follando con esa chica la próxima vez en full HD.

Siento el calor que sube desde el pecho hasta el cuello y las orejas, y me niego a ceder al volcán.

Me niego a dejar que gane.

—Entonces serás invitado al asiento de primera fila de mi próximo enganche.

Un segundo estoy sentada y al siguiente estoy de espaldas. Los dedos de Kingsley me rodean la garganta, apretando los lados hasta que lo único en lo que puedo concentrarme es en su peso encima de mí. Podría aplastarme en un minuto; no, un segundo sería suficiente. Y lo peor es que mi corazón palpita de deseo.

¿Qué demonios me pasa? ¿Me está asfixiando y estoy palpitando?

—La única manera de que otro hombre te toque es si tiene un puto deseo de muerte. Así que a menos que quieras la muerte de algún bastardo en tu conciencia

por puro rencor, entonces sigue adelante y provoca ese lado sin ley de mí, cariño. Te reto, joder.

—Tú lo hiciste *primero*. —Puedo sentir las palabras crudas saliendo de las profundidades de mi alma y mi corazón magullado—. Tú tocaste a otra persona primero, imbécil. Y creo en el karma. Es mi tipo de perra favorita.

—Tú eres la que tuvo una cita y se negó a ser mía. Tocar a otra mujer fue tu lección, porque los dos sabemos que con algo abierto no funciona esto. La próxima vez que diga que eres mía, me lo devuelves a gritos, ¿me explico?

Inclino la rodilla para darle una patada en la entrepierna, pero se levanta en el último segundo, escapando a mi asalto.

—Intenta joder de nuevo.

—Jódete.

—No es la palabra correcta. —Tiene la audacia de chasquear la lengua—. Di que eres mía.

Frunzo los labios.

Sin dejar de agarrarme por el cuello, me agarra la camisa y me la abrocha hasta la cintura, me levanta la pierna y me da una palmada en el culo.

Jadeo, todavía dolorida y con un mapa de las huellas de sus manos de la última vez que lo hizo.

Hace dos días. Solo han pasado dos días, pero siento como si no me hubiera tocado en una década. Es aterrador cómo mi cuerpo y otras partes de mí a las que no quiero poner nombre se han acostumbrado a él.

Kingsley suelta su dura polla que está morada y chorreando líquido preseminal. Parece que no soy la única depravada que se excita con este festival de odio.

Ambos somos animales insaciables con sed de más.

Clava sus dedos en mis pliegues.

—Mira lo empapada que estás para mí, cariño. Tu coño está suplicando ser follado.

Me estremezco cuando hace eso de meter los dedos dentro de mí y golpear mi clítoris con la palma de la mano.

—Tan atractivo, apretado y listo —musita con palabras oscuras que me excitan más de lo que debería permitirse.

Entonces se retira y me muerdo el labio para no protestar. Sus dedos se mueven a través de mi humedad hasta llegar a mi agujero trasero, embadurnándolo de excitación antes de introducirse en él.

Aprieto los puños en las sábanas y aprieto.

Es una depravación a la que se ha dedicado últimamente, deleitándose en meterme los dedos en el culo mientras me folla el coño.

Siempre me ha excitado de una manera extraña, pero falta algo: su polla no está dentro de mí. Se desliza contra mis pliegues, subiendo y bajando a un ritmo tortuoso.

—Ah, joder... —Levanto las caderas, necesitando aliviar la presión que se acumula en mi núcleo.

—Joder, sí, cariño. —Me mete otro dedo en el culo, estirándome hasta el punto del dolor.

Pero lo que más duele es lo sobrecargada que estoy por algo.

Lo que sea.

Por eso odio ceder el control. Lo desconocido y depender de otra persona son algunas de mis peores pesadillas.

—Maldita sea. —Me muerdo el labio—. Haz algo.

Mueve lentamente la cabeza.

—Di que eres mía primero.

—No.

—Entonces nos quedaremos así toda la noche.

—Tendrás bolas azules.

—Y tendrás un coño azul, pero no un puto orgasmo.

—Maldito seas, Kingsley.

—Maldita *seas*, Aspen. Solo di las palabras.

—No soy tu juguete, imbécil.

—No, no lo eres. Tú eres todo el puto juego.

Mis labios se separan, y una sensación de náuseas cae sobre mi estómago. Simplemente... ¿por qué tiene que decir cosas que me despistan por completo?

—¿Prefieres imaginarme con otros juguetes o darnos lo que ambos deseamos?

Me contoneo, sintiendo que mi corazón es astillado con fuerza y rapidez.

—No te deseo.

—Claro, digamos que yo tampoco te deseo, mientras mi polla está dura y tu coño está empapado.

—Ugh...

—Dilo, Aspen.

—Fóllame —susurro, con el corazón subiendo a la garganta.

—¿Y?

—Soy... tuya. —Lo fulmino con la mirada—. Temporalmente.

Me doy cuenta de que no le gusta ese último añadido, teniendo en cuenta el apretón de sus dedos en mi garganta, pero finalmente se introduce en mí.

El empuje es tan potente y violento que me deslizo fuera de la cama y jadeo por su intensidad.

Mi núcleo está estimulado y húmedo y me corro inmediatamente con su mano en mi cuello y sus dedos en mi culo.

—Dime que tú también eres mío —gimo en mi lujuria, con los ojos entreabiertos y el corazón casi llegando al cielo.

Cuando no dice nada, me acerco a su cara.

—Dilo o te mataré de verdad la próxima vez que toques a otra mujer.

—Soy tuyo. —Sonríe—. Temporalmente.

El pinchazo de esa palabra crea un agujero dentro de mí, pero me olvido de todo cuando me folla hasta casi matarme y luego me pinta el coño, el culo y los pechos con su semen.

Algo ha cambiado entre nosotros, y no tengo ni idea de qué es.

Lo único que sé es que no pienso en marcharme cuando me recoge en sus brazos y duerme envolviéndome.

22

Aspen

—Te voy a echar mucho de menos.

Apenas puedo respirar mientras Caroline me aprieta en un abrazo que podría confundirse con el de un oso.

A regañadientes y con la suficiente torpeza como para que surja la vergüenza de segunda mano, le doy una palmadita en la espalda.

—No vas a dejar el planeta.

Se retira, enfadada.

—Bueno, te dejo después de acostumbrarme a ti.

—Nos volveremos a encontrar, Callie.

—Puedes apostar tu dulce culo a que lo haremos. —Me besa la mejilla—. Estoy tan, tan contenta de haberme reunido contigo de nuevo, hermosa perra. Cuídate, ¿Sí? Si pasa algo, no te escondas y enfréntate a ello por tu cuenta. Solo estoy a una llamada de distancia.

Asiento lentamente y ella me abraza de nuevo antes de acompañar a sus perros a la puerta. Los dos animales sueltan resoplidos descorazonados mientras me miran por última vez antes de unirse a ella y a Mateo, que la ha estado esperando fuera.

Tras semanas de citas y cortejo al estilo decimonónico, finalmente se reconcilian. Caroline sabe que él no la engañó, después de todo, y que toda la escena fue un montaje, probablemente de Nicolo.

Un vacío lúgubre llena mi apartamento en cuanto se cierra la puerta.

Por fin estoy recuperando mi paz y mi espacio sin que nadie me interrumpa cuando intento trabajar.

Y, sin embargo, me siento como si hubiera sido empujada de nuevo a ese agujero negro que llamé mi vida no hace mucho tiempo. Una vida que estaba llena de comprobaciones con el guardia de la prisión y de contener la respiración cada vez que me hablaba de mi padre.

Lo llamé después de los dos ataques y me dijo que nada había cambiado en el estado de mi padre. Parecía estar en su elemento mientras enviaba gente para deshacerse de mí, o para darme una lección.

Y el hecho de que pueda hacerme daño incluso desde detrás de las rejas hace que mi alma se estremezca. ¿Qué ocurrirá si realmente sale?

Incluso con los guardias y las promesas de protección de Nicolo, ya casi no puedo dormir por la noche, y siempre, sin duda, miro por encima del hombro cuando estoy fuera.

Es como si volviera a ser la Aspen más joven y paranoica.

Enrollando mi bata alrededor del pecho, me siento en el sofá y abro mi portátil, optando por trabajar.

A pesar de mis esfuerzos, la concentración no llega.

Así que voy a la cocina y abro la botella de tequila que escondí fuera de la vista de Caroline. Ella y Kingsley tienen que dejar de intentar privarme del alcohol cuando es lo único que me hace funcionar correctamente. Además, nunca estoy borracha, solo lo suficiente para escapar del caos de mi cabeza y de los sentimientos de mi recién revivido corazón.

Me sirvo un vaso y luego recupero mi teléfono, mirándolo fijamente.

El imbécil no me ha llamado ni me ha mandado un mensaje hoy.

Me niego a pensar que esa es una de las razones por las que la oquedad está haciendo una fiesta en mi corazón hoy.

Han pasado dos semanas desde que me hizo aceptar la exclusividad y comenzamos nuestro acuerdo poco ortodoxo. Poco ortodoxo, porque me siento prohibida como el infierno cada vez que me enfrento a Gwen. Es como si estuviera haciendo algo malo y emocionante al mismo tiempo.

Durante esas semanas, he ido a su casa o él ha venido aquí... pero solo cuando Caroline se está enredando con Mateo. Me folla hasta que no puedo moverme y

luego me alimenta a la fuerza. Es una cosa, ya que, aparentemente, es un problema que apenas coma comida de verdad durante el día.

A veces, pasamos la noche juntos solo para que me despierte con su polla dentro de mí o con sus labios en mi coño.

Da miedo lo sexualmente compatibles que somos. Nunca he tenido un amante que conozca mi cuerpo mejor que yo como el maldito Kingsley Shaw. Lo peor es que se complace en atormentarme con ese conocimiento.

Y no me hagas hablar de su resistencia, porque es tan loca como él. Es que no entiendo cómo folla como si todavía estuviera en la maldita flor de la vida.

Por lo que recuerdo de él cuando era adolescente, era rápido y decidido. Ahora, es intenso, animal en sus folladas violentas que casi siempre van acompañadas de algún tipo de dolor.

El tipo de dolor que añade una ventaja a cada liberación que me arranca. Al principio, traté de resistir el tirón, de no caer en su red cuidadosamente elaborada, pero pronto me di cuenta de que era inútil.

No cuando no puedo tener suficiente de él.

No cuando anhelo más de su mano firme y su tacto sin disculpas.

A veces, poco después de haber terminado. Es una adicción desafortunada en este punto.

Por eso estoy mirando el teléfono en silencio.

Definitivamente no es porque eche de menos su compañía o la necesite ahora más que en cualquier otro momento o algo así.

Solemos discutir como el peor de los enemigos. Nuestras filosofías, perspectivas y visión del mundo son tan diferentes como la noche y el día.

Es un manipulador. Yo soy un racionalista.

Es violento tanto en el pensamiento como en la acción. Yo soy más diplomática.

Él es la tormenta. Yo soy el mar que se niega a ser volteado.

Y, sin embargo, tenemos las conversaciones más profundas. Es uno de los pocos hombres que no se siente intimidado por mi mente, y el único que quiere más de ella.

Sin embargo, nuestras conversaciones suelen acabar en una pelea verbal y luego en una follada de odio para solucionarlo todo.

Es poco saludable, rozando lo tóxico, y debería haber terminado hace mucho tiempo.

Y, sin embargo, los momentos que paso con él son los únicos en los que me siento tan innegablemente viva. El único momento en el que no pienso en la amenaza que supone mi padre o en la bomba de tiempo que es mi vida.

Además, no es que no tengamos nada en común. Está bien, solo un poco, como lo mucho que ambos queremos y nos preocupamos por Gwen o que ambos no toleramos las tonterías.

Especialmente la de los demás.

El punto es que podemos estar de acuerdo.

¿A quién quiero engañar? Será un frío día en el infierno antes de que hagamos eso.

Aun así, lo que tenemos -se llame como se llame- funciona de forma extraña.

Tomo un sorbo de mi bebida, abro los textos y doy otro trago. Luego me termino el vaso entero.

No es que necesite valor líquido.

Para asegurarme, me sirvo otro vaso, me lo termino, y luego me dejo de tonterías y bebo directamente de la botella.

Solo cuando mis nervios se aflojan un poco, escribo el texto.

Aspen: Caroline se fue con Mateo. Estoy sola.

Lo ve pero no responde inmediatamente. Tamborileo los dedos contra la encimera y doy unos cuantos sorbos más.

Kingsley suele ser el que envía primero los mensajes de texto, el que me folla primero, el que irrumpe en mi espacio, en mi mente y en mi cuerpo sin disculparse primero. Y en cuanto tomo la iniciativa y le envío un mensaje, me ignora...

Agito el teléfono, estrecho los ojos sobre él y contemplo la posibilidad de tirarlo al fregadero.

Justo cuando considero seriamente la última opción, llega su respuesta.

Kingsley: Enhorabuena por haber perdido a la vividora y a sus perros demoníacos.

Aspen: No es una vividora. Callie es mi amiga.

Mis labios tiemblan en cuanto envío el mensaje. *Es* mi amiga. Una de las pocas personas a las que puedo llamar amiga, en realidad.

Vaya. Mírame teniendo un amigo. O reencontrarme con uno viejo o lo que sea.

Está Nate, pero nuestra relación siempre ha sido más de camaradería profesional. Tuve una pequeña amistad con una anterior asistente del bufete llamada Nicole Adler y la ayudé con su caso de custodia, pero luego se trasladó con su jefe a Inglaterra y no mantenemos el contacto a menudo. Al principio, la ayudé porque entendía lo que es perder a un hijo, pero ahora me doy cuenta de que era porque se parecía a Callie con su cabello rubio y su tez clara.

Kingsley: No sabía que ese término era parte de tu plan de vida.

Básicamente devuelvo la respuesta con un puñetazo.

Aspen: ¿Vas a molestarme unos minutos más o me vas a decir tu respuesta?

Kingsley: ¿Mi respuesta para qué? ¿Has hecho una pregunta?

No lo hice, pero casi puedo oír la burla en su voz. Uno de estos días, voy a matar accidentalmente a este bastardo en forma de homicidio voluntario.

Aspen: He dicho que estoy sola.

Kingsley: No veo ningún signo de interrogación ahí. ¿Y tú?

Aspen: Deja de ser un idiota.

Kingsley: ¿Qué? Solo estoy haciendo una pregunta inocente.

Aspen: Solo ven antes de que a través del teléfono te golpee las bolas.

Kingsley: *Emoji de risa en voz alta* Tu amor duro es adorable.

Aspen: No pensarás que soy adorable cuando vengas aquí, imbécil.

Kingsley: ¿Quién ha dicho que voy a venir? Quizá canalice el Aspen Leblanc que hay en mí y me haga el difícil hoy.

¿De verdad?

Leo y releo el texto, y efectivamente, las palabras están ahí.

Aspen: No me hago la difícil.

Kingsley: ¿Es por eso que te pones a bromear cada vez que no quieres dar las gracias por miedo a parecer emotiva? ¿O por el hecho de que te esfuerzas en parecer agresiva delante de Nate y de todos los demás porque Dios no quiera que se enteren de lo nuestro?

Aspen: Tú también eres agresivo.

Kingsley: Como respuesta a tu comportamiento. Puede que el karma sea tu amada perra, pero el rencor puro resulta ser el mío, cariño.

Aspen: ¿Significa eso que no vas a venir?

Kingsley: Añade un por favor y lo tendré en cuenta.

Estoy echando espuma por la boca mientras miro fijamente sus palabras. Estoy a punto de llamarlo de mil maneras, pero estoy ebria -o a punto de estarlo- y rodeado de un halo de soledad que necesito desvanecer.

Pero definitivamente no voy a rogar.

Así que dejo que mi bata se abra y me estremezco ante la ráfaga de aire que endurece mis pezones desnudos. Tiro de uno de ellos y hago una foto sin rostro en la que solo se me ve mordiéndome el labio, tirando de un pezón rosa, y un atisbo de mis bragas de encaje.

Me tiembla el dedo al pulsar "Enviar", y luego escribo.

Aspen: Tú te lo pierdes.

Nunca he hecho esto antes, porque no he confiado en que alguien no utilice esto en mi contra en el futuro. Además, nunca he tenido ganas de mostrar esta parte de mí a nadie.

Un pensamiento aterrador se extiende por los confines de mi cerebro. ¿Significa eso que confío en Kingsley?

Antes de que pueda encontrar una respuesta a esa pregunta, suena el timbre de mi puerta.

Salto, desviando mi atención del texto que Kingsley leyó, pero no contestó.

Maldito sea. Si no se lo creyó, entonces sí que tendré que rogarle. Tal vez debería pedirle a uno de los guardias que Mateo me proporcionó que me lleve a la casa de Kingsley para poder golpearlo en la cabeza.

Cerrando mi bata, suspiro, luchando contra el amargo sabor de la humillación, y prácticamente arrastro mis pies para abrir la puerta. Seguramente es el guardia que está en la puerta. Suelen traerme los paquetes después de revisarlos.

Sin embargo, cuando abro la puerta, no es un guardia con cara solemne el que aparece en mi puerta.

Es el propio Kingsley, vestido con un traje negro -el único color que lleva- y exhibiendo la expresión de un oscuro señor de los bajos fondos.

Mi corazón revolotea con la ferocidad de un pájaro atrapado que se escapa de su jaula.

Maldita sea. No debería estar tan feliz de verlo.

Y sin embargo, no puedo evitar la alegría sorprendida en mi voz.

—¿Qué estás haciendo aquí?

Me agarra por la barbilla y básicamente me empuja hacia atrás, irrumpiendo en mi apartamento como si fuera el dueño del lugar.

—No esperabas que me mantuviera alejada después de enviarme esa foto, ¿verdad? —Cierra la puerta de una patada y sus ojos brillan con un oscuro deseo.

—No lo sé, tal vez sí. —Se me seca la boca de lo mucho que necesito sus labios en los míos.

Así que cuando levanta mi pierna por su muslo, subo por su cuerpo, rodeando su cuello con mis brazos y mis muslos atrapan su delgada cintura en un reducto.

—¿Qué más esperabas, mi pequeña puta? —Me amasa el culo y yo gimo mientras las huellas de sus manos y las marcas de sus mordiscos palpitan en recuerdo de la noche anterior.

—No me llames puta si solo vas a burlarte de mí.

—Tú eres la única que se burla de mi polla en esta ecuación, cariño. —Me pega la espalda a la pared, me sujeta con una mano bajo el culo y me abre la bata con la otra.

Siempre me ha encantado la forma en que Kingsley me maneja con puro mando y sin posibilidad de que me resista a su control dominante. Siento que por fin puedo soltarme y no tener miedo de que me deje caer al suelo.

—Este es el culpable que has elegido para la noche. —Me muerde casi todo el pecho en su boca y yo gimo, tirando de su cabello con la misma violencia.

Entonces me deshago de su chaqueta, arrojándola a nuestro lado mientras me devora los pezones.

Intento desabrocharle la camisa, porque va demasiado abrigado, pero el hecho de que esté al borde del orgasmo no ayuda.

—Pensé que no ibas a venir —digo, rascando con los dedos su piel.

—Tal vez no estaba por venir.

—Y, sin embargo, estabas por aquí incluso antes de que te enviara un mensaje.

—Planeé dejar comida o te habrías ido a dormir sin una comida adecuada en tu estómago. —Sus labios recorren mis pechos mordidos hasta mi cuello y luego hasta mi boca.

Me mete la lengua, me besa con la boca abierta mientras se revuelve con el cinturón.

—Sabes a alcohol —susurra cerca de mis labios.

—Entonces deja de besarme —respondo, sintiendo que el calor sube a mis mejillas y que la vergüenza me llega al pecho.

—El alcohol no es bueno para tu salud. Tu hígado te abandonará pronto.

—¿De verdad vas a hablar de mi hígado ahora mismo? —Me aprieto contra su erección que ha liberado de sus bóxers.

—También es parte de ti.

—No es lo más importante. —Alineo mi coño con su erección y justo cuando estoy a punto de bajar, suena el timbre.

—Ignóralo —dice, y yo estoy totalmente dispuesta a hacerlo.

No hay manera en el infierno que voy a parar esto ahora.

El timbre vuelve a sonar, esta vez seguido de un murmullo de voces. Uno de mis guardias dice:

—Está dentro.

—¿Estás seguro?

Al oír la voz de Gwen, Kingsley y yo nos miramos fijamente, aturdidos, y luego tropezamos en un torpe caos de miembros.

—¡Joder, joder, joder! —maldice por lo bajo, tirando de la bata alrededor de mi cintura.

Me aliso el cabello que le encanta despeinar para hacer deporte, y luego señalo en dirección al dormitorio.

—Ve allí y no hagas ruido.

—Deshazte de esa pequeña bloqueadora de pollas. Tienes cinco minutos.

—Como el infierno lo haré. Tú tuviste toda una vida con ella, pero yo tengo la suerte de tener tanto tiempo como ella está dispuesta a darme. —Lo empujo—. Vete.

Me limpia la comisura de los labios y eso hace que sea consciente del dolor insatisfecho que tengo entre las piernas.

Luego se dirige al dormitorio y yo respiro profundamente antes de abrir la puerta con una sonrisa.

—Gwen.

Me devuelve la sonrisa y me pone una cesta en la mano.

—He traído magdalenas.

—Gracias. —Me muevo a un lado, permitiéndole entrar, y ella me observa atentamente mientras pasa a mi lado.

Mierda. ¿No me digas que mi cabello está contando lo que acaba de pasar?

—¿Por qué estás tan rojo? —me pregunta—. ¿Has estado haciendo ejercicio?

—Uh, sí, haciendo ejercicio. Acabo de terminar.

—¿En bata?

—Solo un entrenamiento de abdominales improvisado.

Coloco la cesta en la encimera de la cocina y le ofrezco un té verde con vainilla. Desde que Gwen empezó a venir a casa, me he abastecido de todo lo que tiene vainilla.

—Debe ser por eso que perdiste mi llamada.

—¿Me has llamado? —Compruebo mi teléfono que abandoné aquí antes y, efectivamente, hay una llamada perdida de ella.

No puedo creer que estaba demasiado atrapada para darme cuenta. Gracias a su maldito padre.

A veces, miro a Gwen y me pregunto cómo diablos dos personas improbables la hicieron.

Parece surrealista.

El hecho de que sea su propia persona, completamente diferente a mí y a Kingsley, es aún más surrealista.

Me alegro de que no haya vivido nuestros traumas. Aunque haya crecido sin madre.

—¿Cómo está Nate? —pregunto, vertiendo el agua caliente en una taza.

—Hoy llega tarde a casa. ¿No trabajas con él en la misma oficina?

—Sí... solo trataba de iniciar una conversación.

Ella sonríe.

—Eres mala en el juego social, ¿eh?

Cuelgo la cabeza.

—Lo siento.

—No lo hagas. Entendiste la tarea.

—¿Qué tarea?

Agarra una magdalena que ha traído y se ríe.

—Es solo un dicho, Aspen. Como cuando alguien hace algo bien o de una manera que a todo el mundo le gusta, decimos que ha entendido la tarea. Así que entendiste la tarea, porque la sociedad no es realmente tan útil. Papá dice que es solo para ser usado, lo cual está mal, por cierto, porque papá es malo a veces.

—¿Solo a veces?

—Sí, solo a veces. No creas todo lo que dicen los medios de comunicación sobre él. Son imbéciles y les gusta pintarlo como el diablo.

—¿Significa eso que vuelves a estar en buenos términos con él?

—Bueno, todavía quiere que me disculpe y me niego. —Hace un mohín, con un aspecto absolutamente adorable.

—¿Por qué te niegas? Pensé que querías que te perdonara.

—Él... ya no me mima y... bueno, supongo que sigue enfadado conmigo, y tengo miedo de que me vuelva a hacer daño si me disculpo.

—No lo hará.

—¿Cómo puedes estar tan segura?

—Simplemente no lo hará. La próxima vez que lo veas, discúlpate. ¿De acuerdo?

Ella hace un pequeño gesto con la cabeza.

—Odio no ser su ángel, pero está bien. Siempre será mi padre. Diablo salvaje, ligeramente malvado, y todo lo demás.

El bastardo afortunado.

En lugar de actuar con amargura y mostrar mi reacción, le pregunto a Gwen por la escuela. Me cuenta todo sobre los exámenes y sus amigos, y luego se reúne conmigo en el salón.

Dice que echa de menos a Caroline y que quiere salir con ella porque es como la tía divertida.

Y estoy celosa y contenta a partes iguales de poder compartir estas conversaciones con ella.

Ponemos una película -de terror, por elección de Gwen- y me cuenta que tenía problemas para conciliar el sueño y que suele ver películas de terror para poder hacerlo.

Me queda un largo camino por recorrer para aprender todo sobre ella, pero lo tomaremos un día a la vez.

Mientras me deje, estoy dispuesta a hacer cualquier cosa.

Poco después, su cabeza cae sobre mi hombro con los ojos cerrados.

Dudo antes de deslizar mis dedos por su cabello rojizo. He querido hacer esto desde que descubrí que estaba viva y no enterrada en una tumba sin nombre.

Gwen suspira en medio de los gritos de horror que provienen de la película.

Pero luego desaparecen.

Levanto la cabeza y veo a Kingsley de pie, sosteniendo el mando.

Está vestido, su expresión es cerrada mientras nos observa.

A pesar de que al principio se opuso a que tuviera una relación con Gwen, últimamente no ha hecho ningún comentario al respecto.

Pero no estoy segura de que eso signifique que lo haya aceptado o no.

—Déjala pasar la noche —susurra con voz grave y profunda—. Si Nate viene a recogerla, no podrá volver a dormir.

—¿Te vas? —A pesar de mi alegría por tener a Gwen a mi lado, no puedo evitar la punzada de decepción por perderlo.

—O eso o la bloqueadora de pollas se va a enterar. —Levanta una ceja—. Además, ¿no has dicho que soy muy malvado?

—Sabes que lo eres.

Sonríe y se inclina para besar la frente de Gwen.

—Dulces sueños, Ángel.

—Mmm, buenas noches, papá —murmura en sueños, y juro que mi pecho está a punto de desgarrarse de lo lleno que se siente.

Ella me habló de su conversación en el sueño, pero presenciarlo realmente es una experiencia completamente diferente.

El hecho de que, aunque Kingsley esté un poco enfadado con ella, siga tratándola como su preciosa princesa es también otra experiencia reconfortante.

Tiene un lado firme y protector que no he visto en ningún otro hombre. Me pregunto en qué me habría convertido si hubiera tenido una figura paterna cariñosa como él.

Espero que se aleje, pero captura mis labios en un beso lento y apasionado que me calienta hasta los huesos.

—Sueña conmigo, cariño.

Y entonces sale por la puerta, llevando un trozo de mi corazón.

23

Kingsley

Mis dedos se aprietan en el maletín mientras miro fijamente la versión poco favorecedora del rostro de mi madrastra.

Pero no es la vista de plástico lo que quiero romper en pedazos. Son los sentimientos que hay detrás. La malicia que brilla en sus ojos brillantes. La sonrisa que se dibuja en sus labios.

Estamos frente al juzgado, pero con mucha gente como testigo, el asesinato ciertamente no pasaría desapercibido.

Esta perra acaba de tener la audacia de hacer que su abogado argumente que mis recientes inversiones, mi implicación con los frentes legítimos de Nicolo, son peligrosas para el legado de mi padre. Ella va por la incompetencia, el mal juicio, y por lo tanto, por su lógica defectuosa, las acciones que mi padre poseía en W & S debe volver a ella. No lo harían. Son legítimamente mías, e incluso si se demuestra que soy incompetente, irían a mi albacea, no a ella. Pero ella cree que, si presenta suficientes demandas y hace valer su peso, conseguirá algo.

Aparte de mi eterno deseo de acabar con ella, no tendrá nada.

Susan acaricia el pelaje rosa que descansa sobre su hombro como si fuera una mascota.

—Tengo que mostrar la debida gratitud y agradecerte que me hayas dado esta oportunidad. Mejor prepara las llaves del reino.

—Las únicas llaves que vas a recibir son para una clínica de estancia para arreglar lo que tus cirujanos plásticos arruinaron. —La fulmino con la mirada—. Tu abogado es un poco tonto incompetente y probablemente olvidó mencionar que el dinero que invertí era originalmente mío, no de mi padre, por lo que demandar por él es similar a pescar en el Mar Muerto. Y probablemente nadie te haya dicho esto,

pero aquí tienes un pequeño consejo: solo porque puedas presentar una demanda no significa que debas hacerlo.

—Ese no es el dinero que busco, querido *hijo*. —No se me escapa la burla en su voz cuando dice "hijo"—. Lo que quiero es el resto que originalmente era de tu padre y que, por lo tanto, es legítimamente mío. Seguiré discutiendo en los tribunales hasta que tenga el trozo de pastel que siempre he merecido. ¿Qué se siente al ser derrotado en tu propio juego?

—Ni siquiera has empezado a reconocer el juego, y mucho menos a ganarme en él.

—Quizás estoy mejor dotada para ello de lo que crees. —Me da una palmadita en el brazo, sonriendo—. ¿Cómo está Aspen?

Entrecierro los ojos, olvidando en parte la sensación de su asqueroso tacto. ¿Por qué me ha preguntado por Aspen?

Nadie sabe de nuestra relación, aparte de Caroline, y probablemente Mateo y Nicolo.

Y quienquiera que estuviera en la cabina privada esa noche para presenciar todo el incidente de derrame de alcohol y celos.

No creo que Susan esté tan desesperada como para que me sigan, pero quizás sí.

El hecho de que sepa lo de Aspen me hace apretar los dientes. Ella, más que nadie, necesita mantener su energía destructiva lejos de ella.

Aun así, no muerdo el anzuelo y, en su lugar, la miro fijamente, con cara solemne.

Se limita a sonreír, sus labios rojos parecen grotescos.

—Prometiste tomar todo lo mío, y yo prometo hacer lo mismo, Kingsley. Especialmente ahora que tienes más que perder que tu condición de multimillonario y ese engendro al que llamas hija.

Con un último toque repugnante, se va, con sus pasos rápidos y medidos. Y deseo que se caiga de bruces y tenga la muerte más horrible.

O tal vez debería hacerlo yo, después de todo, porque los perros viejos como ella no mueren tan fácilmente.

Mi estado de ánimo cae en picado hasta lo peor para el resto del día. Todo el mundo sabe que debe mantenerse alejado de mí cuando vuelvo de una audiencia con Susan.

Todos excepto Aspen, la principal razón de mi mal humor.

Puedo luchar con Susan hasta el infinito y más allá. La razón por la que no estoy acabando con ella no es porque no pueda, sino porque necesito que sufra y que se someta a más cirugías plásticas para llenar el agujero dentro de su alma negra.

Necesito que esté alerta hasta el día de su muerte, y cuando lo haga, sola y sin beneficiario, irá a besar el suelo que pisó mi madre antes de ser empujada a su lugar especial en el infierno.

Pero un sentimiento ominoso me ha estado dando vueltas en el pecho desde que ella preguntó por Aspen. Por su nombre.

Así que me dirijo a su despacho. La última vez que estuve con ella fue hace tres días, cuando Gwen decidió que era una buena idea bloquearme.

Como si eso no fuera lo suficientemente blasfemo, ha procedido a robar el tiempo de Aspen cada noche desde entonces. A veces con Nate.

Decir que mi polla está planeando la destrucción masiva de esos dos es el eufemismo del siglo. Anoche podría haberles hecho una visita sin avisar y haberle bloqueado la polla a Nate hasta que Gwen se quedó dormida, por lo que me dio una patada en la espinilla. Naturalmente, le devolví la patada. Luego tuvimos un combate de boxeo por los viejos tiempos.

Sin embargo, eso no alivió la tensión.

Y una vez más, me niego a masturbarme como un niño de trece años. Así que eso deja a Aspen con problemas de frustración sexual que resolver, preferiblemente ahora.

Así que imagina mi jodida sorpresa cuando su asistente, una mujer bajita con cabello largo y gafas de montura dorada, me dice:

—Se ha tomado la tarde libre, señor.

—¿Estamos hablando de la misma Aspen Leblanc, o te has metido en un berenjenal y te has convertido en la asistente de otra persona?

Parece aturdida durante un segundo y luego suelta:

—Me refiero a la señora Leblanc. Normalmente no trabaja este día del año.

Compruebo la fecha en mi reloj para confirmar que no es el cumpleaños de Gwen. Aspen menciona que, como creía que su hija había muerto, se emborrachó en su tumba y la lloró.

Aunque lo de emborracharse es un hábito desagradable que tiene sin luto.

—¿Sabes por qué no trabaja en este día en particular?

La mujer sacude lentamente la cabeza.

—La Sra. Leblanc no es exactamente del tipo que comparte.

Como si no lo supiera, joder.

En el entrecejo podría caber el océano Atlántico mientras salgo del despacho de Aspen. Hay un cincuenta por ciento de posibilidades de que Nate sepa lo que pasa, pero no estoy dispuesto a arriesgar el otro cincuenta por ciento y que se huela algo.

Además, teniendo en cuenta que nunca ha tenido una conversación con él sobre sus oscuros orígenes, podría bajar ese porcentaje a treinta.

Recupero mi teléfono y me detengo mientras miro las fotos calientapollas que me ha enviado en los últimos días.

Porque, aparentemente, la incapacidad de tocarla no es suficiente, así que tiene que burlarse de mí con lo que me estoy perdiendo. O lo que podría estar haciendo si Gwen no hubiera adquirido el hábito de estar a su alrededor como una sombra pegajosa.

Busco en mi entorno para asegurarme de que nadie echa un vistazo a su desnudez, y luego escribo un texto.

Kingsley: No has respondido a mis llamadas en todo el día, así que ahora sería un buen momento para hacerlo.

Kingsley: Y será mejor que eches a Gwen hoy con el pretexto de que está resfriada.

No hay respuesta.

Ni siquiera una señal de *lectura*.

A lo largo del día, le envío miles de mensajes del tipo...

En caso de que nadie lo haya mencionado, no soy un hombre paciente, bruja. Así que un juego de empujar y tirar solo conseguirá que tu culo se enrojezca y tu coño sea brutalizado por mi polla.

¿Puedes al menos decirme si estás bien?

Te juro, Aspen, que voy a hacer que los perros de Nicolo te busquen y te encierren en alguna cabaña. Luego te pondré un rastreador.

Hace tiempo que no ves mi lado loco, así que quizá te lo hayas perdido, pero te prometo, cariño, que te arrepentirás de esta maniobra cuando mañana no puedas caminar.

¿Ha pasado algo?

No me hagas presentar un informe de persona desaparecida con la incompetente policía de Nueva York.

¿Le has dicho a tus guardaespaldas que no respondan a mis llamadas?

Para cuando vuelvo a casa, estoy de un humor más agrio que el vinagre e igual de amargo. Llamé a Gwen para husmear y me dijo que estaba pasando un rato a solas con Nate.

Colgué antes de que entrara en detalles desagradables.

Eso descartó a Nate también ya que el estoico hijo de puta realmente se olvida del mundo cuando está con mi hija.

Caroline Luciano tampoco ayudó y hasta procedió a hacerme sangrar los oídos con que Aspen no tiene corazón y que solo la ha llamado una vez desde que finalmente se mudó.

Marco el número de Nicolo mientras salgo de mi auto. Cuando hablé con el cabrón sobre el último ataque fuera de su club, que fue innegablemente orquestado por Bruno, cantó la melodía habitual de "no hay pruebas". Pero ofreció a algunos de sus hombres como protección, que Aspen rechazó, eligiendo a los hombres de Mateo en su lugar.

Si Bruno hace otra maniobra, le arrancaré la cabeza a Nicolo del cuello.

Mis dedos se detienen cuando encuentro el Range Rover de Aspen en mi entrada circular.

Ella está... aquí.

Me niego a honrar el sentimiento de mi pecho con un nombre mientras entro en la casa, empeñado en azotar su culo hasta que me ruegue que pare.

Aspen está agazapada en medio del gran salón frente al cuadro del demonio, con los hombros caídos y los ojos clavados en él.

—¿Por qué, y no puedo recalcarlo lo suficiente, no contestas al teléfono? —Me detengo frente a ella y me sorprende el enrojecimiento de sus mejillas y la falta de color en el fondo de sus ojos mientras me mira lentamente.

—No sé dónde lo he tirado —dice, con la voz baja, casi mansa.

La agarro del brazo y la pongo en pie. Estoy tan acostumbrado a que Aspen sea una maldita gladiadora que me resulta extraño verla tan vulnerable.

El olor a alcohol me asalta cuando me agarra la cara e intenta besarme. Una de las pocas veces que ha ido a por ella primero. Otra bandera roja.

—Estás borracha —digo lo obvio.

—No seas la aburrida policía del alcohol. Y no estoy borracha, solo un poco achispada.

—¿Conducías borracha?

—No. Robé una de sus botellas de vino una vez que llegué aquí, y todavía no entiendo el alarde. El tequila es mejor.

Un músculo se tensa en mi mandíbula.

—¿Dónde está Martha?

—No le reproches esto. Ella pensó que estaba en la habitación de Gwen. —Ella desliza sus pequeñas manos por mis costados y hacia mi polla.

Y aunque al hijo de puta le encantaría reencontrarse con su coño más que nada, le agarro las muñecas y las libero.

—¿Qué está pasando?

—Quiero que me folles. Eso es lo que pasa.

—Créeme, cariño, te voy a follar hasta la saciedad, pero no antes de que me digas por qué pareces haber visto un fantasma. —Peino mis dedos por su cabello ardiente y ella se estremece, cerrando lentamente los ojos.

—¿No puedes simplemente follarme? Normalmente saltarías sobre la oportunidad.

—Normalmente no es ahora. Así que podrías empezar a hablar.

—Maldito seas tú y tu terquedad y tu molesto comportamiento controlador. —Deja caer su frente contra el centro de mi torso, pero no me abraza, sus manos cuelgan sin vida a ambos lados de ella.

—Me alegro de que te hayas desahogado.

Ella se estremece, su respiración se estremece contra mi pecho y me doy cuenta de algo.

Se está escondiendo.

Con toda la intención de no dejarme ver su cara.

—Hoy es el aniversario de la muerte de mamá. —Tiembla como si las palabras la sacudieran—. Tengo dos días al año en los que me permito emocionarme. El día en que pensé que mi hija había muerto y el día en que mamá se tragó todas las pastillas que pudo conseguir para escapar finalmente de mi padre. Ahora que sé que Gwen está viva, creo que todas las estúpidas emociones vuelven a perseguirme. Lo odio.

Mis dedos se pierden en su cabello, acariciándolo lentamente. Se queda quieta ante mi tacto, como una niña pequeña que recibe consuelo por primera vez.

—¿Odiar qué?

—Las emociones. No se me dan bien, y solo puedo pensar en lo inútil que era, en cómo pasaba todo el tiempo que podía fuera para no volver a casa y ver lo patéticamente débil que era mamá. Odiaba a mi padre por pegarle, pero también la odiaba a ella, a veces, por no defenderse. La odiaba cuando le limpiaba las heridas, le calentaba la comida enlatada y la bañaba. La odiaba por obligarme a convertirme en su padre en lugar de al revés. Así que salía más, me quedaba más en la escuela, con la esperanza de no presenciar los episodios violentos de papá y sus sesiones de llanto que siempre le seguían. También esperaba escapar de la órbita de papá, porque siempre que estaba enfadado, realmente enfadado, su veneno de violencia se extendía también a mí. No me pegaba tanto como a mamá, pero si me ponía en su camino, recibía una bofetada en la cara o una patada en el estómago. Y esa vida me asfixiaba. La ansiedad, el miedo y la preocupación constantes me paralizaban y no tenía esperanzas de cambiarlo. Por eso prefería el impersonal mundo exterior. Hasta que un día, llegué a casa y estaba demasiado silencioso. Demasiado... sin vida. Solía tener siempre la radio encendida, escuchando tertulias y centrándose en los problemas de los demás en lugar de los

suyos. Ese día, estaba inquietantemente... silencioso. Creo que supe, incluso antes de ir a su habitación, que algo andaba mal. Como... como... como...

—Se hartó y terminó —susurro, las palabras demasiado roncas para mi gusto.

—Sí. —Su voz se quiebra mientras clava sus dedos en mi cintura, usándome como ancla—. Estaba tumbada en su cama como si estuviera dormida, pero no respiraba, y... Por primera vez en mi vida, vi una sonrisa en su magullado rostro. Estaba contenta de poder irse por fin y acabar con su miseria. Hasta el día de hoy, me pregunto si podría haberla salvado si me hubiera quedado más tiempo. Si no hubiera salido corriendo para escapar de ella y de la órbita negativa de papá. Quizá si hubiera sido una hija más fiable, habría sobrevivido.

—No, no lo habría hecho. Ella ya había tomado su decisión probablemente meses o incluso años antes de ese momento. Eras una niña y no tenías poder para impedirlo, así que culparte no solo es inútil, sino también ilógico.

Apoya su barbilla en mi pecho y me mira fijamente con un brillo antinatural en sus ojos.

—Y, sin embargo, te culpas de la muerte de tu madre.

—No me culpo.

—¿Por eso persigues a Susan con el espíritu de un fantasma vengativo?

—Se llama venganza, cariño. Mi contribución a la humanidad es librarla de una cazafortunas.

—Mentira —dice suavemente y alarga una mano para acariciar mi mejilla, al principio vacilante, como si no tuviera idea de cómo hacerlo, luego es más proactiva y con pura determinación—. Te sientes tan culpable como yo, quizá incluso más porque elegiste quedarte con tu padre para atormentar a tu madrastra en lugar de vivir con tu madre.

—¿Cómo diablos sabes eso?

—Nate.

Ese hijo de puta.

—Tú también eras joven, Kingsley. No pudiste hacer nada, y ya es hora de dejarlo ir de una vez.

—Te has vengado de tu padre metiéndolo en la cárcel. Yo no.

—Y mira a dónde me llevó eso. Llevo veinticinco años mirando por encima del hombro, contando días y meses para su eventual liberación. La venganza no es la respuesta, no cuando hay cosas más importantes en juego.

Mi mandíbula se aprieta bajo su contacto.

—Encontré a mi madre nadando en su propia sangre con lágrimas en los ojos y el maldito mechero de mi padre entre sus dedos cuando tenía unos malditos trece años. Así que no voy a permitir, bajo ninguna puta circunstancia, que la mujer que provocó esa escena se salga con la suya.

—No lo haces por ella, lo haces por *ti*. —Me agarra de la corbata, me sacude y me acerca al mismo tiempo—. ¿No ves cómo te está quitando tu humanidad? ¿Cómo te está torturando? Incluso Gwen sabe que debe alejarse de ti en los días de Susan porque te pareces más a un extraño que a su padre. ¿Es eso lo que quieres ser el resto de tu vida?

—¿Has terminado?

—No. —Ella levanta la barbilla a pesar de las lágrimas acumuladas allí—. No te vas a librar de mí tan fácilmente.

Esta maldita mujer.

Me libero de su agarre, o más bien la obligo a soltarme y me dirijo a la cocina para servirme un vaso de agua.

Mi primera opción sería el whisky, pero sacar eso delante de un alcohólico de armario no es diferente a entregarle una pistola a un tonto.

Aspen me sigue y se interpone sin reparos entre el mostrador y yo, obligándome a mirarla.

A esos malditos ojos que me persiguieron durante mucho tiempo.

—Puedes correr, pero no puedes esconderte de mí, King.

Mi polla salta en mis pantalones al ver cómo me llama así. Que se joda la imbécil y lo fácil que se excita con ella.

—Eres sorprendentemente pegajosa —le digo con un golpe desvelado.

—Y, sin embargo, sigues interesado.

—Tal vez cambié de opinión.

—Quizá seas un mentiroso.

El fuego salvaje cubre sus rasgos mientras se pone de rodillas con la elegancia de un ángel.

Un ángel que estoy transformando en mi diablo a medida.

Todos mis planes y pensamientos abandonan el edificio cuando me desabrocha los pantalones y me saca la polla. La traidora que, obviamente, le gusta más que yo, salta a su máximo esplendor en su agarre.

—¿Ves? —Me da una sonrisa socarrona mientras me masturba lentamente—. Tu polla también piensa que eres un mentiroso.

—Es físico. Su opinión no importa.

Su otra mano acaricia mis bolas mientras su pequeña boca envuelve la corona, chupando el pre semen.

—Joder, cariño. Tus labios están hechos para mí. Ahora, sé una buena chica, abre esa boca y chúpame como una buena putita.

Me lleva -o todo lo que cabe de mí- hasta el interior y chupa con la determinación de un súcubo.

Maldita sea, Dios mío.

Esta mujer hará que me corra como un adolescente en su primera sesión de masturbación.

Mis dedos se hunden en su cabello y lo envuelvo en mi puño. Aspen intensifica su actuación, moviendo la cabeza hacia arriba y hacia abajo con una necesidad que me hace correrme.

Puedo ver esa determinación en sus ojos brillantes, el desafío e incluso la necesidad de complacerme.

Ni en esta vida hubiera pensado que tendría a Aspen en esta posición. No solo es orgullosa, sino que odia mostrar cualquier forma de vulnerabilidad.

Pero está de rodillas por mí.

Un sentimiento de posesividad me recorre los huesos al pensarlo.

Aspen puede ser un caballo salvaje, pero es *mi* caballo salvaje.

Agarrándola por el cabello, la empujo hacia dentro, golpeando la parte posterior de su garganta. Se queda quieta, con la cara enrojecida, y espero que se resista, que me empuje, incluso.

Pero algo sucede.

Ella afloja la mandíbula y el agarre y deja que le folle la boca tan despiadadamente como le hubiera follado el coño.

No me contengo y ciertamente no me lo tomo con calma. Tal y como queremos los dos. Y esta mujer salvaje toma cada gota de mi locura, incluso mientras la saliva y el pre semen gotean por su barbilla.

Incluso cuando sus ojos se llenan de lágrimas.

Que me jodan. Esta hermosa bruja será mi muerte.

Estoy a punto de vaciar su bonita garganta cuando la última persona que esperaba que estuviera aquí llama desde el pasillo.

—¡Estoy aquí, papá!

24

Aspen

Me congelo.

Y también la sujeción de Kingsley en mi cabello.

Y el mundo también.

Por un solo segundo, al menos.

Luego, todo vuelve a caer como un huracán. No sé si es el alcohol o el exceso de información que le ofrecí a Kingsley o el hecho de haberme arrodillado por él, pero me siento tan fuera de mi elemento que desearía que la tierra me tragara entera.

No ayuda que el hecho de que me folle la garganta me haya excitado tanto que bastarían unas pocas caricias en mi clítoris para provocarme un orgasmo.

Pero el sonido de los pasos de Gwen por el pasillo es casi suficiente para disipar la bruma. *Casi.*

Empiezo a soltar lentamente la polla de Kingsley, pero me inmoviliza con su agarre contra mi cabello y me empuja con una violencia que me toma desprevenida.

¿Qué está haciendo el imbécil loco? Si Gwen entra, verá una escena poco favorecedora de los dos. Pero no tengo la oportunidad de protestar ni de dominar el ardor de mis piernas cuando el semen explota en mi garganta e inunda mi boca. En ese mismo momento, Gwen irrumpe en mi interior.

—¡Papá!

Desde mi posición detrás del mostrador, puedo ver las líneas apretadas en su cara, pero también es su expresión cuando está enfadado, así que realmente espero que eso sea lo que ve Gwen. No la parte del placer.

Cuando por fin se retira y se arropa, estoy a punto de hiperventilar. Se toma un momento para recuperar el aliento y luego dice con voz tensa:

—¿Qué haces aquí, Gwen?

—También es mi casa, sabes. Viví aquí no hace mucho tiempo —dice con actitud, y la oigo dejar caer algo, probablemente su bolso, sobre un taburete y subirse a otro—. Y ni se te ocurra echarme hoy.

Mis pensamientos de arrastrarme lejos son completamente imposibles ahora que ella está tan cerca.

Trago todo lo que puedo del semen de Kingsley, haciendo un trabajo de nivel ninja para no emitir ningún sonido.

Toma su vaso de agua y coloca despreocupadamente la otra mano sobre la encimera.

—Realmente no nos hablamos, Gwen.

—¿Cómo es posible que no te hables conmigo, papá? ¿Acaso no soy tu angelito? —Puedo oír el tono de princesa mimada en su voz. Realmente es la niña de papá.

—No cuando me acusas de ser un golpeador de mujeres.

—Lo siento —suelta con un resoplido—. Estaba demasiado emocionada, porque, bueno, sé que no te gusta Aspen. Hablando de Aspen, ¿es su auto el que está fuera?

Oh, mierda. ¡Mierda!

¿Cómo podía pensar que iba a salirse con la suya siendo un habitual de la casa de Kingsley sin que ella lo descubriera?

—No —dice Kingsley con su habitual frialdad.

—¿Entonces de quién es?

—Uno de mis conocidos —miente entre dientes con una facilidad espeluznante.

—¿Dónde están? —Gwen insiste.

—En mi oficina.

—¿Y por qué no estás en tu oficina?

—¿Por qué no estás con tu marido, por el que luchaste con uñas y dientes? —responde él.

—Ya me he disculpado, así que ¿por qué me echas? —Ella resopla—. Y Nate tenía una reunión urgente con un cliente. También trabajará hasta tarde por culpa de cierto socio que obviamente no asume el papel de gerente.

—¿Así que ahora es mi culpa que te hayas casado con un adicto al trabajo?

—Ugh, nunca me dejas ganar, ¿verdad?

Dímelo a mí.

Lo miro fijamente y le pellizco el muslo, a lo que él sigue con cara solemne, así que lo vuelvo a hacer, con más fuerza. Esta vez, cubre su gemido con un sorbo de agua y me lanza una mirada de muerte.

—No si puedo evitarlo —le dice a Gwen con una sonrisa falsa.

—Eres imposible. No me sorprende que ninguna mujer quiera establecerse contigo.

—Es al revés. Yo soy el que no está interesado en establecerse con nadie.

—Porque no te tendrían a ti.

—Porque *yo* no las tendría.

Hay una pausa y me imagino a padre e hija mirándose, o al menos, a ella. Kingsley parece estar más entretenido que otra cosa.

No es él quien está de rodillas en el maldito suelo.

Gwen suelta un sonido exasperado.

—Lo que sea. Al menos Aspen se está asentando.

Kingsley me lanza una mirada divertida como diciendo:

—¿Desde cuándo? —Y luego le pregunta a Gwen—: ¿Te lo ha dicho ella?

—No, pero la otra noche, cuando fui a su casa, vi la chaqueta de un hombre detrás de una silla. Creo que la olvidó allí. —Oigo sus pasos por la cocina y luego vislumbro su brazo mientras mete la mano en un armario—. Fue raro porque no me imagino a Aspen haciendo algo sentimental, pero quizá sea diferente con quien tiene una relación. De todos modos, estoy emocionada por cuando me lo presente.

El corazón me late fuerte en el pecho y estoy tan concentrada en sus palabras que la posición en la que me encuentro ya no importa.

Gwen quiere que le presente al hombre con el que tengo una relación. Que casualmente es su padre, y no habrá presentación, pero aun así.

—Ya veo. —Kingsley parece muy satisfecho de sí mismo.

—¿Eso es todo lo que tienes que decir? —pregunta Gwen con una nota de incredulidad.

—¿Qué más debo decir?

—No sé... ¿no estás celoso?

¿De sí mismo?

—No —dice con la misma diversión que me sacude los hombros.

—¿Ni siquiera un poco? —Gwen suena herida ahora—. Se llevará a Aspen, sabes. Y quizás nunca tuviste una relación con ella en el pasado, pero la has estado buscando toda mi vida.

Mis labios se separan mientras lo miro fijamente.

¿Me ha estado buscando? Esa es una nueva información.

La expresión juguetona de Kingsley desaparece:

—Solo la he buscado para reprocharle por haberte abandonado.

—Aun así... ¿nunca te sentiste atraído por ella?

—No.

Entrecierro los ojos y luego agarro su polla y ésta cobra vida lentamente bajo mi agarre. *Nunca te has sentido atraído por mí, ¿eh?*

Me mira fijamente, sus ojos brillan con oscura lujuria antes de cambiar rápidamente su atención hacia Gwen, que probablemente esté preparando su té favorito.

—Tú te lo pierdes —dice ella—. Aspen es un buen partido.

—¿Si? —Kingsley pregunta en mi nombre.

—Por supuesto. Es hermosa, inteligente y la mujer más preparada que conozco, así que sí, es definitivamente una presa que cualquiera desearía tener, pero no puede. Excepto ese hombre, obviamente.

Un sabor salado estalla en mi boca y me doy cuenta de que es una lágrima. Una lágrima feliz.

Ahora puedo morir como una mujer consumada. Nunca pensé que habría un día en el que escucharía a mi hija felicitándome.

Hace que todas las dificultades por las que pasé merezcan la pena. Las malas, las que dan miedo y las terriblemente feas.

—Si no fuera un poco alcohólica. —La tristeza en la voz de Gwen me abofetea en la cara.

Kingsley me mira con una expresión de regodeo de *"te lo dije"* escrita en su cara.

—Al principio no me di cuenta —continúa Gwen—. Pero siempre se echa alcohol en el café cuando cree que no estoy mirando. El otro día me senté a su lado y abrí un artículo sobre las enfermedades causadas por el alcohol, pero creo que no se dio cuenta. No quiero decírselo directamente, porque podría odiarme por ello. ¿Crees que debería preguntarle a Caroline?

—No lo sé, no me importa. Además, ¿por qué te pones en plan de amigo de Aspen cuando la odiabas a muerte no hace unos meses?

—Eso fue antes de conocerla. No tiene ni idea de cómo expresar sus sentimientos, y es adorable a veces cuando se queda con la mirada perdida mientras intenta entablar una conversación.

Mis mejillas se calientan. Vaya. Nunca me había avergonzado de mi carácter hasta ahora. El hecho de que se hable de mí en tercera persona mientras estoy aquí es aún más vergonzoso.

—Además, tú eres el que la odia y yo solo te seguía ciegamente. Ahora, soy mi propia persona.

—¿Es así?

—Si. Así que no interfieras ni conviertas su vida en un infierno solo para satisfacer tu ego. Te estoy vigilando, papá. —Me la imagino haciendo un gesto con la mano.

—¿Esta es la parte en la que debería estar asustado?

—Sí. No voy a dejar que le hagas daño a mi madre después de haberla encontrado por fin.

Mi talón araña el suelo en mis intentos por evitar levantarme y abrazarla. Mientras ella está despierta esta vez.

Gwen me llamó mamá.

No directamente, pero está cerca.

—¿Qué es ese ruido? —pregunta con desconfianza.

Maldita sea.

—La copa —dice sin que se note que se ha puesto nervioso—. Ahora, vete o vete a tu habitación para que pueda trabajar.

—Pero quiero cenar contigo.

—Esta noche no, Gwen.

—Lo que sea. Voy a hacer la cena para Nate en su lugar y vas a lamentar no haber aceptado mi compañía.

—Viviré.

—De forma aburrida. —Veo que se acerca al mostrador para darle un ruidoso beso en la mejilla, y me encojo más en mi escondite—. Te quiero, papá.

Su postura y expresión se suavizan.

—Yo también te quiero, Ángel.

Suelto un suspiro cuando su murmullo y sus pasos desaparecen, pero permanezco escondida un poco más, por si acaso.

—¿Estás haciendo campaña para una segunda ronda de chupar mi polla? —Kingsley me sonríe con su arrogancia de otro mundo.

—Como no. No puedo creer que te hayas corrido a mi garganta mientras nuestra hija estaba tan cerca. —Hago una pausa al ver cómo la llamaba nuestra hija. *Mierda.* Tengo que recomponerme porque estoy empezando a creer en *nuestras* cosas.

Nuestro tiempo.

Nuestro trabajo.

Nuestra relación.

Dios. Esto no es para lo que firmé.

—No iba a dejar que me bloqueara la polla otra vez. O si no, voy a bloquear a su marido peor de lo que he hecho hasta ahora.

—Eres horrible. —Empiezo a levantarme y pierdo el equilibrio debido a mis pies entumecidos.

Caigo contra el pecho de Kingsley y él me agarra por la cintura y me coloca sobre la encimera, luego se mete sin reparos entre mis piernas, subiendo mi falda hasta la cintura.

Me desabrocha la camisa, me la baja a la fuerza por los brazos y la tira al suelo. El sujetador le sigue hasta que estoy semidesnuda y tan preparada para su estrago que da un poco de miedo.

—Lástima. —Me limpia la boca con el pulgar, recogiendo el semen que queda allí, y luego lo desliza entre mis labios—. Te veías bien de rodillas.

—Eres el único hombre por el que me pondría de rodillas.

Sus ojos se oscurecen y su agarre se vuelve posesivo como nada que haya visto antes. Y, por alguna razón, se me seca la boca.

—Y no te pondrás de rodillas por nadie más en el futuro —anuncia de repente.

—¿Qué quieres decir...? —Mis palabras se ven interrumpidas por unos pasos apresurados.

—¡Papá! Es el coche de Aspen. Tiene la misma matrícula, ¡mierda!

Kingsley y yo también nos miramos con expresiones de "mierda".

Entierro mi cara en su torso para ocultar mi desnudez mientras se desata el infierno.

25

Kingsley

Rendir cuentas a alguien en todo el planeta está fuera de la mesa y no se puede negociar.

Pero hay una persona cuya vida ha estado tan entrelazada con la mía que es imposible no sentir algún tipo de responsabilidad hacia ella. La única persona que básicamente creció conmigo y que ha estado presente en todos los momentos monumentales de mi vida.

Mi mudanza de la casa de mi padre. Mis años de universidad. La facultad de Derecho. Aprobar el examen del colegio de abogados. Empezar Weaver & Shaw. La muerte de mi padre.

Y finalmente, encontrar a su madre.

Y esa persona está ahora sentada en el sillón frente a mí y a Aspen, que ha decidido aferrarse al otro extremo del sofá para salvar su vida.

Yo era el que estaba en esa posición hace dos segundos, al que se aferraba para salvar su vida, pero ahora que ya no está desnuda después de que se pusiera apresuradamente la ropa, aparentemente no tengo ningún papel que cumplir.

Aparte de ser objeto de las miradas de mi hija, por supuesto.

Gwen tiene la expresión de una princesa altiva. Menos el golpeteo de los pies y el cruce de brazos.

Ella y Aspen se han puesto rojas durante los últimos quince minutos, lo que habría parecido cómico en otras circunstancias.

—En caso de que ninguno de los dos se haya dado cuenta, estoy esperando una explicación —dice con desvelada terquedad, yendo a la yugular.

Definitivamente es mi hija y la de Aspen.

Su madre se encoge más en su rincón del sofá. Estaba exultante después de oír a Gwen hablar de ella antes, y para mantener esa expresión de asombro durante más tiempo, alenté la conversación.

Ahora, sin embargo, está claramente fuera de su elemento.

Estirando las piernas delante de mí, me encuentro con los coloridos ojos de Gwen.

—Bueno, déjame informarte de que no tenemos ninguna obligación de explicar nada. La última vez que lo comprobé, yo era el padre.

—La última vez que lo comprobé, dijiste que no te atraía —replica la pequeña pícara—. Lo cual es obviamente incorrecto, a juzgar por el espectáculo de desnudos que he visto. Voy a suponer que no está relacionado con el trabajo.

—Lo siento —susurra Aspen, aclarándose la garganta.

—¿Por qué? —La voz de Gwen se suaviza cuando habla con su madre, a diferencia de su actitud malcriada conmigo. Puede que la haya mimado demasiado.

Aspen se encuentra con su mirada durante un breve segundo.

—Por tener que presenciar eso.

—¿No deberíais lamentar más que tengan algo y no me lo hayan dicho?

—No es una cosa —suelta Aspen, apresurándose a corregir a Gwen, y yo estoy muy cerca de ahogarla mientras me la follo.

—¿Entonces qué son? —pregunta mi hija.

—Buena pregunta. ¿Por qué no la respondes, bruja? ¿Qué somos?

Me mira con incredulidad. *¿Qué?* ¿Creía que esto iba a ir por su lado? Solo hay un camino y ella lo ha jodido todo al negar lo que somos.

—Espero que, sea lo que sea, el nombre sea una relación —dice Gwen, todavía dando golpecitos con el pie. Cuando ninguno de los dos responde, jadea—. Dios mío, ¿son amigos con derecho a roce?

—No somos amigos —digo con una calma que no siento.

Los hombros de Aspen se tensan al oír eso, su espalda se endereza, y adopta ese personaje de perra ardiente que solo ella puede llevar a cabo.

—Sí, no lo somos.

—¿Entonces son solo beneficios? —Gwen lanza las manos al aire—. No puedo creerlo. La última vez que hiciste esto, salí de la unión y viví toda mi vida sin madre. Gracias por ser egoístas una vez más y no tenerme en cuenta en cualquier acuerdo sexual que tengan.

Aspen palidece.

Miro fijamente a Gwen, sin pestañear.

—Vigila cómo nos hablas. Somos los padres, no al revés.

—Entonces actúa como tal y deja de jugar con mi cabeza. —Se pone de pie y mira a Aspen con ojos de cachorro—. Estoy muy decepcionada contigo. Creía que habíamos llegado a un punto en el que podías contarme estas cosas, pero creo que no hemos avanzado nada. —Mueve la cabeza en mi dirección—. Y yo que pensaba que no había secretos entre nosotros, papá.

—Lo dice la que se casó con mi mejor amigo mientras yo estaba en coma.

—Bueno, amo a Nate. Siempre lo he hecho. ¿Ustedes se aman? —Cuando ninguno de los dos responde, nos lanza una mirada dramática y se echa el bolso al hombro—. Llámame cuando decidas cuál es tu relación y dónde encajo yo en ella.

La puerta casi se sale de sus bisagras cuando la cierra de golpe tras ella.

Eso sí que es dramático, innecesario y lleno de tendencias empáticas exageradas de Gwen.

Aspen, sin embargo, parece haberse tomado todo demasiado en serio, porque se levanta, con las piernas temblando como si intentara ir detrás de Gwen.

La agarro por la cintura y la vuelvo a sentar. Me mira por encima del hombro.

—Pensé que no éramos amigos. Suéltame.

—Es cierto. No somos amigos, cariño. Eres mi maldita mujer.

Juro que se sonroja como un curioso caso de tomates antes de bajar la cabeza y aclararse la garganta.

—Gwen debe odiarnos.

—No, solo se dejó llevar por el calor del momento. Se calmará cuando se lo cuente a Nate y él será el que argumente a su favor. Lo malo es que él es mucho menos emocional que ella, lo que es más difícil de tratar.

Ella gime, escondiendo su cara en mi pecho.

—No quiero perderla.

—No lo harás. Le gustas.

Sus ojos estallan en una miríada de colores mientras me mira fijamente.

—¿De verdad?

—Sí. Y es del tipo que perdona. No sé de dónde sacó eso.

—Definitivamente no de ti.

—O de ti.

Ella sonríe, pero pronto se le escapa y trata de alejarse.

—¿A dónde crees que vas, cariño?

—A casa. Creo que hemos causado suficiente daño por una noche.

—Joder, no. El daño ya está hecho. —Le agarro la barbilla con dos dedos y la inclino hacia arriba—. Además, odias estar sola en una noche como esta, ¿verdad?

Su respiración se rompe.

—¿Cómo puedes siquiera pensar en el sexo en una situación como esta?

—Pienso en el sexo en cada situación cuando se trata de ti, así que no veo dónde está la sorpresa en eso.

—¿Alguna vez tendrás suficiente?

—¿Tú lo harás?

Vacila, pero no responde, y no se lo permito cuando sello mis labios con los suyos y termino lo que Gwen ha interrumpido.

Al contrario de lo que esperaba, Gwen está dando pelea.

Hace una semana que entró en nuestros juegos preliminares, y desde entonces se hace la dura con los dos.

Sin embargo, tal y como esperaba, Nate fue la persona a la que derramó su corazón, y se acercó con una capa metafórica y una caballería de cartón para actuar como su representante.

Aspen trató de explicar, canalizando su diplomática interior. Le dije de forma rotunda que no tengo nada que explicarle, precisamente a él, cuando se acostó con mi hija mientras yo dormía.

Me llamó "idiota", Aspen me fulminó con la mirada, y luego intentaron irse juntos para retomar su lógica -también escrita *aburrida- conversación*. Lo cual no permití, por supuesto.

Me importa un carajo que solo sean amigos. Nate sigue siendo el único hombre al que está unida, y en algún momento, creí que eran follamigos.

La única razón por la que no estaba seguro de que fueran realmente parejas sexuales es el hecho de que Nate solía desechar a las mujeres con las que se acostaba como si fueran pañuelos usados.

Sin embargo, una parte de mí pensó que tal vez Aspen era lo suficientemente especial como para mantener una amistad con ella.

Ese pensamiento me dejó un fuego ardiente en el pecho. Soy tan autodespreciativo como un candidato presidencial. Las únicas veces que lo haría es cuando es falso.

Sin embargo, no puedo negar el pensamiento persistente de que si Aspen tuviera que elegir un compañero, sería alguien como Nate. Aunque es estoico y distante, es tan sensato como ella, no la obligaría a hacer nada y no hay discusiones de por medio.

No me malinterpretes. Las probabilidades de que lo admita en voz alta son nulas, pero eso no significa que el pensamiento no esté rondando libre en mi cabeza.

¿Mi solución? Usar el ángulo de Nicolo, mintiendo al decir que tenemos una reunión de almuerzo con él para mantener a Aspen a mi lado.

La comida ocurrió en mi casa, justo después de haberle puesto el culo rojo por negarse a comer, y después de haberle ordenado que consumiera comida.

Ahora mismo está de pie cerca de la ventana, llevando solo mi camiseta.

Y chupones.

Y marcas de mordiscos.

Y la huella de mi mano.

Sus hermosas piernas están cubiertas de moretones que se desvanecen. En algún momento, dejó de quejarse de ellos, excepto cuando tiene que usar una tonelada de maquillaje para cubrir los del cuello.

Me pidió que no mordiera más allí, pero a la mierda.

Siempre existe esa necesidad animal de marcar cada centímetro de su piel para que solo me pertenezca a mí.

Así que soy el único hombre que se adueña de su cuerpo y tiene la misión de conquistar su alma.

Nunca había tenido estos sentimientos por una mujer. Cuando la conocí había un indicio de querer más, pero no hasta el punto de esta ardiente obsesión.

No hasta el punto de estar hambriento las veinticuatro horas del día de probarla.

Nunca he sido el tipo de hombre que se encariña fácilmente, o en absoluto. Nunca he mirado a una mujer dos veces, ni se me ha ocurrido una idea tras otra para atraparla y que se quede conmigo.

Pero la mujer que está en la ventana, revisando su teléfono y masajeando su sien, es la excepción a todo lo anterior.

Es tan jodidamente hermosa, como mi ángel caído a medida y el demonio favorito del diablo.

Incapaz de resistir el impulso, me pongo los bóxers, me acerco a ella y le rodeo la cintura con un brazo posesivo, envolviéndola por detrás.

Huele a sexo y a mí.

Ahora siempre me huelo en ella, y doy gracias a la nariz sensible que me permite vivir este momento al máximo.

Mi otra mano masajea su cabeza y ella suspira.

—Mmm. Justo ahí.

—¿Todavía tienes fuertes dolores de cabeza?

—Solo cuando estoy cansada. Gracias a alguien. —Me mira mal y yo me limito a sonreír, continuando mi tarea.

Aspen lleva siete días sobria, y apuesto a que su decisión de dejar de beber tiene que ver con que Gwen la llamara alcohólica. Si hay algo que he aprendido de Aspen, es que desprecia con pasión ser débil. Es el resultado de su dura infancia, de su padre mafioso y de lo mucho que tuvo que hacer para arrebatarle su posición en la cima.

Y según su lógica, ser menos que perfecto a los ojos de Gwen es un signo de debilidad.

Eso es lo más alejado de la verdad, pero si eso hace que deje de beber, entonces puede creerlo todo lo que quiera.

Ha sido una criatura adorablemente gruñona mientras se retiraba. Los primeros días fueron los peores, pero poco a poco se ha ido adaptando e incluso ha empezado a comer más. ¿Y mi parte favorita? Me busca cada vez que puede, y cuando intenté ignorarla para que reaccionara, bombardeó mi teléfono con su forma de invitación: fotos eróticas.

Suspirando, se relaja en mi abrazo, e incluso sus movimientos se detienen en el teléfono.

—¿Sigues intentando contactar con Gwen? —Hago un gesto hacia la pantalla que se ha abierto a su chat de grupo con Caroline y Gwen.

—Me ignora, pero habla con Caroline sin problemas.

—Es una manifestación de su ira. Ya entrará en razón.

—También dijiste que es del tipo que perdona, pero ese rasgo de personalidad aparentemente no se aplica a esto. —Su voz baja—. Siento que se me escapa de las manos después de que finalmente la tengo. ¿Y si sigue decepcionada conmigo?

—Ha buscado a su madre desde que era una niña pequeña, por lo que las posibilidades de que ese deseo disminuya son inferiores a cero. Gwen tiene una determinación exasperante y no se rinde hasta conseguir lo que quiere.

Su cara se ilumina como cada vez que hablo de Gwen y entonces se rodea el estómago con un brazo.

—Sabes, ella pateaba mucho cuando estaba dentro de mí, a veces me sacaba del sueño en medio de la noche. Pensaba que estaba enferma o algo así y no podía hacer nada al respecto o podría haber desencadenado los abusos de mis tíos.

Mi mandíbula se aprieta y dejo de masajearle la cabeza para no apretarla o algo peor.

Al igual que yo, a Aspen no le gusta hablar de su pasado. Esta es una de las pocas veces que ha ofrecido voluntariamente un vistazo.

—¿Siguen vivos tus tíos?

-Afortunadamente, no. Murieron en un horrible accidente poco después de que me escapara. La cabeza de mi tía fue encontrada a una milla de su cuerpo.

—Buen viaje.

Se estremece.

—Yo también creí que me alegraría, pero su muerte no me devolvió la hija que perdí. En aquel entonces, me golpeaban cada vez que podían, también intentaban envenenarme y me encerraban hasta que creía que iba a morir.

—Pero no lo hiciste. Estás aquí.

—Sí. Puse trampas por toda la casa y les hice la vida imposible. Intenté todo bajo el sol para proteger al bebé que crecía dentro de mí. Era joven pero no realmente una niña, ya sabes, y por primera vez en mi vida, me sentí responsable de otra persona. Me enamoré de ella en cuanto la conocí y le leía mucho, le hacía escuchar todo tipo de música y le contaba historias felices de las que yo era demasiado pragmático para sentir alegría. Yo... quería que fuera amada y cuidada y que tuviera una historia diferente a la mía. Así que cuando me pusieron ese bebé muerto en los brazos, perdí todo mi propósito y me limité a sobrevivir. Hasta... bueno, ahora. Quiero darle todo lo que tengo y no tengo, a pesar de que no es una niña y está casada. ¿Es eso raro?

—No, solo significa que eres un padre. Y si te sirve de consuelo, yo también quería que ella tuviera una historia diferente a la mía. Por eso, probablemente, la mimé y la protegí demasiado.

Se enfrenta a mí, obligándome a soltarla.

—Eres un gran padre, Kingsley. El mejor padre que conozco.

—O no conoces a muchos padres, o eso pretendía ser un cumplido.

Un rubor estalla en su cuello y susurra:

—Cállate.

—No te preocupes. Mantendré tus emociones en secreto, cariño. Ni siquiera nuestra hija se enterará.

Hace una pausa, sus labios se abren.

—Tú... solo... ¿Acabas de llamarla nuestra hija?

—Bueno, ¿no es así?

—Sí, pero nunca has dicho eso antes.

—La llamaste nuestra hija primero el otro día. Así que estoy siguiendo la tendencia.

Ella me muestra una sonrisa.

—Gracias.

—¿Se ha acabado el mundo o me has dado las gracias?

—Solo sigue la corriente y deja de hacerte el listillo.

La atraigo contra mí.

—¿Lo soy?

—El peor de todos. —Suspira, acercando su nariz a mi pecho—. Pero oye, tu olor definitivamente ahuyenta el dolor de cabeza por abstinencia.

—Cobro con un polvo por cada abrazo.

Sus hombros tiemblan de risa.

—Adicto al sexo.

Acaricio su cabello ardiente.

—Me declaro culpable, Su Señoría.

Permanecemos así un rato, sus brazos rodeando mi cintura, la cara enterrada en mi pecho y mis dedos jugando con su cabello.

Y si el tiempo pudiera detenerse, este sería el momento perfecto.

—Deberías contarle a Gwen lo que acabas de decirme —digo después de un rato—. Ella lo entendería.

—Prefiero no hacerlo.

—No tienes que ser fuerte todo el tiempo, Aspen. Hay personas, incluidas las de tu sangre, que deberían verte tal y como eres. Defectos, debilidades y todo eso. Alguien tan empático como Gwen lo apreciará.

—Yo... lo pensaré. —Ella suelta un suspiro—. Es que se siente muy raro después de todos estos años. Muchas cosas lo hacen.

—¿Cómo qué?

—Como cuando los encontré a ti, a Caroline y a Gwen. Es como esa repentina oleada de vida que tienen los pacientes moribundos antes de morir.

—Es una analogía deprimente.

—Lo sé. No puedo evitar pensar en ello.

—Lo que no puedo dejar de pensar es en cómo me encontraron tus tíos.

Ella levanta la cabeza, frunciendo el ceño.

—Yo tampoco. Todos estos años, pensé que Caroline les ayudaba, pero juró que no era así.

Esto no me gusta. Es una pieza que falta en un rompecabezas y un agujero negro que desbarata todo el panorama. Lo peor es que los únicos vínculos con esta teoría, la tía y el tío de Aspen, han desaparecido.

Como si todo estuviera planeado.

Mi teléfono suena en el suelo junto a nosotros, pero no le presto atención.

Aspen se pone un poco rígida antes de apartarse sutilmente.

—Voy a volver al trabajo.

Me agarro a su muñeca antes de que se pierda de vista.

—¿Por qué?

—¿Cómo que por qué? Tengo una reunión con un cliente.

—No es eso lo que me pregunto. ¿Por qué te alejaste de mí hace un momento?

—Yo... no lo hice.

—Ni siquiera me miras. —Inclino su cabeza hacia arriba para ser recibida por sus ojos apagados.

Toda la luz se ha desvanecido de ellos como si estuviera en modo de batalla. A veces tiene este modo en el que se escapa a una parte más profunda de sí misma, donde es imposible encontrarla.

—Tengo trabajo, Kingsley. No todos tenemos miles de millones a los que recurrir.

—Tu amargura por la discriminación social no solo es patética, sino que no tiene ninguna lógica.

—Entonces soy patética. —Me empuja a la fuerza, recoge su ropa del suelo y cierra de golpe la puerta del baño.

Estoy a punto de sacarla de allí y ver qué mierda le ha hecho enredar sus inexistentes bragas, pero eso solo llevaría a una pelea.

Teniendo en cuenta nuestras personalidades igualmente testarudas, es mejor dejar que las cosas se calmen a veces.

Agarro mi teléfono y me detengo cuando veo un texto en la pantalla de una de mis anteriores acompañantes.

Hey, sexy.

Estrecho los ojos en ella y luego en la puerta del baño. Aspen no ha podido verlo.

Si lo hubiera hecho, habría hecho un escándalo al respecto.

Borro el texto, bloqueo el número y me planteo cambiar el mío. Demasiadas mujeres lo saben cuándo deberían haberse tomado en serio sus acuerdos de confidencialidad.

Ya no importan.

De hecho, nunca lo hicieron.

La única mujer que lo hace está aparentemente enfadada conmigo.

26

Aspen

Soy una persona lógica.

De hecho, me he sentido más vieja que mi edad real desde que era una niña por esta razón.

No me dejo influir por las emociones, ni siquiera cuando era una adolescente hormonal con un embarazo inesperado y sentimientos no resueltos.

Mi principal objetivo siempre ha sido sobrevivir, escapar del agujero en el que nací y llevar una vida totalmente diferente a la de mis padres.

Elegí ejercer la abogacía para que nadie tuviera la oportunidad de pisotearme. Para poder superar las estadísticas sobre fugas y demostrar que se puede lograr.

Nuestros orígenes no dictan quiénes somos, sino nuestras acciones.

Quería reescribir mi historia, empezar de nuevo y enterrar mi pasado.

No sabía que me alcanzaría. O que me encontraría con la persona más ilógica que he conocido.

Ha pasado una semana desde el día en que vi el mensaje de otra mujer a Kingsley.

Toda una semana de lucha contra las emociones sombrías que no tienen por qué atacarme.

Durante esa semana, he intentado alejarme, pero Kingsley es una maldita bestia que no me permite estar sola.

En medio del sexo sucio, azotándome, marcando mi carne con sus bárbaros mordiscos, no he tenido tiempo de recuperar el aliento.

Odio que me haya acostumbrado a su mano áspera durante el sexo y cómo se vuelve suave pero firme cuando me lava el cabello, adorando cada hebra. O la

forma en que me da de comer recetas especiales que ha encontrado específicamente para ayudarme con mis problemas de abstinencia.

O cómo me arrastra a su gimnasio casero para trabajar mi resistencia, y siempre, sin duda, acaba follándome a mitad del entrenamiento porque es un animal que nunca tiene suficiente.

Pero lo que más odio es que mi visión sobre todo esto empieza a ser borrosa.

Por eso necesitaba reunir lo que me quedaba de voluntad, convocar mi lado lógico y recordarme a mí misma que lo que vi ese día no era nada.

Que en realidad no se acostó con ella.

Aunque no estaba haciendo un gran trabajo para convencerme de ello, teniendo en cuenta que tenía que luchar físicamente para no revisar su teléfono.

Hace dos noches cedí y escribí su contraseña mientras dormía. La única razón por la que sé su contraseña es porque es tan abierto a escribirla delante de mí como si confiara en mí o algo así.

Bueno, no debería haberlo hecho, porque rompí totalmente esa confianza. Sin embargo, no había rastro del texto que vi. Su nombre, Britney, tampoco estaba en sus contactos.

Para otras personas, eso podría haber sido una buena señal, pero hizo que mi medidor de sospechas subiera un escalón, y me sentí tan asqueada conmigo misma por husmear en sus cosas que tuve náuseas toda la noche.

Yo no soy esta persona. No me pongo celosa, no permito que nadie me haga sentir pequeña y mucho menos que juegue conmigo.

Entonces, ¿por qué tengo ganas de llorar de frustración?

Soltando un largo suspiro, intento apartar el pensamiento de Kingsley de mi cabeza y alzo la mano para tocar el timbre de la casa de Gwen.

Nate me invitó a cenar y no me perdería esta oportunidad por nada del mundo. Mi hija ha estado evitándome activamente, y eso es parte de la razón por la que he estado al límite últimamente.

Su casa es espaciosa, pero no a nivel de catedral como la de Kingsley. Tiene el toque de Gwen con los interminables y coloridos parterres del jardín. También hay sillas

de aspecto acogedor en el patio delantero en las que me la imagino a ella y a Nate sentados en tardes tranquilas.

A pesar de su fortuna, Nate siempre ha vivido en un apartamento y solo lo ha utilizado para dormir. Es tan adicto al trabajo como yo, sin vida personal.

O al menos lo era.

Ahora, suele salir temprano, tiene límites estrictos en su tiempo personal y ha tomado más vacaciones en los últimos meses que en toda su vida. Y lo más entrañable es que todo su tiempo personal lo dedica a hacer senderismo y viajar con Gwen.

Nunca hubiera imaginado que Nate se convertiría en este hombre de familia, y me siento un poco sola, ya que siempre pensé que compartíamos la misma mentalidad.

No es que esté celosa o algo así. No lo estoy.

La puerta se abre antes de que pulse el timbre y trago saliva cuando Gwen aparece en la entrada.

Lleva unos pantalones cortos muy cómodos y una camiseta a juego en la que se lee "Vanilla is The New Kink". Lleva el cabello recogido en un moño desordenado y un poco de harina en la mejilla.

—Hola —digo, sintiéndome más nerviosa que nunca.

Aparentemente, tengo confianza en todo, excepto cuando se trata de mi hija.

Y su padre.

No. Deja de pensar en él.

—Nate me invitó —digo cuando ella permanece en silencio, y le doy una caja de pastel—. He hecho un pastel de vainilla. El más fácil. Quemé los tres primeros, pero este sobrevivió, aunque a duras penas. Solía comerlos en un puesto a un lado de nuestra calle. Había una señora de mediana edad que nos daba algunos gratis. A nosotras, es decir, Caroline y yo. Sobre todo, Callie, porque se hizo amiga de la gente de la comida para que le dieran las sobras, y luego las compartía conmigo. Prefería morir de hambre que mendigar comida... —Hago una mueca, dándome cuenta de que he estado hablando demasiado tiempo—. Perdón por parlotear.

—Ahora sé de quién saqué mi amor por la vainilla. Y también algunos hábitos de cotorreo. —Gwen toma el pastel de mi mano con una pequeña sonrisa—. ¿Vas a quedarte ahí toda la noche? Pasa.

La sigo y me lleva al comedor, donde la mesa ya está puesta para tres personas. Nate se sienta en la cabecera, con aspecto relajado en sus pantalones caqui y su jersey.

—Aspen.

—Nate —le devuelvo el saludo.

Gwen retira mi silla y yo acepto la indicación de sentarme.

—¿Sabías que iba a venir? —pregunto, mirando fijamente entre ella y su marido.

—Por supuesto. Nate ya me lo dijo.

—Oh. —Eso es mucho mejor que tomarla desprevenida, y al menos no se opone a la idea de que vaya a su casa.

—Voy a cambiarme muy rápido —nos dice, y luego desaparece por la esquina.

La atenta mirada de Nate la sigue hasta que la pierde de vista y se queda allí un segundo de más. Me alegro de que el bruto de Kingsley no esté aquí o habría iniciado un drama. Aunque entiendo que a un padre sobreprotector como él le cueste no pensar en ella como una niña pequeña.

No puedo imaginar lo que debió sentir cuando se enteró de que su mejor amigo se casó con su "ángel", como él la llama.

Pero, de nuevo, incluso el bruto de Kingsley pudo ver lo mucho que Nate adora el suelo que pisa Gwen.

Nada podría haber impedido que Nate se casara con Gwen. Ni siquiera su padre.

—Se ha pasado toda la tarde cocinando, horneando y escondiendo el alcohol porque sabe que has dejado de beber —dice, mirándome por fin—. Me ofrecí a ayudar, pero ella lo rechazó completamente.

Se me aprieta el corazón.

—Ahora me siento mal por el pastel que probablemente no es comestible.

—Créeme, se lo comerá, aunque tenga que beberse un galón de batido con él.

Sonrío.

—Gracias, Nate.

—¿Por qué?

—Por dejarme venir aquí. —He querido tener la oportunidad de hablar con ella cara a cara, pero siempre me he acobardado, por miedo a su rechazo.

Si fuera Kingsley, habría aprovechado esa oportunidad. De hecho, lo escuché hablar con ella por teléfono el otro día como si no hubiera pasado nada.

Pero la verdad es que él ha sido su padre, su madre y su mejor amigo todos estos años. Ella no puede estar realmente enojada con él por mucho tiempo. Yo soy una ecuación completamente diferente.

Nate se sirve un vaso de agua y toma un sorbo.

—Invitarte fue su idea.

—¿De verdad?

—Sí. Además, ella te necesita tanto como tú a ella, Aspen. Pero tiene tu terquedad y la de King, así que puede que le cueste un poco admitirlo en voz alta.

—Está bien. Puedo esperar. Esperé veinte años para encontrar algo de equilibrio después de perderla, así que esto no es nada.

—Mientras esperas... —Desliza los codos sobre la mesa y entrelaza los dedos—. ¿No deberías resolver lo que tengas con King primero?

Mi estómago se contrae al oír su nombre y me bebo un vaso entero de agua. Eso es lo que hago últimamente cada vez que tengo ganas de beber.

—No es nada.

—Estaré dispuesto a creer tu retorcido sentido de la nada si dejan de desaparecer en los despachos del otro a la vista de todos o si él deja de echar de repente a cualquiera que esté en la habitación con él cuando reciba un mensaje. O cuando dejen de mirarse el uno al otro con toda la intención de arrancarse la ropa.

Se me calienta el cuello y me sirvo más agua, el vaso casi se desborda. ¿Somos tan evidentes?

Más bien, ¿es Kingsley? No pierde la oportunidad de arrastrarme a un rincón oscuro para salirse con la suya. Arrasar conmigo.

Dejándome completamente agotada.

—Sinceramente, no me importa lo que dos adultos hagan con su vida sexual y ni siquiera voy a pensar en cómo te salen moratones por todo el cuello e incluso por las muñecas.

Escupo sobre mi agua.

—Tú... ¿lo viste?

—Sí, tu juego de maquillaje es descuidado a veces. Sin mencionar que pone su marca en lugares que no se ven. —Me hace un gesto—. Como tu nuca.

Me paso una mano por encima, sorprendido de que el vaso no se astille en pedazos en mi otra mano.

—Ese maldito imbécil.

—¿Supongo que no te está forzando?

Mis mejillas arden aún más.

—Lo mataría antes de que me obligue a nada.

—Eso es lo que pensé. Solo quería comprobarlo, porque es un ser humano frío al que no le gusta que le desafíen.

—No es frío... simplemente no es cálido, pero se preocupa. Quiero decir, míralo con Gwen, incluso cuando tienen sus diferencias, se envían mensajes de buenos días y buenas noches, y se asegura de que coma y es una de las razones por las que dejé de beber y... —Me detengo cuando una lenta sonrisa se dibuja en los labios de Nate—. ¿Qué?

—¿Soy yo o acabas de defender a King?

—No lo hice. —*Mierda. Lo hice*.

¿Qué demonios me pasa?

—Bien —dice de forma burlona—. Sea lo que sea que estés haciendo, ¿puedes asegurarte de que está claro? Está confundiendo a Gwyneth, y sin duda estoy de su lado, no del tuyo ni del de King.

El sonido de los pasos acaba con cualquier respuesta que tuviera. Mis pensamientos se dispersan cuando veo lo que lleva puesto Gwen.

Es el mismo vestido que le envié a su casa justo antes de que volviera de su luna de miel.

—Estás impresionante, esposa —dice Nate, con la voz más grave.

—Gracias, marido. —Lo besa rápidamente los labios y se sienta—. Aspen lo compró para mí.

—Luces perfecta —digo, con mis palabras estranguladas por estúpidas emociones.

—Gracias. —Sonríe un poco—. Hice champiñones, pasta a la boloñesa y bistec. No sabía cuál es tu comida favorita, así que no sabía qué cocinar. Si te gusta otra cosa, puedo...

—Está bien. No tengo una comida favorita. No me gusta mucho, en realidad.

Gwen frunce el ceño.

—¿Por qué no?

—Supongo que comer era una tarea tediosa cuando era joven, porque la comida era difícil de conseguir. Tener hambre me dolía y me quitaba energía, así que temía esa sensación. Cuando crecí, empecé a comer solo por necesidad. —*Hasta hace poco.*

Hasta que Kingsley me sentó en su regazo, en la encimera, y me hizo comer. O cuando hizo cosas sucias a mi cuerpo mientras comía.

Hasta que empecé a asociar la comida con nuestros acalorados debates y una deliciosa quemadura en el culo.

—Eso es porque lo hiciste sola. —Gwen pone un poco de pasta en un plato—. La comida debe consumirse en compañía de alguien, así que, si no tienes a nadie con quien comer, llámame a mí... o a papá. —Desliza el plato delante de mí con un tímido—: Espero que te guste.

Tomo un bocado de la pasta y lo mastico para no ahogarme con el nudo en la garganta.

—Está delicioso. Gracias.

—De nada. Papá me enseñó a cocinar. Me enseñó todo lo que sé.

Trago el bocado de comida.

—Me alegro de que lo hayas tenido.

—Yo también. —Juguetea con la servilleta en su regazo, con los ojos bajos—. Siento haberte culpado de lo que pasó en el pasado. La verdad es que no fue tu culpa y solo eras una niña cuando estabas embarazada de mí. Fui ilógica y emocional y no debí desquitarme contigo.

—Gwen, no...

—Déjame terminar. —Su voz se vuelve quebradiza—. Te eché mucho de menos cuando no te tuve y me dolió pensar que me habías abandonado, pero no fue así. Ayer, papá me llevó a la tumba que visitabas cada año, pensando que era yo, y me dijo que sufriste graves abusos, hambre y te golpearon hasta casi matarte, pero que aun así hiciste todo lo posible por protegerme. Me dijo que perderme te formó como persona y que, si no podía entender tus circunstancias, entonces no te merecía como madre.

Mis labios se separan. ¿Kingsley le dijo eso? ¿Él... me defendió delante de ella?

Como, ¿a qué está jugando ahora? ¿Es otra táctica para que confíe en él y así poder sacarme el mundo de debajo de los pies?

—Me mereces de todos modos, Gwen.

—No, tiene razón. —Sus ojos coloridos se encuentran con los míos con un brillo en ellos—. Siento que hayas tenido que pasar por todo eso. No tenía ni idea de que tu vida fuera tan dura.

—Yo... sobreviví.

—No significa que no haya sido duro. Ahora soy una adulta, sabes, así que ya no tienes que protegerme. Puedo hacerlo yo misma sin problemas e incluso puedo protegerte a ti, a papá y a Nate si es necesario.

Mis dedos tiemblan sobre los utensilios y no podría controlarlos, aunque quisiera. Dios. ¿Qué he hecho para merecer una hija como ella? No me extraña que Kingsley la llame ángel. Es el alma más pura que existe.

Me hace comer de todos los platos, canalizando el comportamiento de su padre, y lo hago, no porque me guste la comida, sino porque ella está ahí.

Los tres hablamos del bufete y de su solicitud de ingreso en la facultad de Derecho. Nate y yo le aconsejamos sobre sus opciones, basándonos en nuestra experiencia.

Y en medio del ambiente pacífico y familiar, odio que me gustaría que Kingsley estuviera aquí para unirse a la conversación. Hace que su presencia más grande que la vida sea conocida por su ausencia.

En este punto, no sé si podría purgarlo de mi sistema en lugar de dejarlo supurar dentro.

Después de la cena, Nate va a buscar algunos juegos de mesa mientras Gwen me enseña la casa.

—Es un lugar precioso —le digo cuando llegamos a una pequeña zona de estar que da a la piscina iluminada.

Me mira, con una sonrisa socarrona en los labios.

—No es más bonito que la casa de papá.

—Tienen diferentes atributos, supongo.

Me observa atentamente, entrecerrando ligeramente los ojos.

—¿Qué? —Doy un sorbo a la pequeña botella de agua que llevo encima.

—¿Amas a mi padre?

Me ahogo con el agua por segunda vez esta noche.

—¿Qué? No...

Su ceño se frunce como si la respuesta fuera decepcionante.

—Sé que he dicho que a veces es malvado, pero es el mejor padre de todos. Y de acuerdo, tal vez sus batallas legales con Susan son exageradas, pero ella también lo provoca, y fue la razón de la muerte de la abuela y todavía la insulta. Además, en el fondo es un buen hombre, así que dale una oportunidad.

—¿Una oportunidad para qué?

—Para amarlo.

—No es así como funciona, Gwen.

—Pero ¿Qué pasa si papá te ama?

—Créeme, ese no es el caso. —No es capaz de amar a otra persona. La única razón por la que ama a Gwen es porque es de su sangre.

Ella es parte de él. Definitivamente no lo soy.

—¿Cómo puedes estar tan segura? ¿Le has preguntado?

—No, y absolutamente no lo haré. —A no ser que quiera hacer el mayor de los ridículos—. Si lo que tenemos te incomoda, entonces puedo...

Las palabras que *lo terminan* se me atascan en la garganta y no sé por qué demonios estoy al borde de las lágrimas al pensarlo.

—¿Puedes qué? —Gwen mide mi expresión—. ¿Terminar?

—Si... lo prefieres. Es mejor que tengas la vana esperanza de que esto sea un reencuentro o algo así. Kingsley y yo nunca tuvimos una relación en primer lugar.

—Pero tuvieron una conexión, ¿verdad? La tía Callie me dijo que nunca dejaste de hablar de él en aquel entonces.

¿Desde cuándo llama a Caroline "tía Callie" y por qué esa idiota bocazas cuenta mis secretos?

—Era una adolescente despistada. Afortunadamente superé esas emociones hormonales.

—No creo que puedas superar completamente tu primer enamoramiento. Guardan un pedazo de ti para siempre. Fíjate en mí. Estuve enamorada de Nate desde los quince años, y aunque me rechazó años después, no pude quitármelo de la cabeza.

—Eso es diferente. Nate finalmente correspondió, y honestamente, no tenía ninguna oportunidad con tu determinación. Kingsley, sin embargo...

—¿Qué?

—Sabes muy bien que tu padre no quiere a nadie más que a ti.

—Bueno, es cierto. Pero oye, puede añadirte a su lista de candidatos.

El poder y la voluntad son totalmente diferentes, y soy lo suficientemente mayor y madura emocionalmente como para no desear lo imposible.

Vuelvo a dirigir la conversación a ella y a Nate para no volver a enredarme en mis propios pensamientos.

Los tres jugamos a un juego de mesa y vemos una película de terror, a petición de Gwen, en medio de la cual se queda dormida contra mi brazo.

Nate se la lleva demasiado pronto.

—Déjame llevarla a la cama y volveré.

—No es necesario. Puedo encontrar la salida. —Me inclino y beso su frente, mis labios se quedan ahí un rato—. Buenas noches, cariño.

Me pongo los zapatos y bebo una botella entera de agua de la cocina.

—Aspen, espera.

Me doy la vuelta con la mano en el pomo de la puerta del auto.

Nate entra en la noche, llevando un álbum de fotos, y me lo ofrece.

—Se olvidó, pero tenía la intención de darte esto.

—¿Qué es?

—Una especie de diario en el que añadía comentarios a cada foto suya. Quería que tuvieras esto para que pudieras ver cómo crecía a lo largo de los años.

Abrazo el álbum contra mi pecho y toco su brazo.

—Gracias, Nate.

Me da una palmadita en la mano.

—Habrías sido una gran madre, Aspen. Todavía lo eres. No dejes que King ni nadie te diga lo contrario.

No sé si son sus palabras, el tesoro que tengo en mis manos, lo cerca que se ha sentido Gwen durante toda la noche o la sensación de pesadumbre que hay en mi interior, pero no puedo controlar las lágrimas que caen por mis mejillas.

—Hey —Nate me atrae en un abrazo fraternal con una mano en mi hombro.

—Me duele. No haber estado ahí para ella desde el principio realmente duele y... no sé cómo mostrar lo agradecida que estoy por tener otra oportunidad. Me gustaría haberla visto crecer hasta convertirse en quien es.

—Puedes hacerlo a partir de ahora. Nunca es demasiado tarde para formar parte de su vida.

Asiento con la cabeza y empezamos a alejarnos el uno del otro cuando Nate da un tirón hacia atrás. Jadeo cuando Kingsley aparece como una sombra oscura con el puño en alto.

27

Kingsley

Cuando Gwen me envió una foto en ángulo lateral de Aspen a su lado con "Adivina quién es mi cita esta noche". Tuve la decencia de ignorarlo.

O, al menos, fingirlo.

Quince minutos más tarde, la pretensión no se sostenía tan bien y podría haberle hecho un guiño a la noche de póker en lo de Nicolo y haber volado hasta aquí.

En parte porque los intentos de Gwen de jugar a ser cupido son vergonzosamente obvios y no podía ignorarlos.

En parte porque... a la mierda. Quería ver la cara de Aspen. Últimamente ha alegado todas las razones bajo el sol para evitarme y eso es algo que ni mi polla ni yo íbamos a aceptar.

En realidad, mi polla se llena de su coño muy bien. Es la parte de desaparecer después lo que está mal visto en su limitado repertorio emocional.

Lo peor es que no siempre es una desaparición física. Me acostumbré a ella lo suficiente como para reconocer cuando está realizando un golpe mental, estilo bruja. Ella estaría allí en cuerpo, pero no en espíritu.

Y esa mierda tenía que terminar.

Así que imagina mi jodida reacción cuando la encuentro abrazando a Nate. O él abrazándola a ella o lo que sea.

Mi visión ha sido de un rojo nebuloso desde entonces, así que no me interesan los detalles en este momento. Excepto por la necesidad de romperle la cabeza a ese hijo de puta. Levanto el puño para dislocarle la mandíbula y enviarlo a la sala de urgencias más cercana cuando algo duro se estrella contra mi cabeza.

El golpe me toma tan desprevenido que mi agarre se afloja alrededor de su cuello y estoy dispuesto a asesinar a quien me haya interrumpido. Sin embargo, cuando me doy la vuelta, me encuentro con un Aspen furioso que sostiene el arma del crimen: un grueso álbum.

Solo los postes de luz dispersos ofrecen una visión de la noche, por lo demás oscura, pero es suficiente para resaltar su postura rígida.

Mi mandíbula se convierte en una línea dura.

—Quédate ahí. Estaré contigo en un minuto.

Si los ojos pudieran arder, los suyos serían un volcán cuando se interpone entre nosotros, obligándome a soltar a Nate. Sus fosas nasales se agitan y su barbilla se inclina tanto que casi alcanza el cielo.

—¿Qué demonios te pasa?

—Hazte. A. Un. lado —No sé cómo hablo con falsa calma cuando la lava corre por mis venas.

—¿Así que serías un bárbaro y golpearías a tu compañero y mejor amigo que, oh, no sé, resulta ser el maldito marido de tu hija? ¿Has pensado en lo que ella pensaría si viera esto?

—¿Lo hiciste cuando te arrojaste a sus brazos, sedienta de atención?

La *bofetada* llega primero, y el aguijón le sigue. Mi cara se endurece y, con un solo movimiento, le rodeo la garganta con la mano, apretando los lados hasta casi levantarla del suelo. Tengo suficiente control para no ahogarla, pero mi agarre es lo suficientemente firme como para que ella y Nate sepan que es mía.

—Te arrepentirás, cariño.

Una gran mano me agarra por el hombro con dureza y normalmente, en cualquier otra circunstancia, podría despegarme de ella, pero ahora no.

No cuando la necesidad de devorar a esta mujer y enseñarle a quién pertenece pulsa en mí como un segundo ser.

—Déjala ir, King. —La voz de Nate es tranquila pero firme.

Aspen sigue mirándome fijamente incluso cuando su cara se enrojece hasta el tono más oscuro que he visto. Incluso cuando sus ojos casi se salen de sus órbitas.

La bruja no lucha contra mí, probablemente usando alguna táctica de guerra silenciosa para intimidarme.

—La estás ahogando. Suéltala, Kingsley.

Aflojo lentamente mi agarre, pero no la suelto. No voy a soltarla, aunque nunca deje de odiarme y siga mirándome cada día durante el resto de nuestras vidas.

—King… —Hay una advertencia en el tono de Nate de que no dudará en pasar a la acción.

—Está bien, Nate —grazna—. Vuelve con Gwen.

—¿Estás segura? Está en su modo de locura ahora mismo.

No rompe el contacto visual conmigo, su barbilla se levanta.

—Puedo encargarme de él.

Ya quisieras, cariño.

Nate se inclina para susurrarme al oído:

—Tus celos son irracionales, sin sentido y tienen un margen de error del tamaño del océano Pacífico. Vuelve a cuestionar mi devoción por mi mujer y seré yo quien te mate, joder.

Y entonces, nos deja solos con un último movimiento de cabeza.

Mi mirada choca con la desafiante de Aspen. Parece más joven, más despreocupada, con un vestido informal de color claro y un jersey de flores que seguramente le ha prestado Caroline, porque su vestuario es tan lúgubre como el mío.

Se aferra a un álbum de fotos con ambas manos como si fuera su ancla.

—¿Vas a dejarme ir o Gwen también debe ver esta escena? —me susurra en la cara y estoy tentada de morderle los labios y desgarrarlos en mi boca.

—¿Qué estabas haciendo con Nate hace un momento?

—La última vez que lo comprobé, no es asunto tuyo.

—No me pongas a prueba, Aspen. Estoy muy cerca del punto de erupción, así que a menos que quieras presenciar la marca de desquiciamiento en la que me convierto, habla.

—Estás actuando como un maldito bruto y me niego a negociar con terroristas.

Si no estuviera al borde de la ira, me habría enloquecido, pero ahora, su terquedad solo alimenta las emociones volcánicas que invaden mis entrañas.

—Te juro que si no hablas...

—¿Qué? —Ella me corta—. ¿Qué vas a hacer?

Sin dejar de agarrarla por el cuello, tiro de ella hacia el lado de su auto, que está oculto por un árbol, camuflando la vista desde la casa. Grita y deja caer el álbum a un lado cuando la empujo contra el capó.

Mi cuerpo aplasta el suyo por detrás y es un golpe total de carne contra carne que la deja jadeando.

Antes de que pueda orientarse, le subo el vestido de un tirón y se lo subo por los muslos. Intenta agarrarme con movimientos descoordinados, pero mi mano cae sobre su culo con un golpe que resuena en el silencio y la hace detenerse.

—¿Es esta la razón por la que te alejas de mí últimamente, eh? —No me molesto en quitarle las bragas y se las arranco del coño con la fuerza suficiente para dejarla jadeando—. ¿Has cambiado de opinión de quererme a querer a nuestro querido yerno?

—Eres un enfermo hijo de puta. —Su voz es temblorosa, quebradiza, pero es lo suficientemente clara para transmitir su desprecio.

—Entonces, ¿qué es? ¿Cuál es la razón por la que apenas me miras a los ojos últimamente?

Le tiemblan los labios, pero murmura:

—Que te jodan.

—Si insistes. —Le meto dos dedos en el coño y sus paredes se cierran a mi alrededor—. Mira cómo tu coño está goteando y suplicando ser follado. Ni siquiera te importa que estemos fuera, ¿no?

Gira la cara hacia el otro lado, con las manos clavadas en el metal del Range Rover, pero le meto otro dedo y le subo la barbilla para que me mire.

—Quieres que folle este coño hasta que te mojes por todas partes como una sucia putita, ¿no?

El desafío en su cara es un afrodisíaco del que no me canso, así que añado un cuarto dedo, a lo que ella gime.

—Apuesto a que puedes meter todo mi puño en este coño

Su gemido es la única respuesta que obtengo mientras bombeo mis dedos dentro de ella más rápido, más fuerte. Luego, solo para joderla, me enrosco en dos para llegar a ese punto secreto que la vuelve loca.

Se sacude físicamente, pero sus ruidos, que suelen ser mi sinfonía favorita, ahora se apagan.

¿Así que la bruja decide presentar batalla?

Bien. Veamos hasta dónde llega.

—Tu codicioso coño me está empapando, cariño. No importa lo apretado que esté, sigue necesitando mi gruesa polla, ¿no?

Su respiración se vuelve superficial y sus ojos apenas permanecen abiertos. Cuando su coño empieza a empapar mis dedos, sé que se está acercando.

—Di que quieres que te folle.

—No —aprieta, los dientes se hunden en la almohadilla del labio inferior para evitar que se le escapen otros sonidos.

Aumento el ritmo hasta que ella jadea, y su piel se calienta y hormiguea bajo la mía. Entonces le muerdo la oreja, haciéndola entrar en un bucle de placer y dolor.

Justo cuando está a punto de correrse, saco los dedos de un tirón.

Aspen gime, las lágrimas se acumulan en sus ojos por la frustración o algo más, no lo sé.

Su rostro, que podría estar esculpido a la altura de los generales más despiadados, me mira fijamente.

—¿Crees que no puedo hacerlo yo misma?

Mete una mano entre los muslos, pero antes de que pueda hacer sus necesidades, le suelto la barbilla. Su cabeza cae contra el maletero mientras le doy una palmada en el coño y luego en el culo con tanta fuerza que jadea y su cuerpo se sacude contra el auto.

—No te toques cuando estoy cerca. —Mojo mis dedos con su humedad, y el sonido descuidado que hacen sus pliegues me pone la polla jodidamente dura—. ¿Ves lo puta que eres para mí? Estás goteando entre tus muslos. ¿Tanto quieres que te folle?

—Cállate.

Deslizo una generosa cantidad de su excitación hasta su agujero trasero e introduzco un dedo. Ella se queda quieta y yo sonrío, mis labios se encuentran con su oreja.

—Voy a follarte aquí esta noche y vas a recibir mi polla por el culo como una buena chica.

Su cabello llameante le cubre la cara, casi ocultándome su expresión, así que añado otro dedo, haciéndola gemir.

—Esta es tu primera vez, ¿no? Tu culo es virgen como lo era tu coño la primera vez que lo desgarré. —Le meto los dedos, lubricándola con sus propios jugos, dándole palmadas en los muslos y en el culo porque la moja mucho y le da la mejor imagen erótica que he visto nunca.

—¿Quién es Britney?

Su pregunta, aunque en voz baja y envuelta en la penumbra, me llega alto y claro.

—¿Quién? —Le vuelvo a dar una palmada en el culo y se sobresalta y traga un par de veces.

—La Britney que te envió un mensaje de texto 'Hey sexy', y luego desapareció milagrosamente de tu teléfono. ¿Quién es ella?

—¿Estás revisando mis cosas, cariño? —Le meto otro dedo en el culo, estirándolo al máximo.

Sus gemidos resuenan en el aire, pero repite:

—¿Quién es ella? ¿Te acuestas con ella?

—¿Y si lo hago? ¿Tu pequeño coño goteará menos para mí o tu culo se aflojará para mí con menos facilidad?

Se agita contra el auto, tratando de girar, y le doy tres palmadas consecutivas en el culo, haciéndola chillar. Luego se lleva una mano a la boca para silenciarla, probablemente recordando dónde está.

—Quédate jodidamente quieta a menos que quieras que te desgarre el agujero trasero.

—Suéltame —ordena en un tono roto y herido—. No me toques con las mismas manos que estuvieron sobre otra persona. No soy la segunda opción de nadie.

—Nunca fuiste una segunda puta opción. —Levanto su cabeza con un salvaje agarre de su cabello hasta que su cara está a la altura de la mía—. Las demás me importan una mierda, como deberían importarte a ti. Lo único que importa es que eres mía, en cuerpo y alma, Aspen. Fui el primero y me aseguraré de ser el último.

Sus labios se separan y grita cuando le meto los dedos en el culo con una energía salvaje. Sus muslos tiemblan y se agitan con cada entrada y salida.

Una vez que la siento cerca, la bordeo hasta que sus caderas se balancean, sus paredes me estrangulan como una prensa.

Y justo cuando está a punto de alcanzar el punto álgido, subo el ritmo. Ella grita y yo me muerdo sus labios en la boca mientras el orgasmo la sacude hasta la médula.

Entonces le suelto el cabello, dejándolo caer sobre el capó, y libero mi polla dura y preparada. Apunta directamente a su culo y retiro los dedos, disfrutando de cómo sus anillos musculares se aprietan a mi alrededor, intentando mantenerme dentro.

—Voy a poseer hasta el último centímetro de ti, Aspen. —Así, no tendrá otro lugar al que ir o recurrir.

De esta manera, cualquier camino que tome solo la llevará a mí.

La atraparé, no le daré escapatoria y la obligaré a aceptar la realidad que somos, aunque tenga que derribar cada uno de sus muros para ello.

¿Está mal? Tal vez.

Pero me importa un carajo en este momento. Lo único que me importa es que esta mujer tiene que ser mía. No habrá otros hombres y ciertamente ninguna relación después de mí. Puede que haya comenzado esto para ser algo temporal, pero ahora, cualquier maldito lamentable que intente acercarse a ella tendrá sus bolas en palos.

Agarrándola por las caderas, le meto los primeros centímetros de mi polla. La resistencia es real y tengo que parar.

La respiración de Aspen es entrecortada y su cuerpo tiembla, aunque permanezca completamente inmóvil. La vista de su espalda, de ella debajo de mí, sometiéndose a mí, nunca envejecerá.

—Tienes que relajarte, cariño, o no podré entrar hasta el fondo.

Su cabeza gira en mi dirección, con los labios hinchados y el cabello revuelto por nuestro anterior beso.

—¿No... no estás del todo dentro?

—¿Mi polla ha estado dentro de tu coño innumerables veces y has olvidado el tamaño? —Muevo mis caderas—. Relaja el culo y déjame entrar.

Mueve la cabeza frenéticamente.

—Yo... no puedo. Es... es demasiado grande.

—Tu coño ha recibido mi polla y también tu culo. —Le suelto la cadera y le doy una palmada en el culo—. Ahora, sé una buena chica y deja de empujarme.

Se sobresalta y gime, pero se relaja lo suficiente como para hacer lo que le digo.

Aprovecho la oportunidad para meterla hasta el fondo, haciendo que se desprenda del capó y casi se caiga hacia un lado si no fuera porque la tengo agarrada.

—Ah, joder —gruño al sentirme dentro de ella. Está apretada y se parece tanto al lugar del que no quiero salir el resto de mi vida.

—King… —gime ella, con la voz temblorosa—. Haz algo...

—¿Cómo qué?

—Cualquier cosa... —Ella inclina la cabeza hacia un lado, revelando lágrimas que se aferran a sus pestañas, probablemente por el dolor y el placer frustrado.

—Tendrás que especificar, cariño.

—Ugh, fóllame, idiota.

—¿Follarte por dónde?

—Por el culo... —Se estremece—. Fóllame por el culo.

—Dime que soy el primero en tocar este culo. Dime que no has permitido que ningún otro hijo de puta reclame esta parte de ti y que soy el único en el que confías lo suficiente como para dárselo.

—No estoy... alimentando tu ego.

—Entonces nos quedaremos así toda la noche. —Me inclino y le lamo la mejilla, las lágrimas que se han acumulado en sus ojos, luego le muerdo el cuello lo suficiente como para que se mueva debajo de mí, se apriete a mi alrededor y suelte gemidos—. Hasta que Gwen venga a vernos por la mañana. Tal vez Nate también. Tal vez todo el puto barrio.

—Basta... solo fóllame ya.

—Dilo.

—Jódete.

—Esas no son las palabras exactas que pedí. Inténtalo de nuevo.

—Kingsley... —advierte, pero su voz está más excitada que nunca.

—¿Qué, cariño?

—Eres el primero con el que hago sexo anal —suelta enfadada—. Pero no me fío de ti, joder.

Sonrío, pero probablemente parezca una mueca, mientras balanceo las caderas y doy unos cuantos empujones superficiales.

En cuanto empieza a acostumbrarse, subo el ritmo hasta que todo su cuerpo está en sintonía con el mío. Me retiro casi por completo hasta que solo queda la punta dentro, y luego vuelvo a introducirla tan profundamente que mi ingle golpea su culo.

Aspen grita y le meto dos dedos en la boca para que se calle.

—Vas a alertarlos de lo que hacemos en la oscuridad, cariño.

Me introduzco en ella con un ritmo enloquecedor que nos deja a los dos sin aliento. Ella me muerde los dedos cuando se deshace a mi alrededor, y yo le muerdo la nuca, la clavícula y cualquier lugar al que pueda llegar.

Mis bolas se tensan y me la follo con más fuerza contra el capó hasta que su respiración se rompe y el auto se mueve con cada una de mis embestidas.

Cuando me corro, me detengo a mitad de camino, gimiendo mientras saco y rocío mi semen por todo su culo rojo y su coño hinchado.

Aspen sisea y se saca los dedos de la boca con la lengua. Los cubro con mi semen y los vuelvo a meter entre sus labios, haciéndolos chupar como si fueran sus paletas favoritas.

—Buena chica —musito, un sentimiento de posesividad me agarra por las tripas.

Siempre pensé que solo podría llevarme bien con una mujer que se arrodillara dentro y fuera del dormitorio. Tenía una política de tolerancia cero con todo lo que fuera en contra de mí.

Pero esta bruja me ha dado ganas de tirarme a un volcán de cabeza solo porque está en medio de él. Probablemente también disfrutaría de cada quemadura.

Por lo que no hay manera de que se escape ahora.

Hay algo poderoso en poseer a una mujer desafiante como Aspen. No la domino exactamente, pero hago que se someta a mí cuando mi cuerpo habla con el suyo. Tengo una bola de fuego en mis manos y no puedo esperar a lo que se le ocurra a continuación.

Vuelve a escupir mis dedos, con los ojos llenos de lágrimas mientras se endereza sobre unos pies muy tambaleantes en los que no confiaría para mantenerme en pie si fuera ella.

Efectivamente, tropieza conmigo y la agarro por la cintura.

—Ya está, tómalo con calma.

Aspen se aleja de mí con dificultad, apoyando las dos manos en el coche para mantenerse en pie. Está jadeando, con los párpados brillantes y la cara roja.

—¿Qué soy para ti, Kingsley?

—¿Por qué esa pregunta repentina?

—Contéstame. —Su voz se quiebra y traga.

—Eres mía, Aspen. Eso es lo que eres.

—¿Qué significa eso?

—Significa que soy el único hombre que puede tocarte. —Agarro un puñado de su culo, haciendo que se estremezca cuando presiono la carne roja—. Nadie más que yo puede poseerte.

Sus labios tiemblan y una lágrima se desliza por su mejilla.

—Vete a la mierda.

Es un tono bajo, casi roto, pero no llego a concentrarme en eso, ya que me aparta de un empujón, recoge el álbum del suelo y se dirige al lado del conductor de su auto.

Sale a toda velocidad de la propiedad, con el sonido de la grava crujiendo bajo los neumáticos resonando en el aire.

Lo único que me queda son preguntas, confusión y una jodida torcedura en el pecho.

28

Aspen

Las lágrimas no dejan de manchar mi cara mucho después de estar en mi apartamento, acurrucada en la cama y rogando por dormir.

Me arde el culo, me duele el coño y me duele todo el cuerpo. Pero nada de eso se compara con el dolor demoledor de mi pecho.

Me dije que me calmaría después de un rato, recogería mis piezas y seguiría adelante, pero han pasado horas y no se ve ninguna mejora.

De hecho, recuerdo las palabras de Kingsley y me golpea una nueva ola de odio dirigida a mí y a él al mismo tiempo.

¿Por qué tuve que ponerme emocional después de que me follara como un animal en la puerta de la casa de nuestra hija?

De todos modos, ¿qué esperaba?

Al empezar esto, sabía muy bien que no lo llevaría más allá de lo físico. Una vez leí un artículo sobre cómo los hombres y las mujeres liberan diferentes sustancias químicas en el cerebro después del sexo. Mientras que ambos liberan dopamina, las mujeres tienen un exceso de oxitocina que las une forzosamente a la persona con la que experimentan placer. Lo cual no es lo mismo para los hombres; el mero propósito de su oxitocina es la producción de semen. La dopamina es la única hormona destacada para ellos, y no importa de quién la obtengan.

Teniendo en cuenta que nunca formé un vínculo, ni siquiera me permití acercarme a mis anteriores compañeros, me creí inmune a ese fenómeno. Pero, de nuevo, no eran Kingsley.

No eran el hombre que puso mi mundo patas arriba en más de un sentido.

Y aunque esperaba mantener toda esta relación física, puede que haya perdido la batalla mucho antes de darme cuenta. Kingsley, sin embargo, sigue firme en sus

convicciones sobre lo que es todo este asunto. Me llama puta, después de todo, y aunque solo sea durante el sexo y no niegue que me excita, quizá sea lo único que piensa de mí.

Pero supongo que me cegó lo suficiente su lado cariñoso como para esperar más.

Ahora, necesito matar esas esperanzas y lo que sea que tengamos, porque tarde o temprano, me agotará. Habrá un bagaje extra, auto-desprecio, y una nueva esperanza que florecerá ante cualquiera de sus gestos.

Como la forma en que me defendió frente a Gwen.

La ironía es mi perra menos favorita porque repite el escenario de hace veintiún años. Lo esperé entonces, lo busqué, quise conservar la conexión que tuvimos durante esa única noche. En medio del sexo desordenado, la bebida y nuestras conversaciones esporádicas, me divertí más con él de lo que lo había hecho en catorce años.

Me abrió los ojos a un mundo que no tenía ni idea de que existía, y me quedé con ganas de más. Más debates que invitan a la reflexión, tendencias violentas, y él.

Intenté encontrarlo incluso antes de saber que estaba embarazada. Eso fue por mero egoísmo, ya que me entretuve en una ilusión en la que alguna vez podría pertenecer a su mundo.

Con el tiempo, llegué a su nivel. Con el tiempo, me enfrenté a él, trabajé con él, me enfrenté a él y me acosté con él.

Pero eso es lo máximo a lo que llegaré.

Un ratón podrido del gueto siempre, sin duda, será devorado por el gato de los suburbios.

Y creo que ahora estoy en medio de ese proceso.

Quiero decirme a mí misma que no pasa nada, que he sobrevivido a cosas peores, pero en lugar de sentirme aliviada, más lágrimas corren por mis mejillas.

Mi teléfono se ilumina con un texto y lo miro fijamente a través de mi visión borrosa en la oscuridad.

Ha estado llamando sin parar desde que me fui y envió una serie de mensajes instándome a contestar el teléfono cuando me negué a contestar.

El último que ha enviado ahora es diferente.

Kingsley: Al menos bebe agua y dime que estás bien.

Mi corazón roto se aprieta y desearía poder llegar al interior de mi pecho y matar a ese imbécil. El estúpido órgano que creía haber neutralizado hace tiempo está en marcha y ya ni siquiera pretende estar de mi lado.

Un texto suave del idiota y está latiendo como un loco.

El verdadero hombre quiere dos cosas: peligro y juego. Por eso, quiere a las mujeres como el juguete más peligroso.

Las palabras de Nietzsche se deslizan en mi conciencia, traduciendo todo lo que siento sobre esta situación. No quiero ser un juguete.

Ni siquiera la de Kingsley.

¿Sabes qué? No voy a guardarme esto dentro.

Sentada en la cama, resoplo y tecleo.

Aspen: ¿Recuerdas aquella noche de hace veintiún años?

Su respuesta es inmediata.

Kingsley: Por supuesto. Fue la noche en que Gwen fue concebida.

Aspen: Aparte de eso, ¿qué significó para ti?

Kingsley: Fue la primera vez que te conocí.

Aspen: No, esa fue la primera vez que conociste la antigua versión de mí. La versión magullada y traumatizada, pero que seguía intentando ser fuerte. La versión que aún anhelaba ser aceptada en el fondo de su ingenuo corazón. Era la Aspen que mentía sobre su edad, se emborrachaba para armarse de valor y te deseaba con todas sus hormonas de niña pequeña. Pero estaba destrozada por sus familiares, por un embarazo precoz en la adolescencia y por haber tenido en brazos a su bebé muerto cuando apenas tenía quince años.

Kingsley: ¿Me estás culpando por no estar allí?

Aspen: No, me culpo por querer que estés ahí. Por buscarte y anhelar tu compañía cuando no eras más que un desconocido. Pensé que, si te hubiera tenido, podría haber protegido a mi hija y haber tenido un embarazo más saludable. Caí en el complejo de Cenicienta por el que a menudo reprendía a Callie, y fue francamente patético. Perder a mi bebé me dio la bofetada y la llamada de atención que tanto

necesitaba. Quemé todo lo que tenía de ti, de la antigua Aspen y sus ingenuos sentimientos y pequeños sueños. Así que la verdadera Aspen es la mujer que conociste hace siete años en el juzgado, tratando de destrozarte a ti y a tu cliente. Esa es la única Aspen que existe, Kingsley. Me niego a volver a ser la vieja y patética Aspen.

Kingsley: Voy a ir.

Aspen: No, no lo hagas.

Kingsley: Esta no es una conversación que debamos tener por mensajes.

Aspen: Así es exactamente como lo quiero, así que, si tienes algo que decir, hazlo así.

No creo que pudiera controlarme, ser lo suficientemente fuerte o tener la asertividad adecuada para apartarlo si estuviera aquí en persona.

Me pone tan nerviosa que es imposible pensar con claridad mientras estoy con él.

Kingsley: En primer lugar, la antigua Aspen no era patética. Era un poco ingenua, sí, joven y perdida, también sí. Pero también era una valiente superviviente, así que te prohíbo que hables mal de ella. En segundo lugar, no hay una Aspen real. La mujer que conocí hace siete años era inteligente y caliente como el diablo, pero también estaba vacía. No es la mujer que me vuelve jodidamente loco por el mero hecho de existir.

Un cosquilleo comienza en mi pecho y se extiende por todo mi cuerpo, y lo odio. Odio que unas pocas palabras suyas sean capaces de romperme y destrozarme en tan poco tiempo.

Aspen: Lo dices para meterte en mis pantalones.

Kingsley: Puedo meterme en tus pantalones sin decir eso, cariño.

Aspen: ¿Así que solo soy tu agujero caliente que es bueno para abrir las piernas?

Kingsley: Tienes agujeros calientes. Plural. Y me encanta cuando abres las piernas, pero ambos sabemos que eres mucho más que eso.

Mis dedos tiemblan mientras derramo mi amarga vulnerabilidad sobre el teclado.

Aspen: Tal vez no lo sé.

Kingsley: Antes te tirabas al cuello por deporte y ahora me dices que no sabes lo que vales.

Aspen: Yo solía y sigo, por cierto, saltando al cuello porque eres un imbécil antagonista y me niego a que me pisoteen.

Kingsley: Eso se traduce en una perra fuerte, quiero decir bruja. También eres más inteligente que nadie que conozca y tan testaruda que a menudo, o mejor dicho, siempre, me siento tentado a follarte por odio.

Aspen: ¿Y si digo que no?

Kingsley: Ambos sabemos que tu coño y ahora tu culo tienen una relación poliamorosa con mi polla. Así que tu "no" es por mero despecho.

Aspen: No quiero tener más sexo.

Kingsley: ¿Por qué no?

Porque quiero ver si solo me quiere para eso. Si, aparte de eso, significo poco o nada en su gran agenda.

En lugar de decir eso, escribo.

Aspen: Es que no quiero. ¿Te parece bien?

Kingsley: Depende de la duración. ¿Una hora? ¿Dos? Peor, ¿un día?

Aspen: Un mes.

Kingsley: ¿Qué tipo de droga de celibato estás tomando? ¿Te has metido en una religión o algo así? Muy poco recomendable, por cierto. No solo avergüenzan a tu precioso Nietzsche, sino que todas las religiones son antihedonistas y deberían arder en el infierno.

Aspen: ¿Es eso un no?

Kingsley: No, es un ¿qué carajo, Aspen? ¿Por qué demonios quieres que dejemos de follar como los mejores animales que han vagado por el planeta durante treinta días? ¿Estás físicamente herida?

Estoy emocionalmente herida, magullada y pisoteada, y necesito esto para intentar recoger mis pedazos, pero no se lo digo.

Aspen: No, no lo estoy, pero aun así quiero esto. ¿Cuál es tu respuesta?

Kingsley: Esto es una puta blasfemia y lo sabes. Nunca he pasado un mes entero sin tener sexo.

Aspen: ¿Entonces eso es un no?

Kingsley: No, no es un no. No tengo ni puta idea de a qué juego estás jugando. Pero bien, hagamos esta mierda. ¿Solo sexo con penetración?

Aspen: Todo tipo de sexo.

Kingsley: ¿Te has vuelto loca? ¿Qué tipo de método de tortura tan jodido es ese?

Aspen: Tómalo o déjalo.

Casi puedo ver sus ojos entrecerrados y sus fosas nasales dilatadas. Kingsley no es el tipo de hombre al que se lo pueda presionar para que haga algo, y mucho menos que se lovobligue a salir de su zona de confort, y esta es una verdadera prueba de si me quiere a mí o a mi cuerpo.

Kingsley: ¿Y si me niego?

Aspen: Entonces hemos terminado. Puedes ir a aliviar tus impulsos sexuales con tus acompañantes. Es decir, Britney. Y yo iré a buscarme una nueva polla.

Todo mi cuerpo se tensa al pulsar Enviar. Es el último escenario que quiero. Pensar en él con la maldita Britney o con cualquier otra mujer me duele el pecho hasta el punto del dolor físico unido a las náuseas.

Kingsley: Tus celos son jodidamente bonitos y no habrá más pollas en el panorama a no ser que estés dispuesta a añadir el asesinato en primer grado a mi currículum de mierda. La única polla que tendrás será la mía después de los malditos treinta días, bruja.

Una sonrisa levanta mis labios mientras leo y releo el texto.

Él... estuvo de acuerdo.

Realmente estuvo de acuerdo.

Abrazo el teléfono contra mi pecho, el vértigo que hay en mi interior se parece tanto a la antigua versión de mí.

La Aspen que tuvo una tragedia tras otra, pero que aún se aferró a la máscara negra que llevaba esa noche.

29

Aspen

La primera semana de mi celibato autoimpuesto es un infierno en la tierra.

Kingsley se volvió más malhumorado que la realeza snob y ha estado pidiendo a Nate que boxee con él casi todos los días.

Un hecho que a Gwen no le gustó, porque su padre le está robando el tiempo a su marido, que ya es limitado.

La segunda semana, Nate puso fin a las exigencias de Kingsley y le dijo: “Lo siento, pero prefiero la compañía de mi mujer”. A lo que Kingsley casi le da un puñetazo.

Empezó a hacer más ejercicio del que debería ser saludable, casi volvió a fumar y todos en la empresa lo evitan como la peste.

Cinco empleados estuvieron a punto de perder su trabajo simplemente por hablar con él cuando estaba de mal humor. Lo cual es más frecuente últimamente.

Intento que no piense en nada con el trabajo, con simples discusiones o incluso prometiendo comer todo lo que ha cocinado.

Eso es lo que hemos terminado de hacer ahora mismo: comer. Estamos sentados en la barra de mi cocina con una silla entre nosotros. Es un seguro porque no tiene ningún reparo en obligarme a quitar la “prohibición ilegal”, como le gusta llamarla.

Desde hace un par de semanas, hemos adquirido la costumbre de cenar fuera. En parte porque estar dentro de casa es sofocante y en parte porque... supongo que estamos saliendo. O así lo llamaron Gwen y Callie, efusivas y lanzando cien corazones en el chat de grupo.

Sin embargo, Kingsley nunca lo llamó así. Yo tampoco, así que no tengo ni idea de dónde nos deja eso.

El sexo era todo lo que había en nuestra relación, y ahora que está fuera de la ecuación, parece que somos una pareja que lleva años junta. Nos preparamos juntos para el trabajo, discutimos casos durante la cena y tenemos conversaciones que me dejan sin aliento. No solo eso, sino que últimamente pasamos más tiempo juntos que antes.

Ayer dimos un largo paseo en uno de los descapotables de Kingsley, y aunque perdí un pañuelo y tuve un día de cabello horrible, me sentí tan salvaje, fuera del sexo, por supuesto. Y sí, aparentemente Kingsley tiene una colección de autos deportivos. No es ninguna sorpresa. Es un hombre acelerado y le encantan las prisas de la velocidad, el fuego del desafío y lo imprevisible de las situaciones.

Pero también se nutre del control, así que el hecho de no tenerlo en este particular giro de los acontecimientos le ha convertido en una criatura gruñona.

Me limpio la boca después de haberme terminado todo el plato de pasta. Desde que dejé de beber, mi apetito ha vuelto poco a poco. Sigue sin gustarme la comida, pero Kingsley no me permite tener el estómago vacío. Gwen, tampoco. Juro que tanto el padre como la hija se confabulan contra mí.

—Está delicioso —le digo.

Refunfuña como respuesta y mira el espacio que nos separa.

—¿Y para qué sirve esta silla entre nosotros?

—Distancia de seguridad.

—Más bien una distancia inútil. Si decido abalanzarme sobre ti, ninguna puta silla te salvará de mí.

—Pero no lo harás —le recuerdo, medio temerosa de que realmente lo derrumbe todo.

—Tal vez lo haga.

—Tú... has aguantado bien durante dos semanas.

—No es el maldito síndrome de abstinencia de la adicción, Aspen. Empeora, no mejora con el tiempo.

—¿Y? ¿Qué significa eso? —Sueno inusualmente cuidadosa, casi asustada.

—Significa que eres una maldita dictadora. Tal vez debería llevar una lista de palabras negativas como hace Gwen y poner tu nombre en ella.

Eso me arranca una sonrisa y lanzo una servilleta en su dirección que él atrapa con una sonrisa tan encantadora que soy yo quien empieza a replantearse la decisión de la estúpida prohibición.

Me aclaro la garganta.

—Me habló de esa lista y me dijo que era algo que la ayudaba a lidiar con su reacción empática a las palabras negativas, pero pensó que no la conocías.

—Por supuesto que sí. Es una mierda para cubrir sus huellas y aún más para ocultar cosas, por eso me sorprendieron sus sentimientos por Nate.

—Debe haber puesto un esfuerzo extra para engañarte.

—No habría necesitado hacerlo si no fuera por el ladrón de hijas Nate.

Pongo los ojos en blanco y me meto una uva en la boca.

—Al final se habría casado.

—Eventualmente no es a los veinte años. Pensé que tenía algunos años más con ella.

—Nate tenía razón. Tú y Gwen son codependientes.

—Nate es un imbécil, así que su opinión tiene la importancia de un pañuelo usado. Y no es codependencia. Mi hija y yo solo estamos cerca porque hemos sido el mundo del otro durante dos décadas... —se detiene cuando mis hombros caen—. Lo cual es un lapso de tiempo que alcanzarás estando en su mundo durante futuras décadas.

—Gracias —Me deslizo hasta el asiento entre nosotros y coloco mi mano sobre la suya—. Y no solo porque me aceptaste como su madre, sino también porque le contaste mi pasado. Ahora me mira de forma diferente, con más respeto y... amor. Y sé que tú has tenido algo que ver con su cambio de actitud.

—Si realmente quieres darme las gracias, cosa que te recomiendo encarecidamente, podrías utilizar una moneda diferente a las palabras.

Le golpeo el hombro, sonriendo, y me pongo en pie.

—Yo lavaré los platos. Ve a elegir un programa que *no sea Breaking Bad*.

—Es el único programa superior que ha producido la televisión. ¿Y es un no en la parte de chupar mi polla?

Me inclino más cerca hasta respirar su aire, y rozo con mis dedos su barbilla, haciendo que sus fosas nasales se agiten, y luego susurro:

—Es un tal vez. Inténtalo de nuevo en catorce días.

—Pequeña jodida calientapollas —murmura cuando me escapo detrás del mostrador, y señala sus pantalones abultados—. Mira lo que has hecho.

—Siempre estás en ese estado.

—A tu alrededor. Así que deberías resolver el problema que causaste.

—En catorce días.

—Será mejor que pidas la baja por enfermedad dentro de catorce días, porque vas a perder la capacidad de caminar. —Su voz se oscurece y opto por mirar la pared para no quedar atrapado en la energía de otro mundo que crea con su mera existencia.

Y realmente necesita dejar de ser atractivo cuando está en pantalones casuales y una camisa de polo. No tiene sentido que sea un dios del sexo andante se ponga lo que se ponga. O tal vez estoy más afectado por la prohibición de lo que me importa admitir.

—Por cierto. —Me ocupo de limpiar el mostrador para no mirarlo—. Felicidades por tu caso ganado hoy.

Ahora lo hacemos, nos involucramos en los casos del otro, y eso ha traído más armonía de la que jamás creí posible. Me gustan sus consejos y, sorprendentemente, él también aprecia los míos, aunque estemos en campos diferentes.

Kingsley toma una manzana verde del mostrador y la hace crujir.

—Era cuestión de tiempo que ganara. El fiscal apenas tenía argumentos.

—¿Estás siendo modesto? Era un caso difícil que tenía todo en contra. No sé cómo lo haces.

—¿Hacer qué? —Se apoya en el mostrador, comiendo su manzana, y sigue mis movimientos mientras ordeno el mostrador.

—Ganar todo el tiempo.

—No todo el tiempo.

—El noventa y seis por ciento de las veces.

—Vaya, cariño. —Una sonrisa come mierda curva sus labios—. ¿Llevas la cuenta de mi porcentaje? No sabía que te importaba tanto.

Mi cara se calienta más que la temperatura ambiente.

—No lo sé. Solo lo sé porque es un uno por ciento más alto que el mío. Lo cual no es justo, por cierto. Yo soy más respetuosa con el protocolo que tú y debería tener un porcentaje más alto de victorias.

—Y sin embargo no lo haces.

—Eso cambiará.

—Hablas como si fueras mi rival. —Hace una pausa al masticar cuando mis dedos vacilan sobre una taza—. Espera un segundo. Me consideras un rival, ¿verdad?

—¿Y tú no?

—No. Eres un socio mayoritario de mi firma. Se supone que somos subordinados, no rivales.

—Entonces, ¿por qué intentabas sabotear mis casos cuando descubriste que soy la madre de Gwen?

—Puro rencor.

—¿No hay rivalidad?

—No.

Suspiro.

—No puedo creer que haya estado en esto de la rivalidad sola todo este tiempo.

—Es adorable, sin embargo. Pensar en ti tratando de vencer mi porcentaje y poniéndote nerviosa por ello, es algo excitante. ¿Quieres que nos lo quitemos de encima?

—No, Kingsley.

Levanta un hombro y arroja los restos de la manzana en el cubo de la basura.

—Vale la pena intentarlo.

Lo veo desaparecer en la sala de estar y mirar Netflix mientras cargo los platos en el lavavajillas.

—¿Tienes alguna otra almohada que no defienda la personalidad de Barbie de Caroline? —dice, apartando de una patada las almohadas mullidas.

Sonrío.

—En el armario de la habitación del fondo.

Tira otra almohada mullida sin más intención que la pura malicia antes de dirigirse a donde le indiqué. Tomo algunos aperitivos y meto unas palomitas en el microondas. No es hasta que el inquietante silencio del apartamento me apuñala en el pecho que recuerdo qué más hay en el armario de la habitación a la que acaba de ir Kingsley.

Maldita sea.

Prácticamente corro por el pasillo y se me corta la respiración cuando encuentro una escena sacada de mis situaciones más temidas.

La tenue luz amarilla proyecta un suave resplandor sobre Kingsley cuando se encuentra frente al armario abierto. Las almohadas que ha venido a buscar están esparcidas por el suelo mientras toda su atención se centra en la caja que tiene en la mano.

Me acerco lentamente a su lado, con el corazón latiendo en mi garganta.

—No es... lo que piensas.

Sus ojos se convierten en lava fundida cuando se deslizan desde la caja hacia mí.

—¿Me estás diciendo que estos no son en realidad la máscara y la bufanda que llevabas la noche que te dejé embarazada?

—Lo son, pero... —Me quedo sin palabras, completamente distraída por la forma en que desliza sus dedos sobre la bufanda de franela como si fuera mi cuerpo.

Maldita sea, yo. Este es el peor momento para ponerse cachonda.

—Pero ¿qué?

—No significan nada.

—Mentiroso. Guardaste estas cosas durante veintiún años, así que definitivamente significan algo. Te gustaba tanto, ¿eh?

—Cállate.

—No. Esta vez no te vas a esconder. Pensé que habías quemado todo lo que tenía que ver conmigo, pero supongo que esta máscara y la bufanda escaparon milagrosamente del fuego.

—¿Puedes fingir que no los has visto?

—No se puede. Admítelo, estabas encaprichado conmigo.

Me quejo.

—¿Y qué si lo estaba? Fue un estúpido enamoramiento adolescente.

—¿Enamoramiento, eh? —Sonríe, y es tan despreocupado que me toma desprevenida.

—¿Por qué has omitido la parte de 'estúpido' y 'adolescente'?

—No he oído nada, aparte de la palabra *enamoramiento*. —Desliza la máscara negra sobre mis ojos, dejando que las cintas cuelguen a ambos lados de mi cara.

Todo el aire es aspirado de mis pulmones ante la cruda calidad de sus ojos. Puede que me haya equivocado antes, porque la tormenta que hay en él no se detendrá hasta que vuelque el mar que hay en mí.

—¿Qué estás haciendo? —susurro, asustada de mi propia voz.

—Recuperando recuerdos.

—Como... ¿qué?

—Como que te follaré con esta máscara puesta cuando se acabe la prohibición ilegal y gritarás mi nombre como una putita, no como una mujer fatal.

—Basta ya. —Alejo su mano, principalmente para controlar mi reacción a sus promesas—. Vamos a ver algo.

—No tan rápido. —Me agarra por el brazo, clavando su dedo en él—. Nunca me dijiste por qué te fuiste esa mañana.

—Éramos extraños, y tú eras algo amenazante. Salvé mi pellejo.

—Mentira. Hay algo más.

—Principalmente porque eras amenazante y me recordabas a mi padre, pero también... porque tenía miedo de tu reacción si te enterabas de mi edad real. Tenía

que estudiar para los exámenes de todos modos, así que... sí, pensé que la opción más segura era irme.

—¿Todavía te recuerdo a tu padre?

—No. Tú tienes tendencias antisociales, pero te preocupas. Él es un verdadero psicópata que solo considera su propio beneficio. —Hago una pausa—. ¿Qué pensabas hacer realmente esa noche?

—Solo un incendio provocado de la Noche del Diablo.

—Vaya. No puedo creer que un delincuente como tú se haya convertido en abogado.

—Solo lo hice para utilizar la ley en mi beneficio. Soy inocente de cualquier cargo que me acuse de defender la justicia.

Me río.

—Eras la definición de chico malo y deportista, ¿eh?

—Más o menos. Nate tuvo que evitar que cometiera un crimen real desde que éramos adolescentes.

—Pero no era un deportista.

—No. Pensó que era un tipo de violencia innecesaria e interesada.

—Bueno, no se equivoca. Déjame adivinar, el tipo que llevaba el disfraz del Joker esa noche también era un deportista.

—Adivinaste correctamente. Intentó que sus padres me denunciaran por asalto y agresión después de esa noche, pero mi padre les cosió la boca con unos cuantos miles de dólares.

—Encaja.

—En realidad no. Podría haberle cosido la boca con mi puño.

—Bruto. —Me quedo mirando donde su pulgar presiona mi brazo, incapaz de mirarlo a los ojos—. ¿Guardaste algo de esa noche?

—¿Aparte de Gwen?

Lo miro, mi voz es demasiado baja y vulnerable para mi gusto.

—Aparte de Gwen.

—Si preguntas por la máscara de Anonymous, Susan la tiró ya que tenía la costumbre de estropear mis cosas por desprecio. Solo me enteré días después.

—Oh.

—Tiré toda su colección de ropa vintage a la basura como venganza, pero eso no fue suficiente. Esa perra tiene que caer.

—¿Realmente no vas a dejar pasar lo de Susan?

—No en esta vida.

—¿Recuerdas mi cita favorita?

Su expresión se suaviza y la picardía ilumina sus ojos oscuros.

—Si miras a un abismo durante mucho tiempo, el abismo te mira a ti.

—La versión completa es. El que lucha con los monstruos debe tener cuidado para no convertirse en un monstruo. Y si miras al abismo durante mucho tiempo, el abismo te mira a ti. —Le acaricio la cara—. No te conviertas en un monstruo, Kingsley.



Al decimoctavo día de la prohibición, Kingsley se ha convertido en un completo dolor que gotea de masculinidad tóxica y antagónica. Nadie quiere tratar con él en el trabajo.

No es broma. El otro día, un abogado asociado lo vio venir por el pasillo e inmediatamente cambió de dirección.

—Sea lo que sea que hayas hecho, deshazlo —me dice Nate, empujándome sutilmente en dirección al despacho de Kingsley.

—¿Y qué te hace pensar que tengo algo que ver con todo esto?

—El hecho de que te mire como si quisiera follarte y luego matarte. O matarte y luego follarte. No estoy del todo seguro de sus duros límites y si incluyen la necrofilia.

—Estás siendo dramático.

—Y él está siendo un gran idiota con un tornillo suelto. Niégalo todo lo que quieras, pero ambos sabemos que es por tu culpa. Entra antes de que mate a Susan de verdad esta vez.

Hago una pausa.

—¿Susan está aquí?

—Sí. Está realizando su molesto espectáculo del mes.

—Creía que estaba prohibida en Weaver & Shaw.

—Tiene una orden judicial que dice que como está demandando por acciones, tiene derecho a entrar en el edificio.

—Mierda.

—Mierda, en efecto. Con su humor actual, ni siquiera una maldita hormiga está a salvo de su ira. Y mucho menos una hiena.

—Veré lo que puedo hacer. —Me dirijo hacia su oficina, cuestionando mi decisión por primera vez.

En realidad, no. Empecé a cuestionarlo a los dos días, cuando pasé por un estúpido caso de abstinencia sexual. Me gusta pensar que estoy sobreviviendo y que esto es por un bien mayor.

Kingsley me ha estado tentando a tener sexo desde el primer día. El hecho de que no sepa por qué lo hago exactamente lo frustra más que la propia prohibición.

En cambio, hemos estado haciendo muchas actividades al aire libre juntos, como correr e incluso ir de excursión con Nate y Gwen el fin de semana pasado.

A menudo, me despierto con su enorme erección acurrucada contra mi culo o mi estómago. Él gime, me llama terrorista sexual y se va al baño a ocuparse de sus asuntos.

—Gracias por el viaje al pasado. Ahora vuelvo a ser un perdedor púber que se masturba en la ducha. —Es lo que me dijo la primera vez que cedió y se masturbó. Una semana después de la prohibición.

Su sarcasmo tóxico ha subido de nivel y siempre dice cosas que me hacen reír como...

Mi polla te va a demandar por daños corporales, así que mejor que estés preparada para la compensación.

Te das cuenta de que te voy a romper el coño y el culo en cuanto se levante la prohibición, ¿verdad? ¿Estás segura de que no quieres disminuir el golpe?

Las religiones llamaron, y dijeron que incluso esto es una blasfemia en sus escrituras sagradas.

Quizá debería hacerme monje o algo así. Al menos la prohibición tendrá sentido entonces.

Decir que soy completamente inmune sería una mentira. No solo anhelo su contacto, sino que cada vez es más difícil ignorarlo o apartarlo.

Por eso trato de planificar nuestra semana de manera que la mayor parte la pasemos fuera, con Gwen y Nate o incluso con Callie y Mateo.

Es un intento infructuoso de alejar nuestra mente de la frustración que se acumula en el fondo. O en primer plano para Kingsley.

Sin embargo, el hecho de que tenga que lidiar con Susan además de todo lo demás no es algo que vaya a permitir.

Llamo a la puerta y entro antes de que pueda decir nada.

Kingsley se apoya en una silla junto al gran ventanal que da a una versión sombría de Nueva York. Parece relajado con los brazos y las piernas cruzadas. Por no hablar de que está seguro de sí mismo y más sexy que el diablo con el traje negro a medida y la corbata que le he puesto esta mañana.

Últimamente apenas vuelvo a mi apartamento y la mitad de su armario está lleno de mi ropa.

Por eso ahora nos olemos un poco el uno al otro. La domesticación es un poco rara, pero en momentos como éste, me siento como si estuviera frente a un compañero. El hombre que quiero que me acompañe en todo momento.

El hombre que, cuando pienso en su desaparición, me lleva por un camino depresivo.

La cabeza de Susan gira en mi dirección. Está sentada en el sofá y su vestido rosa chillón destaca como un pulgar dolorido.

Sus labios se curvan en una sonrisa.

—Aspen Leblanc, encantada de conocer por fin a la madre de Gwyneth.

Kingsley, que parecía aburrido hace menos de dos segundos, se pone en pie y se dirige a mi lado. No dice nada, pero no hace falta. Incluso sin palabras, le hace saber a Susan que estamos juntos y que no debe meterse conmigo.

No es que sea capaz de hacerlo.

He lidiado con mi tía, que era una versión peor y más violenta de Susan. Puedo lidiar con una madrastra esnob y cazafortunas.

—Aunque no es la primera vez. —Se golpea la barbilla puntiaguda—. Fue aquella vez en el hospital, ¿verdad?

Me pongo rígido y Kingsley pregunta lentamente:

—¿De qué estás hablando?

—Hace 21 años, me visitó un matrimonio que decía que habías dejado embarazada a su hija adoptiva. Querían dinero, como toda la gente pobre. Se lo di, pero solo si las cosas iban según mi plan. Fui yo quien sugirió la idea del mortinato y estuvo allí para asegurarse de que se ejecutara bien. Soy la que trajo a Gwyneth conmigo y escribió esa nota antes de abandonarla frente a la casa. Pensaste que podías hacer de mi vida un infierno, pero llevas décadas de retraso, Kingsley. Ya te convertí en padre soltero a los diecisiete años y tuve un asiento en primera fila para ver cómo perdías la cabeza buscando a la madre de tu hijo cuando yo sabía exactamente quién era. Creíste que me atormentabas, pero adivina quién tenía el control todo el tiempo.

En un momento, Susan está sentada, y al siguiente, Kingsley la levanta por las extravagantes solapas de su vestido hasta que sus pies abandonan el suelo.

Salgo de mi aturdimiento ante la carga de información que acaba de admitir.

Corro a su lado y le toco lentamente el brazo, forzando la calma en mi voz.

—Déjala ir, King.

—Ella mató a mi madre, te separó de Gwen, hizo que mi hija viviera sin madre y te alejó de mí. Este es el último clavo en su ataúd. —Habla en un tono cortado que está lleno de suficiente tensión como para desmoronar una montaña.

No tengo dudas de que le romperá el cuello en el próximo minuto si no lo detengo.

—No hay nadie en esta habitación que la quiera muerta tanto como yo. —Tiro de su brazo—. Pero ella conseguirá lo que ha querido todo el tiempo, King. Te romperá, te separará de Gwen y te alejará de mí. No dejes que se te meta en la cabeza. La perra no se merece eso.

—Hazlo, demonio. Mátame. —Ella sonríe—. Todos los que conoces mueren de todos modos. Tu propia madre no se quedó por tu bien. Ella vio el monstruo que hay en ti desde el principio y decidió irse. Tu padre también sabía lo feo que eres.

—No eres un monstruo. —Acaricio su duro rostro—. Eres el mejor padre que ha existido y te preocupas por quienes lo merecen. —Eres *el amor de mi vida*, quiero decir, pero me detengo en el último segundo.

» Déjala ir. —Suavizo mi voz—. Por favor, King. Déjalo.

Porque no es Susan la que tiene asfixiada desde que su madre se suicidó. Es él mismo.

Mi versión más joven era ingenua.

El suyo no tenía alma porque nunca se perdonó a sí mismo.

Comienza a soltarla lentamente y la empuja contra la pared más cercana.

Se endereza con un crujido que llena toda la oficina.

—Estás acabado, Kingsley. Te voy a demandar por agresión.

Me sitúo frente a él, protegiendo en parte su vista de ella. Sus fosas nasales se agitan y lo último que quiero es que esta vez la mate de verdad.

—Te va a demandar por cada centavo a tu nombre —digo con una calma que no siento—. Acabas de admitir que ha incumplido el acuerdo prenupcial que firmó con Benjamin Shaw y que establece que perderá todo lo que posea después del matrimonio si perjudica a la familia Shaw o a sus miembros física, emocional o mentalmente. Separar a Gwyneth de mí es la personificación del daño emocional y mental. Al hacer esto, renunciaste a cualquier derecho sobre los bienes gananciales, por lo que ya no tienes derecho a nada del dinero de tu difunto marido. Prepárate para vivir en la calle el resto de tu miserable vida.

Su risa desaparece y ella palidece, dándose cuenta de que ha cavado su propia tumba. Podría haberse guardado esa información para sí misma, pero su necesidad de narcisismo grandioso la llevó al límite.

—También has incumplido la orden de alejamiento. Que te permitan entrar en el edificio no te da derecho a acercarte a Kingsley. Ahora, sal y ten miedo, Susan. Ten mucho miedo, porque te haré pagar por la impotencia y la pérdida que sentí en ese hospital. Te haremos pagar por todo el daño que nos has hecho a los tres hasta que desees no haber existido.

Se tambalea, sus ojos brillantes observan los de Kingsley mientras sale por la puerta.

En cuanto se va, me doy la vuelta y le miro. Sus hombros están tensos, su cara tan tensa que me da miedo que le dé un ataque.

Le palmeo la mejilla, acariciándola lentamente, como si fuera un animal herido.

—No pasa nada. Ella no es importante.

—Ella lo sabía. —Su tono es cortante—. Ella sabía de ti y me lo ocultó.

—De todas formas, nos encontramos.

—Después de veintiún años, durante los cuales Gwen sufrió ser huérfana de madre.

—Lo sé, pero no importa, ahora estoy aquí y no voy a ir a ninguna parte.

Su cabeza cae sobre mi hombro y yo respiro con fuerza, deslizando mis dedos por su cabello, escuchando su áspera respiración.

Me doy cuenta de que se está aguantando y que, en otras circunstancias, el cuerpo de Susan estaría en el suelo de su despacho.

Permanecemos así durante mucho tiempo, hasta que su respiración está un poco más controlada, y se retira.

—Lo siento.

—¿Por qué?

—Por no buscar lo suficiente.

—Yo también. —Resoplo, luchando contra las lágrimas que se han acumulado en mis ojos—. Ahora, solo tenemos que demostrar que ha incumplido el acuerdo prenupcial.

—La grabé hace un momento.

Me alejo para mirarlo fijamente.

—¿Lo hiciste?

—Siempre la grabo por si puedo usar sus palabras en su contra.

Suelto un suspiro, negándome a pensar en lo que nos ha costado esa mujer. Años de separación. Décadas de echar de menos a mi hija. Tiempo en el que podría haber estado tanto con Gwen como con Kingsley. Debería haber estado con mi bebé todo el tiempo, y no hay justificación para el tiempo que me he perdido con ella.

Pero quizás ni Kingsley ni yo estábamos preparados para el otro entonces. Tal vez necesitábamos el tiempo para llegar a esta versión de nosotros mismos. Una versión que está un poco rota, un poco oscura, pero que sigue encajando con el otro de todas formas.

Una versión en la que somos el mundo del otro. O al menos, él es el mío. No estoy segura de dónde encajo yo en su ecuación.

Sé que se preocupa por mí, lo sé, pero Kingsley es un hombre cerrado en el departamento de sentimientos. Y la idea de ser emocionalmente vulnerable frente a él solo para ser rechazada me asusta.

—Vamos a comer juntos —dice.

—Gwen se te adelantó.

—Los tres podemos comer juntos.

—No, prometí ir de compras con ella después, y luego haremos la cena juntos. Tú y Nate pueden reunirse con nosotros entonces. ¿Puedes prometer no disparar o matar a nadie mientras tanto?

Gruñe, obviamente recordando la prohibición.

—¿Y qué obtengo a cambio?

Me pongo de puntillas y rozo mis labios con los suyos.

—Dejemos eso como una sorpresa.

Su mano se dispara hacia mi cintura, pero escapo antes de que pueda atraparme, riendo incluso después de salir por la puerta.

Me obligo a parar antes de traumatizar a un pobre empleado por verme reír por primera vez.

Gwen accedió a recogerme en el bufete y tengo la suposición de que es porque quiere ver a Nate en horas de trabajo.

Siempre me hace sonreír cada vez que Kingsley se hace el remolón porque ella no vino por él primero.

La llamo de camino al estacionamiento y frunzo el ceño cuando no contesta dos veces seguidas.

Así que llamo a Nate.

—Oye, ¿está Gwen contigo?

—*No, no ha venido a verme.*

Mi teléfono emite un pitido con una llamada entrante y desbloqueo el auto

—Es ella. Te llamo luego.

Pulso Fin y acepto su llamada.

—Estoy en el estacionamiento. ¿Dónde estás tú?

Se oye un susurro desde el otro extremo antes de que se escuche un grito ahogado. Me quedo quieta, con el corazón casi saliéndose del pecho.

—¿Gwen?

—*Hola, mi dalia roja.*

30

Kingsley

Quien dijo que las drogas son la nueva máquina de matar no probó el puto celibato.

Debería prohibirse la existencia de esta cosa.

Si no, los cementerios se saturarían en pocos días. Eso es lo único en lo que pienso desde que a Aspen se le ocurrió este jodido asunto -o falta de él-.

Asesinato.

Específicamente, la parte de ella que pensó que era una idea excelente.

Por cierto, la pequeña pícara fue la que detuvo el asesinato definitivo hace un momento y salvó a Susan de encontrarse con su creador un poco antes.

Pero ahora que mi mente vuelve a centrarse poco a poco, me doy cuenta de que quitarle a la perra su juguete favorito -el dinero- es la mejor manera de hacerla sufrir por lo que ha hecho.

Debería haber sospechado que tenía algo que ver desde que Gwen apareció en nuestra puerta. Susan tuvo una leve reacción y sugirió que la diéramos en adopción, pero no presionó por esa opción como yo hubiera esperado. Una opción que tanto mi padre como yo rechazamos. Era una Shaw y tenía que ser criada como tal.

La única vez que mi viejo y yo estuvimos realmente en la misma página.

Me tumbo detrás de mi escritorio en un intento desesperado de concentrarme en el trabajo. El problema es que la frustración sexual es una puta mierda con problemas de humor. Por no mencionar que mi polla me odia y ahora está tachando días de su calendario con la diligencia de un asqueroso hasta el final de la prohibición ilegal.

Esa maldita bruja se arrepentirá de esto cuando no pueda moverse durante días.

No soy estúpido, sé que esto es una especie de prueba. *¿Para qué?* es la verdadera pregunta. No puede ser un nuevo dispositivo de tortura para averiguar cuánto tiempo podemos mantener nuestras manos fuera del otro, porque ella se tocó anoche cuando me encontró masturbándose.

Entonces se escapó porque era muy consciente de que se iba a joder en el momento en que la atrapara.

Esa mujer está sacando mi mundo de su eje y estoy disfrutando cada segundo del acto.

Aspen es la única persona que no se asusta de mis tendencias más oscuras e incluso las busca. Siempre está dispuesta a ir contra mí, ya sea por algo grande o pequeño.

El otro día, en su afán por evitar que pasemos tanto tiempo encerrados en casa, planeó una limpieza a fondo de la vieja casita donde me la follé aquella primera vez.

Tampoco me dejó contratar ayuda.

—Te sobra energía, así que úsala aquí en vez de acosar a Nate para pelear con él.

Luego nos hizo limpiar toda la maldita cosa, y pintar parte de ella. Luego pedimos comida, nos tumbamos en la hierba y vimos cómo se ponía el sol como unos idiotas de clase media.

Fue el día más tranquilo que recuerdo.

Suena mi teléfono y lo compruebo, esperando que haya cambiado de opinión sobre la abrasiva prohibición y me esté enviando una foto suya en lencería.

En su lugar, aparece un nombre molesto en mi pantalla. Ni siquiera debería tener mi número, pero lo tiene, a pesar de mis objeciones y las de su marido.

Su texto, sin embargo, despierta mi interés.

Caroline: ¡Oye, imbécil! Revisé algunas de mis cosas viejas y ¿adivina qué encontré?

Kingsley: Número equivocado.

Caroline: ¿Estás seguro? Porque tengo algunas páginas de los diarios de Aspen. Ya sabes, los que escribió cuando éramos adolescentes. ¿Quieres verlas?

Kingsley: Deja las tonterías difíciles de conseguir para Mateo y envíame fotos.

Caroline: ¿Prometes tratarla bien y hacer que todos sus sueños se hagan realidad?

Kingsley: Eres más cursi que una princesa de Disney.

Caroline: Supongo que no necesitas las fotos, ¿eh?

Kingsley: Bien, lo prometo. Ahora, envíalos.

Caroline: Eso no fue tan difícil, ¿verdad?

Me envía otra serie de mensajes sobre cómo Aspen la matará, pero lo hace por su bien porque no lo admitiría de otro modo, pero la ignoro y abro los archivos adjuntos.

Las palabras en el papel liso me obligan a detenerme y mirar por un momento. La letra de Aspen es pequeña, pulcra y tan elegante que pertenece a alguna clase de caligrafía.

Eso no ha cambiado en todas estas décadas.

Empiezo a leer las líneas que la versión adolescente de ella -la antigua Aspen, como la llamaba- escribió.

Mamá,

Ojalá estuvieras aquí para poder contarte esto en persona. Anoche, experimenté algo que recordaré por el resto de mi vida.

Callie me arrastró a una de sus fiestas, como de costumbre, o yo la acompañé porque la tía Sharon y el tío Bob se comportaron como los imbéciles de siempre. Había planeado irme después de un rato, lo juro, pero acabé bebiendo, mintiendo sobre mi edad y quedándome casi toda la noche.

También he perdido mi virginidad. Esta mañana había mucha sangre en mis muslos, pero me la he lavado, así que creo que ya está bien. Me duele un poco cuando camino y casi puedo sentir su pene dentro de mí con cada movimiento.

Me llamó hermosa cuando se ensañó conmigo, a pesar de que no me había quitado la máscara. Creo que lloré, no por el dolor, sino porque también me hizo sentir hermosa.

Ojalá le hubiera quitado la máscara antes de irme, pero me asusté cuando me desperté en sus brazos. Tenía tendencias violentas como papá y pensé que tal vez se enfadaría porque le mentí sobre mi edad y mi procedencia.

Pensé que tal vez papá también te llamaba hermosa cuando se acostó contigo por primera vez, pero acabó llevándote a la muerte.

Tal vez papá también te robó tus sueños de niña, y cuando finalmente lo descubriste, era demasiado tarde.

Pero no quiero ser tú, mamá. Leo y observo mucho a la gente para poder ver las banderas rojas desde el principio. Me mantengo en las afueras de cada situación para tener siempre una salida y no estar atrapada como tú.

No podía estar atrapada con ese extraño.

Así que salí corriendo y no miré atrás.

Pero ahora, no estoy segura de haber hecho lo correcto. Tal vez me dejé llevar por mi paranoia y debería haberlo pensado mejor.

Después de todo, el desconocido enmascarado es la única persona que me ha escuchado parlotear sobre Nietzsche y la filosofía y el mundo durante horas. No me llamó pretenciosa ni sabelotodo. No me dijo que era demasiado inteligente para mi propio bien y que no debería preocupar a mi cerebro con cosas así.

Incluso debatió conmigo y me enseñó filosofías y teorías que yo no conocía. Las anoté todas en mi cuaderno para buscarlas más tarde.

¿Por qué un extraño me entiende mejor que la gente que me conoce de toda la vida? Incluso me entiende mejor que tú, mamá.

No pensé en detenerlo cuando se levantó la máscara lo suficiente para besarme. O cuando me llevó al interior de una cabaña, me quitó la ropa y tomó mi virginidad.

Callie dice que bendiga mi ingenuo corazón porque me sedujo muy fácilmente jugando con mis tendencias de nerd. Podría tener razón, pero su opinión no importa mucho, porque también dijo que más vale que esté forrado.

¿Está mal que quiera encontrarlo, mamá? ¿Hablar con él de nuevo? ¿Pedirle su nombre y decirle el mío?

¿O toda la conexión era una fantasía mía y debía despertar por fin?

Dos días después.

Mamá,

Decidí encontrarlo, después de todo. Aunque solo sea para satisfacer mi curiosidad.

Callie y yo volvimos a la casa en la que se celebró la fiesta, pero el personal no fue de ninguna ayuda. Al parecer, algunos invitados llevaban una máscara de Anonymous esa noche y no les siguieron la pista.

Así que fuimos a la cabaña a la que me llevó, pero parecía abandonada y no había gente a la vista. Callie estaba cagada de miedo por el lugar y dijo que debíamos irnos antes de que nos secuestrara algún asesino en serie.

Entramos en la parte bonita de la ciudad y sentí como si tuviera un peso en el pecho. Callie intentó animarme comprándonos un helado y cantando desafinado. No es capaz de cantar una nota para salvar su vida, pero sus intentos me ofrecieron el consuelo que tanto necesitaba. También señaló a dos chicas ricas que subían a su lujoso auto y dijo que un día seríamos nosotras.

Pero no he prestado mucha atención, porque me duele el pecho.

¿Por qué me duele el pecho, mamá? Es parecido a cuando te encontré durmiendo y sin respirar.

Lo odio.

Cinco días después.

Mamá,

No puedo dejar de pensar en el desconocido enmascarado, en las conversaciones y en el sexo.

Ya sea durante las clases, en la casa o cuando la tía Sharon me hace la vida imposible.

Y todavía me duele el pecho.

Callie dice que tengo el corazón roto y me atiborró de helado y pastel de vainilla, que probablemente robó. Aunque no me gustan los dulces, me los comí todos e incluso le arrebaté su parte.

Porque Callie es una mentirosa y una mala amiga. ¿Cómo puedo tener el corazón roto si ni siquiera le conozco?

Pero eso no me impide volver a la parte bonita de la ciudad, caminar sin rumbo por ella y no tener ni idea de adónde ir. Incluso llevé a Callie a esa cabaña de nuevo, pero empezó a temblar, y como no había nadie allí de todos modos, dimos por terminado el día.

Una vez me dijiste que los que aman demasiado fuerte salen mal parados, que creo que es lo que te pasó a ti.

No quiero eso, mamá. Quiero ser todo lo que tú no fuiste.

Quiero estar sin emociones y sin dolor en el pecho.

Tres semanas después.

Mamá,

Lo he superado. No vuelvo a la parte bonita de la ciudad y no dejo que Callie haga de payaso para animarme.

Está bien.

Estuve en una fase temporal en la que fingí que no era Aspen del gueto, pero ahora he despertado.

La tía Sharon me ayudó a volver a la realidad con una bofetada que me puso la mejilla roja, pero sí, ya está todo bien.

Solo tengo que tirar la bufanda que me regaló y la máscara negra que llevé aquella noche. Callie me pidió que se lo devolviera, pero le mentí y le dije que lo había perdido.

Algún día se lo compensaré.

Veinte semanas después.

Mamá,

Estoy embarazada.

Últimamente me siento rara, más hambrienta que antes y Callie tuvo que robarle a su papá para poder comprarme comida chatarra.

El otro día, me desmayé mientras la tía Sharon me daba patadas. Me llevaron al médico, probablemente para que no me muriera en su guardia. Nos dijo que estaba embarazada de veintiséis semanas. Cuando la tía Sharon preguntó por el aborto, dijo que es ilegal en Nueva York después de las veinticuatro semanas. Me abofeteó en cuanto llegamos a casa y el tío Bob me dio un puñetazo en el estómago.

Y ahora me han encerrado en el ático y me han quitado el teléfono para que no pueda ni ver ni llamar a Callie.

Me duele, mamá. Me duele la barriga.

¿Y si el bebé también sufre? Es tan pequeño y no puede defenderse delante de mis tíos. ¿Y si muere como tú?

¿Qué debo hacer, mamá?

Tengo miedo.

Paso el dedo por la siguiente foto, pero no llega nada.

Mi puño se aprieta al leer las últimas palabras que Aspen ha escrito.

Tengo miedo.

Debido a lo madura que parecía, a veces olvido lo joven que era entonces. Debió de estar totalmente confundida y aterrorizada por tener un hijo cuando ella misma era una niña.

Lo sé porque, aunque yo no era tan joven como ella, en el momento en que encontré a Gwen en la puerta de mi casa, tuve una confusión caótica de proporciones épicas. Tardé meses en asimilar el hecho de que era un padre adolescente. Que, si no protegía a mi hija, ella no sobreviviría. O peor, sería lastimada deliberadamente por Susan. Por eso me mudé de la casa de mi padre incluso antes de graduarme en el instituto.

No valía la pena poner en peligro la vida de mi hija por el rencor que le tenía a Susan.

Gwen siempre ha sido mi milagro. La bendición que me salvó de mis pensamientos destructivos, pero saber que llegó con tanto sacrificio arroja una luz diferente sobre lo mucho que sufrió Aspen.

Puede que la haya criado durante veinte años, pero fue Aspen quien la protegió cuando era más vulnerable.

Mi teléfono vibra y espero más fotos de Caroline. En cambio, es un mensaje de Aspen.

Nietzsche.

El aire de la habitación se aprieta a mi alrededor y me levanto, llamándola.

No contesta. *¡Joder, joder, joder!*

Cuelgo y llamo a su guardaespaldas. Uno de ellos contesta con un aburrido

—*Hola*.

—¿Dónde está Aspen?

—*Se fue hace quince minutos y nos pidió que no la siguiéramos.*

—¿Y ustedes, malditos incompetentes, hicieron caso? —Le cuelgo antes de que pueda responder y llamo a Nicolo.

Responde después de un timbre.

—*Iba a llamar. Tenemos un problema.*

—¿Tú crees?

—Bruno escapó de Ática en medio de un alboroto carcelario cuidadosamente planeado. Desapareció de la faz de la tierra para que ni siquiera sus propios soldados sepan dónde está.

—Joder. —Salgo furioso del despacho—. ¿Tienes alguna idea de dónde podría ir?

—*Solo puedo adivinar, y a juzgar por su voz, eso nos llevaría más tiempo del que nos sobra.*

—¿Tu gente puede rastrear un teléfono?

—*Puedo hacerlo. ¿El teléfono de quién?*

—De Aspen. Debe haberla atraído a algún lugar, porque ella pidió a sus guardaespaldas que no la siguieran.

—*En ello.*

—Ni siquiera pienses en protegerlo esta vez, Nicolo.

—No lo haré. Desobedeció órdenes claras. No me sirven los soldados insubordinados. ¿Pero, King?

Pulso el botón de llamada del ascensor y entro.

—¿Sí?

—Tengo que decir esto por tu propio bien. Prepárate para lo peor.

31

Aspen

Me encuentro frente a un edificio abandonado de veinte pisos.

Bajo la luz de la tarde, los escombros de la construcción que la rodean parecen cultivos apocalípticos.

Pero este no es un edificio cualquiera.

Este es el mismo edificio horrible y semidesnudo en el que mi padre mató a alguien a sangre fría mientras el FBI lo presenciaba. Llegaron tarde y no pudieron salvar a la víctima de mi padre, pero lo arrestaron.

En ese momento, me quedé en la esquina, protegida por dos agentes, y vi cómo lo sacaban del edificio, esposado y con una mueca en los labios.

Unas horas antes, lo había oído hablar por teléfono con uno de sus subordinados sobre un tipo al que iba a matar personalmente para enviar un mensaje a alguna familia rival. No era la primera vez que oía una conversación así. Mi padre era lo suficientemente arrogante como para pasar por alto mi moral, que se desarrollaba de forma totalmente independiente a la suya.

Antes de eso, había tenido demasiado miedo para ir contra él, y todavía lo tenía, pero la imagen de mi madre muerta fue lo que me empujó a seguirlo y a hacer esa llamada al 911. Me remitieron al FBI porque él ya estaba bajo estrecha vigilancia de ellos, así que cualquier información era bienvenida.

Sinceramente, esperaba que la operación fracasara y que mi padre me matara, pero cuando vi que los agentes lo sacaban, me quité un gran peso de encima.

También fue una de las pocas veces que me permití llorar hasta que no pudieron salir lágrimas.

Fue entonces cuando me di cuenta de que estaba realmente sola.

Pensé que me sentiría aliviada por haber vengado la muerte de mi madre y enviarlo a donde debía estar, pero esas emociones duraron poco al darme cuenta de lo peligroso que es en realidad.

El hecho de que haya escogido este lugar veinticinco años después es un recordatorio de que siempre me ha tenido agarrada, incluso desde detrás de las rejas.

Pero no puedo ser débil. No ahora que tiene a mi hija.

Enderezando la columna, entro por la puerta a medio construir. El hedor a orina, alcohol y algo podrido me golpea en la cara. Un indicio de que este lugar fue utilizado por todos los malvivientes que deambulan por la ciudad.

Subo las escaleras tan rápido como puedo, esperando, no, rezando por primera vez en mi vida que Kingsley sea capaz de encontrarnos.

Con la ayuda de Nicolo, podría.

Según las instrucciones de mi padre, tuve que dejar mi bolso, el teléfono y todo lo demás. He estacionado el auto a unas manzanas de distancia, como me dijo, pero espero que esté lo suficientemente cerca como para que Kingsley adivine dónde estamos.

Naturalmente, no podía llamar a la policía ni dejar que mis guardaespaldas me siguieran.

Esto es un asunto familiar.

Además, no podía arriesgarme a que Gwen saliera herida en el proceso.

Para cuando llego al nivel superior, estoy jadeando como un perro. La chaqueta y el cabello se me pegan al cuello de sudor y mis pies gritan de dolor.

Sin embargo, toda la incomodidad desaparece cuando vislumbro a Gwen atada a una silla rodante que está a pocos centímetros del borde. Es decir, el borde de un balcón en ruinas sin barandillas, desde el que puede ser empujada a su inevitable muerte.

Lleva cinta adhesiva alrededor de la boca, casi hasta las orejas. La luz de la tarde proyecta un halo inquietante sobre su silueta en un choque de amarillo y naranja. Tiene el cabello revuelto y los ojos casi saltones mientras observa los rincones oscuros de la obra y los restos de construcción que hay en el suelo.

Cuando me ve, la humedad se acumula a lo largo de sus párpados, y un alivio como nunca he visto en su rostro se apodera de ella.

—Gwen... no te preocupes. Estoy aquí. —Corro hacia ella.

Mis pies se detienen bruscamente cuando una sombra se pasea desde la esquina y se detiene junto a la silla de Gwen.

Han pasado veinticinco años desde la última vez que lo vi y esos años no lo trataron bien.

Bruno Locatelli tiene una mirada malvada, ojos marrones entrecerrados y una nariz puntiaguda. Un corte, resultado de un intento de asesinato, recorre su mejilla izquierda hasta sus finos labios.

Su cabello, que antes era negro, es ahora casi completamente blanco. Siempre ha sido un hombre grande, pero ahora está engordado en una extravagancia de músculos y grasa.

Lo único que me transmitió es su altura y una fuerte estructura ósea. Por lo demás, siempre he parecido una versión no dócil de mi madre.

—Hola, mi dalia roja.

No hay desprecio en sus palabras ligeramente acentuadas, ni burlas, ni casi ninguna inflicción.

Sospeché que mi padre era anormal después de verlo matar al perro del vecino por hacer demasiado ruido y luego amenazar con matar al hijo de dicho vecino cuando vino a preguntar por su perro. Más tarde, me di cuenta de que estaba definitivamente en el espectro antisocial y utilizaba la vida de la mafia para saciar su sed de control, sangre y manipulación. Así que el hecho de que yo pusiera freno a sus planes le sentó mal.

Muy mal.

—¿Qué quieres? —pregunto con una voz neutra que no traiciona mi tembloroso interior ni cómo mi corazón casi se desborda en el suelo.

Siempre pensé que chocaría con mi padre. Que tarde o temprano me encontraría. Y he estado preparada para ello toda mi vida, y eso incluye los momentos en los que intentaba superarlo.

La única diferencia es que antes no tenía a Gwen ni a Kingsley. No tenía una vida que quisiera proteger con todo lo que tengo.

—¿Es esa la forma de saludarme después de todos estos años? ¿No deberías al menos venir a abrazarme?

—Nunca me has abrazado antes. ¿Por qué debería hacerlo ahora?

Una sonrisa distorsionada levanta sus labios, revelando un diente de oro.

—Siempre fuiste resistente, mi dalia roja. Debería haberte llamado así. Te queda mejor que el nombre que tu madre eligió para ti. Ella dijo que Aspen es un árbol con delicadas hojas en forma de corazón que tiemblan con la más suave brisa. Ambos sabemos que tu madre era una causa perdida y que tú eres cualquier cosa menos lo que ella imaginó para ti. A pesar de ser una mujer, creciste siendo más dura que todos mis hombres juntos e incluso elegiste voluntariamente la vida de la mafia. Ese fue un movimiento audaz por el que pagarás. No solo elegiste la vida por la que me encerraste, sino que también pusiste a mi jefe en mi contra. Pero si Nicolo cree que te dejaré ir solo porque él me lo dijo, no debe entender el alcance de mi necesidad de venganza. Esto es personal y él no tenía espacio para interferir, por eso me escapé.

—¿Tú... escapaste? —*¿Pero por qué no me llamó el guardia?*

—Está muerto. —Mi padre rodea a Gwen como un animal mortal, y ella observa todos sus movimientos, encogiéndose en su asiento.

—¿Quién ha muerto?

—El guardia que sobornaste para que me vigilara. Lo apuñalé diez veces en el maldito corazón. Una por cada año que me espió para ti. Ah, y por cierto, tenía dos hijos preciosos de los que hablaba a menudo con los otros guardias, así que enhorabuena por dejarlos huérfanos.

Me tiemblan los dedos, pero los aprieto, negándome a darle la reacción que intenta sacarme.

—Nicolo no dejará pasar tu desobediencia. Ahora trabajo para la familia.

—Nicolo puede irse a la mierda. Me iré solo después de ocuparme de ti. Aunque debo decir que me gusta lo inteligente que te has vuelto. Lo tomas después de mí. ¿No deberías agradecérmelo?

—¿Agradecer por qué, exactamente? —Me hierve la sangre y marcho hacia él hasta estar a pocos pasos de él y Gwen—. ¿Por proporcionarme una infancia de mierda, o por abusar de mi madre hasta que se quitó la vida? ¿Qué parte debo agradecer?

Su expresión no cambia, pareciendo completamente indiferente a mi arrebato.

—La parte en la que todavía estás viva y has llegado hasta aquí. Si no hubiera pedido a mis subordinados que te criaran después de mi arresto, gracias a tu traición, no habrías tenido suficientes desgracias para endurecer tu alma y expulsar la ingenuidad que tu madre implantó en tu corazón. Nunca podrás ser fuerte si no estás rota.

—¿Tú... estabas detrás de la tía Sharon y el tío Bob?

—Por supuesto. Todos eran un peón en mi juego. Les dije que te dieran un empujón y que te dieran recuerdos coloridos para llevar. Puede que hayas puesto un guardia para vigilarme hace diez años, cuando te convertiste en abogada, pero te he estado observando en cada paso de tu vida. Tenía a mis hombres siguiéndote y a dos vividores. Eran Bob y su mujer, Sharon. Pero los dos idiotas lo estropearon cuando te quedaste embarazada. Planeé convertirte en madre soltera, pero Bob y Sharon adelantaron a mis otros hombres que te seguían hablando del posible padre y actuaron por pura codicia. Cuando tomaron el dinero de esa mujer rica y te dejaron escapar, me deshice de ellos.

—¿Pero por qué?

—Ya no me servían. Pero al ver lo rota que estabas por la pérdida del bebé, lo dejé pasar. Era mejor tortura que tenerte como madre adolescente.

Sacudo la cabeza, luchando contra las lágrimas que intentan escapar.

—No. ¿Por qué hiciste todo eso? ¿Fue por tu complejo de dios? ¿Venganza?

—Nada tan inmaduro, no. Era solo para que fueras consciente de que tu vida estaba en la palma de mi mano, mi dalia roja. En el momento en que decida aplastarte, lo haré. Ese momento resulta ser ahora.

Empuja la silla de Gwen y ésta se desliza hasta el borde. Su grito ahogado suena atormentado en el silencio cuando está a punto de caer. Me lanzo hacia delante, pero él golpea su zapato de cuero contra el pie de la silla, atrapándola en el último segundo.

Juro que mi vida se ha acortado unos cuantos años mientras miro fijamente sus enormes ojos desorbitados. Pero me obligo a quedarme quieta mientras mi corazón late tan fuerte que puedo oír los golpes en mis oídos.

—¿Por qué ahora? —pregunto con una calma que no siento. Necesito que siga hablando, que se distraiga lo suficiente hasta que llegue la ayuda.

—Verás, desde que me enviaste a prisión, he estado esperando el momento en que tuvieras todo lo que querías. Una carrera, una familia, un hombre. La razón por la que no salí no es porque no pudiera, es porque aún no había llegado el momento adecuado. Como puedes ver, podría haber escapado en cualquier momento, pero no lo hice por el bien de los Lucianos. Pero no tengo lealtad a quien me quite mi venganza. Le haré sentir lo que significa perderlo todo.

Empuja la silla y ella se inclina hacia el borde, de modo que queda medio colgando y solo el agarre de mi padre en su cuello la mantiene erguida.

Gwen vuelve a gritar, todo su cuerpo entra en shock. Me trago los sonidos que burbujean en mi garganta para no asustarla. Así que, a pesar de que me están destrozando por dentro, le dirijo a mi hija una mirada tranquilizadora y le digo lo que solía decirle mientras me acariciaba el vientre.

—No pasa nada, cariño. Todo va a salir bien. Yo te protegeré.

—Esa es una promesa audaz. —La chirriante voz de mi padre me atraviesa la cabeza mientras recupera despreocupadamente su teléfono mientras sigue sujetando a Gwen por un puñado de su vestido—. Mi francotirador al otro lado de esta línea eliminará al padre de tu bebé en un abrir y cerrar de ojos.

Tanto Gwen como yo nos quedamos heladas.

—¿Qué? —Sonríe de esa manera maniática—. ¿Pensaste que te lo pondría fácil y que solo capturaría a tu hija? ¿Dónde está la diversión en eso?

Me tiemblan los labios, pero los pongo en una línea. Si me pierdo en el bucle emocional al que intenta atraerme, perderé definitivamente tanto a Gwen como a Kingsley.

—Dime lo que quieres. —Levanto la barbilla, negándome a acobardarme.

—Hacerte elegir. ¿Verás los sesos de tu hija explotar en el cemento de abajo o recibirás la cabeza de tu amante en una bandeja? Tengo curiosidad por saber qué veneno elegirás tragar, mi dalia roja. ¿Tu hija o el hombre que te dio esa hija? Si la

eliges a ella, te odiará el resto de su vida por ser la causa de la muerte de su padre. Si lo eliges a él, se odiarán por haberla perdido. ¿No es un hermoso enigma?

Una lágrima cae por mi mejilla mientras los escenarios que acaba de pintar se repiten en mi cabeza como una película distorsionada.

No sería capaz de vivir conmigo misma de cualquier manera. No importa la elección que haga.

Gwen emite un sonido sordo y doloroso mientras sacude la cabeza frenéticamente y lucha contra sus ataduras.

—Está bien —digo con falsa fuerza.

—¿Qué va a ser? —pregunta mi padre, apretando la pistola contra su cabeza.

—Déjame abrazarla primero.

Empuja toda la silla y yo corro hacia delante, pero vuelve a tirar de ella justo antes de que se caiga.

—¿Por qué pareces un muerto? ¿No tienes sentido del humor? Solo estaba probando su determinación, que es extremadamente débil, por cierto.

Mi cuerpo se siente extraño mientras trago grandes bocanadas de aire, acortando la pequeña distancia que me separa de Gwen.

Mi padre se aparta.

—¿Así que va a ser su padre? Te das cuenta de que sacrificó su juventud por ella, ¿verdad? ¿Crees que estarás vivo por mucho tiempo si sabe que mataste a su hija? Con su carácter, podría convertirse en tu nuevo peor enemigo, incluso más que yo. Aunque tus intentos desesperados por escapar de su ira serán divertidos de ver.

Lo ignoro y me arrodillo frente a Gwen, y le quito la cinta adhesiva con la mayor delicadeza posible.

—No... —solloza en cuanto le quitan la cinta adhesiva, jadeando y sin poder pronunciar las palabras—. No me elijas, por favor. No puedo vivir sin papá.

Le atraigo la cabeza contra mi pecho, sujetándola con una mano en el cabello. No sé si el temblor es de ella o de mí. O las dos. Mi voz es quebradiza cuando intento calmarla:

—Shhh. Está bien, Gwen. Todo va a ir bien. Te lo prometo.

—Por favor... por favor... no papá... por favor...

Me alejo y le quito el cabello de la cara.

—Eres lo más bonito que me ha pasado en la vida, Gwen. Te tendría de nuevo si pudiera elegir. Te quiero más que a mí misma.

Dos lágrimas corren por sus mejillas.

—Yo también te quiero. Siempre te quise en mi vida, pero no así. Por favor, no me elijas... por favor...

La aprieto en otro abrazo y le susurro al oído:

—Dile a King que le amo.

Y con eso, la libero.

La expresión de sorpresa en su rostro se transforma lentamente en comprensión, pero no me fijo en ella mientras me dirijo a mi padre.

—Es tan conmovedor. Casi derramo una lágrima —dice con un rostro inexpresivo—. ¿Quién va a ser, mi dalia roja?

—¿Puedo abrazarte primero?

La petición le toma por sorpresa y estrecha sus ojos hacia mí.

—¿A qué clase de juego estás jugando?

—Antes querías un abrazo. Olvídalo si no lo quieres.

—¿Crees que voy a caer en eso?

—¡Gwen, aléjate! —grito, empujándola desde el borde tan fuerte como puedo.

Cuando mi padre lo ve, maldice y empieza a acercarse a ella, pero yo aprovecho la pequeña distracción para empujar mi cuerpo contra el suyo. Es mucho más grande que yo, así que el elemento sorpresa juega a mi favor.

Comparto una última mirada con Gwen y digo:

—Te amo.

—¡Mamá, no!

El sonido de "mamá" que sale de su boca me hace sonreír, y una lágrima resbala por mi mejilla mientras abrazo a mi padre y nos empuja a los dos fuera del borde.

—Te elijo a ti, imbécil —digo mientras ambos caemos.

En los últimos momentos, me parece oír la voz de Kingsley llamando mi nombre.

32

Kingsley

La primera vez que conocí a Aspen fue durante una noche en la que estaba totalmente preparada para volcarme en el libertinaje, los incendios provocados y una dosis de adrenalina.

Poco sabía yo que la mujer fatal que hablaba nerd como su deporte favorito ofrecería todo eso y más.

Nunca llevé a nadie a la cabaña de mi madre, ni siquiera a Nate. Incluso mi padre se había olvidado de la propiedad unos años antes de divorciarse de mi madre. Yo era el único que visitaba el lugar, cada vez que mi mente se ponía en marcha.

Y como era mi lugar seguro, mi lugar *secreto*, no tenía por qué llevar allí a una desconocida. Pero tal vez el hecho de que fuera una extraña fue lo que me permitió dejarme llevar, aunque fuera temporalmente.

Pero con lo que no contaba era con lo mucho que se metería en mi piel. Tenía la intención de ser solo físico esa noche, pero esos pensamientos pronto se convirtieron en algo más. Ella era un espíritu libre en mi asfixiante mundo. Una brisa de inocencia fresca y atrevida que era rara de encontrar en una época en la que todo era una copia de una copia.

Y aunque estaba borracho, no podía dejarla ir. Recuerdo haber planeado no dejarla ir. Recuerdo mi decisión de mantenerla tan bien.

Así que imagina mi maldita sorpresa cuando me desperté a la mañana siguiente y descubrí que había desaparecido de mi vida tan repentinamente como había aparecido. Por un momento, pensé que tal vez todo era producto de mi imaginación y que mis demonios habían perdido la cabeza. Pero ese pensamiento desapareció cuando encontré sangre cubriendo mi polla.

Mi primera reacción fue de enfado. ¿Cómo se atrevía a irse sin decírmelo? Estaba casi seguro de que habíamos compartido una conexión, pero solo era yo, porque ella no había tenido reparos en desaparecer.

Así que decidí olvidar toda la puta experiencia, aunque eso no me impidió preguntar por ahí sobre cierta mujer fatal con máscara negra. Nadie parecía recordarla, y la noche quedó en segundo plano.

Eso es, hasta que Gwen apareció en mi puerta.

Sabía sin lugar a dudas que la mujer fatal de aquella noche era la madre. Era la única con la que me había olvidado de usar un condón.

Y la obsesión por encontrarla comenzó de nuevo.

Veintiún años.

Han tenido que pasar veintiún putos años para ponerle nombre y cara a la chica de aquella noche.

Y aunque mi intención era vengarme, castigarla por abandonar a Gwen, se convirtió en mucho más.

Se convirtió en una lujuria incontrolable, una obsesión desquiciada y los sentimientos más oscuros.

Lo que comenzó como una lucha de odio, como una necesidad de sacarla de mi sistema, se convirtió gradualmente en la época más pacífica y equilibrada de mi vida.

Ella coincide con mi fuego, pero también lo domina. Lo apaga. Canta canciones de cuna que calman el alma y de las que solo ella conoce la letra. Y por primera vez en mi vida, quiero que alguien esté ahí para mí.

Alguien que no rehúya mi energía destructiva y que, por el contrario, se mantenga firme frente a ella y frente a mí. Una mujer que pueda ser mi compañera, mi amante y mi sumisa al mismo tiempo.

Y solo estoy empezando con ella, así que no hay manera de que su padre o el maldito universo puedan arrebatármela.

El propio Nicolo se une a mí con una docena de sus guardias. Supe que se había tomado la traición de Bruno como algo personal en el momento en que no dejó que

sus subordinados se encargaran del trabajo y convocó a sus mejores hombres. Los hombres a los que normalmente no permite asomarse desde las sombras.

También fue él quien nos guio directamente al viejo edificio que debería ver a su creador más pronto que tarde.

—¿Estás seguro de que está aquí? —pregunto mientras sus hombres se dispersan por la propiedad con un simple movimiento de cabeza de él.

—Sí. —Desliza un cigarro hasta la comisura de los labios, pero no lo enciende—. Es un poético, Bruno. Puede que no haya elegido su cumpleaños como yo creía, pero sin duda la llevaría al lugar en el que le traicionó.

Marcho hacia las escaleras, con la columna agarrotada por la tensión y cada paso resonando con el zumbido en mis oídos.

Una mano cae sobre mi hombro, pero Nicolo no me detiene. Se limita a caminar a mi lado.

—¿Dónde crees que vas, niño rico? Deja que me ocupe de esto.

—Como una mierda voy a confiar en ti.

—Bruno será atendido. Te doy mi palabra.

—Estaré allí.

—No me culpes si te disparan accidentalmente. —Me suelta con un mero encogimiento de hombros, pero da una zancada a mi lado. O medio trota, porque me como las escaleras en un santiamén.

Pero la escena que me recibe casi me hace caer de nuevo. Gwen está atada a una silla, intentando rodar hasta el borde, donde están Aspen y Bruno.

Mi pecho estalla con una miríada de emociones jodidas que empiezan y terminan con el miedo.

El tipo que todo lo abarca.

Del tipo que nunca he sentido en mi maldita existencia.

—¡Mamá, no! —El fuerte grito de Gwen hace sonar las paredes y ni siquiera lo pienso mientras corro hacia donde Aspen está tratando de empujar a Bruno desde el borde.

Y tiene éxito.

El mundo se detiene por un segundo mientras ambos caen y yo me lanzo, agarrando todo lo que pueda tocar.

Su brazo.

Mis dedos se clavan en su piel y me pongo boca abajo para agarrarla con las dos manos.

Es jodidamente pesada.

Encuentro la razón detrás del inusual peso que definitivamente no es de Aspen cuando miro hacia abajo para encontrar a Bruno sosteniendo su cintura, con ambos brazos y mirando hacia arriba con una expresión maníaca.

Aspen, sin embargo, no lo está. Tiene los ojos cerrados y un corte en un lado de la cabeza que mana sangre.

Joder, joder, joder.

Los hombros casi se me salen de las órbitas, pero aun así intento levantarla. Sería mejor lanzar una piedra a la cabeza del parásito y deshacerse de él, pero si suelto a Aspen, seguro que le sigue.

Un disparo atraviesa el aire y me quedo helado, pensando que le ha pasado algo a Gwen, pero entonces el peso se hace más ligero cuando Bruno suelta a Aspen. Un agujero se aloja entre sus ojos vacíos al caer, y su cabeza se estrella contra el suelo.

—Nadie me jode y vive para hablar de ello —dice Nicolo con despreocupación desde su posición de pie, escondiendo lentamente su arma.

Entonces se pone de rodillas para ayudarme a subir a Aspen, pero ya la tengo medio subida en el borde. Una vez que está completamente en tierra firme, me aseguro de que respira y le doy un golpecito en la mejilla.

—Aspen, cariño, abre los ojos.

—¡Mamá! —Gwen cae de rodillas a nuestro lado, probablemente desatada por uno de los hombres de Nicolo—. Papá, ¿va a estar bien?

Acuno la cabeza de Aspen contra mi pecho.

—Lo estará.

Tiene que estarlo, joder.

Me he paseado por el pasillo del hospital, de un lado a otro como un animal enjaulado.

El bullicio de las enfermeras revoloteando de un lado a otro, unido al rancio olor antiséptico, me cierra la garganta. Ahora entiendo por qué demonios Aspen odia este lugar. Huele a muerte, a sangre y a las peores pesadillas.

No.

No voy a pensar en la muerte en esas situaciones. Simplemente no lo haré.

Los médicos han estado en Aspen durante lo que parece una eternidad, y la enfermera que salió antes no dijo nada, incluso cuando amenacé con demandar a este lugar y hacer que la despidieran.

—Papá...

Me detengo y miro fijamente a Gwen, que está sentada en una silla, meciéndose de un lado a otro como cuando estaba angustiada de niña. Su camisa está rota por el cuello, pero sus hombros están cubiertos por la chaqueta que le he puesto antes. Tiene la cara sucia, con vetas de lágrimas secas y frescas que dibujan sus mejillas.

—¿Y si... y si no lo consigue? ¿Y si... entra en coma como tú?

—Hey. —Me siento a su lado, la rodeo con un brazo y adopto mi tono paternal tranquilizador, aunque sus pensamientos reflejan los míos—. Es muy fuerte y no dejará que esto la derrumbe.

—Pero no es inmortal. —Llora en mi pecho—. Y también parecía decidida a morir. Su padre... la hizo elegir entre tú y yo, pero ella eligió sacrificarse, papá. Eligió arrojarse al vacío en lugar de vernos morir a nosotros. ¿Pero qué pasa si somos nosotros los que la perdemos? Acabo de encontrarla...

Me tiembla el pecho por la inquietante fuerza de la tristeza de Gwen, y sigo acariciando su hombro para intentar mantener la calma.

Para tratar de engañar a mi cerebro para que piense que Aspen estará bien.

—Yo también acabo de encontrarla y no la dejaré ir tan fácilmente. Ella saldrá de esto.

—¿Lo prometes? —Gwen me mira fijamente con ojos que se inundan de lágrimas.

—Promételo, Ángel.

La puerta se abre y ambos nos ponemos en pie cuando el médico sale y se quita la gorra.

—¿Cómo está mi madre? —Gwen pregunta con voz temblorosa.

—Ahora está estable, pero no lo sabremos hasta que se despierte y le hagamos más pruebas.

Mi hija se tambalea contra mi lado mientras el médico nos informa de su lesión en la cabeza que no es crítica y de las pruebas que le harán.

Para cuando se va, llega Nate. Lo llamé para que llevara a Gwen a casa. Ha tenido demasiado estrés para un día y apenas puede mantenerse en pie.

—Nate. —Se lanza a sus brazos—. Mamá está herida y no se despierta.

La rodea con un brazo protector y me mira por encima de su cabeza. Probablemente piensa lo mismo que yo.

¿Desde cuándo llama a Aspen mamá?

Desde ahora, aparentemente, porque solo se ha dirigido a ella como tal hoy.

—Llévala a casa. Está agotada —digo, sin saber cómo mierda puedo sonar normal.

—Quiero quedarme —protesta, mirándome fijamente.

—Ve a cambiarte y a descansar un poco, luego vuelve, Ángel. No querrás que te vea con el aspecto de un superviviente de una película de terror, ¿verdad?

—No —refunfuña ella.

—¿Estarás bien? —Es Nate quien pregunta.

Suelto un sonido vago y le hago un gesto para que se vaya.

Tres minutos después, se han ido y yo respiro con dificultad, apoyando una mano en la pared. Solo tengo que recomponerme para cuando ella se despierte.

Y se despertará, carajo.

—La limpieza está hecha. No habrá asuntos policiales.

Me alejo de la pared para encontrar el origen de la voz. Nicolo está de pie con su habitual postura despreocupada, con una mano en el bolsillo. El traje de tres piezas que llevaba antes sigue planchado y limpio, sin suciedad ni sangre.

—¿Qué haces aquí? —Me pongo a mi altura, de cara a él.

—Pensé en dar la buena noticia yo mismo. No tendrás que lidiar con el cuerpo de Bruno, la sangre o las preguntas que podría hacer la policía. En cuanto a la pelirroja, estoy seguro de que sobrevivirá.

—Sí, lo hará, y cuando lo haga, la liberarás de tus sucios asuntos.

—Teníamos un trato, King. Mi protección por sus servicios.

—Una protección descuidada que la puso en maldito peligro. O la liberas o puedes despedirte de mis billetes.

Levanta una ceja.

—¿Pondrías tanto dinero sobre la mesa por ella?

Daría toda mi puta fortuna por ella, pero en lugar de admitirlo, digo:

—La liberarás.

—Y tú mantendrás tus inversiones.

—Sí, pero ya no seré tu consejo de defensa en funciones. Ve a buscar a otro para que limpie tus líos.

—Trato hecho. —Se da la vuelta para irse, colocando un cigarro entre sus labios y encendiéndolo, luego se detiene y me mira de nuevo—. ¿Estás seguro de que todavía no es tu mujer?

—Ella es mi maldita mujer. —*La única mujer que he querido que sea mía.*

Asiente levemente con la cabeza, sonríe y se va. Una enfermera lo detiene, probablemente para decirle que no debería fumar en el hospital, pero él le echa una nube de humo en la cara y sigue su camino.

¿Yo, en cambio? Rezo por primera vez en mi vida. No a un dios, sino a la mujer que duerme dentro.

Ni siquiera pienses en dejarme, bruja.

33

Aspen

El dolor se extiende por mi cabeza y gimo, mis ojos se abren lentamente.

Por favor, dime que no fui asignada a la misma sección del infierno que mi padre. Sí, lo maté a él y a mí misma, pero él definitivamente tiene más sangre en sus manos.

Lo menos que podrían hacer los responsables de este lugar es separarnos.

O tal vez mi infierno hecho a la medida es estar con él para que tenga un control sobre mí incluso después de la muerte.

—¡Mamá...!

Me sobresalto y luego me quedo completamente inmóvil mientras me rodea una descarga de color blanco, antiséptico y de vainilla.

¿Es un juego despiadado de mi imaginación?

Si no, ¿cómo podría Gwen estar aquí e incluso llamarme mamá?

Una sombra se posa sobre mí y entrecierro los ojos cuando su suave y hermoso rostro se enfoca.

Una amplia sonrisa tira de sus labios.

—Por fin te has despertado.

Toso, mi garganta se raspa, y con ella llega de nuevo ese débil dolor.

—Toma, bebe un poco de agua. —Me ayuda a sentarme y me acerca a los labios un vaso de agua con pajita.

Bebo a grandes sorbos, dejando que el líquido alivie mi garganta seca, pero no puedo dejar de mirarla. Su cabello rojizo y sus ojos rojos e hinchados.

Empieza a parecer muy real y no puedo permitirme tener tanta esperanza ahora.

Me acerco un dedo a su cara y le limpio las lágrimas secas de su mejilla. Pero por mucho que la toque, no desaparece.

—Estabas llorando.

—Por supuesto que estaba llorando. —Acomoda el vaso de agua entre sus elegantes dedos—. Pensé que ibas a morir con ese loco, y luego, cuando estuviste durmiendo dos días, tuve mucho miedo de que fuera otra vez el coma de papá.

Mis labios se separan mientras los recuerdos empiezan a rodar por mi cabeza. Creo haber oído la voz de Kingsley en esos últimos momentos.

¿Es la razón por la que estoy viva porque él...

—K-King... —Me tiembla la voz—. Él está...

—Justo afuera, amenazando a tu médico con una demanda porque no te despertabas. Puede ser extra como eso, mi padre. —Sonríe—. Pero deberías haberl6 visto cuando vino corriendo en el momento en que te estabas cayendo. Él solo te sacó del borde, incluso cuando tu padre intentaba arrastrarte con él. Papá parecía un superhéroe.

Suelto un largo y destrozado aliento que parece haber abandonado mi alma. Creo que me golpeé con algo en medio de la caída, por lo que empecé a perder el conocimiento, pero me aferré a mi padre con todas mis fuerzas. No podía dejar que sobreviviera.

—¿Qué tal... mi padre? —le pregunto a Gwen.

—Está muerto —dice en voz baja—. El amigo de papá, que da miedo, se llevó su cuerpo.

Debe haber sido Nicolo.

La realidad me golpea entonces. Por fin soy libre.

Libre de temerle.

De tratar de escapar de la sombra que proyectó en mi vida.

Gratis.

Es demasiado surrealista como para que mi cabeza se haga a la idea, así que acaricio el cabello de Gwen.

—¿Estás bien?

—Sí. Totalmente bien.

—Siento que hayas tenido que pasar por eso por mi culpa.

Ella sacude frenéticamente la cabeza.

—No tienes que disculparte. Papá me contó todo sobre ti y tu padre, y sé que hiciste todo para protegerme. Pero no vuelvas a sacrificarte o no te hablaré. Tenía tanto miedo de que te murieras ahora que por fin te tengo, mamá.

Mi pecho se aprieta tanto que me sorprende que no estalle.

—¿Cómo… cómo acabas de llamarme?

—Mamá —repite, esta vez más decidida—. Siempre fuiste mi madre, incluso cuando no estabas.

La rodeo con mis brazos y escondo mi cara en su cuello, en parte para que no se vean las lágrimas.

—Gracias, Gwen.

Me devuelve el apretón, con la voz temblorosa.

—No, gracias por ser mi madre.

Creo que acabo de ascender a un nivel diferente de existencia. Nadie me dijo que ser la madre de alguien se sintiera tan reverente. Ni siquiera importa que esté en uno de los hospitales que tanto detestaba, y todo tiene que ver con la niña que tengo en brazos.

No es un bebé muerto. Está viva, me abraza y me ha llamado “mamá”.

Permanecemos así durante un momento demasiado largo, hasta que nuestra respiración se sincroniza. La puerta se abre y nos separamos a regañadientes.

Kingsley aparece en la puerta, más grande que la vida, incluso cuando su cabello está despeinado y sus hombros casi se desprenden de la camisa debido a lo tensos que están.

Mi pecho se expande y mi estómago se contrae con tanta fuerza que es un milagro que nadie oiga el sonido.

Estar en la misma habitación con Kingsley siempre ha sido una experiencia. Como hundirse en aguas oscuras y saber que él será quien me proporcione oxígeno.

Gotea con poder y autoridad que habla a la parte sumisa secreta de mí sin palabras.

Pero ahora mismo, está canalizando al mismísimo diablo, con un aspecto oscuro, melancólico y como si le gustara la violencia.

—Um... Estaré fuera. —Gwen sonríe, luego susurra para que solo yo pueda oírla—. No le he dicho que lo amas, así que puedes hacerlo tú misma.

Luego sale corriendo, pasando por delante de su padre.

Cierra la puerta de una patada y se acerca a mí.

—¿Qué, y no puedo recalcarlo lo suficiente, en *qué mierda* estabas pensando, Aspen? ¿Tienes ganas de morir a los treinta y cinco años? ¿O te gusta jugar a la ruleta rusa con tu vida? ¿Por qué harías eso?

Lo atraigo por un puñado de su camisa y pego mis labios a los suyos. Kingsley gruñe en mi boca, luego me rodea el cuello con una gran mano y me besa con un hambre que me roba el aliento.

Nuestros dientes, lenguas e incluso nuestras almas chocan en un beso demoledor que convierte mis miembros en gelatina. Lo beso con la desesperación de una mujer renacida mientras él me insufla vida.

—Joder —susurra contra mis labios cuando nos separamos y deja caer su frente contra la mía—. Esto no te libera del problema.

—Lo sé. Fue un agradecimiento, no solo por salvarme sino también por estar ahí para mí y para Gwen. Gracias, King.

Gruñe mientras la tensión que llevaba sobre los hombros como una insignia se desvanece lentamente y se sienta en la cama, tirando sin reparos de mí hacia su regazo.

Me siento, de frente a él, mientras me rodea la cintura con ambos brazos con una firmeza que sugiere que nunca me soltará.

—Tendrás que hacer mucho más que besarme en agradecimiento, cariño.

—¿Cómo qué?

—Levantar la prohibición ilegal, para empezar. En cuanto estés sana, te voy a clavar los dientes en el cuello mientras te follo el coño y luego el culo.

Dudo, dirigiendo mi mirada hacia los lados.

Utiliza dos de sus dedos para agarrarme la barbilla y hacer que vuelva a centrar mi atención en él.

—¿Qué pasa?

—Nada.

—A la mierda, Aspen. Empezaste esa prohibición por una razón, y si no me lo cuentas, no podré averiguarlo. Soy inteligente, pero no leo la mente.

—Es que... no quiero que el sexo sea nuestra única conexión. Si es por eso que me quieres, un día me sacarás de tu sistema o tal vez te aburras de mi lucha y encuentres a alguien que se arrodille a tu voluntad, y todo habrá terminado.

—¿Hablas en serio? —Me pega a su pecho, sus dedos se clavan en mi nuca, y habla tan cerca de mi boca que siento cada palabra en lugar de oírla—. Tuve una conexión contigo incluso antes de que hubiera sexo. Sí, me encanta tu sumisión a mi dominio y cómo disfrutas en secreto de la forma en que marco tu piel, y el sexo juega un papel en lo que tenemos, pero no es todo lo que somos. Ahuyentas mi oscuridad y me entiendes a un nivel que nadie más lo hace. Nunca te apartaste de mi lado insensible. En todo caso, te pusiste justo en el camino de su destrucción, desafiándome a más. No solo eres mi pareja y la mujer que me dio a Gwen, sino que también me haces un hombre mejor, cariño.

—Tú también me haces una mujer mejor, King —susurro con una voz emotiva con la que normalmente no me permitiría hablar—. Te he deseado desde que tenía catorce años y creo que nunca he dejado de desearte desde entonces. Eres el único hombre que ve dentro de la vieja y la nueva Aspen. Haces que quiera abrazar mis debilidades y mis cicatrices porque también son una forma de fuerza.

—Como debe ser. Son tan hermosas como tú.

—¿Así que ya no me odias? —pregunto con una patética esperanza.

—Creo que nunca lo hice.

—¿Entonces por qué fuiste un idiota todo ese tiempo? ¿Especialmente después de que descubriste que era la madre de Gwen?

—La verdad es que te busqué más que tú a mí. Al principio, pensé que era para darte una lección por haber abandonado a Gwen, pero en realidad, te quería toda para mí. Fuiste la única mujer que me hizo sentir en un momento en que me creía incapaz de hacerlo. Me mirabas como si fuera la única persona del mundo.

—Y tú me miraste como si fuera importante. Nunca me había sentido importante hasta ese momento. —Alargo una mano y le acaricio la mejilla—. Te amo, King. Creo que te he amado desde esa primera vez.

Cierra brevemente los ojos, las fosas nasales se agitan con cada dura toma de aire. Cuando los abre de nuevo, parecen mi tormenta a medida que me arrastrará a sus profundidades y no me permitirá salir nunca a la superficie.

¿Y lo peor? No quiero salir a la superficie. Si es oscuro, entonces estoy dispuesta a abrazar esa oscuridad.

Su pulso golpea con fuerza contra mi pecho, como si su corazón quisiera fundirse con el mío.

—Lo que sentí por ti fue una obsesión en su máxima expresión, pero con el tiempo me di cuenta de que este tipo de obsesión era más profunda y salvaje de lo que había previsto. Este tipo de obsesión es una traducción retorcida del amor. Me tuviste mucho antes de que ninguno de los dos lo supiera, pero ahora posees mi corazón, mi cuerpo y mi alma, cariño. Al igual que yo pienso poseer el tuyo.

Sonrío, murmurando.

—Ya los tienes.

—¿Lo hago?

—Sí. Tú eres mi rey y yo quiero ser tu reina.

—Ya lo eres.

Acaba con la pequeña distancia que nos separa, devorando mis labios en un beso que recordaré el resto de nuestras vidas.

Yo soy suya.

Él es mío.

Esta vez, de forma permanente.

Epílogo 1

Aspen

Tres meses después.

—Reducir el presupuesto del departamento de inmigración significa que aceptaremos menos casos pro bono, y eso no contribuye a la visión de futuro del bufete, por no mencionar que es un enfoque francamente capitalista —le digo a Kingsley, echándole en cara.

En algún momento, dejé mi asiento en la mesa de conferencias y nos pusimos los dos de pie, uno al lado del otro.

—El capitalismo juega un papel mínimo en mis intentos de eliminar los fraudes y perder el tiempo que nuestros abogados asociados pueden utilizar para abordar otros casos importantes.

—¿Cómo qué? Déjame adivinar, ¿corporativo? También conocido como el brazo de tu amado capitalismo.

—Criminal, Sra. Leblanc. Las cárceles están llenas y necesitamos más abogados allí en lugar de librar batallas inútiles con el ICE[1].

—No son inútiles si salvamos a alguien de ser deportado de suelo estadounidense a un país que lo discrimina.

—No voy a dedicar un presupuesto que puede sacar de la cárcel a más de cinco condenados injustamente con la mera esperanza de salvar a una persona.

—No estamos de acuerdo en este asunto, así que supongo que tendremos que votar.

—¿Quién va a votar? ¿Tú y tu alter ego?

[1] Servicio de Inmigración y Control de Aduanas de Estados Unidos.

—La junta, por supuesto. Si están en contra de bajar el presupuesto del departamento de inmigración, levantad la mano. —Lo hago primero, y luego echo un vistazo para ver quién está de mi lado.

Solo hay sillas vacías a la vista.

—¿Dónde están... todos?

—Obviamente se fueron en medio de nuestra acalorada discusión.

Me enfrento a Kingsley, que parece elegante con su traje oscuro, como el diablo recién salido del infierno. Una pequeña sonrisa inclina sus labios mientras me observa con ese brillo que reconozco tan bien.

Mi mano cae a mi lado.

—No puedo creer que Nate se haya ido también.

—Dirigió la salida de la multitud, señalando su reloj porque, aparentemente, la reunión se alargó más de lo debido.

—Lo que sea. —Me revuelvo el cabello—. Vamos a tener una votación sobre esto durante la próxima reunión de la junta, y voy a ganar, idiota.

—No actúes como si estuvieras enfadada cuando pierdes, cariño.

—Jódete.

Su mano se lanza por mí antes de que pueda pensar en escapar y me rodea posesivamente por la cintura. Me levanta sin esfuerzo y me sienta en la mesa de conferencias, y luego se introduce entre mis piernas, separándolas al máximo.

—No me tientes.

Una descarga de excitación me recorre, y luego se acumula entre mis muslos. No sé si es porque por fin estamos juntos o porque nos hemos perdido tantos años en el proceso, pero siempre estamos desesperados el uno por el otro.

A veces incluso en el momento en que dejamos de tocarnos.

Es el mejor tipo de adicción que he tenido. Mejor que el alcohol, mejor que el éxito.

Es mi droga favorita.

Sinceramente, no sé cómo demonios sobreviví durante la "prohibición ilegal" que Kingsley no quiere que le recuerden nunca más.

Dijo que le contaría historias sobre eso a su Parca.

No ayuda el hecho de que sigamos enfrentándonos en la empresa. Definitivamente no somos la pareja de enamorados, y no nos endulzamos las cosas el uno al otro.

Una cosa es segura, nos cubrimos las espaldas y obviamente nos amamos hasta la locura.

Nietzsche decía que siempre hay algo de locura en el amor, pero también siempre hay algo de razón en la locura.

Y este hombre exasperante es mi razón y mi locura.

Estos últimos meses han estado más cerca de un sueño que de la realidad. No solo mi padre está por fin fuera de escena, sino que Gwen me llama "mamá" y me ha aceptado como su madre.

Callie y yo estamos más unidas que nunca. El otro día celebramos su esperado embarazo con mucho zumo y ni una gota de alcohol, naturalmente.

Llevo ciento veintiún días limpia.

Me separé de la mafia, y sé que es porque Kingsley se encargó de ello, y no debido a que Nicolo me dejara ir por la bondad de su corazón de piedra.

Y para hacer nuestras vidas aún más tranquilas, Kingsley demandó a Susan, haciéndole perder hasta el último centavo que poseía, como le prometí, y ella escapó del estado poco después.

Lo más importante es que tengo a este hombre como mi amor, mi pareja y el padre de mi pequeña.

Sé que probablemente nunca será el príncipe azul ni renunciará a algún título de caballero, pero de todos modos nunca necesité esas cosas. Su intensidad es lo que me atrajo de él en primer lugar. Y aunque seguimos discutiendo todo el tiempo, sus brazos son mi hogar más seguro.

Me concentro en sus labios y hablo en un tono sensual.

—¿Y si te tiento?

—Entonces no podrás salir de aquí. Al menos, no correctamente.

Me acerco hasta que mis labios casi rozan los suyos. Estoy a un milímetro de distancia, cada vez más embriagada por su aroma a madera de cedro.

Sus fosas nasales se agitan, esperando el beso, pero me retiro.

—Tal vez en otra ocasión.

Las palabras apenas han salido de mi boca cuando él se sumerge en ella, sus ojos son una tormenta penetrante mientras captura mis labios.

Es un beso que destroza el alma y me roba el aliento, la cordura, y me deja como masilla en sus manos.

Manos que están en todas partes: en mi espalda, en mi cintura, en mi nuca. Tiene el tipo de mando que no me deja otra opción que inclinarme ante él.

Sí, me peleo con él. Sí, rara vez estamos de acuerdo en algo, pero cuando su cuerpo le habla al mío, lo único que puedo hacer es escuchar.

Se apresura a quitarme la ropa y a soltar su polla, y luego me penetra de una sola vez.

Su ritmo es lento al principio, incluso enloquecedor, mientras golpea cada lugar profundo y placentero de mi interior una y otra vez hasta que gimo en su boca. Hasta que estoy goteando sobre la mesa y no puedo contenerme.

Es una locura que conozca mi cuerpo mejor que yo y que acierte en los lugares adecuados que casi me llevan al límite.

—Más —murmuro contra sus labios.

—¿Más qué? —pregunta con un goteo de seducción.

—Fóllame más fuerte —ruego, girando las caderas, y entonces desnudo mi hombro, donde hay un chupón que dejó ayer—. Como cuando me diste esto.

—Pequeña bruja confabuladora. —Sus dientes se hunden en la marca roja y se introduce en mí más rápido, más largo y con tanta intensidad que no puedo respirar.

Mis brazos se enredan en su cuello y mis talones se clavan en la firmeza de su culo mientras me deshago a su alrededor.

Su respiración se vuelve agitada y sé que también está cerca cuando su polla se agita dentro de mí.

—Dilo —gruñe contra mi cuello, dejando otra marca de mordisco.

—¿Q-qué?

—Que me amas.

—Lo hago. —Me estremezco, sorprendentemente más excitada como cada vez que me hace admitir mis sentimientos durante el sexo—. Te amo, King.

Se corre tan largo y profundo dentro de mí que desencadena otro orgasmo.

Me desplomo contra él, mi cabeza cae en el rincón de su hombro mientras el olor a sexo nos rodea.

Tiene razón. Me va a llevar algún tiempo salir de aquí.

Suspiro y hago una mueca de dolor cuando me arde el mordisco en el cuello. Mis dedos lo tocan y le frunzo el ceño.

—En serio, deja el comportamiento animal.

Su cara se ilumina con pura picardía.

—¿Cómo va a saber la gente que eres mía?

—¿El hecho de que lo hayas anunciado en cada evento al que asistimos juntos, tal vez? Con tu mano alrededor de mi cintura.

La atención fue asfixiante al principio, pero hacerse una foto familiar pública con él, Gwen y Nate merece tanto la pena.

Además, sé que un hombre como Kingsley viene con mucho equipaje, y eso me encanta, como cualquier otra parte de él.

De hecho, soy un poco retorcida y me gusta demasiado su lado oscuro. Es la parte exclusiva para mí.

Soy la única que conoce su pasado, su relación con sus padres, y cómo por fin está aceptando dejar de culparse por el suicidio de su madre.

Yo soy la que vio al diablo en sus ojos y se enamoró de él.

Somos una pareja hecha en el infierno así.

—Presumir de ti en eventos y ante la prensa sigue sin ser suficiente —dice, refiriéndose a mis palabras anteriores.

—No es posible que estés pensando en morderme para siempre. ¿Lo estás haciendo?

—No veo por qué no lo haría.

—No puedo creer esto. La próxima vez, me pondrás un collarín.

Sus ojos brillan como cuando piensa en algo travieso.

—¿No me digas que estás pensando en eso?

—No es un collar, no. —Su voz baja—. Un anillo.

—¿Qué tipo de anillo?

—Un anillo de bodas.

Me ahogo con mi propia saliva, mi corazón casi se desborda por detrás de mi caja torácica.

—Tú... ¿estás bromeando?

—¿Parece que estoy bromeando?

—¿Quieres casarte conmigo?

—Por supuesto que sí. ¿A dónde creías que iba esto?

—Yo... no sé.

—Bueno, ahora sí. —Me agarra por el cuello, sus dedos se clavan en la carne—. Eres la única mujer que quiero que esté conmigo en todo momento durante el resto de mi vida, Aspen. Cuando alguien te mire, quiero que sepa que eres jodidamente mía.

—¿Es una propuesta?

—Depende. ¿Vas a decir que sí?

—Eres un idiota, incluso cuando te propones.

—Pero yo soy tu idiota. Literal y figuradamente.

Sonrío.

—Nunca pensé en casarme, sabes. Pero quiero hacerlo contigo.

Su sonrisa de espejo es cegadora mientras me acerca.

—Eso es porque eres muy inteligente, cariño.

Y luego sella la propuesta con un beso que provoca cosquillas.

Epílogo 2

Kingsley

Un año después.

Durante todo mi tiempo como abogado defensor de criminales, el "Diablo Salvaje" de los medios de comunicación y el dios intocable del circuito legal, nunca he dejado de leer los motivos de nadie.

Y, sin embargo, la situación actual me está haciendo un vacío que nunca antes había experimentado.

Lo peor es que no creo que mi solución habitual de darle un puñetazo o intimidarlo hasta que se resuelva solo vaya a funcionar esta vez.

—Tal vez deberíamos acudir a un vidente —les anuncio a Nate y Gwen mientras nos sentamos en mi salón.

O están sentados. Estoy caminando como un jodido animal enjaulado y volteando mi Zippo maniáticamente.

Martha, que ha traído bebidas frescas, me mira con cara de "¿estás loco?" y se va.

Nate pone los ojos en blanco, acariciando la mano de Gwen que está en su regazo y yo ni siquiera puedo ponerme en plan "voy a matar al ladrón de hijas".

—¿Por tu locura?

—Por tu próximo asesinato —respondo.

—Ve a hablar con ella, papá —dice Gwen, obviamente la voz de la razón en toda esta situación—. Mamá se ha encerrado en tu habitación y lleva dos horas negándose a hablar con nadie. Seguro que sabes cómo hacerla hablar.

Ese es el problema. No creo que pueda, al menos en esta situación.

Es la primera vez que Aspen se aleja de todos nosotros, incluida Gwen. La misma Gwen a la que trata como la niña de sus ojos y a la que siempre dedica tiempo.

No es que esté celosa de mi propia hija ni nada por el estilo.

Bien. Un poco.

Pero estoy divagando.

En el tiempo que Aspen y yo hemos estado casados, ella nunca ha estado así. Ha pasado exactamente un año, porque seguro que me casé con ella la semana después de que aceptara la proposición. ¿Qué? No podía hacer que cambiara de opinión la próxima vez que tuviéramos una discusión.

Y los tenemos mucho, así que no iba a correr el riesgo. Por lo tanto, le hice un anillo personalizado con una roca rara que coincide con el color de sus ojos y cambia bajo el sol.

Tuvimos una pequeña ceremonia y ella llevaba un sencillo vestido blanco que todavía me pone la polla dura cada vez que lo pienso.

No hace falta decir que me la follé mientras estaba dentro, y luego fuera de ella, más veces de las que cualquiera de los dos podía contar.

Nuestra vida profesional ha ido viento en popa, aparte de nuestro especial sabor de los debates que a Nate no le interesan y que Gwen tiene la audacia de llamar "lindo".

Sin embargo, esta situación no tiene nada de simpática, porque por primera vez en la historia, Aspen se niega a hablar conmigo.

—Solo ve, papá. Tú te encargas de esto.

Al menos uno de nosotros lo cree.

Gwen me dedica una sonrisa alentadora y cruza los dedos como si eso fuera a solucionar esto por arte de magia.

Sea como sea, vuelvo a meter mi Zippo en el bolsillo y subo las escaleras de la torre elegida por Aspen.

Es solo nuestra habitación, pero el hecho de que se haya empeñado en no permitir que nadie se le acerque hoy después de echarme esta mañana hace que parezca un aquelarre de brujas.

Abro la puerta lentamente, medio esperando que su banda de vigilantes -principalmente Caroline, Martha y Gwen cuando están de humor- se abalance sobre mí, medio esperando que Aspen termine el trabajo.

Sorprendentemente, no está en la habitación. Sin embargo, la puerta del baño está cerrada, así que supongo que ha cambiado de sitio.

Primero pruebo el pomo, pero la puerta está cerrada, así que la golpeo, canalizando al inexistente caballero que llevo dentro.

—Aspen... abre, cariño.

—Vete —su voz apagada viene de dentro.

—No hasta que sepa qué te pasa.

—¡Déjame en paz, Kingsley!

—Aspen —exclamo, y luego fuerzo la voz para calmarme—. Estoy siendo amable, así que sal y habla conmigo. No me obligues a derribar esta puerta.

Ella no responde.

—Tú lo pediste. —Doy un paso atrás para romper la cosa de sus bisagras.

El sonido de la cerradura que se abre es el primero, seguido por el pequeño crujido de la puerta.

Aspen sale, todavía con el vestido de satén azul de la noche anterior que se amolda a sus magníficas curvas.

Su cabello se derrama como lava roja sobre sus hombros desnudos que están llenos de marcas de mordiscos rojos.

Así que mentí. Que me haya casado con ella no significa que deje de marcarla cada vez que me la folle.

Hay una necesidad constante de poner mis manos sobre ella, de encadenarla a mí para la eternidad, de modo que no hay salida, por mucho que ella lo intente.

Es una bruja, después de todo. No solo ha hechizado mi alma, sino que también ha aprisionado mi corazón y encantado mi cerebro.

Estudio su rostro desgastado y tan pálido que podría competir con las baldosas blancas y me obligo a preguntar con tono tranquilo:

—¿Cuál es el problema?

Suelta una respiración temblorosa que me atraviesa el pecho.

—Sea lo que sea, puedes decírmelo, Aspen.

Permanece en silencio, pero sus labios tiemblan. Y a Aspen no le tiemblan los putos labios... al menos, no fuera de cuando le estoy follando los sesos.

Jesucristo.

—¿Es cáncer o alguna mierda médica?

Niega con la cabeza.

—¿Perdiste un caso y te culpas por ello?

—No.

—¿Es posible que tu padre haya resucitado? ¿O es tu madre? ¿Tal vez *mi* madre? ¿Apareció Susan de cualquier agujero desde el que esté mendigando y te molestó?

—No —dice ella con ligera exasperación.

—Ahora que lo más improbable está fuera del camino, pasemos a lo más probable. ¿Te has enterado de los matones que hice matar a Nicolo?

Sus ojos se abren de par en par.

—¿Qué matones?

—Entonces es un no.

—¿Qué matones has hecho matar, King? —pregunta con ese tono decidido que me pone la polla jodidamente dura.

—Los que te golpearon por orden de tu padre, por supuesto. No podía dejarlos libres después de que te hicieran daño.

—Eres un bruto.

—Soy jodidamente peor cuando se trata de ti, cariño. Tú lo sabes, yo lo sé, y lo que sea que te esté molestando lo sabrá cuando lo destruya. Ahora, escúpelo. ¿Es Gwen? Por cierto, ella está abajo muy preocupada por ti. ¿Por casualidad descubrió que tu familia tiene una enfermedad genética que te matará cuando tengas cien años?

—No, imbécil. Estoy embarazada.

Estoy a punto de contarle otra tanda de locas teorías que se me pasan por la cabeza cuando finalmente vuelvo a las palabras que salieron de su boca.

—¿Acabas de decir que estás embarazada?

—Sí. —Sus hombros caen—. Y no debería estarlo. Estoy tomando la píldora, por el amor de Dios. Pero ayer me sentí rara y fui a una revisión, y el médico dijo que estoy embarazada de seis semanas.

Vuelvo a recorrerla con la mirada. No me extraña que esté radiante últimamente. A mi polla le gustaba pensar que era por la cantidad de semen que le está llenando.

—¿Estás sana?

—¿Es todo lo que tienes que decir? —Ella levanta la barbilla—. Todo esto es tu maldita culpa, bastardo. Una vez más, tuviste un nadador rápido que ni siquiera pudo ser detenido por el control de la natalidad.

—Mi polla está encantada de aceptar el reto.

—Eso no es un cumplido. —Se toca el cabello, luego el cuello—. No debería estar embarazada. No sé qué hacer con esto. ¿Qué dirá Gwen?

—Considerando que se casó con mi mejor amigo mientras yo estaba en coma, la opinión de Gwen en esto no debería tener importancia. Además, esto es entre tú y yo, cariño.

—¿Quieres... esto?

—¿Que si quiero a mi bebé dentro de ti? Por supuesto que sí. Pero no a costa de tu estado mental y físico.

Se acerca a mí.

—¿No somos demasiado mayores para los niños?

—Nadie es nunca demasiado viejo para los niños. Treinta y seis años no es viejo, cariño. Es maduro.

—¿Y si... y si quiero esto? Quiero hacerlo bien esta vez.

—Entonces lo haremos bien. Esta vez, estaré contigo en cada paso del camino.

Se arroja contra mi pecho y yo la rodeo con mis brazos, besando la parte superior de su cabeza.

—Apuesto a que estarás muy sexy mientras estés embarazada de mi bebé.

—Basta —reprende con una sonrisa en la voz, y luego levanta la vista—. Gracias.

—¿Por qué?

—Por ser el padre de mis hijos.

—No tendría otra madre para ellos. Usted es mía, Sra. Shaw.

Me tira hacia abajo agarrando un puñado de mi camisa.

—Y usted es mío, Sr. Shaw.




FanToFan
Group